

Vanessa Savage

**OCULTA
EN LA SOMBRA**

Vanessa Savage
OCULTA EN LA SOMBRA

Traducido del inglés por Pilar de la Peña Minguell

Índice

Primera parte. Antes

Segunda parte. La casa maldita

Tercera parte. El despertar

Cuarta parte. El dragón disfrazado de hombre

Créditos

Titular de *The Western Mail*, mayo de 2017:

OTROS DOS CADÁVERES ENCONTRADOS EN LA CASA MALDITA

Hace mucho que viviste aquí y en este pueblo ha cambiado todo y no ha cambiado nada. Las pintadas están más sucias, más oscuras; la podredumbre, más arraigada: un hedor que perdura, un vendaje manchado de pus, una veta roja de infección que se aleja serpentina de su núcleo en descomposición.

Esta casa siempre ha sido esa herida de entrada que, al cicatrizar, retiene la infección y hace que esta se propague bajo la superficie, oculta, insidiosa, inflamándose y devorando la carne sana que encuentra a su paso. Y tú, tú en el centro: la aguja sucia, el cuchillo oxidado; la causa y el resultado.

En mi sueño, el que te he contado, ese sueño en el que la casa aún es solo una casa y no la casa maldita, todas las habitaciones del pasillo tienen puerta y todas las puertas están cerradas. Siempre cerradas. Pero esta noche el sueño ha cambiado. Esta vez el pasillo era más largo y había una puerta nueva al fondo. Y en vez de huir, como siempre, del dragón disfrazado de hombre, dando bandazos de esos que se dan en los sueños, como si el mundo se ladeara, y pensando que jamás llegaría al final, esta vez sabía que llegaría.

Pero ya no quiero. Hay una puerta al fondo que no debería estar ahí. Hay otra puerta y esa está abierta.

Primera parte
Antes

Sarah

Enero de 2017

—¡Feliz aniversario, Sarah!

Cuando abro los ojos, me encuentro a Patrick junto a la cama con una caja envuelta en papel de regalo. Ya está vestido y echo un vistazo al reloj: las ocho. ¡Madre mía, los niños! ¡El desayuno de Patrick! ¡Tendría que haberme levantado hace una hora!

—¡Relájate! —me dice, y se sienta. Me aparta el pelo de la cara y se agacha a darme un beso en la frente, sonriéndome a los ojos mientras lo hace —. Mia y Joe ya se han ido al colegio. Quédate en la cama —añade, luego me tiende la caja y yo me incorporo y tiro del edredón para taparme.

Miro el regalo. El papel es plateado y brillante, los pliegues precisos y perfectos en los bordes, y lleva una cinta plateada atada en la parte superior con un sofisticado lazo.

—Pero hoy no es...

—No es nuestro aniversario de verdad, no. Este es más importante.

Me coge la mano y la besa. Le da la vuelta, me besa la palma, después hasta la muñeca.

Me angustio intentando recordar la fecha, pero entonces me viene a la memoria y me relajo. Hoy es 21 de enero, el día en que nos conocimos.

—¡Ábrela! —dice, y me pone la caja en la mano.

Manoseo torpemente la cinta y él ríe y me ayuda, y arranca el papel y levanta la tapa de la caja.

Es un cedé. Lo saco, extrañada, entonces veo lo que es y mi extrañeza se esfuma: aquel viejo álbum de The Verve que tanto me gustaba. En la lista de temas, *Bitter Sweet Symphony* es la primera de todas.

—¿Te acuerdas?

Pues claro que me acuerdo. Cierro los ojos y estoy de nuevo en la fiesta de estudiantes: la habitación oscura y llena de humo, la alfombra pegajosa de alcohol barato derramado, todos borrachos, una maraña de adolescentes tirados por el suelo, pasándonos botellas... Entonces suena *Bitter Sweet Symphony* y ese hombre, ese hombre trajeado y tan fuera de lugar se me acerca y me pregunta que si quiero bailar. Todo ese ruido y toda esa gente, nadie más bailando, y él me hace dar vueltas como si estuviéramos en un espléndido salón de baile.

—He pensado que la podíamos bailar hoy —dice—. Tú podrías desempolvar tus Dr. Martens y yo empapar la alfombra de ron barato.

Me vuelve a besar y esta vez el beso es más largo. Huelo su loción para después del afeitado, ese mismo aroma intenso y embriagador que siempre ha llevado. Sus labios me saben a café y noto el roce de su mejilla en la mía. Estoy medio dormida y atontada y no me acuerdo de cuánto tiempo ha pasado, ¿semanas, meses incluso? ¿Cuánto hace de la última vez que hicimos el amor a primera hora de la mañana, despacio y en silencio por los niños? Alargo el brazo para arrimármelo, pero él se aparta y deja que el frío se cuele entre los dos.

—Quédate —le susurro.

—Tengo que irme a trabajar. Pero esta noche..., esta noche salimos a cenar a algún sitio especial, los dos solos —dice, de nuevo el Patrick maduro, trajeado, no el que se tumbó en aquella alfombra empapada de alcohol, ni el que reía mientras yo bailaba a su alrededor. Pero todo eso sigue ahí, ¿no? ¿Ese Patrick, esa Sarah? En la forma de su sonrisa, en su risa suave, en el modo en que me mira cuando el edredón se desliza. Sigue todo ahí, solo que sofocado por el día a día.

—Quédate —le vuelvo a decir, acercándomelo y empezando a quitarle la chaqueta. Él ríe y comienza a besuquearme el cuello—. Eres malvada, señora Walker...

Me derrumbo sobre las almohadas cuando sale del dormitorio y cierro los ojos con una sonrisa en la cara. Podría dormir, remolonear otra hora antes de empezar el día, pero Patrick me llama desde la planta de abajo. Me levanto y agarro la bata raída colgada detrás de la puerta. Patrick siempre me toma el pelo con esta bata vieja y deshilachada; me compró una nueva, gruesa, de lujo,

que no me pongo nunca porque la otra me la regaló mi madre hace un millón de años, cuando me fui de casa. La he llevado desde entonces y seguiré poniéndomela hasta que se caiga a pedazos porque me quedan muy pocas cosas con las que recordarla.

Patrick está en el vestíbulo, con un sobre en la mano.

—¿Cuándo ha llegado esto?

Me siento un poco culpable; recuerdo la carta. Llegó hace unos días, manuscrita, dirigida a él. La recogí del felpudo, pero en lugar de dársela la metí en el cajón... Porque estaba escrita a mano, porque la letra era de mujer.

—Lo siento —digo—, debí de meterla en el cajón en vez de dejarla ahí encima.

Se queda mirando la carta. Bajo las escaleras y voy a disculparme otra vez, pero, al verle la cara, cambio de opinión. No está enfadado. Sé cuándo lo está, y ahora no. No sé bien qué es.

—¿Qué pasa...? —pregunto, y cuando me mira le veo los ojos irritados y empañados, como si fuera a llorar, y las mejillas coloradas. Mira la carta una vez más, luego se la guarda en el bolsillo del abrigo.

—Nada. Nada importante.

Pero es algo. Nunca lo he visto poner esa cara, una mezcla de miedo, euforia y algo más. ¿O sí? Sí se la he visto, creo. Una vez.

Caroline me escribe a la media hora de irse Patrick y, diez minutos después, llama a la puerta, con dos vasos de cartón humeantes en sendas manos y un montón de folletos de viaje bajo el brazo.

—¡Reparto de capuchinos!

—Te veo asquerosamente despejada —digo, abriendo más la puerta y repeinándome con la mano la melena enredada.

Aunque no son más que las nueve y media, parece que Caroline lleve horas levantada, maquillada, con el pelo limpiísimo y resplandeciente.

—Hace un día precioso, frío pero precioso —responde mientras me sigue a la cocina—. Nos vamos a dar una vuelta en cuanto me meta un chute de azúcar y caféina.

Dejo el café en la mesa y echo un vistazo a los folletos.

—Gracias por traerlos. No se me habían ocurrido las islas Caimán —digo, deteniéndome en una foto de aguas turquesas y playas de arena blanca.

—¿Habéis decidido ya adónde vais? —pregunta Caroline, y yo suspiro.

—No tienes por qué seguir haciéndolo, ¿vale?

—¿El qué? ¿Traerte café?

—Todo: plantarte aquí por las mañanas aparentando normalidad. Hasta hace unos meses, dudo que abrieras los ojos antes de mediodía. Pero ahora es como si Patrick y tú os dierais el relevo: él se va y llegas tú.

Se esfuma su sonrisa.

—Sí, bueno, hasta hace unos meses no me preocupaba que estuvieras sola en casa, ¿no?

—Tampoco tiene que preocuparte ahora.

—¿No? —pregunta, acercándose al armario a coger unas galletas. Rechazo la que me ofrece y me siento a tomarme el café.

Tengo que acordarme de tirar los vasos antes de que vuelva Patrick. No sabe, ni debe saber, que Caroline lo releva.

Cuando mi mejor amiga se mudó a una casa más grande y mejor muy cerca de la nuestra, nos enteramos porque se plantó en nuestra puerta con una botella de Prosecco en la mano diciendo «¡Sorpresa!». Patrick piensa que lo hizo por fastidiarlo y, aunque yo le digo que no, sé que a Caroline le produjo una satisfacción adicional saber que su traslado lo molestaría. Lo conoce desde hace tanto como yo y, teniendo en cuenta su empeño conjunto en procurar que no volviera a desmoronarme, en que me mantuviera centrada en el futuro, tendrían que ser amiguísimos. Sin embargo, siempre se están atacando.

Pero sé que su preocupación es fruto del cariño, incluso sus nimias disputas, y aunque ahora mismo me produce algo de claustrofobia que me tengan entre algodones, jamás olvidaré que gracias a eso pude superar los momentos difíciles.

—¿Vas al club de lectura de Helen esta noche?

—No puedo... Patrick me va a llevar a cenar por ahí.

Enarca las cejas y coge otra galleta del frasco.

—¿Con motivo de...?

Sonríó.

—Una tontería. El aniversario del día en que nos conocimos. Siempre dice que ese es nuestro verdadero aniversario, porque supo enseguida que me quería.

Caroline menea la cabeza y ríe, pero yo no. «¿Te acuerdas?», me ha dicho Patrick, y sus palabras me lo han recordado todo. Yo también me enamoré en cuanto empezamos a bailar. Últimamente se me olvida. Patrick hace bien queriendo celebrarlo, para que recordemos quiénes éramos.

—¿Esto es de Joe? —pregunta Caroline, acercándose a un pequeño dibujo a lápiz enmarcado que he dejado en la encimera para colgarlo después en la pared. A sus diecisiete años, tiene mucho más talento del que tenía yo con su edad. Ha sabido captar la esencia de Mia en unos cuantos trazos rápidos, contornos limpios y suaves y curvas difuminadas. Hay que retirarse un poco, acercarse despacio, mirarlo de reojo para reconocerla, pero, en cuanto lo haces, te queda claro que no podría ser nadie más. Es como si lo hubiera hecho a propósito, como si hubiera ocultado a su hermanita querida en la lámina en una especie de escondite infinito. Tendría que haberlo hecho como autorretrato.

—¡Qué curioso!, ¿no? —dice Caroline, golpeteando el cristal con sus uñas postizas—, que al final Joe haya resultado ser el artista.

—¿Curioso?

—Ya sabes a qué me refiero.

Me acerco al dibujo, repaso el contorno del rostro de Mia.

—No es una cuestión de ADN. Mia es mi hija biológica y no podríamos ser más distintas.

—¿Crear y criar?

Joe cogió un pincel por voluntad propia, yo nunca se lo puse en la mano, pero lo animo a que explote su talento, claro que sí. Para eso no hace falta que lo haya parido. Doy un paso a un lado y el boceto de Mia parece que me sigue. Me pregunto cómo me dibujaría a mí. O a Patrick.

—¿Por qué no se lo has dicho aún, lo de...? —titubea—. ¿Lo de que no es tuyo? —El marido de Caroline es trabajador social y, desde que Joe entró en la adolescencia, no para de aconsejarme sobre la mejor forma de decírselo y yo no paro de hacerme la loca—. ¿Por qué no se lo cuentas sin más, Sarah? A él no le va a importar, de verdad. Tú eres la única mamá que ha conocido. Y Patrick sigue siendo su padre. Lo entendería.

Se me revuelve el estómago y miro alrededor como hago siempre, para asegurarme de que Joe no anda por ahí y ha oído esas palabras prohibidas.

Caroline suspira.

—No sé cómo has podido ocultárselo tanto tiempo.

Ni yo. Me angustio aún más. ¿Y si de pronto me pide la partida de nacimiento? ¿A eso estoy esperando? ¿A que no me quede otro remedio que contárselo?

Acaricio el cristal del dibujo enmarcado. Joe siempre ha sido mi niño. Mia y yo chocamos constantemente; ella siempre ha sido la princesita de Patrick,

pero Joe y yo... Caroline me está diciendo las mismas cosas que me atormentan por las noches. Más aún desde que murió mi madre y me convertí en esa nueva Sarah, rota y con una herida abierta que no termina de cicatrizar. Si le cuento la verdad a Joe, lo obligaré a perder a dos madres: a mí y a Eve, fallecida hace tiempo. Si a mí me ha destrozado la pérdida de la mía, ¿qué sería de Joe?

—Lo sé, sé que tenemos que decírselo, que ya tendría que habérselo contado, pero no me pareció oportuno cuando empezó a meterse en tantos líos en secundaria —digo—. Todas esas peleas, el acoso escolar..., todas esas puñeteras reuniones con los profesores en las que me sugerían que lo llevase al psicólogo. Patrick se cabreó muchísimo. A nuestro pequeño lo acosaban y querían convencernos de que era problema suyo... No podía cargarlo con eso también. Así que seguí mintiéndole hasta que me resultó imposible contarle la verdad. Además, no es solo Joe, ¿no? ¿Cómo se lo explico a Mia?

—Por favor, Sarah...

Su voz de preocupación, que ya conozco bien, me hace un nudo en la garganta y tengo que tragar saliva para deshacerlo.

—Mira, su madre biológica está muerta. No va a venir a vernos. Se lo contaremos. Pero ahora no. Después del accidente y todo eso... No está preparado.

—Le puedo pedir a Sean que compruebe si hay datos de algún pariente de Eve —dice—, para que tengas la información cuando se lo cuentes por si quiere ponerse en contacto con ellos.

—No. No lo hagas. Por favor. Seguro que Patrick me puede facilitar datos de ella si algún día los necesito.

—Siempre me has dicho que es Patrick quien no quiere menear el asunto, pero muchas veces me pregunto si no serás tú la que en realidad no quiere. Porque te da miedo perder a tu niño.

—Pues claro que me da miedo. Sí, los dos hemos mentido, pero, en el fondo, Patrick sigue siendo su padre. Yo no soy más que la puñetera madrastra malvada.

—De malvada nada —dice, cubriendo mi mano con la suya y sonriendo. Yo aprieto el puño y la miro ceñuda.

—Pero ¿Joe sabrá verlo?

—¿Aún va a esa psicóloga? —pregunta.

Niego con la cabeza. Patrick canceló las sesiones. Le parecían una pérdida de tiempo. Yo se lo rebatí, hasta que Joe dijo que estaba de acuerdo con él,

pero conservo el número.

—¿Se lleva mejor con su padre ahora?

Suspiro.

—La verdad es que no. Menos aún desde que estrelló el coche.

Caroline asiente, luego vuelve a acariciar el dibujo.

—Es bueno.

—Quiere estudiar Bellas Artes.

Me mira.

—¿Lo sabe Patrick?

—Aún no.

—Recuérdame que no esté presente cuando lo habléis.

Vamos al parque a dar un paseo, con los abrigos abotonados hasta el cuello, las gafas para protegernos del sol invernal y Caroline acribillándome a preguntas sobre cuál va a ser el destino de nuestra estupenda aventura familiar. Le respondo que no sé. Tengo demasiados frentes abiertos y me cuesta centrarme. Creo que por eso no para de preguntarme, para que me ilusione con algo.

El parque está lleno de personas paseando a sus perros y de mamás empujando carritos, todos pálidos después de semanas encerrados en casa por la lluvia.

—A Patrick le ha llegado una carta —le digo a Caroline cuando paramos a descansar junto al lago.

Nuestro aliento forma nubecillas de vaho, y yo me aprieto la bufanda alrededor del cuello. No era consciente de que aún le daba vueltas a lo de la carta hasta que lo he mencionado, pero es que no consigo quitarme de la cabeza la cara que ha puesto.

—¿Y...?

—Se ha asustado —contesto—. No sé de quién era, pero se ha asustado. Asustado y algo más...

—¿Se ha asustado?

Me mira extrañada y veo que piensa lo mismo que he pensado yo. A Patrick no lo asusta nada. Por eso mi inquietud es cada vez mayor.

Caroline se recuesta en el banco.

—¿No has visto lo que era?

Meneo la cabeza.

—Solo he visto que el sobre estaba escrito a mano, nada más. —La miro —. Se me ha ocurrido que a lo mejor está enfermo. O ha recibido una mala noticia...

—¿Era de una mujer?

—Hice una tontería. Llegó hace días y la escondí. No sé por qué, porque no creo que me esté poniendo los cuernos.

—¿No?

—No seas boba.

Patrick no me haría algo así. ¡Qué va!

Caroline se me queda mirando con una cara rara y yo me veo reflejada en sus gafas de sol, pálida y preocupada.

—Mira, seguro que no es nada, pero igual deberías averiguar lo que dice la carta. No haces daño a nadie, ¿no?

Patrick llega a casa nervioso. Joe y Mia se han ido; al saber que sus padres salían por la noche, han huido. Yo ya me he cambiado: llevo su falda favorita, la que me regaló por mi último cumpleaños. Me ha mandado unas flores que han perfumado la casa entera, así que me he puesto guapa para él.

—Estás preciosa —dice, se inclina y me besa—, pero ¿y los Dr. Martens?

Río y lo sigo a la cocina. Mientras me sirve vino y se sirve agua, lo noto tenso, como envuelto en un no sé qué eléctrico que no logro descifrar.

—Un brindis —propone—, ¡por James Tucker!

Choco mi copa con la suya.

—¡Por James Tucker!

James Tucker, el chico que me dejó plantada hace un millón de años. Si hubiera acudido a nuestra cita, yo no habría ido a aquella fiesta, ni habría conocido a Patrick. Hasta lo mencionó en nuestra boda y consiguió que todos los invitados se levantasen y brindaran por James Tucker, un tipo al que ni siquiera conocía.

Se quita la chaqueta, pasa al salón y descorre la cortina para contemplar la calle. No es tarde. Los niños de los Sawyer, los vecinos de enfrente, aún están fuera con las bicis, subiendo y bajando la calle. No hace tanto que Joe y Mia tenían su edad, pero dudo que Patrick esté observando a esos niños con el mismo anhelo que yo.

—¿Te encuentras bien?

—¿Nunca sientes... claustrofobia? —me pregunta en voz baja.

—¿Qué?

—Esta casa, esta calle, todo tan soso y constreñido. Falta espacio, falta aire.

No sé qué decir. Esa extraña energía sigue ahí, zumbando en el aire, y me inquieta. Soy yo, no Patrick, la que suele decir esas cosas, la que anhela la aventura. Él nunca es el culo de mal asiento al que le falta el aire.

—¿Seguro que aún quieres salir? —pregunto—. Te noto... ¿Estás bien?

Aparta la mirada de la ventana, se vuelve y me sonrío, y eso me tranquiliza.

—Estoy bien, cansado pero bien —contesta—. Claro que salimos. Vamos a ir a cenar y luego buscaremos algún garito donde aún pongan esas canciones que solías escuchar. —Me estrecha en sus brazos—. Dame veinte minutos para que me duche y me cambie.

La última vez que vi a mi madre la encontré más delgada, más pálida. Estaba callada, distraída, como Patrick. «¿Te encuentras bien? ¿Estás enferma?», le dije, pero ni me miró. «Estoy bien, cansada pero bien», me contestó. Di media vuelta y no volví a preguntarle. Al poco de que falleciera, encontré las cartas del hospital. Un puñado, sin abrir, escondidas. A lo mejor pensó que si las escondía, el cáncer no sería real.

¿Eso pretendía yo al ocultarle esa carta a Patrick: esconderme de la realidad encerrada en ese sobre? Pero eso no funciona, ¿verdad? El cáncer se extiende y crece, por mucho que te escondas.

Vuelvo al vestíbulo y lo oigo abrir la ducha. Su abrigo está allí mismo, colgado; veo la esquina del sobre asomando por el bolsillo superior. Está abierto; los bordes, rasgados. Me acerco a cogerlo, deteniéndome para comprobar que la puerta del baño está cerrada, que la ducha sigue abierta.

Despacio, con el corazón desbocado, saco el sobre del bolsillo y procuro extraer la carta sin rasgarlo más.

—¿Qué haces?

Me vuelvo de pronto e intento guardar torpemente la carta en el abrigo, a mi espalda, pero sin mirar no encuentro el bolsillo, así que me la meto por la cinturilla de la falda y me suelto la blusa para taparla. ¿Me habrá visto? Está de pie en lo alto de la escalera, en penumbra, aún mojado de la ducha y con una toalla por la cintura.

—Nada... Iba a...

—Sube.

Me noto el sobre pegado a la espalda. ¿Por qué no le he preguntado sin más? La culpa es de Caroline, que me ha hecho sospechar, insinuándome que Patrick trama algo cuando sé bien que no. Me agarro con fuerza a la barandilla mientras subo las escaleras. Cuando llego arriba, me abraza y entierra la cara en mi pelo. Desliza la mano por mi cintura hasta la zona lumbar. Con los dedos, palpa el sobre a través de la blusa de seda.

—Lo siento —susurro—. Estaba preocupada y...

—Chist...

Mete la mano por debajo de mi blusa, saca el sobre, me roza la piel con los dedos mojados y me estremezco.

—Te he visto la cara. Te he notado asustado y me he preocupado...

Parloteo, pero no puedo parar.

Se esfuma su recelo y entonces ríe.

—¿Asustado? ¡Madre mía, Sarah! No estaba asustado, sino emocionado. Entusiasmado.

No, no ha sido entusiasmo lo que yo he visto.

—¿De qué se trata? —le pregunto de nuevo. Esta vez abre el sobre y me entrega la carta doblada que hay dentro.

—A veces paso por allí —dice atropelladamente mientras leo la carta—. Si voy a ver a un cliente, doy un rodeo para pasar por allí.

Al principio, lo único que siento es alivio. No son malas noticias, no es una carta de amor de otra mujer. Pero entonces me centro en el contenido y se me acelera de nuevo el corazón. Patrick coge la ficha de la inmobiliaria que acompaña a la carta y mira fijamente la fotografía de la casa que viene en primer plano.

«Estimado señor Walker. Como nos pidió que lo avisáramos si este inmueble se ponía a la venta...» Se me eriza el cuero cabelludo. ¿Cuántas veces se habrá desviado para ver la casa?

—¿Cuándo te pusiste en contacto con ellos? —pregunto, sosteniendo en alto el documento.

Titubea.

—Hace unos años.

Hace unos años. Me trago la bilis que me quema la garganta. ¿Cuántos años? ¿Dos? ¿Diez? ¿Quince? Hace quince años fue cuando un loco mató a puñaladas a la familia que vivía en esa casa. Fue entonces cuando Patrick empezó a tener aquellas pesadillas que lo hacían despertarse gritando en plena noche.

—¿Llamaste y...?

—A todas. A todas las inmobiliarias de la zona. Les pedí que me avisaran si alguna vez se ponía a la venta. —Vuelve a mirar la foto y veo que le tiembla la mano—. No pensé que eso fuera a ocurrir jamás.

Guarda la carta en el sobre y me mira otra vez con una mezcla de miedo y euforia en los ojos.

—Debería seguir siendo mía. Tendría que haber sido mía siempre. —Tiemblo y me abrazo—. He quedado en ir a verla el miércoles. ¿Vendrás conmigo?

Madre mía, lo dice tan esperanzado... No quiero poner un pie en esa casa, pero Patrick no ve lo que veo yo cuando miro las fotos. Él ve la hermosa casa victoriana en la que se crio, con su tejado a dos aguas, una casa de ensueño antes de convertirse en la casa del terror del condado. Él ve recuerdos felices de una infancia vivida junto al mar. No imagina sangre en las paredes ni el susurro de unos fantasmas. No ve la casa maldita, pero yo sí.

Mia está viendo en YouTube algo que, a juzgar por la retahíla de palabrotas, es del todo inadecuado para la hora de la cena. También Joe está absorto en su teléfono, pero lo veo sonreír cuando Mia le enseña la pantalla de su móvil y se parte de risa. Tarareo una canción mientras termino de hacer el puré de patata y llevo a la mesa el plato de servir. Hace semanas que no los veo tan relajados.

—Fuera móviles —dice Patrick al entrar, y se detiene a acariciarme el pelo antes de quitarse los gemelos y remangarse la camisa. Joe se guarda enseguida el móvil en el bolsillo, pero Mia protesta, deja el suyo en la mesa y sigue leyendo los mensajes de texto sin apartar la vista de la pantalla—. ¡Fuera móviles! —repite, y le acerca el suyo a Mia, que se levanta y lo deja en la encimera. La veo titubear cuando el aparato vibra otra vez—. Siéntate, Mia —dice Patrick al tiempo que trincha el pollo y nos sirve una pechuga a mí y un muslo a Mia y otro a Joe—. No se va a acabar el mundo porque te separes del móvil media hora.

Mia suspira y vuelve de mala gana a la mesa; Patrick menea la cabeza.

—Tamara y Charlie se han liado —le dice Mia a Joe mientras se sienta.

Joe se encoge de hombros y no levanta la vista del plato, pero eso no impide que su hermana le relate una historia retorcida de traición y desengaño amoroso.

—Mia, por favor, déjalo ya. Es un culebrón —dice Patrick.

—Madre mía, papá, no sabes ni la mitad.

—Genial. Y quiero seguir sin saberlo. —Me mira—. Nosotros nunca hemos sido así, ¿verdad, Sarah?

Enarco las cejas al recordar las emociones tan intensas de nuestras primeras citas y lo embobados que estábamos los dos.

Damos todos un respingo cuando vibra el móvil de Mia y empieza a sonar.

Se dispone a cogerlo, pero Patrick la agarra del brazo y ella murmura algo en voz baja y le da la espalda.

—Os juro que no sé cómo hacíais para vivir sin móviles cuando erais jóvenes.

Patrick sigue comiendo, sin picar el anzuelo. Soy yo la que contesta.

—Los móviles se inventaron hace veinte años, ¿sabes? Solo que a nosotros no nos tenían esclavizados como a vosotros.

—Pero ¿cómo os comunicabais con la gente?

—Pues pasaba algo muy raro que te va a costar entender: solíamos hablar con la gente cuando la teníamos delante.

—Ah, ja, ja, muy graciosa.

—Era genial —dice Patrick soltando el tenedor—. Maravilloso. De pequeño, yo vivía en un pueblo, pero nos conocíamos todos. Nos conocíamos de verdad. Me refiero a que yo podía bajar a la playa en verano con la certeza de que me encontraría allí a mis amigos. O nos veíamos en la feria. Pero sobre todo en la playa. Llevábamos leña y comida, pasábamos horas allí, hasta que se hacía de noche, al calor del fuego.

—A propósito del pueblo en el que se crio vuestro padre... —digo, pero me callo al ver que Patrick me mira y niega con la cabeza.

No hemos hablado de lo que íbamos a decirles sobre la visita de mañana a la casa, pero cuando veo que a Patrick se le ponen los nudillos blancos de apretar el vaso de agua, entiendo que no quiere que siga por ahí.

Joe y Mia se encierran en su cuarto en cuanto terminan de comer, pero Patrick y yo nos quedamos.

—¿Café? —me pregunta, se levanta y saca dos tazas del armarito—. ¿O prefieres una copa de vino?

Titubeo. Lo prefiero, pero si digo que sí, verá lo poco que queda en la botella que me abrió ayer. Es complicado ocultarle a alguien que te has tomado una copa de más cuando la única que bebe eres tú.

—No, gracias —contesto—. Un café me parece genial.

Me levanto para recoger la mesa, pero me lo impide.

—No, ya lo hago yo, que tú has hecho la cena.

—¿Por qué no quieres que los niños sepan adónde vamos mañana? Había pensado que podíamos dejarlo para el fin de semana y que vengan con nosotros, disfrutar de un día en la playa como solíamos hacer.

Se encoge de hombros y agarra mi plato.

—No es ningún secreto, pero quiero que la veas tú primero. —Hace una pausa—. No tendrá el mismo aspecto que cuando yo vivía allí, ¿verdad? Ha pasado mucho tiempo desde que fuera el hogar de una familia feliz y no

querría que los niños la vieran así.

—Me habría gustado conocerte en aquella época de meriendas familiares felices en la playa —le digo a su espalda mientras se agacha a cargar el lavaplatos.

Se vuelve a mirarme.

—¿En serio?

—Cuando hablas de ello, me lo imagino. Mi adolescencia fue un auténtico muermo. No había adónde ir ni nada que hacer.

Cierra el lavaplatos y se vuelve a mirarme. No soy capaz de descifrar la expresión de su rostro.

—No siempre hacía tiempo para meriendas al aire libre —replica.

—No, pero al menos tenías la libertad de salir con tus amigos. A mí a duras penas me dejaban salir de día, menos aún después de que anocheciera.

—A tu madre no le habría venido mal una patada en el culo.

Me deja de piedra. Desde que murió mi madre, no soporto que me la mienten.

En sus últimos días, la tenían encerrada en casa sus propios miedos, pero, cuando íbamos a verla, yo cruzaba los dedos para que estuviera mejor, más fuerte, para que esa vez no se negara a salir a comer conmigo o a pasar unos días con nosotros en casa. Y siempre me decepcionaba. Sentados en el salón del adosado de protección oficial, que no había cambiado en absoluto desde que yo vivía allí, Joe y Mia tonteaban, Patrick se aburría como una ostra y a mí se me encendía la cara de la típica mezcla de frustración y vergüenza. Me debatía entre zarandearla y gritarle que despertara de una puñetera vez o abalanzarme sobre ella porque la niña que llevaba dentro anhelaba el consuelo y el alivio de sus brazos. Y entonces nos levantábamos para irnos y me fastidiaba el desahogo que me producía que nos marcháramos. Por un lado me daban ganas de pedirle a Patrick que acelerara, pero por otro quería pedirle que volviera para intentar, una vez más, devolverla al mundo aunque fuese por la fuerza, a gritos y a patadas. Ahora ya era demasiado tarde para eso.

Patrick me ve levantarme muy tiesa y recoger los restos de la cena.

—Perdona —dice con voz suave—, no debería haber dicho eso. Quiero que dejes de sentirte culpable, nada más. No habrías podido hacer nada por ella aunque hubieras estado allí.

Me traquetean los platos y los cubiertos en las manos cuando los llevo a la encimera.

—Creo que al final me voy a tomar ese vino. —Noto que me observa

mientras bajo una copa, la lleno hasta arriba de vino tinto y vació la botella—. No todos hemos disfrutado de una infancia como la tuya —digo después del primer sorbo embriagador—. Algunos tenemos que beber para olvidar. ¡Salud! —Choco mi copa con su taza de café, pero él no me devuelve la sonrisa.

Me han dicho que esta vez podemos verla por nuestra cuenta porque está vacía.

—¿«Esta vez»?

Ríe.

—Me has pillado. No podía esperar y fui a verla el lunes, cuando vi la carta. Hace tanto tiempo que quería volver a verla. Luego iremos a comer por ahí y lo celebraremos en condiciones.

—¿Pescado con patatas en el muelle? ¿Un helado de vainilla con una barrita de chocolate Flake?

Me mira y sonrío.

—Bueno, yo estaba pensando más bien en un restaurante calentito y agradable, pero si te apetece comer patatas fritas y helado en el muelle en enero...

Se ha quitado la chaqueta y la corbata, lleva la camisa suelta por detrás y las mangas enrolladas hasta los codos. Vamos en coche por la carretera de la costa y nada de esto parece real.

Estudio la ficha de la inmobiliaria que Patrick me ha dado. Quiero compartir su felicidad, su emoción. «La casa de mi infancia, la casa de mis sueños», dice, pero yo no puedo olvidar la otra fotografía de esa casa, la que salió en las portadas de los periódicos hace quince años. Alguien hizo una pintada con espray en la puerta de la calle y esa fue la foto que usaron todos: una casa, el precinto policial colgando aún alrededor, una ventana rota sellada con tablas de madera, BIENVENIDOS A LA CASA MALDITA pintado en rojo en la puerta de entrada.

Si los padres de Patrick hubieran podido seguir pagando la casa y no se la hubieran embargado, jamás se habría convertido en la casa maldita. Él y yo podríamos haber criado a Mia y a Joe allí: meriendas en la playa, excursiones a la feria, pescado con patatas en el paseo marítimo, todas las estanterías y los alféizares repletos de conchitas, de madera de deriva y de vidrio marino pulido por las olas... Todas esas cosas que Patrick recuerda con tanto cariño y que tanto contrastan con mis propios recuerdos: calles y calles de adosados,

jardincitos diminutos; el olor a comida filtrándose por las paredes medianeras, impregnando visillos y moquetas; ir por casa descalzos, y los cojines siempre en su sitio; mi madre con sus brazos amorosos y estranguladores, reteniéndome en casa, encerrándome detrás de aquella puerta con doble cerradura. La agorafobia que ella solo sufría aún por empeñarse en tenernos a las dos prisioneras allí.

Paramos a la entrada y yo parpadeo para librarme de la versión periodística de la casa. Ya hace tiempo que taparon la pintada en rojo y cambiaron la ventana rota. Me sorprende lo agradable que resulta a la vista, con la cancela abierta, una maceta colgante de pensamientos meciéndose junto a la puerta y los cristales limpios y resplandecientes.

—¿Ha vivido alguien más aquí?

—¿Desde que a aquella familia...?

—La asesinaron, sí.

Niega con la cabeza.

—Es la primera vez que se pone en venta. Espera, que voy a por las llaves.

Bajo del coche y cruzo la calle para apoyarme en el rompeolas. La primera vez que Patrick me llevó a ver a sus padres, luego me trajo aquí, a su antigua casa, y la amargura que le producía el contraste se le notaba en la voz. Tras el embargo, sus padres se habían mudado a un espantoso chalé alquilado de dos dormitorios a ocho kilómetros de su antigua casa, sin vistas ni jardín. Habitaciones diminutas y estrechas atestadas de muebles demasiado grandes de maderas nobles. Caluroso y mal ventilado, impoluto, con la tele a todo volumen porque su padre era duro de oído. Su madre nos seguía a todas partes limpiando cualquier rastro de nuestra presencia incluso antes de que nos fuéramos. Llevarnos a Joe allí era una pesadilla: siempre vomitaba el biberón o se hacía caca en cuanto llegábamos y el olor impregnaba el aire de forma casi permanente. Nunca fui capaz de imaginarlos cuidando de Patrick cuando era un bebé: miraban a Joe, que entonces tenía seis meses, como si fuese un extraterrestre y le hablaban como a un adulto.

Los padres de Patrick perdieron la casa cuando él tenía veintipocos años, no mucho antes de que nos conociéramos; se endeudaron tanto que se la embargaron. Todos los fines de semana desde que empezamos a salir y durante años, mientras los niños eran pequeños, nos llevaba en coche por la franja costera declarada patrimonio nacional y parábamos en distintos pueblos, comíamos en distintas playas, encogidos por el viento y con los sándwiches llenos de arena. Se plantaba a la entrada de viviendas costeras que no

habríamos podido permitirnos ni en un millón de años y se ponía furioso. La felicidad relajada de las comidas al aire libre se desvanecía, y él se encorbaba y apretaba los puños y los dientes, y yo veía su frustración reflejada en mí, aunque a otro nivel: él lo quería todo ¡ya!, quería recuperar lo que había perdido; en mi caso era un anhelo de algo que nunca había tenido.

Cuando fuimos al banco a pedir nuestra primera hipoteca y cayó en la cuenta de que un adosado de obra nueva en las afueras era lo único que podíamos pagar, se encogió un poco y la derrota lo hundió.

«Esto debería ser mío», me dijo la primera vez que me enseñó la casa en la que se había criado, antes de que asesinaran allí a aquella pobre familia. Los enormes ventanales ofrecían vistas panorámicas del mar y Patrick me describió el manzano del jardín trasero al que solía trepar. ¿Quién vivía allí entonces? ¿Eran ellos, una pareja joven como nosotros con niños pequeños que ya no eran bebés, ajenos a lo breve que sería su futuro?

Anoche cuando estábamos en la cama le pregunté qué buscaba en esa casa y por qué estaba tan desesperado por verla.

«Solo quiero recuperarla —me dijo—. No solo la casa, sino el pueblo, toda la vida que tenía allí. La vida que debería haber tenido.» Le vi algo en la mirada, una fiereza y una vulnerabilidad a las que no estoy acostumbrada.

Y aquí estamos. No sé bien lo que hacemos, la verdad, aparte de satisfacer un capricho. ¿Es por nostalgia? Nuestra situación económica no es muy distinta de cuando compramos la casa en la que vivimos ahora, con lo que dudo mucho que pudiéramos mudarnos a una de sus casas playeras de ensueño. Creo que Patrick necesita echar un vistazo, disfrutar de un momento de esperanza. Y es lo mínimo que puedo hacer por él después de todo lo que le he hecho pasar, aunque no comparta su sueño.

Contemplo el pueblo de la costa galesa que él adora y recuerdo los cafés destartados, las tiendas del paseo marítimo donde venden cubos y palas, el lúgubre pub y, a lo lejos, la feria, antiquísima y desvencijada cuando yo tenía diecinueve años. A saber cómo estará ahora. Vuelvo a mirar la casa y, por más que lo intento, no veo lo que ve él.

Me encuentra en la playa y se acerca corriendo con un sobre de llaves en la mano.

—Tenemos una hora —dice.

Las gaviotas planean en círculos sobre nosotros y sus graznidos desolados se suman al rugido de las olas.

—Yo nací en esta casa —dice mientras se pelea con la llave que abre la puerta de la calle—. Mi madre esperó demasiado y no le dio tiempo a ir al hospital. —Patrick nació en invierno y yo me imagino una noche oscura, una tormenta invernal, la casa azotada por el viento y a su madre gritando dentro —. No debería haber dejado de ser de la familia —añade.

Gira la llave y abre la puerta de un empujón.

El vestíbulo es alargado, oscuro y frío, y todas las puertas que hay en él están cerradas. Ilumina las escaleras una luz tenue procedente de una ventana de la planta superior que no se ve, pero yo solo distingo rincones ocultos, puntos en penumbra perfectos para que acechen en ellos los fantasmas. Pulso el interruptor de la luz, pero la electricidad está cortada. Me estremezco cuando Patrick cierra la puerta al entrar y quedamos atrapados en el interior de la casa maldita.

Voy a abrir la primera puerta de la derecha, pero Patrick me agarra la mano y me lo impide.

—Eso es el sótano —dice—. No quiero que lo primero que veas sea el sótano.

En su lugar, abre la puerta de la cocina y yo lo sigo dentro. Es el doble de grande que la nuestra. Hay una ventana pequeña con la pintura desconchada que da a un jardín posterior alargado repleto de malas hierbas, unos muebles de pino dispares y el hueco polvoriento de algunos electrodomésticos. La luz de la ventana es inadecuada para una estancia tan grande y fría. El suelo está forrado de linóleo sucio, combado y levantado por los bordes.

Aun así, giro lentamente, obligándome a ignorar los olores y el polvo, y echo un vistazo a la estancia. Procuero imaginar a Patrick viviendo feliz allí. Imagino todo lo que siempre he envidiado de las páginas de la revista *Good Homes* y más. Qué maravilla sería tener una cocina donde una familia de cuatro cupiera sin apreturas. Al levantar una esquina del linóleo, veo que debajo hay baldosas de cerámica blancas y negras. Algunas están picadas o agrietadas, pero puedo imaginar las rotas reemplazadas por otras nuevas y cómo debió de ser el suelo en su día, hermoso y resplandeciente.

—No es así como estaba —dice, alicaído—. Yo la recuerdo cálida, luminosa, acogedora... Ojalá hubieras podido verla entonces. —Se frota los ojos—. ¡La tenían tan bonita! —añade con cierta melancolía—. Todo en su sitio, todo impecable.

Intento no ver en su comentario una crítica a mi costumbre de decir que la casa está recogida cuando los armarios y armaritos están desordenados.

—Seguro que no siempre estaban tan ordenados —digo—. Te imagino llenándolos con tus Lego y tus queridas figuritas de *Star Wars*.

Ríe.

—¡Uy, qué va! ¡Que ni se me ocurriera dejarme un juguete por ahí! Ya sabes cómo era mi madre: todo debía estar impoluto.

—Hace mucho tiempo de eso —digo, y me acerco a abrazarlo—. Sigue siendo la casa que adorabas, solo que no ha recibido la atención merecida en estos años.

Procuro no mentar los asesinatos.

Me besa la coronilla y sonrío.

—Tienes razón... —dice—. Imagínatelo: una cocina moderna con horno y muchos fogones y una mesa de madera allí. Cambiaremos las baldosas del suelo y la ventana. —Se acerca a la ventana y mira afuera—. El jardín de atrás es enorme, recuerdo que era muy profundo. Podríamos pedir que nos hicieran una ampliación al fondo y poner puertas plegables de esas que se abren del todo.

Habla en serio. Miro la información de la inmobiliaria que llevo en la mano. Según Patrick, la casa se ha devaluado muchísimo: la han publicitado barata para que los posibles compradores no se fijen solo en su historia, pero, aun devaluada, está muy por encima de nuestro presupuesto, incluso en semejante estado y con todas sus características originales ocultas por paneles de aglomerado y contrachapado. Patrick habla de electrodomésticos nuevos y de ampliaciones como si nos hubiera tocado la lotería, cuando, con su sueldo, nos costaría hasta pagar la hipoteca.

Recorre así toda la casa, planificando armarios empotrados en la ventana voladiza del salón, un asiento junto a la ventana para contemplar el mar. Debajo de la moqueta podrida del salón está el parqué original y me hace gracia que piense en acuchillarlo, en abrir la chimenea y que un fuego chisporroteante ilumine la madera pulida. ¡Ay, tener una casa así! La idea me emociona y me angustia. Me sumo al juego e imagino que reformamos los baños, que cambiamos la moqueta de la planta superior, que reddecoramos la casa entera, y consigo ignorar la madera podrida de los marcos de las ventanas, el viento gélido que se cuela por las rendijas, las manchas negras de moho de los rincones, las irregularidades de suelos y paredes, los crujidos y los chasquidos.

Hasta que entramos en el más pequeño de los tres dormitorios.

—Este era mi cuarto —dice.

Da al jardín trasero y un árbol alto tapa casi toda la luz y hace que la estancia sea más oscura y más fría que el resto de la casa. También el olor a humedad es mayor aquí, un hedor a cerrado que se me adhiere a la garganta.

—Espero que entonces estuviera mejor caldeada —digo, y me froto los brazos para quitarme la carne de gallina mientras una ráfaga de viento hace que las ramas de los árboles golpeteen el cristal. ¿Haría eso el árbol cuando Patrick era niño? En plena noche, con las cortinas corridas, algo golpeteando así la ventana...

—La verdad es que no: la calefacción nunca llegó a funcionar... —Se acerca a la ventana y mira afuera—. Pero podía salir por la ventana y descolgarme por el árbol.

—¿Te escapabas para quedar con chicas?

Me dedica una sonrisa torcida.

—Puede. ¿Celosa?

Me pongo a su lado junto a la ventana e intento imaginar a un Patrick adolescente escapándose por la ventana para dar un paseo por la playa a la luz de la luna con alguna de sus novias.

—Ven a ver esta habitación —dice, tendiéndome la mano.

Observo que cierra la puerta de su cuarto cuando salimos. Todas las demás las ha dejado abiertas de par en par, pero esa la ha cerrado.

Nos quedamos juntos mirando por la ventana en uno de los dormitorios que dan a la fachada principal. Ha salido el sol y el reflejo del cielo en el mar hace que parezca azul en lugar de su habitual verde grisáceo. Es como si Patrick hubiera encargado ese tiempo a propósito.

—¿Te lo imaginas, Sarah? —dice, y vuelve a buscarme la mano—. Todo lo que has pasado este último año, todo lo que hemos pasado, todo desaparecería de un plumazo si nos mudáramos aquí. Sin recordatorios, empezar de cero.

—¿Empezar de cero? ¿En esta casa? Ya sé que este fue tu hogar y veo que podría ser precioso, pero... ¿cómo puedes obviar lo que ocurrió aquí? ¿Cómo olvidar que esas personas..., esa familia...? —Me trago mis palabras.

Se me queda mirando fijamente un buen rato, luego vuelve a sonreír.

—Fue una tragedia, lo sé. Una tragedia terrible, terrible. Pero fue hace muchísimo tiempo. La casa no es más que una casa, Sarah. ¿Qué piensas, que el asesino va a volver después de quince años? —Ríe y echa un vistazo alrededor—. ¿Piensas que se esconde en algún armario?

Sonrío también, pero sin ganas, a regañadientes. Tiene razón, desde luego, pero aun así...

—Piensa que esta sería nuestra habitación, esta sería la vista con la que despertaríamos todos los días. Podría ser como tu casa de muñecas, ¿te acuerdas?

Claro que me acuerdo. Cuando cumplí ocho años, mi padre me regaló una casa de muñecas de segunda mano, una casa antigua, de madera, preciosa, pero al abrirla vi que su anterior propietaria había pintarrajeado las paredes y no había muebles ni una familia de muñecas que la ocupara.

«Tranquila —me dijo mi padre—. Podemos dejarla tan bonita por dentro como por fuera.» Y eso hicimos. Papá pintó todas las paredes de colores suaves y cálidos. Barnizó los suelos para que pareciesen de madera pulida. Yo hice alfombritas y cortinitas con retales que me dio mi madre. Esas Navidades, apareció bajo el árbol una pequeña familia de madera: una mamá, un papá y dos niños. Y cada vez que mi padre venía de uno de sus viajes de trabajo, me traía algún mueble nuevo.

Dejé de jugar con ella a los doce años, cuando mi padre nos abandonó. Sin embargo, en los años horribles que vinieron después, en que arañábamos lo que podíamos de la beneficencia y mamá apenas estaba operativa, yo me sentaba delante de la casa de muñecas y contemplaba aquellas habitaciones perfectas y la familia de madera perfecta y anhelaba que aquella fuese mi vida de verdad.

Y ahora Patrick me dice que es posible, que podríamos pintar esas paredes y arreglar esos suelos, llenar la casa de muebles bonitos traídos de uno en uno, deshacernos de los malos recuerdos y regalarnos y regalar a esa casa un nuevo comienzo. Que podríamos ser la familia de madera perfecta.

Cierro los ojos y, por un segundo, lo imagino. Oigo el leve sonido de un carrillón de viento. Me veo despertándome en una habitación como esta, con el sol entrando a raudales, sentada en ese asiento que Patrick va a construir junto a la ventana. Acurrucada, viendo el mar, viendo pasar las estaciones, con un fuego en invierno y velas ardiendo en la repisa de la chimenea, y las ventanas abiertas, el olor del mar y los graznidos de las gaviotas colándose en casa en verano. Si viviéramos en un sitio así, los niños perderían su palidez suburbana, tendrían las mejillas más sonrosadas. Por un instante, esta casa me parece la casa de Patrick, la casa en la que nació, la casa que siempre ha adorado.

Cuando Joe aún era muy chiquitín y vivíamos en el antiguo piso de Patrick, solía reírse de mi obsesión por revistas como *Good Homes* y *House Beautiful*. Me pasaba el día babeando con fotografías de casas victorianas

como esta, llenas de madera pulida y chimeneas abiertas; hornacinas con estanterías y paredes de colores clásicos. Patrick solía contarme historias de su infancia y aquel anhelo se convertía en un dolor casi físico. ¿Cuándo dejé de comprar esas revistas? ¿Fue cuando nos mudamos a nuestra casa de ahora, tan sosa y tan cuadrada?

—He echado de menos esto —digo, abriendo los ojos.

—¿El qué?

—A ti. Así. Tan entusiasta y apasionado, me recuerda a cuando nos conocimos.

—¿Te refieres a antes de que nos ataran nuestros trabajos, las hipotecas y los niños? —dice, enarcando las cejas.

—No, no me refiero a eso... Lo digo por mí también, no solo por ti. Echo de menos esa libertad que teníamos juntos, esos momentos en que decíamos «¡A la mierda! ¡Vamos a hacerlo de todas formas!».

Lo miro.

Él me rehúye la mirada y mira el mar. Ese anhelo está ahí mismo, en su rostro, y, como la otra mañana cuando se agachó a besarme, vuelvo a preguntarme cuánto tardará esa mirada en hacer que me lo lleve a la cama más próxima.

—¡A la mierda! —masculla, y me aprieta la mano.

—¿Qué?

—Tienes razón. Hagámoslo. Digamos a la mierda y hagámoslo de todas formas. ¿Qué te parece, Sarah? ¿Otra aventura?

Lo miro extrañada. Un momento, yo no me refería a eso. La casa maldita no es la aventura que yo persigo. No sería una montaña rusa, sino el pasaje del terror. Niego con la cabeza.

—No podríamos. No nos la podríamos permitir.

Él sigue contemplando la vista, pero aun de perfil veo como le cambia la cara.

—Tenemos el dinero de tu madre.

No. En ese momento, ese lapso, todas las aventuras que he soñado quedan suspendidas en el aire. Mi madre no tenía una gran suma de dinero que dejarme. La casa donde vivía no era suya, pero ahorró pequeñas cantidades durante años y años Dios sabe para qué, porque nunca fue a ninguna parte ni hizo nada. Cuando a su muerte me encontré la puñetera cartilla de ahorro, estuve horas llorando. ¿Para qué era todo ese dinero? Cien libras al mes, todos los meses, durante casi veinte años. Algo más de veinte de los grandes

de los que jamás tocó ni un céntimo. Me partió el corazón, y me entristecí y me enfurecí tanto conmigo misma por no haberlo sabido, por no haber estado ahí lo suficiente para comprender su anhelo, que me dieron ganas de hacer pedazos aquella condenada cartilla. Patrick tuvo que arrebatármela de las manos mientras yo lloraba y pataleaba. ¿Para qué demonios era?

Yo no voy a hacer lo mismo. No voy a dejar que el dinero de mi madre se pudra en una cuenta de ahorro a un interés insignificante. Voy a emprender una aventura. Me gusta pensar que mi madre lo quería para eso. Llevo meses estudiando los folletos de viajes que Caroline me trae, leyendo itinerarios de safaris, de cruceros para ver la aurora boreal, de playas desiertas y cálidas, de ciudades atestadas. Quiero hacerlo todo. Con Patrick, Joe y Mia. Iremos todos y viviremos aventuras de esas que nunca se olvidan, juntos, en familia.

Lo único que me retiene, aparte de los avatares de la vida cotidiana, es... ¿cómo elegir? De todos esos lugares, de todo el mundo, ¿cómo eliges algo cuando nunca has ido a ninguna parte? Quiero hundir los pies en la arena blanca de una playa desierta, nadar desnuda en el mar, abrirme paso a empujones entre los puestos, los sonidos, los sabores de un mercado, sudorosa, claustrofóbica, alborotada e impetuosa. Seis meses después, el dinero sigue ahí, sin tocar. A lo mejor eso fue lo que le pasó a mi madre. Mi padre nos dejó cuando yo tenía doce años, se largó sin decir una palabra y nunca volvió. ¿Fue entonces cuando mamá empezó a ahorrar con la esperanza de iniciar una aventura extraordinaria, de llegar al centro de la más frondosa de las selvas tropicales y encontrárselo allí, a mi padre, a su marido desaparecido, esperando?

Aún no sé cuál va a ser nuestra aventura, pero sí que no será esta casa. Por muchos sueños que se vuelquen en ella, sigue siendo la casa maldita. ¿Cómo íbamos a superar eso? ¿Cómo íbamos a poder olvidarlo? Han muerto personas en esta habitación; no solo han muerto, las han asesinado. A una familia entera. Masacradas, despedazadas, con su sangre por las paredes. Yo sabría lo que hay debajo de cada pared repintada, lo que esconde.

—No puedo vivir aquí —le digo.

Los ojos azules de Patrick dejan de brillar.

—¿Mamá?

El cardenal se ha oscurecido de la noche a la mañana, ha pasado de rojo a azul claro y luego a púrpura intenso. Es como un cuadro de la aurora boreal que pinté una vez, la *Aurora Borealis* bajo mi piel. Lo observo, esperando a que titile y, tras un destello, cambie de color delante de mis ojos.

—¿Mamá?

Mia me agarra del hombro y doy un respingo. La miro y trato de acostumbrarme a la súbita luz.

Va vestida con el uniforme del colegio, la camisa medio metida por la cinturilla, los puños apretados a los lados y el ceño fruncido como de costumbre.

—¿Dónde está mi equipo de gimnasia?

—¿Tu equipo de gimnasia?

—Por Dios, mamá, me dijiste que lo ibas a lavar. Me van a poner un puñetero negativo si no lo llevo.

Da media vuelta para salir disparada, airada, pero para y me mira el brazo. ¿Ha vuelto a cambiar de color el cardenal?

—¿Cómo te has hecho eso? —me pregunta en un tono muy distinto.

—Me he dado un golpe con el picaporte de la puerta —contesto.

Esta noche me he levantado, he tropezado y me he tragado la puerta en la oscuridad. Discutimos, Patrick y yo. Paró en la gasolinera al volver de la casa de la playa y compró un ejemplar de *Good Homes*. Fue pasando páginas, señalando todas esas viviendas perfectas de época, contándome sus planes e ideas y entonces yo la llamé «la casa maldita», para provocarlo, con ganas de fastidiar después de tres copas de vino y cabreada aún por que hubiera querido usar el dinero de mi madre.

—Igual deberías dejar de darle al puñetero vino —me dice mi hija, medio dentro, medio fuera de la habitación, y noto su desprecio, una frialdad que antes no estaba ahí.

—Mia, ¿quieres dejarlo ya...? —le digo con sequedad.

—¿Dejar el qué? —pregunta desafiante.

Me está haciendo lo que yo le hice a Patrick: provocarme. Quiere que le grite para poder desatar el resentimiento que ha estado reprimiendo desde que murió mi madre y yo me derrumbé. A sus quince años, crece muy deprisa, y aunque yo intento aferrarme al vínculo madre-hija, parece que ella quiere acabar con él de la forma más sangrienta posible. Aprieto los puños. Lo está pasando mal, me digo. Por mi culpa. Me ataca porque está asustada. Que yo le grite no va a ayudar.

—Nada, olvídalo —digo, y ella agacha los hombros y da media vuelta—. ¿Mia? —la llamo, buscando a la niña que se esconde bajo la torpeza desgarrada de un brote que crece demasiado rápido—. ¿Quieres que vayamos de compras el sábado?

—¿El sábado? No puedo. Es el cumpleaños de Lara. Papá me ha prometido que me llevará a comer y luego voy al cine con mis amigas antes de la fiesta.

—Vale. No pasa nada. Hace tiempo que no vamos, solo eso. Otro día.

Titubea en el umbral de la puerta. Veo el conflicto en su rostro, que se debate entre montarme una bronca y aceptar mi tentadora oferta de paz yendo de compras conmigo.

—Aunque no me vendría mal algo nuevo para la fiesta de Lara. —Sonríe—. Papá dijo que me compraría algo, pero seguro que me lleva a Laura Ashley.

La sonrisa es por Patrick, no por mí, pero yo se la devuelvo. Tiene razón: Patrick quiere que siga teniendo siete años y que vaya a las fiestas vestida de princesita de cuento.

—Seguro.

Se mordisquea las puntas del pelo y yo espero.

—¿Y hoy?

—¿Hoy? —repito.

—¿Después de clase? Podría venir derecha a casa y estaríamos en el centro hacia las cuatro.

—Genial. Y nos podemos tomar un café, o pillar algo de comida para llevar.

—¿Podemos ir a Starbucks? Papá no me deja, lo odia.

—Si no queda otro remedio...

Me dedica una de esas sonrisas de oreja a oreja que hacen que me estalle el pecho de amor. Vuelve a entrar en la habitación, se agacha, me da un beso

en la mejilla y un abrazo con un solo brazo.

—Gracias, mamá.

Joe pasa por delante de mi puerta cuando Mia se marcha, tan silencioso como bulliciosa ella.

—¿Todo bien? —pregunto.

No encuentro en su rostro la rabia del de Mia, pero tampoco su sonrisa, y lo que veo en él es, en realidad, peor. Le he preguntado si todo bien o algo por el estilo casi todos los días durante los últimos seis meses, porque le veo en la cara lo mismo que veo cuando me miro en el espejo: lo atormenta alguna pena honda, alguna herida abierta que se propaga y, si saliera al exterior, lo consumiría.

Se queda junto al umbral de la puerta un momento y noto que todas las preguntas que estoy desesperada por hacerle se encuentran suspendidas en el aire. Quiero envolverlo en un abrazo y no volver a soltarlo hasta que sea de nuevo mi pequeño sonriente. «Dejad que sea él quien acuda a vosotros», nos dijo la psicóloga, pero no lo ha hecho y me temo que jamás lo hará. Antes podíamos hablar, antes de que muriera mi madre, antes de que él tuviera el accidente, pero luego dejó de hacerlo y a mí me daba demasiado miedo preguntarle qué pasaba, por temor a destapar la herida y que se enconara.

Creo que estoy incubando algo: me duele todo, tiemblo y tengo los ojos vidriosos de cansancio. Pensaba que la brisa del mar era buena para la salud. Pero es el olor a muerto del interior de esa casa lo que se me adhiere a la garganta y a los pulmones. A pesar del agotamiento, anoche no pude dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía esa casa horrenda y volvía a abrirlos de golpe.

Salgo a regañadientes de la cama; la casa está en silencio y creo que se han ido todos, pero al llegar abajo descubro que Patrick sigue en la cocina. Ha abierto y revuelto todos los cajones. Cuando voy a por el hervidor, veo lo que lleva en la mano.

—¿Qué haces con mi libreta de ahorros?

Ni se inmuta, pero la aprieta más fuerte.

—Nada. La he encontrado al fondo del cajón y te la iba a devolver —dice, alargándomela. La cojo y me la guardo en el bolsillo de la bata—. ¿Sarah? —me llama cuando estoy a punto de salir—. ¿Has vuelto a pensar en...?

Me agarro al marco de la puerta. ¡Cómo me fastidia esto! Ya vi cuando estábamos en aquella casa que ese es su sueño. Con el dinero de mi madre, podría hacer realidad el sueño de mi marido. Pero al hacerlo aniquilaría los

míos.

—¿Y qué pasa con los planes que habíamos hecho? —digo—. Nunca hemos tenido tanto dinero para gastar. Podríamos hacer algo increíble, algo que recordáramos siempre. Todo lo que mi madre no hizo nunca: ir a esos sitios con los que siempre he soñado. Hay dinero de sobra para unas vacaciones familiares y para que tú y yo vayamos a algún sitio...

Dejo de hablar porque le veo en la cara que no lo entiende.

—Piensa en Joe y en Mia —me contesta en tono suplicante—. Ya has visto lo introvertido que se ha vuelto Joe. Desde el accidente, está al borde del precipicio. Y Mia... No me gustan esas amigas que tiene, ni cómo se comporta cuando está con ellas. Hasta sus profesores lo comentaron en la tutoría, ¿no te acuerdas? Le está afectando a las notas. Tenemos la oportunidad de ofrecerles una nueva vida.

—Viajaremos juntos, Patrick. Nunca hemos salido de viaje en familia, piensa en todas las nuevas experiencias que eso supone. También es algo nuevo. —Le veo la tozudez en los ojos y noto que la mía sale a su encuentro—. No puedo —le digo—. Lo siento. Lo siento mucho, pero no puedo ayudarte a comprar esa casa.

—Se acabó entonces —dice—. La comprará otra persona. Otra persona vivirá en mi casa y nosotros seguiremos atrapados aquí.

El remordimiento tiene un regusto amargo, pero me lo trago.

—Lo siento —repito.

—No pasa nada. Es tu dinero, ¿no? Esa libreta de ahorro está a tu nombre. Eres tú quien decide lo que hacer con ella.

Me estremezco cuando Patrick sale de casa. No cierra de golpe, pero yo oigo el portazo en ese chasquido suave. Oigo que está dolido, que me acusa, y todas las otras cosas que el remordimiento me hace sentir. Saco mis folletos de vacaciones, pero ni siquiera el encanto que desprenden consigue calmar mi intenso dolor.

Cuando enciendo el teléfono, me entra una notificación de cumpleaños. La pena, que es casi un dolor físico, me hace doblarme, agarrarme con fuerza a la encimera, con los ojos cerrados. El cumpleaños de mamá, es el cumpleaños de mamá. Se me olvidó borrar el recordatorio.

El año pasado no pude ir a verla, pero, gracias al recordatorio del móvil, pude llamarla, asegurarme de que la cesta de regalo que le había mandado le

había llegado. ¿Por qué no fui a verla? Ni siquiera me acuerdo ya, pero siempre parecía tener una excusa absurda para no hacer ese trayecto de dos horas al norte, a la casa en la que nada había cambiado desde el día en que mi padre se había marchado hacía veinticuatro años y donde ella había esperado su regreso desde entonces en una especie de limbo.

Después de que papá nos abandonara, ella se colgó tanto de mí que casi no me dejaba respirar. Me asfixiaba, me aterraba que nuestros papeles se hubieran invertido, que yo tuviera que cuidar de ella siendo solo una cría. Pero cuando me marché, cuando me fui a la universidad y disfruté por fin de la libertad que tanto había ansiado, descubrí que no sabía estar sola. Me sentía muy perdida. A Caroline le preocupaba que quisiera casarme y ser madre tan pronto, pero lo que nunca fui capaz de explicarle fue lo segura que me sentía con Patrick. Me ofrecía toda la seguridad de un hogar sin la angustiada dependencia de mi madre. Su fortaleza y su confianza sin complicaciones eran lo único que yo necesitaba en el mundo.

Mis visitas a casa se fueron reduciendo a medida que los niños se hacían mayores; siempre tenía motivos, siempre la llamaba el domingo como una buena hija. ¿Por qué no se marchó, no vivió su vida, usó todo ese dinero para hacer algo que la satisficiera? Ya nunca lo sabré. Me quedé sin excusas hace seis meses, cuando una vecina se la encontró, muerta de dos días, con la comida de microondas a medio comer criando moho.

Ese día me derrumbé.

Caí en un pozo tan hondo que no podía salir. Todo lo ocurrido desde entonces está poco claro... He necesitado una semana en el hospital y meses de medicación y terapia para recuperarme. Y los niños... Vi cómo los aterraba mi depresión. En esos meses me convertí en una desconocida para ellos y ninguno de nosotros lo ha superado. Al principio se acercaban a mí como si fuera de cristal, se estremecían cada vez que levantaba la voz o me ponía triste, como si todos estuviésemos esperando algo, esperando a que me recuperase del todo o volviese a caer por el precipicio. Luego empezaron a apartarse de mí, para que la dureza, la amargura se escaparan entre nosotros, como si tuvieran miedo de ver mi dolor. Pero mejoré. Estoy mejor. Lo sé de corazón, me lo noto en las entrañas; me siento fuerte y bien, aunque nada volverá a ser lo mismo a sus ojos, porque cuando me miran me ven permanentemente teñida por la sombra de la mujer que tuvo una depresión. Esa seré yo a partir de ahora.

Pero estoy intentando demostrárselo. Procurando fulminar la sombra. Se lo

he prometido a Patrick. Me lo he prometido a mí misma. Ya no más.

Quito las sábanas de las camas, lleno la lavadora y la enciendo, y me bebo un tercer café mientras recojo la cocina. Hay una botella de vino empezada a un lado y me veo tentada de bebérmela. Las once de la mañana y ya estoy dispuesta a tomarme una copa de vino.

Suelto el paño húmedo en el fregadero y me siento a la mesa. Por Dios, estoy cansada. Cierro los ojos y veo la casa de Patrick, oscura y aterradora. Luego veo a mi madre, sola y moribunda. Me asalta el pánico. No. Basta. Pero la otra vía es el sueño de Patrick y mi remordimiento por negárselo: una casa en la playa, las ventanas abiertas, la brisa marina inflando las cortinas. Una vida sacada de *Good Homes*, nuestro propio destino de postal, Joe feliz y sonriente de nuevo. Y hasta en esa imagen yo estoy en la orilla, de espaldas a los demás, mirando al mar, ansiando poder surcarlo. «Ve adonde seas feliz, mamá», solía decirme Mia en aquellas primeras semanas horribles después de la muerte de mi madre, cuando me veía ahogarme, pero ¿podría la casa de Patrick llegar a ser ese lugar? Cuando habla de ella, lo veo, lo que quiere que sea, lo que fue, y en parte también yo lo anhele. Sé que ni en un millón de años podríamos permitirnos algo tan bonito. Pero... tengo miedo. Miedo de que lo que ha sucedido en esa casa desde entonces alimente las sombras oscuras que me he pasado medio año apartando de mí y que me las vuelva a traer.

Abro los ojos y veo borroso por las lágrimas. Me ha empeorado el dolor de cabeza, así que subo a por analgésicos y me tomo dos paracetamoles con agua. Me siento al borde de la bañera, apretando los dientes para controlar el intenso dolor. Cojo el bote de nuevo y me tomo otro par de pastillas; necesito más de dos para quitarme este dolor de cabeza. Cuando guardo el frasco en el armarito del baño, veo los somníferos de Patrick.

Hace años que empezó a tener pesadillas. No recordaba lo que ocurría en ellas, pero se despertaba gritando y nos asustaba a los niños y a mí. Tanto era así que no quería irse a dormir y el médico le recetó esas pastillas. Empezó a tomárselas y, después de un tiempo, las pesadillas desaparecieron.

A mí tampoco me vendría mal poner fin a mis pesadillas. Sé que los analgésicos solo diluirán el dolor de cabeza, que lo curará el sueño. Juro que oigo el eco del tictac del reloj de pared de la planta de abajo. Faltan horas para que vaya de compras con Mia. Podría dormir, devorar esas horas de un bocado, atontarme un rato y dejarme arrastrar a un mundo de ensueño donde hincó los dedos de los pies en arena blanca y el mar sea turquesa y prístino. Me pondré el despertador y, cuando despierte, me encontraré mejor.

Saco el Temazepam del armarito. «Tómese dos pastillas antes de acostarse», dice el prospecto. Me pongo una en la palma de la mano, titubeo, luego añado otra. La segunda se me queda pegada a la garganta y bebo otro trago de agua para librarme del amargor. Cuando salgo al dormitorio, me late el corazón más deprisa.

Me siento al borde de la cama y espero sin soltar las pastillas. Oigo el tictac del reloj de abajo. Cada vez suena más, pero sigo despierta. Habrán caducado después de tanto tiempo. Igual debería tomarme otra... Voy a sacar una, pero me caen dos en la mano.

Cierro el puño y luego los ojos, y me dejo llevar. Intento encontrar esa arena blanca, pero en su lugar veo una playa pedregosa bajo un cielo de tormenta, una casa con ventanas oscuras que me miran fijamente y una puerta azotada por la brisa con el precinto policial roto colgando de ella. Las luces laten y parpadean y yo me sumerjo en un sueño en el que se abre una puerta que no conozco y entra una sombra. Creo que ya he tenido ese sueño antes. Intento despertarme porque esto ya no me parece seguro, pero me he sumergido demasiado.

«¿Quién anda ahí?», dice mi yo onírico arrastrando las palabras. La sombra me hace callar y la veo a ratos enfocada y a ratos desenfocada, y en el sueño es mi madre la que entra, me cepilla el pelo hacia atrás, consigue que se me pase el dolor de cabeza, me ofrece agua.

Estoy tan cansada que voy a dormir. A dormir unas horas...

—¿Sarah? ¡Joder, Sarah!, ¿qué has hecho?

Alguien me levanta, me despierta. Me noto unos dedos en la boca, que me la ensanchan, que me entran en la garganta hasta que me da una arcada. No puedo respirar y tiro de la mano, intento sacármela de la boca, pero no puedo. Es Patrick, que me mete los dedos aún más adentro, y todo me viene a la boca con un espasmo y vomito en sus manos, en mi cuerpo, por toda la cama. Ay, Dios, qué desastre, lo siento, pero él me obliga a levantarme, me saca de la cama. Las piernas no me aguantan, no puedo andar, pero él me ayuda a tenerme en pie, me lleva a rastras al baño, me mete a la fuerza en la bañera, abre la ducha con agua fría, muy fría. Hago un aspaviento cuando el agua gélida me saca de mi aturdimiento y forcejeo, pero su mano me retiene bajo la ducha.

Alguien grita, creo que es Mia, pero no la veo, y Patrick grita «pide una ambulancia, pide una puta ambulancia» y yo me pregunto para quién. ¿Qué ha

pasado? Entonces deja de caer agua y yo sigo tan cansada que solo quiero dormir y empiezo a quedarme traspuesta otra vez...

—No me vas a dejar..., ¡así no! No te atrevas, Sarah... ¡No te atrevas, joder! —dice Patrick, y me da un bofetón en la cara, fuerte, y yo resbalo de espaldas en la bañera y me doy con la cabeza en los grifos y...

—¿Sarah? ¿Sarah? ¡Despierta, Sarah!

—¿Sarah? Despierta, Sarah, por favor... Siento haber sido tan bruto, pero, por Dios, Sarah..., ¡pensaba que te morías!

—¿Mamá? ¿Me oyes, mamá?

Mia. La voz de Mia. Está llorando. Me esfuerzo por volver a la superficie, lucho contra esa pesadez que me arrastra hacia abajo. Abro los ojos y la tengo en una silla a mi lado y yo estoy en una cama, pero no sé dónde, no estoy en casa.

Recuerdo que..., no sé. No sé lo que recuerdo. A alguien. Unas pastillas. A Patrick metiéndome los dedos en la garganta. Trago saliva y sale de mí un sonido. No es una palabra, más bien un gemido.

Mia se inclina hacia delante.

—¿Mamá? Dios, mamá, ¿por qué lo has hecho?

¿Hacer qué? Pero Mia se ha levantado de la silla, se ha asomado a la puerta y está llamando a alguien. Entra una enfermera con pijama azul. Debo de estar en un hospital. Patrick va detrás de ella y yo vuelvo a cerrar los ojos, me dejo arrastrar. Aún no. Aún no estoy lista para Patrick.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Joe está allí, con la silla tan pegada a la cama que lo tengo a escasos centímetros de distancia. Lleva el pelo por la cara, una cortina negra que le tapa los ojos. Está tan delgado que su brazo apoyado en la cama no es más que piel y hueso. Muevo la mano para empujar la suya y él levanta la cabeza y me dedica una de sus sonrisas de medio lado al ver que estoy despierta.

—Sabía que lo conseguirías —dice, luego se inclina aún más y noto su aliento en mi mejilla—. ¿Te ha hecho algo papá? —pregunta—. Te ha hecho algo, ¿verdad? ¿Por eso has intentado suicidarte?

¿Qué?

¿Cómo?

Esta vez me quedo despierta. No hay nadie sentado a mi lado y el pasillo está oscuro. Se oyen unos pasos a lo lejos. Me duele la mano: tengo una vía pinchada en ella y conectada a un gotero colgado junto a mi cama. También me duele la garganta y me la noto inflamada. Tengo frío y estoy temblando, como si tuviera gripe, pero no creo que me hayan traído aquí por una gripe.

Las palabras de Joe me revolotean en la cabeza y no consigo deshacerme de ellas. ¿Suicidarme? No. No lo entiendo. Era el cumpleaños de mamá y yo estaba cansada y me dolía la cabeza y me he tomado unos analgésicos y... los somníferos. Los recuerdo. Pero no me he tomado tantos como para que crean que quería suicidarme... Solo han sido dos, ¿no? No me acuerdo. Joder. No recuerdo cuántos me he tomado.

Patrick me sostiene la mano, la mano en la que llevo pinchada la vía. Con el pulgar me acaricia el bulto del apósito que cubre la aguja y, aunque lo hace con suavidad, la aguja se mueve y me está revolviendo el estómago lentamente. Intento retirar la mano, pero él aprieta, solo un segundo, lo justo para que me duela la mano entera. Luego me suelta y se recuesta en la silla.

—He pensado que estabas muerta. —Me lo dice en un susurro y le veo la cara de miedo—. Al entrar, te he visto tirada en la cama y he creído que era demasiado tarde. He pensado que estabas muerta.

—No... —digo, y mi voz suena como un graznido, áspera y cruda.

Patrick agita la mano como si estuviera deshaciéndose de mi protesta de un manotazo. Mis palabras también tienen alas.

—No lo entiendo... Pensaba que todo iba mejor, que estabas mejor.

—No lo estaba...

—¿Cómo crees que le va a sentar esto a Joe? —Se inclina hacia delante y hace tambalearse el soporte del gotero con gran estrépito. Lo detiene y lo estabiliza mientras me mira desde arriba—. ¿Tienes idea de lo cerca que has estado de morir? ¿Eh? ¿Tienes idea del daño que podrías haberte causado tomándote tantas pastillas? La única razón por la que no has muerto es que no te las has llegado a tragar todas. Aún las tenías en la boca y te las he sacado yo.

Dos. Me he tomado dos pastillas. He sacado más, pero no me las he tomado, ¿no? Y unos analgésicos. Demasiados, lo sé. Pero no los suficientes

para esto. Estaba cansada, no quería suicidarme.

—Por favor, Sarah —dice, y ahora es su voz la que suena cruda—. No puedo perderte. No puedo. —Más que miedo, parece pánico lo que rezuma de ella.

—Te he traído más folletos y un café... Supongo que ya estarás harta de ese aguachirle de té del hospital.

Caroline me deja en la mesilla un vaso de cartón humeante y se sienta. El café huele de maravilla.

—Gracias —digo, y me incorporo.

Niego con la cabeza cuando me ofrece un folleto en papel maché que promete aventuras en un safari exótico. La palabra «aventura» me deja un regusto amargo en la boca.

Hoy lleva el pelo moreno y muy liso, perfecto para su ceño fruncido. El otro día lo llevaba cobrizo. Yo dejé de teñírmelo hace años, me resigné a tener pelo de rata, pero Caroline aún se lo tiñe de distintos colores media docena de veces al año. Aunque ya no le da tanto por los azules y los rosas.

—¿Qué coño ha pasado?

—No lo he hecho —digo.

—¿El qué?

—No me he tomado una sobredosis a propósito.

Se recuesta en la silla y me mira fijamente un buen rato. Tiene los ojos llorosos y yo quisiera ser más fuerte, poder hablar sin que me duela tantísimo y conseguir que me crea.

Cojo el café y bebo un sorbo. Ya me han quitado la vía, pero veo que Caroline me mira el dorso de la mano. Está amoratado, tengo un cardenal enorme y oscuro como una flor con el centro rojo donde tenía pinchada la cánula. El cardenal del brazo ya no se ve tanto, ahora está amarillo; este nuevo impresiona mucho más.

—¿Cómo lo lleva Joe? —me pregunta, y yo me tenso.

—Lo lleva bien.

—¿En serio? Porque la última vez que tuviste una crisis estampó con el coche en un muro.

Me da un escalofrío.

—Fue un accidente.

—¿Os robó el coche accidentalmente?

—Ya sabes a lo que me refiero. No fue...

—¿No fue de tal palo, tal astilla?

—¡Vete a la mierda, Caroline!

Me tiembla la mano y se me cae el café por la muñeca.

—¿Dónde están los niños ahora?

—Con Patrick.

Pone los ojos en blanco.

—¿Con Patrick? Ah, sí, eso les vendrá genial. Por Dios, tendría que haberte agarrado en cuanto os vi juntos en esa fiesta y haberte llevado en la dirección opuesta.

—No es culpa suya. —Pienso en la primera vez que lo vi, tan guapo—. Además, dudo que yo te lo hubiera permitido.

—Tendría que haberte dado un golpe en la cabeza, haberte dejado fuera de combate y haberte sacado de allí a rastras.

—No... Yo estaba mejor después de conocer a Patrick, más feliz. Puede que no te guste, pero es la verdad. —Me revuelvo en la cama y pongo cara de dolor—. Además, no tendría a Joe y a Mia.

—Ni estarías en una cama de hospital recuperándote de una puta sobredosis. —Mira a la puerta—. Deberías irte ahora. Llevarte a los niños.

Me asalta el miedo, más oscuro que mis cardenales.

—¡No quiero irme! ¿Y Joe? Aunque quisiera, no me darían la custodia.

—No —dice, desanimada—. Supongo que no. Menos aún después de esto.

—Esto no es culpa de Patrick —repito.

—Ya lo sé. Es culpa tuya.

Caroline bebe un sorbo de su café y, al levantar el vaso, tintinean las pesadas pulseras que lleva.

Recuerdo a Patrick metiéndome los dedos en la garganta, su desesperación por mantenerme con vida. Madre mía, ¿cómo hemos llegado a esto? Con la pareja tan perfecta que hacíamos, lo enamorados que estábamos..., ¿cómo hemos terminado así? ¿Me he vuelto como mi madre? ¿Me he encogido, me he quedado hueca? Dejo que Patrick llene todos los vacíos. Culpa mía, no suya. Si me abandonara, ¿terminaría como mi madre? Me imagino sentada a la mesa, esperando su regreso el resto de mi vida. Caroline me mira llena de frustración y yo recuerdo todas las ilusiones que tenía y me dan ganas de llorar porque ya no me reconozco.

— Ya no hace falta que te traiga más, ¿no?—dice, mirando el folleto que acabo de rechazar—. Patrick me ha contado lo de la casa. —¿Han hablado? ¿Qué le ha dicho, le ha dicho que me he negado a darle el dinero de mi madre? —. Quiere que te anime a que aceptes, a que os mudéis, pero yo he venido a decirte que no lo hagas. Que ni se te ocurra. Que sigas pensando en viajar, en disfrutar de tu puñetera aventura. ¿No has esperado ya demasiado?

—Cree que mudarnos será bueno para nosotros, para los niños —digo, mordiéndome el labio hasta que me sabe la boca a sangre—. A lo mejor tiene razón.

—Allí estarás completamente aislada. Sola. ¿Cómo va a ser bueno para ti?

Lo dice como si la casa estuviera en medio de la nada, apartada de la civilización. Está en un pueblo, en una ruta de autobús, a solo hora y media en coche de Cardiff.

Se acerca y veo que tiene los ojos irritados.

—¿Cómo vas a vivir en esa casa, con esa historia? ¿Cómo quiere vivir él ahí?

—Tú no entiendes lo que significa para Patrick.

—No, no lo entiendo. Pero temo por ti. Te has hecho esto aquí, rodeada de amigos... ¿Qué coño crees que va a pasar cuando estés allí?

—Caroline, créeme: no quería suicidarme. Patrick se lo ha tomado a la tremenda.

—¿Que se lo ha tomado a la tremenda? —dice, tamborileando con las uñas en el vaso y subiendo la voz.

No me cree. Piensa que quería morirme. Es mi mejor amiga, pero noto que nos vamos distanciando cada vez más. ¿Van a pensar todos lo mismo? ¿Van a pensar que soy una suicida o que estoy pidiendo ayuda a gritos? Cierro los ojos, pero esta vez veo lo que Caroline se estará imaginando: a mí echándome más pastillas en la mano, no solo dos, decenas.

Meneo la cabeza.

—No lo he hecho.

—Ya no sé qué hacer —dice. Se levanta, con los puños apretados, pegados al cuerpo—. Lo he intentado. Llevo seis meses intentándolo, pero no puedo seguir así, apoyándote, intentando impedir que vuelvas a caer en la depresión. Pensaba que estabas mejorando. —Hace una pausa e inspira hondo—. Maldita sea, Sarah, ¿cómo has podido hacerles eso a tus hijos? ¿Cómo has podido hacérmelo a mí? ¿Y ahora vas a arrebatarles su vida mudándote a la casa maldita? —Se limpia las lágrimas y el rímel corrido—. ¿Crees que el que

haya sido un «accidente» mejora en algo las cosas? ¿Tan poco te importamos? Tus hijos te han tenido que ver tirada en la cama, rodeada de botes de pastillas ¡y pensar que habías muerto!

¿Botes de pastillas!

—Perdona, pero...

—No, deja de disculparte. Busca ayuda. Ayuda profesional en condiciones. Y a lo mejor... Madre mía, a lo mejor Patrick tiene razón. A lo mejor necesitas empezar de cero en otro sitio. Pero no en esa casa. Vente a la mía, tráete a los niños. Vente a la mía y...

Calla al verme negar con la cabeza.

—Deja de culpar a Patrick —le digo—. Siempre has querido que todo fuese culpa suya, pero esto es cosa mía, una calamidad. Voy a buscar ayuda, pero tienes que dejar de empeñarte en echarle la culpa de todo a mi matrimonio.

Se marcha y se vuelve hacia mí antes de salir por la puerta.

—¿Insinúas que nada de esto es culpa de Patrick? Pues puede que esto no, pero desde que lo conociste no has hecho más que desaparecer. ¿Y tu depresión? No tengo claro que tuviese algo que ver con la muerte de tu madre. No eres más que una sombra de la que eras en la universidad. Me he esforzado mucho por conservarte... Siento haberte dicho cosas que no te apetece oír, pero es la verdad. Nos..., nos vemos cuando estés en casa, ¿vale?

Miro a otro lado.

—Igual deberías dejarlo un tiempo. Lo que menos necesito ahora es toda esa tensión entre Patrick y tú.

—No me saques de tu vida.

—Estoy cansada. ¿Puedes irte, por favor?

Cierro los ojos y trago saliva para deshacer el nudo que se me hace en la garganta cuando sale por la puerta y la cierra.

Al día siguiente salgo del hospital tambaleándome; Patrick me agarra del codo para que no me caiga. Sopla un viento gélido a la puerta del hospital y no puedo evitar que me castañteen los dientes a pesar del abrigo y de la bufanda con los que me ha abrigado. Aún me tiemblan las piernas desde la visita del médico, no el de planta que me quitó la vía, me miró la garganta y me examinó los ojos con una linternita de luz blanca, sino un psiquiatra que se ha sentado junto a mi cama y me ha hecho preguntas más peliagudas que se me han metido

bajo la piel como agujas.

Ya estaba vestida y lista para marcharme, para largarme como si nada de esto hubiera sucedido. Y entonces ha entrado ese médico a preguntarme por qué lo he hecho y si sigo queriendo hacerlo. Me ha acibillado a preguntas sobre Patrick y Mia y Joe y la casa y mi madre, y yo me he echado a llorar, no porque sea una suicida, maldita sea, sino por la frustración de que nadie me haga caso. Y, claro, eso ha tenido que pasar cuando entraba Patrick: que me encontrara llorando y desesperada.

Ha sido entonces cuando mi visita se ha convertido en nuestra visita. Han salido los dos de la habitación, pero los he oído hablar. Me he quedado al otro lado de la puerta, con las piernas temblorosas, oyendo al médico decirle a Patrick que yo tenía pensamientos suicidas y cada frase ha sido como una alfilerazo:

Tuvo una depresión.

Murió su madre y el remordimiento la desestabilizó.

Meses de medicación y de terapia.

Pensábamos que estaba mejor.

Creíamos que había pasado lo peor.

Qué estúpida. Qué estúpida he sido tomándome esas puñeteras pastillas. Tendría que haber mantenido la calma cuando ha entrado el médico y explicarme. Contarle que ha sido un accidente, no un intento de suicidio.

Cuando Patrick ha vuelto a entrar en la habitación, no venía con el médico, pero llevaba una bolsa de papel blanca de la farmacia del hospital.

—Venga, Sarah—me ha dicho—. Vámonos a casa.

Mia y Joe nos esperan en la esquina, arrimados el uno al otro para no pasar frío, con la misma cara que Caroline. Camino del coche, se sitúan uno a cada lado, los dos a al menos un metro de mí, de la bomba de relojería de su madre.

Vamos a casa en silencio, aparcamos a la entrada, los faros del coche iluminan la puerta de la calle. Se está haciendo tarde, todas las demás casas ya tienen luces encendidas; las familias están cenando, sentadas delante de los televisores titilantes, terminada la jornada de trabajo, felices de estar en casa. Veo las otras casas más cerca, como aprisionando la nuestra. El aire me resulta denso y fino al mismo tiempo, y tengo la sensación de que no consigo inhalar el suficiente.

¿Cuántos de esos vecinos nos estarán observando? Verían la ambulancia,

verían cómo se me llevaban. Cierro los ojos. No puedo con ello. No puedo con el escrutinio y me fastidia, ¡mucho!, pensar en los chismorreos voraces y las preguntas con las que mi familia va a tener que lidiar por mi culpa. Me dan ganas de pedirle a Patrick que nos lleve lejos de aquí.

—Entrad vosotros —les dice a los niños cuando apaga el motor y la casa vuelve a quedar a oscuras.

Joe y Mia bajan del coche de mala gana. Joe se detiene y mira atrás, pero Mia lo agarra del brazo y tira de él.

Cuando nos quedamos solos en el coche, abre la bolsa blanca de la farmacia y saca una caja de pastillas.

—He pensado..., he pensado que no querrías que te las diera delante de los niños, hasta que hablemos con ellos. —Levanta la vista al resto de las casas de la calle—. Tranquila: no mira nadie. Miro la caja. No, es demasiado pronto. Apenas hace seis meses que llegué a casa del médico con una caja exactamente igual que esta, después de que muriera mamá y a mí se me olvidara levantarme de la cama. A lo mejor, si mi madre hubiera tomado pastillas después de que mi padre se largara, todo habría sido distinto.

Pero... esto no es lo mismo. Yo soy diferente, piensen lo que piensen los demás. Yo no estoy destrozada como lo estaba ella entonces, estoy mejor. Estoy... Miro detenidamente la etiqueta.

—¿Diazepam? Madre mía, ¿tan mal estoy que necesito Diazepam?

—Está claro que la otra medicación no ha funcionado. Esto es una medida a corto plazo. Solo por unas semanas, hasta que te estabilices. Luego podemos volver al médico a ver... Venga, Sarah. Te vendrán bien.

Lo noto angustiado. Por mi culpa, ¿no? Lo he angustiado yo.

Me da la pastilla blanca y tiemblo al metérmela en la boca. El fantasma de ese sueño vuelve a mí mientras me la trago.

—Lo siento —digo—. No pretendía... Te juro que no pretendía suicidarme. Pero lo siento.

Inspira hondo y mira fijamente la puerta cerrada de la casa.

—Cuando conocí a la madre de Joe... —Hace una pausa, me ve hacer una mueca—. Cuando conocí a Eve, pensé que podía salvarla. Debí haber visto que ya no se la podía salvar. Se estaba autodestruyendo tan deprisa que era inevitable que terminase muerta. No estábamos juntos cuando murió y yo no podría haber hecho nada, pero el remordimiento me desbordó. Como te pasó a ti con tu madre. Me sentía fatal por no haber estado ahí. —Me coge la mano con fuerza—. Entonces te conocí a ti y eras tan distinta, entera y feliz, e

increíble con Joe. Pero los últimos seis meses, Sarah..., lo he pasado fatal. Te veo derrumbarte y es como si reviviera todo lo de Eve, y eso me asusta muchísimo. No podría soportar que Joe descubriera la verdad y viera que a ti te ha pasado lo mismo. No podría..., no podría soportarlo.

Se le quiebra la voz y me suelta la mano para taparse la cara con las dos.

Tiemblo y se me llenan los ojos de lágrimas.

—Esa casa... Quiero que seas feliz. Quiero que todos volvamos a ser felices como antes. —Lo dice con miedo y hace que se me encoja el corazón.

—Pero...

—Si nos mudamos —prosigue—, a lo mejor desaparece todo. Podríamos empezar de cero.

Eso lo entiendo, de verdad. Esta no iba a ser más que nuestra primera casa, el primer peldaño de la escalera. Hace tiempo que se nos quedó pequeña y nos vamos tropezando unos con otros en esas habitaciones diminutas. Pero el segundo peldaño siempre me ha parecido tan alto, tan fuera de nuestro alcance...

—A lo mejor podríamos mudarnos... A lo mejor deberíamos —digo—. Pero ¿por qué allí? ¿Por qué no echamos un vistazo, miramos algo más cerca de Cardiff...?

Patrick ríe y su risa suena amarga.

—No podemos permitirnos nada más. Esta es una oportunidad única en la vida. Si otra persona comprara la casa e hiciera todas las reformas de las que hablamos, la venderían por el doble. Es lo que hay. La única oportunidad, no solo de que yo recupere la casa, sino de que tengamos alguna vez una casa así.

Es cierto. La casa de su infancia no solo es el siguiente peldaño de la escalera, es una subida directa a lo más alto: con vistas al mar, independiente, victoriana... Cuando me llevaba a ver esos preciosos pueblos costeros y lo oía hablar con tanto anhelo, me lo contagiaba; el anhelo de una vida que jamás había tenido, una vida cuyo exotismo me atrapaba.

Rodea el coche hasta mi lado y me ayuda a bajar.

—Podríamos ser muy felices ahí. —Sé que no habla de nuestra casa actual—. Fue perfecta en su día, antes de los asesinatos. Podría volver a serlo.

No paro de darle vueltas a lo que me ha dicho Caroline, ni al miedo y al recelo con que me miran mis hijos, al cuidado con que se mueven a mi alrededor. Las palabras de Patrick me han hecho sentir pánico. Debo proteger a mis niños. Tiene razón. Para eso, necesito empezar de cero en un sitio donde pueda ponerme bien, ser mejor. En un sitio que le borre el miedo de la voz.

Cuando terminemos las obras, esa casa podría ser el hogar de ensueño que siempre hemos anhelado. Porque fue el hogar perfecto de su infancia mucho antes de convertirse en la casa maldita, ¿no? Eso no es escurrir el bulto.

—De acuerdo —le digo con el sabor amargo de la pastilla aún en la lengua—. Coge el dinero. Hagámoslo. Compremos la casa.

Segunda parte
La casa maldita

Titular de *Wales Online*, mayo de 2002:

UN TRIPLE ASESINATO BRUTAL CONMOCIONA A LA POBLACIÓN

Hoy se ha presentado en los juzgados un hombre acusado de la muerte de tres miembros de una familia.

Titular de *South Wales Echo*, junio de 2002:

BIENVENIDOS A LA CASA MALDITA

Tengo un sueño en el que estoy en la casa y está oscuro y sé que hay alguien ahí conmigo, aunque no lo vea. En el sueño, empiezo a correr y el descansillo se alarga y se convierte en un pasillo grandísimo y larguísimo y yo corro y el dragón disfrazado de hombre me persigue y nunca llego al final. A los lados del pasillo hay un montón de habitaciones con las puertas cerradas y eso está bien porque no quiero saber qué hay en ellas. Sé que algo horrible me espera dentro y que, si me detengo a abrirlas, jamás escaparé.

Hoy han cambiado el cartel. La gente ha salido a curiosear, se han plantado alrededor en silencio mientras el letrero grande y rojo de VENDIDA sustituía al de EN VENTA que todos daban por supuesto que seguiría ahí eternamente porque quién coño iba a comprar esa casa, ¿no? Los demás se ocultan en las sombras, fingiendo que en realidad no miran, que pasaban por ahí. Yo no: yo me planto en medio de la calle, con los brazos cruzados; a mí no me da miedo la casa maldita.

—¿Quién cree que la ha comprado?

Miro al hombre que ha salido de entre las sombras para preguntar y me encojo de hombros. Se enciende un cigarrillo y me ofrece uno. De cerca, huele a polvo y el aliento le apesta a carne y a vinagre.

—Seguramente alguien que no lo sabe —digo, y me mira como si desvariara.

Recuerdo cuando la casa era otra cosa, no la casa maldita, solo una casa. Esta gente, todas estas personas que curiosean, solo ven la sangre. Se les nota en que desvían la mirada, en que cambian de acera, como si algo o alguien fuera a atraparlos si se acercan demasiado.

En mi sueño, el sueño que tengo sobre la casa que es solo una casa y no la casa maldita, hay alfombras en el vestíbulo, visillos marrones y de color crema, y papel pintado con textura en las paredes. Todo se ladea y se

enrosca cuando el vestíbulo se alarga y forma un pasillo interminable por el que corro sin parar. Cobra vida, entra y sale por esas puertas cerradas. Cobra vida y me tira de los pies como aguas turbulentas.

Le he mentado al tipo del aliento podrido: sé quién se muda a la casa maldita. Llegan nuevos vecinos, es hora de comportarse como seres civilizados.

Abril de 2017

Hay alguien vigilando la casa. Cuando hemos llegado hace un rato, seguidos del camión de la mudanza, había una línea entera de personas. Una decena de observadores silenciosos que casualmente pasaban por aquí, que fingían estar haciendo otra cosa, pero, en realidad, no hacían más que mirar fijamente a Patrick mientras metía la llave en la puerta. Nadie ha saludado. Nadie se ha acercado a darnos la bienvenida al pueblo. Se han limitado a mirar cómo descargaban nuestros muebles.

Me he puesto muy nerviosa, cohibida delante de esas ventanas sin cortinas. No tengo claro si Joe y Mia los han visto ya, parecen conmocionados por el traslado. Todo ha sido tan rápido que nos hemos dejado llevar por el entusiasmo de Patrick, pero dudo que los niños piensen que de verdad iba a ocurrir hasta que ha llegado el camión esta mañana. Mia me ha parecido a punto de echarse a llorar casi todo el viaje y a Joe lo he visto palidecer cuando nos hemos detenido a la entrada de la casa. Y Patrick... Le he enseñado a los mirones y se ha reído.

—Somos famosos —me ha dicho—. Ignóralos, son unos buitres.

—Parece que estén esperando.

Ha dejado en el suelo la caja que llevaba y se ha acercado a la ventana.

—Seguramente —ha contestado.

—¿A qué?

Ha sonreído.

—A que seamos noticia mañana. A que el hombre del saco salga del armario y asesine a otra familia en la casa maldita.

Me ha guiñado el ojo como si la broma tuviera mucha gracia, pero a mí se me ha puesto la carne de gallina y aún la tengo.

La línea de buitres ha ido disolviéndose a lo largo de la tarde, en cuanto se

ha hecho de noche y ha empezado a llover. Pensaba que se habían ido todos, pero al mirar afuera me ha parecido que aún quedaba una figura. Será un efecto óptico. Patrick ha ido con los niños a por comida para llevar con la excusa de enseñarles el pueblo y yo estoy sola aquí, expuesta cada vez que paso por delante de una ventana.

Me tomo la pastilla con un trago de agua y, mientras me hace efecto, procuro distraerme abriendo cajas, deteniéndome a acariciar con ternura las estanterías de las hornacinas, tarareando mientras las lleno de libros. Cada estantería llena hace que la casa parezca más un hogar y no me doy cuenta de que ha anochecido hasta que ya no puedo leer los títulos de los lomos. Cuando voy a pulsar el interruptor de la luz, oigo crujir el parqué de una de las habitaciones vacías de la planta superior.

Dejo de tararear.

«No, Sarah, no seas boba. Esto no es más que una casa.»

Miro por la ventana del salón, pero el mirón ya no está. Tengo el corazón desbocado. El mirón ya no estaba, me digo. Son las siete de la noche en un puñetero pueblo costero del sur de Gales, ¿quién pienso que va a querer colarse en casa? Dejo en el suelo la caja de libros y vuelvo a la cocina a preparar un té, encendiendo todas las luces que me encuentro de camino. Me dirijo al fregadero y lleno de agua el hervidor, levanto la vista y grito. Hay un rostro en la ventana.

Vuelco el hervidor, el agua me inunda los pies, hasta que caigo en la cuenta. Ay, qué boba soy: ¡es mi reflejo! Casi me da un infarto con mi propio reflejo.

Sin embargo, cuando estoy recogiendo el agua derramada, riéndome nerviosa de mí misma, llaman con fuerza a la puerta de la calle y tengo que taparme la boca con ambas manos para no gritar. ¿Ha cerrado Patrick con llave cuando se ha ido? Me quedo completamente inmóvil en la cocina hasta que caigo en la cuenta de que cualquiera que esté fuera, en la oscuridad, me puede ver. Salgo con sigilo al vestíbulo y echo con cuidado la cadena de la puerta, pero antes de que me dé tiempo a volver adonde estaba traquetea de nuevo la puerta y veo que se abre unos centímetros, detenida por la cadena. Sin pensarlo, me acerco corriendo y la cierro de golpe y, temblando, trato de echar el cerrojo.

—¿Sarah? ¿Qué pasa?

Es la voz de Patrick. Ahogada por la puerta, pero definitivamente la suya. No es ningún mirón misterioso, ni un fantasma.

—¿Patrick? —digo.

—¿Estás bien? —pregunta. Siento un alivio tan inmenso que no puedo ni hablar. Quito la cadena, abro la puerta y me aparto para dejarlo entrar, con el corazón aún al galope. Patrick viene hacia mí—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Joe y Mia aún están en el umbral de la puerta y me doy cuenta de lo que pensarán si me ven aterrada. Salen un momento a por pescado con patatas y cuando vuelven se encuentran a su madre histérica por nada.

—Perdona —digo—, me ha parecido oír a alguien fuera y me he puesto nerviosa, pero ya se me ha pasado, de verdad. —Procuro parecer tranquila, pero noto que me tiembla la voz. Consigo sonreír—. Ignoradme, id a cambiaros. Estáis todos empapados... No sabía que estuviera lloviendo tanto. Voy a poner la mesa.

En cuanto suben los niños, Patrick me sigue a la cocina y se detiene al ver el charco de agua en el suelo, el hervidor volcado y el paño empapado en medio de todo.

—¿Qué es esto? Parecías asustada cuando hemos entrado.

Cojo un rollo de papel de cocina para limpiar el agua.

—Me ha parecido... que había alguien fuera, que alguien vigilaba la casa.

Me coge del brazo.

—¿Estás bien? ¿Ha intentado entrar?

Niego con la cabeza.

—No lo creo, estaba al otro lado de la calle, pero mirando.

—¿Al otro lado de la calle? O sea, ¿que a lo mejor ni siquiera miraba la casa?

—He oído algo fuera, aquí mismo. He oído que llamaban a la puerta.

Estoy levantando la voz y me noto nerviosa. Patrick me aprieta el brazo y yo hago una mueca de dolor porque me agarra demasiado fuerte.

—Cálmate, Sarah —me dice—. Mírame y escucha. —Respiro entrecortadamente—. No pasa nada. ¡Nada! Cálmate —repite—. Voy a echar un vistazo.

Por la ventana lo veo cruzar la calle y desaparecer en la oscuridad. Empiezo a contar. Si no vuelve en unos minutos, salgo a buscarlo. Mientras voy contando los segundos, se me pasa por la cabeza una decena de imágenes de lo que está ocurriendo en esa zona oscura que se lo ha tragado. Se está pegando con el mirón, el mirón lo ha tirado al mar, ha matado al mirón, el mirón lo ha matado a él y arrastra su cadáver por la playa.

¿Por qué no ha vuelto aún?

Un minuto más. Voy a darle un minuto más y después... Contengo la respiración al ver que alguien cruza la calle y viene hacia mí y la suelto cuando compruebo que es Patrick. Corro a abrir la puerta de la calle y salgo a su encuentro.

—¿Qué ha pasado? ¿Lo has visto? ¿Has...?

Tiene el pelo empapado, pegado a la cabeza, y le corre la lluvia por la cara.

—Ahí no hay nadie. —Entonces, ¿por qué ha tardado tanto? Veinte segundos para cruzar la calle y veinte para volver—. ¿Seguro que no son imaginaciones tuyas? —pregunta. Niego con la cabeza. Se me queda mirando—. ¿Te has tomado las pastillas hoy?

—Pues claro —respondo sin disimular mi irritación.

Se ha convertido en un ritual: Patrick me deja la cajita de las pastillas junto al café matinal y la familia al completo mira cómo me las tomo.

—Vale. Es que... Ven, que te preparo un té.

Cuando vuelvo a casa, tropiezo con algo y, al mirar al suelo, veo una caracola en el escalón de entrada, una de esas grandes con las que se oye el mar si te la pegas a la oreja. No es una caracola que se pueda encontrar en las playas de la zona: demasiado resplandeciente, grande, exótica. La cojo y me la llevo al oído, pero el sonido real del mar ahoga cualquier sonido mágico que pueda producir la caracola. Tuve una de esas, que mi padre me trajo de alguna de sus aventuras, antes de que decidiera no volver nunca más. Eso me decía de pequeña: que la caracola era mágica, que llevaba escondido dentro un océano mágico en miniatura solo para que yo lo oyera. Todo mentira: mi padre era comercial, no explorador. Probablemente la compró en algún pueblo costero de mala muerte como este. Vuelvo a mirar al mar, casi esperando ver el fantasma de un hombre al que en un tiempo llamé papá y que se perdió para siempre en una de sus múltiples aventuras.

Cuando terminamos de cenar, Patrick consigue convencer a Joe y Mia para que lo ayuden a recoger y yo vuelvo al salón a seguir vaciando cajas, y me distraigo cada vez que pasa un coche y el destello de los faros ilumina la ventana sin cortinas.

—¿Qué pasa, mamá?

Aparto la mirada de la ventana y me vuelvo hacia Mia, que se mordisquea el pelo y me mira ceñuda. Está enfadadísima conmigo desde lo del hospital,

enfadada y angustiada, y no me deja sola ni un segundo.

—Nada, que soy un poco boba y me asusto por tonterías en esta casa nueva.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunta, mirando la caracola, y yo se la doy y se la pega a la oreja enseguida.

—¿Oyes algo?

Mia se apoya en mí, casi tan alta como yo, casi tan madura, pero a veces aún mi niña pequeña. Le acaricio el pelo y le beso la coronilla. Hacía mucho que no venía a abrazarme.

—No oigo otra cosa que el mar. No voy a poder pegar ojo el resto de mi vida —añade desanimada mientras entierra la cabeza en mi hombro.

—Venga ya —le digo—. Oír el mar tiene que ser mejor que oír discutir a los niños de los vecinos de al lado. Sé que te sientes rara, pero es nuestro primer día. Pronto todo esto parecerá un hogar.

—Pero no es nuestro hogar, mamá. Echo de menos a mis amigas. Hasta echo de menos mi antiguo colegio. ¿Por qué hemos tenido que venir aquí?

—El colegio de aquí tiene muy buena reputación, mejor que el de Cardiff.

Ríe, pero su risa suena más a llanto.

—¿En serio, mamá? ¿Nos obligáis a Joe y a mí a mudarnos a un poblacho perdido en pleno curso y pretendes que me crea que lo hacéis por nuestro bien?

Pero a los dos les iba mal en ese colegio que asegura que va a echar tanto de menos: Joe apenas iba a clase y Mia tenía problemas con la mitad de las asignaturas. No me hace falta recordárselo. Lo diga como lo diga, va a parecer que toda la jugada ha sido un castigo más que algo que podría venirles bien.

—Ten un poco de paciencia, por favor. Solo hay que acostumbrarse a la casa... Además, ya sabes lo importante que es esto para tu padre.

Se agarrota y se pone derecha, desaparece la niña pequeña, y tira mi caracola al sofá. La veo rebotar, caer al suelo y dar tumbos hasta detenerse a mis pies.

—¿Qué? ¿Que tenemos que mentir, decirle que nos encanta estar aquí? Dios nos libre de soltarle lo que pensamos de verdad. —Ya en la puerta, se vuelve a mirarme—. Le pedí por favor que no nos hiciera esto y pensé que me iba a hacer caso, pero, como te tomaste esas pastillas, se le olvidó, ¿no? Esto lo ha hecho por ti, nos ha arruinado la vida a todos por tu culpa.

Cierra de golpe la puerta de su cuarto y luego oigo que Joe llama y entra a verla. A él se le dará mejor que a mí tranquilizarla. A los pocos minutos, la oigo reír.

Sigo el agradable sonido de su risa y me asomo a su habitación. Joe, que es el mayor, tendría que tener ese cuarto más grande, pero en cuanto Mia vio el tamaño del tercer dormitorio, empezó a suplicar hasta que su hermano se lo cedió. Está tumbada en la cama, que es como una isla en un mar de cajas, riendo de algo del móvil de Joe, a carcajadas, colorada como un tomate. Joe está inclinado sobre ella, intentando quitarle el teléfono, y ella se levanta y empieza a saltar en la cama con el teléfono en alto para que su hermano no alcance.

Se quedan de piedra al verme entrar y me arrepiento de no haberme quedado fuera y haber atesorado en secreto ese momento para más adelante. He roto el hechizo. Intento arreglarlo.

—¿Qué os hace tanta gracia? —pregunto, sonriendo.

—Nada, una tontería de Facebook —dice Mia, que le devuelve a Joe su móvil y se tira de nuevo en la cama.

—Un vídeo de gatitos —tercia Joe, y, no sé por qué, Mia se parte de risa otra vez, tanto que entierra la cabeza en el edredón—. Perdona, mamá —dice Joe con un suspiro—. Es una cría. ¿Qué querías?

—Nada —digo—. Solo venía a ver si os apetece algo más de comer...

Joe niega con la cabeza y mi hija me ignora. Me quedo allí unos segundos más, pero Patrick me llama. Oigo que Mia cierra la puerta en cuanto me marcho.

Bajo de nuevo al salón, alicaída. Me agobia todo lo que hay que hacer. Las paredes tienen humedades. El parqué, en el rincón donde he levantado parte de la antigua moqueta, está en peor estado de lo que pensaba. Va a haber que cambiarlo casi todo. Al menos las torres de cajas tapan las cosas más estropeadas. Ya estoy mirando otra vez por la ventana del salón cuando Patrick se me acerca por la espalda. Doy un respingo al verlo reflejado en el cristal, pensando que es el mirón, siniestro y oscuro, pero no es más que mi marido limpiándose las manos con un paño que deja en la mesita de centro.

—Ya he fregado los platos.

Le sonrío.

—Gracias, eres un cielo. Habrá que poner el lavaplatos en lo primero de la lista de lo que hay que comprar.

Enarca una ceja.

—Va a ser una lista muy larga.

Me muerdo el labio y lo miro.

—¿Patrick? ¿Quién crees que era? ¿El que vigilaba la casa?

—Nadie. Otro cotilla del pueblo.

Se agacha a besarme. Tiene los labios fríos y su suéter me pica. Cuando me mete las manos gélidas por debajo de la blusa, abro los ojos y veo que él también los tiene abiertos, pero no me está mirando a mí, sino al otro lado de la ventana.

Intento relajarme, pero él sigue acariciándome, levantándome la blusa cada vez más, y yo solo puedo pensar en que los niños están arriba y ese mirón ahí fuera. Sujeto con mis manos las de Patrick y él las desliza hasta mis pechos.

—Aquí no —le digo—. Delante de la ventana, no.

—¿Demasiado atrevido para ti?

Me duele el comentario y aparto la cara de él.

Aún enreda con mi blusa y creo que va a seguir, que me va a desnudar. Entonces para, entierra la cara en mi pelo y vuelve a abrazarme, demasiado fuerte.

—Tienes que darle una oportunidad a esta casa, Sarah, y no ponerte histérica con cualquier cosa que imagines. Vamos a ser felices aquí —dice—. Espera y verás.

—No lo he imaginado.

—¿Qué más da? ¿Qué importa si alguien se ha puesto a curiosear? Te lo tomas todo tan a pecho que tienes a los niños angustiados. Se preocupan por ti, quieren que seas feliz aquí tanto como yo.

El viento sacude las ventanas y se oye un portazo en algún lado. Surge de la nada una corriente fría y siento un escalofrío. Patrick suspira.

—Esta no es una casa encantada, ni la casa de los horrores o maldita, o como demonios la llamen. No es más que el hogar de una familia, eso es todo, el hogar de nuestra familia. No puedes echarle la culpa a la casa... Fue Ian quien perdió el juicio, quien se volvió loco, no la casa.

—¿Ian? ¿Te refieres al asesino?

Pestañea y mira a otro lado.

—Ian Hooper, sí.

—¿Por qué lo llamas por su nombre de pila, como si lo conocieras?

Titubea.

—¿No te lo he contado? Lo conocía. Era unos años mayor que yo, pero lo conocía.

Lo miro extrañada.

—¿Cuando vivías aquí? ¿Cuando aún ibas al colegio?

No responde de inmediato.

—Sí. Eso es —dice después de esa pausa demasiado larga—. Lo conozco del colegio.

Miro la caracola que tengo en las manos. ¿Sabrás lo que significa? ¿Te acordarás? Ojalá pudiera entrar en la casa, volver a buscar esos escondrijos. La metería allí, la llenaría de mis palabras y la dejaría ahí para que la encontraras. Dejarla a la entrada de tu casa es más descarado, un alarido más que un susurro, pero entonces la ve ella en vez de tú y me da la risa en mi escondite entre las sombras.

En mayo de 2002, un hombre llamado Ian Hooper vino a esta casa y apuñaló tres veces a John Evans en el vestíbulo. Antes subió al dormitorio que ahora es el de Mia y apuñaló a Marie Evans doce veces. Billy Evans, que tenía nueve años, salió al descansillo e intentó impedir que Ian Hooper matara a su madre, pero el asesino le dio una puñalada y lo tiró por las escaleras. Murió después en el hospital.

El hijo más pequeño, Tom, sobrevivió.

A Hooper lo acusaron de los tres asesinatos, pero al final solo lo condenaron por el de John Evans; en los otros casos no había pruebas suficientes para que el veredicto fuera unánime.

¿Por qué lo hizo? Ninguno de los primeros artículos que encuentro me saca de la duda, pero estoy buscando su posible relación con los Evans, algo que lo justifique. No pudo ser un acto caprichoso y arbitrario, ¿no? No sé si algún día lograré relajarme en esta casa si pienso que podría haberle pasado a cualquiera. A nosotros.

No. Tiene que haber alguna explicación. Un móvil. Si Patrick conocía a Hooper del colegio, a lo mejor también John Evans lo conocía.

Hago clic en otro artículo y paso por alto los detalles más truculentos. Busco más información sobre Ian Hooper, al que por lo visto Patrick conocía, pero no encuentro nada que tenga sentido. Hooper era mucho mayor, demasiado para ser amigo de Patrick, y demasiado joven para ser amigo de sus padres. Claro que este pueblo es pequeño: podrían conocerse solo de verse por la calle.

Amplíe todo lo que puedo una fotografía de los Evans. Saber que un Tom Evans adulto nos ha vendido la casa me hace sentir como si lo conociera de algo. Cuando estábamos firmando la documentación, se me hizo un nudo en la garganta al ver su nombre en los contratos. Ese pobre niño. Sé que ahora ya es mayor que Joe, que tiene veintiuno o veintidós, pero yo me imagino al niño de las fotos de los periódicos firmando la venta de la casa, un niño de siete años

metiendo en el banco el dinero de mi madre.

Cierro los ojos. Puede que yo no haya vivido las aventuras que quería con ese dinero, pero me gusta pensar que Tom Evans lo hará, que con el dinero de la venta está viajando ahora mismo por el mundo, libre de los fantasmas de su pasado.

Lo nuestro es distinto. Para nosotros, la casa será otra cosa: Patrick solo tiene recuerdos felices de ella y los niños y yo no los tenemos de ningún tipo. Podemos mejorarla. Podemos renovarla. Me suena el teléfono; miro la pantalla y veo otro mensaje de Caroline. Se ha cansado de llamar. Ya la llamaré yo, pero cuando nos hayamos instalado del todo, cuando pueda detectar en mi voz la convicción de que mudarnos era lo que debíamos hacer.

Me aparto del ordenador, abro otra caja y desenvuelvo un jarrón que voy a poner en la repisa de la chimenea. Llaman a la puerta y, al recordar la llamada que me pareció oír anoche, dejo enseguida de desempolvar las estanterías de la hornacina de al lado de la chimenea. Me retiro de la ventana y doy un respingo cuando veo a alguien delante de mí, con las manos juntas, mirando por el cristal.

Es una mujer de unos sesenta y tantos años con un ramo de narcisos debajo del brazo. Da un paso atrás y me saluda. Como no se me ocurre otra cosa, le abro la puerta y la hago pasar.

—Hola... Espero no haberla asustado. No estaba segura de si me había oído llamar.

Miro hacia el salón.

—No, perdone. Tenía la música puesta.

—Soy Lyn Barrett, del veintiocho. Me iba a pasar ayer, pero mi marido me dijo que les diera más tiempo para que se instalaran.

No es ni mediodía. Llevamos aquí menos de veinticuatro horas.

—Sí, tengo mucho lío, como podrá imaginar. Un millón de cajas que vaciar. Sonríe de oreja a oreja.

—Bueno, seguro que le apetece hacer un descanso —dice, y se dispone a entrar. Se me echa encima, así que no me queda otra que apartarme—. Uy, sí, aún tiene mucho por hacer —dice cuando la llevo a regañadientes al salón, la única estancia medianamente presentable para recibir visitas.

Veo que mira la pantalla del ordenador y cierro el navegador antes de que pueda ver lo que estaba buscando.

Voy a poner a calentar el agua y, aunque le he dicho que se siente, me sigue a la cocina y, cuando tropieza con una caja, empiezo a ponerme nerviosa.

—Le he traído estas flores. Le alegrarán la cocina —dice, mirando alrededor, escudriñando los armarios destrozados, la caja de pastillas abierta en la mesa con las letras de un rojo intenso que anuncian a voces su contenido y los pelotones de papel de embalar tirados por todas partes.

Mientras preparo el té, pongo los narcisos en una taza y los dejo en el alféizar.

—Supongo que su marido, Patrick, ¿no?, Patrick Walker, se ha ido a trabajar...

Asiento con la cabeza, pensando que si contesto lo justo se irá antes. No me gusta cómo está husmeando; veo que está deseando abrir los cajones y los armarios. Casi estoy esperando a que me pida que le enseñe la casa. Se acerca a las pastillas y ladea la cabeza para leer la caja. Me dan ganas de quitarlas de en medio enseguida, pero solo conseguiría que sintiese aún más curiosidad.

—Y a sus hijos los he visto camino del pueblo antes. Imagino que irán al colegio de aquí, ¿no?

—Eso es. Empiezan la semana que viene. Mire... No quisiera ser grosera, pero me pilla en muy mal momento, de verdad, y...

—Ah, no se preocupe, no la voy a entretener. Solo quería pasarme a darle la bienvenida a nuestra calle.

No quisiera ser grosera, pero eso es lo que estoy siendo. Debería agradecer una cara amiga. No quiero que vaya por ahí chismorreando sobre la mujer engreída que se ha mudado a la casa maldita.

—A lo mejor la semana que viene podría pasarse a charlar un rato con tranquilidad... Cuando lo tenga todo más organizado.

Le da un sorbo al té y lo aparta. Lo he hecho muy flojo y con mucha leche. Cuando pruebo el mío, me sabe a leche aguada. Está tibio; se me habrá olvidado encender el hervidor.

—Lo siento mucho, de verdad.

Me da una palmadita en la mano.

—No pasa nada. Me voy ya. ¿Le importa que pase al baño antes de irme?

Le indico cómo llegar al de arriba porque el de abajo está lleno de cajas, y aprovecho para tirar ese té asqueroso. Estoy trasladando los narcisos a la mesa y recogiendo el papel de embalar para tirarlo cuando oigo que cruje el parqué de arriba. Frunzo el ceño. Encima de la cocina está el cuarto de Joe, no el baño.

Subo y me encuentro el baño vacío, ningún indicio de que haya entrado allí. Al volverme, la veo salir del cuarto de Mia y ponerse como un tomate. Lleva

el móvil en la mano.

—¿Ha estado haciendo fotos? —le pregunto, levantando la voz de incredulidad y con el estómago revuelto.

—Ah, no... Me ha sonado el teléfono y no tenía mucha cobertura en el baño, así que...

Las puertas de los dormitorios están todas abiertas. Aprieto los puños.

—Como le he dicho, tengo mucho lío. Será mejor que se marche ya.

Bajo las escaleras detrás de ella y, cuando abre la puerta de la calle, se vuelve a mirarme.

—De niño siempre me dio pena.

—¿Cómo dice?

—Su marido, Patrick. Siempre me dio pena. Un joven tan guapo...

—Bueno, me aseguraré de que sepa que ha venido a verlo. —Me dan ganas de darle un empujón cuando se queda parada en el escalón de entrada—. ¿Cómo me ha dicho que se llamaba...?

Me ignora.

—Esta casa siempre fue un poco rara, aun antes de los asesinatos —dice—. Y sus padres... Qué horror que les embargaran la casa así. Qué vergüenza para ellos. Claro que nunca se les vio muy felices aquí... Nos ha sorprendido que su marido decidiera volver, la verdad. —Me observa con una mirada expectante. No le voy a dar la satisfacción de contestar, aunque sus palabras sean como gusanos que se me meten por debajo de la piel. Agarro la puerta y me dispongo a cerrarla—. Bueno —dice, visiblemente fastidiada por mi grosería y ajena a la propia—. Les deseo buena suerte. Y a sus preciosos hijos también.

Cuando cierro, estoy temblando. ¿Esto es lo que vamos a tener? ¿Una procesión de vecinos falsamente amables colándose en mi puñetera casa para hacer fotografías, para murmurar ponzoña, para insinuar...? ¿Para insinuar qué?

Me dan ganas de vomitar el té lechoso cuando la imagino buscando en Google el nombre de mis pastillas y haciendo todo tipo de conjeturas sobre su vecina desequilibrada. Agarro la caja de la encimera, hurgo en un armario, saco un botecito de plástico con tapa, extraigo todas las pastillas de los blísteres y las echo al recipiente anónimo y sin etiqueta incriminatoria que me delate. Pero el mal sabor de boca que me ha quedado no se va. Sus palabras, su ávida curiosidad... No. Esta antes era una casa feliz, lo sé por Patrick. Y puede volver a serlo.

Patrick está en el vestíbulo colgando su abrigo, con el traje arrugado, los ojos cansados. He intentado convencerlo de que se tomara unos días libres después de la mudanza, pero se ha empeñado en ir a trabajar.

—¿Tienes hambre? —le pregunto, y me sigue a la cocina.

Los platos del desayuno aún están en una pila y sin lavar, y la caja que contiene los cubiertos envueltos en papel y que ya he empezado a sacar está abierta en el suelo, pero no más vacía que hace unas horas. Me he tumbado un rato después de tomarme la pastilla del almuerzo, me he quedado dormida y no me he despertado hasta las cuatro.

—¿Qué tal hoy con las cajas? —me pregunta mientras busco en otra de ellas algo para cenar.

—No muy mal —contesto, frotándome los ojos. Llevo un rato con un dolor de cabeza terrible y solo tengo ganas de subir a dormir otra hora—. En un par de días más, habremos terminado, calculo yo. Los dormitorios casi están.

—Bien, bien —dice, quitándose la chaqueta y desabrochándose los puños de la camisa.

Lo noto distraído y no parece reparar en el desorden mientras contempla por la ventana de atrás el jardín enmarañado.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

Parpadea y se aparta de la ventana.

—¿Qué? Sí, estoy bien. He tenido un día difícil en el trabajo.

Patrick es ingeniero industrial. Antes le preguntaba por su trabajo con verdadero interés. Me enseñaba planos y esquemas, me hablaba de los edificios en los que había trabajado y yo intentaba entenderlo, pero, en realidad, no lo entendía, igual que él tampoco entendía algunas de mis pinturas. Daba igual. Él se reía, guardaba los planos y me ayudaba a quitarme la pintura del pelo, hablábamos de otra cosa y quizá en algún momento dejamos de escuchar las respuestas que nos dábamos cuando nos preguntábamos qué tal el día.

Sabe que estoy preocupada, porque me aprieta la mano y sonrío.

—No pasa nada... Estoy un poco cansado y tengo hambre, eso es todo. Aún no me he acostumbrado al largo trayecto diario de ida y vuelta. Qué bonitos —añade, señalando los narcisos.

—Me los ha traído una vecina.

Su sonrisa se esfuma, la reemplaza cierto recelo.

—Ah, ¿sí?

—La he pillado haciendo fotos de los dormitorios —digo, apretando los

puños.

—¿Para qué?

—Pues no creo que estuviera interesada en los muebles de Ikea. Iba haciendo su propia puñetera ruta fantasmal.

—Madre mía... —masculla.

—Por lo visto, se acordaba de ti. —Espero a que diga algo, pero se vuelve de espaldas y empieza a revisar el correo—. He notado que estaba ansiosa por saber por qué nos habíamos mudado aquí y... —Me callo al ver que se le agarrota la espalda. No le apetece que se lo cuente ahora—. Se me ha ocurrido... que podíamos convocar a los vecinos, no a los cotillas, sino a los que tú conocías, y hacer una especie de reunión. Sería una forma de volver a echar raíces aquí.

—No.

—¿Cómo que no?

—Que no. Los amigos que yo tenía aquí ya hace tiempo que se fueron. Los que me recuerdan ahora no son amigos míos, solo quieren difundir mentiras y chismorreos. No los quiero en mi casa. —Me mira—. Si vuelve a venir esa «vecina», mándala a la mierda.

Lo veo salir airado de la cocina y me lo quedo mirando. ¿A qué se refiere? Tiene que quedar algún antiguo amigo suyo aquí. ¿No era eso parte del cuadro idílico que me pintaba: la amabilidad de los habitantes de un pueblo pequeño?

Encuentro pasta, un frasco de salsa ya preparada. Estoy picando cebolla y pimiento, y Patrick está desenvolviendo los platos, metiendo el papel en el cubo de basura rebosante y colocándolos en el armarito que hay colgado de la pared y que parece a punto de ceder. Los niños están en el salón; oigo la voz cantarina de Mia al otro lado de la pared. Ha bajado a cenar toda de negro, con los ojos muy perfilados de ese color. Parece una niña pequeña jugando a disfrazarse, vestida con ropa que yo no le había visto antes y que la hace parecer a la vez mayor y menor demasiado maquillada.

Patrick levanta la tapa del cubo para sacar la bolsa de basura y maldice cuando se le cae y se esparce todo por el suelo. Veo la caja de pastillas vacía demasiado tarde; ya la está cogiendo, apartándola de mi alcance.

—¿Qué es esto? —me dice aterrado con el blíster en la mano, mirándome fijamente.

Ay, no, no, no habrá pensado que...

—No, Patrick, por favor, no me las he tomado todas... Están aquí —digo, y le enseño el botecito de plástico en el que las he guardado—. Las he guardado aquí, nada más.

Mira el blíster vacío y luego el botecito que tengo en la mano.

—¿Qué? ¿Por qué!

—Porque esa condenada vecina cotilla ha visto la caja. Me ha dado vergüenza... Me he sentido humillada al pensar que nuestros vecinos pudieran creer que estoy...

—¿Crear que estás qué...?

—Loca. Que estoy loca.

—¡Madre mía, Sarah! —dice, pasándose una mano por el pelo—. Que tomes pastillas no significa que estés loca, ¡las pastillas te ayudan a estar mejor! En cambio, esto..., que hayas hecho esto... Por Dios, por un segundo he pensado... ¿Y si Joe y Mía llegan a ver los blísteres vacíos? ¡Con lo poco que hace de tu maldita sobredosis! Habría bastado con que las metieras en un cajón, que las quitaras de en medio.

—¡No se me ha ocurrido! ¿Qué más da?

—¿Qué más da? —Levanta la voz, incrédulo. Aprieta la caja vacía de pastillas y la aplasta—. Te estás escondiendo otra vez, te niegas a admitir que tienes un problema, te revuelcas en el remordimiento en vez de intentar ponerte bien. —Menea la cabeza—. ¡Menos mal que los niños empiezan a ir a clase el lunes! Necesitan alejarse un poco de ti, les vendrá bien.

—¿Alejarse?

—Se nota que sientes remordimiento, por lo pegajosa que estás con ellos. Los agobias. —Ay, el remordimiento, mi amargo compañero. Remordimiento por lo de mi madre, por lo de Joe y ahora por lo que les he hecho pasar con esas pastillas—. Es lo mismo de antes —dice Patrick—. Con tu madre. No fue culpa tuya que muriera, tú no hiciste nada malo, pero no podías olvidarlo, ¿verdad? No podías llorar su muerte y pasar página, tuviste que dejar que te hundiera. Casi hundes contigo a toda la familia. Estuviste a punto de morir y yo no pude soportarlo, no pude aguantar que...

Está ronco y no sé si es de miedo, de frustración o de ambas cosas.

Sus palabras me han dejado sin aire y me cuesta respirar. Me fastidia haberles hecho eso, haber estado a punto de destrozarnos a todos. En aquellas semanas y aquellos meses horribles que siguieron a la muerte de mi madre, todo se me hacía demasiado, no veía más allá del dolor y del remordimiento. Me sobrepasaban. Pero lo de las pastillas..., eso no fue así. Yo no pretendía

morir. ¡No!

—Me estoy esforzando —dice—. Me estoy esforzando mucho, pero no puedo hacerlo yo solo. Dale una oportunidad a la casa, danos una oportunidad a nosotros. Hazlo mejor, Sarah. Consigue que esto funcione porque si no... —Inspira nervioso—. Yo ya no sé qué más hacer.

Me contagia su miedo. ¿Qué nos he hecho?

El otro día hablaba con alguien sobre este pueblo. Es un pueblo precioso, me decía. Yo iba allí de vacaciones cuando era pequeño. Y eso es lo que pasa. Todos venían aquí de vacaciones cuando eran pequeños. Si vienes de vacaciones, no ves la podredumbre. No ves la herrumbre ni las pintadas horrendas en muros escondidos. No ves el dolor, la tristeza, el mal, el aburrimiento infinito que lleva a la gente a beber, a fumar, a pelearse y a morir. No ves las puertas cerradas con llave ni las ventanas atrancadas. No oyes los gritos ni las súplicas al otro lado de esas puertas cerradas. Ves la feria, el pescado con patatas y el helado. Ves la arena y el mar y las meriendas al aire libre y los típicos palitos de caramelo. Ves casas bonitas con visillos y vistas al mar, no ves una casa donde ha muerto gente, no ves nada.

—Estaba pensado que, ahora que estamos aquí, podría buscar trabajo.

Patrick me mira y pasa la página del periódico.

—¿Con todas tus aptitudes?

—¿Cómo dices? —espeto, dándole un golpe en el periódico.

Ríe y deja el periódico.

—Perdona —dice—. Sabes que lo digo de broma. Pero poco a poco, ¿vale? ¿Cuándo fue la última vez que saliste a buscar trabajo? Primero quieres reunir a todo el vecindario y ahora quieres conquistar el mundo.

Cojo el periódico que él acaba de soltar y busco la página de ofertas de empleo.

—No pretendo conquistar nada, solo quiero un trabajo de media jornada. Se supone que vamos a empezar todos de cero. Yo necesito hacer más, hacer algo.

—¿No eres feliz? Tenemos esta casa, esta casa preciosa en este pueblo precioso...

—Sí, y ahora necesito una vida. No me basta con una casa. A lo mejor si hubiera tenido algo más antes... —Me callo.

—¿Qué?

—Tal vez habría llevado mejor la muerte de mi madre. —Mis palabras se quedan flotando en el aire y Patrick palidece. Me siento a su lado y le aprieto la mano—. Estoy decidida a conseguir que esto salga bien, lo prometo —le digo—. Tú, Caroline, los niños, habéis andado como locos intentando ayudarme, pero soy yo quien debe hacerlo. No quiero depender de unas pastillas para pasar el día. —Pone una cara de pánico que me hace reír—. No estoy planificando mi crisis de la mediana edad, estoy hablando de buscar un trabajo de media jornada, o de ir a clases de dibujo, o... No sé, algo.

Alarga la mano, me coloca el pelo por detrás de la oreja y me acaricia la mejilla.

—No te imaginas lo mucho que significa para mí que hayas hecho esto, que

te hayas mudado aquí, que te hayas comprometido con esto, con empezar una nueva vida. Pues claro que deberías buscar trabajo, ir a clase, lo que sea. Pero... Vamos a poner en solfa el resto de la casa primero. Luego seguro que te podemos encontrar algo que hacer. —Pero ahora que nos hemos mudado, me doy cuenta de que quiero más. Me muero de ganas de salir y de hacer algo. ¿No era eso lo que él quería para mí?—. Unas semanas. Un par de meses, eso es todo. Solo hace unos meses de lo de tu... enfermedad —dice—. No llevamos aquí más que dos días. Date un poco de tiempo para instalarte, para adaptarte. —Se levanta y lleva su taza al fregadero—. ¿Té? —me pregunta mientras llena de agua el hervidor—. Combustible para seguir vaciando cajas...

Vuelvo a mirar el periódico. Aun así, puedo ir solicitando empleos, y seguir vaciando cajas y decorando la casa mientras me contestan.

—Ah, espera —digo al verlo ponerse el abrigo para ir al trabajo—. Ayer encontré una cosa... —Corro arriba y vuelvo a bajar con las manos extendidas—. ¡Mira —digo—, C3PO y Luke Skywalker!

Coge las figuritas. Recuerdo que me ha hablado de las Navidades mágicas en que se las regalaron. Todas las figuritas de *Star Wars* que había pedido, una caja con más de doce. Las mejores Navidades de su vida, me dijo. Las he encontrado en el alféizar de la ventana de arriba, como si estuvieran allí para darle la bienvenida a casa.

—Estaban en nuestro dormitorio; las habrán encontrado Mia o Joe. ¿No decías que habías tenido a todos los personajes? He estado buscando, pero no he visto más.

—No son mías.

—Claro que sí, me hablaste de ellas.

—Las mías fueron a la basura hace tiempo.

—¿Las tiraste a la basura?

Me ignora y sigue hablando.

—Y aunque fueran mías, da igual. Son muñecos. Trozos de plástico viejo sin valor, nada más —dice, y entra en la cocina y las tira a la basura.

Si no son de Patrick, igual estaban ya aquí cuando nos mudamos, con lo que podrían ser de uno de los niños de los Evans. Meto la mano en el cubo, las saco y les quito el polvo. Patrick me ve hacerlo, pero no dice nada. No estaban en la ventana hasta hoy. Las habría visto.

Me tiemblan las manos. No creo en fantasmas, pero imagino a ese niño muerto que deja a medias un juego para siempre cuando un loco entra por la

puerta. Sé que es una tontería. Sé que seguramente Joe y Mia se las han encontrado en algún rincón olvidado y las han dejado allí, pero... no me parece bien tirarlas. Tanto si son de Patrick y él ya no se acuerda de que aún las tenía como si pertenecieron a uno de los hijos de los Evans, en su día fueron muy valiosas para alguien. Las guardo al fondo de un cajón. A salvo pero escondidas.

Una brisa me eriza el vello de la nuca. Sé que es por la ventana abierta, pero la siento como un aliento. El aliento de un fantasma cuando cierro el cajón.

Cuando acompaño a Patrick a la puerta, veo a Mia en la playa, a unos metros de la orilla, con la cabeza gacha y encorvada, abrazándose para protegerse del viento. ¿Por qué nunca se pone el abrigo? Cojo del vestíbulo su abrigo del uniforme y cruzo la calle detrás de ella.

—Ponte esto —le digo cuando la alcanzo, luego retrocedo al ver que una ola se me acerca demasiado a los pies. Mia no se da cuenta y el agua le moja los zapatos.

Me mira y coge el abrigo, pero no se lo pone. Se abraza a él, como protegiéndose por delante, dejando el resto aún expuesto al viento y a las salpicaduras de agua salada.

—Gracias, mamá.

—¿Qué haces aquí fuera?

Se encoge de hombros y mira el teléfono que lleva en la mano.

—Quería llamar a Lara, pero en la casa la cobertura es una mierda.

Lo es. Me cuesta menos evitar las llamadas de Caroline cuando salta directamente el buzón de voz.

—¿Lo has conseguido?

—Buzón de voz —masculla—. Quería que papá me acercara a Cardiff. Hoy es el último día de las vacaciones de Semana Santa; había pensado que podíamos comer juntos y luego yo quedaba con Lara, pero me ha dicho que no.

La veo muy desinflada. Patrick y ella iban al centro a menudo en vacaciones.

—Ahora está muy ocupado... Pero seguro que lo hará encantado en las próximas vacaciones.

—Sí, claro. Ya nunca tiene tiempo para mí. No piensa más que en la casa, en el trabajo y en ti.

Yo también lo he observado, lo distraído que está con la casa, con el trabajo, conmigo... ¿Cuándo fue la última vez que tuvieron una de sus comidas de padre e hija? Su cuarto es el primero que vamos a decorar, Patrick se ha empeñado en eso, pero habla de ello como abstraído, sin implicarla a ella. Lo hace como si fuera lógico esperar que la de Mia sea la primera habitación que hagamos, no como si quisiera hacerlo así. Esa inquietud que he sentido desde que pusimos un pie en la casa me aprieta ahora un poco más. Patrick parece solo medio presente, ¿qué lo tiene tan abstraído? ¿Es porque está preocupado por mí? ¿Por la casa?

—Tu padre solía traerme aquí hace años —digo, y desentierro una concha con el pie. Mia se agacha a cogerla—. No a esta playa en concreto, a una que hay un poco más abajo. Me encantaba venir. Me compraba helado y paseábamos por la playa, luego comíamos pescado con patatas. Joe y tú ibais en un carrito doble y os dábamos patatas y helado como si fueseis pajarillos, ahí sentados con las boquitas abiertas.

Mia sonríe y se agacha a coger otra concha.

—¿Te acuerdas de aquellas vacaciones en Cornwall, que tuvimos mucha suerte con el tiempo y bajábamos a la playa todos los días? Teníamos una casita a cinco minutos del mar y, al final de la semana, te juro que había más arena y más conchas en la casita que en la playa.

Me noto el pecho menos tenso.

—Podríamos hacerlo aquí también. Cuando el tiempo mejore. Te prometo que el primer día que haga bueno, nos traeremos aquí la comida y yo os invitaré a todos a helado y terminaremos el día con un paquete de patatas fritas.

—¿Nos comprarás también un cubito y una pala? Acuérdate de que el mío tiene que ser rojo y el de Joe amarillo.

—Por supuesto. A cinco minutos de casa hay una tienda donde los venden.

Llega otra ola y nos moja los pies a las dos. Ríe cuando grito y casi me caigo.

La risa de Mia, el puñado de conchas, la sal del agua del mar que me salpica la cara, el romper de las olas y los graznidos de las gaviotas, el azul que asoma entre las nubes... Siento que empezamos a construir algo. Es la promesa: no solo una semana junto al mar y luego de vuelta a las casas cuadradas y la parcela de césped de la periferia. Ahora vivimos aquí, vivimos esto y casi puedo verlo: la arena en el vestíbulo, la colección de conchitas en las estanterías, el sol iluminando los cuencos de vidrio marino de la ventana...

Que les den a los vecinos; si consigo que también Mia lo vea, a lo mejor esto podría funcionar para todos nosotros.

Pero entonces miro alrededor y la casa parece cerrada y oscura, y me vuelvo a notar en la nuca ese aliento fantasmal. Parece que no vive nadie en ella. Mia mira al mismo sitio que yo y veo que se encorva otra vez.

—Habrá que volver igual, ¿verdad, mamá? —dice—. Después de la comida al aire libre y del helado, habrá que seguir viviendo en la casa maldita.

Le cojo la mano y se la aprieto.

—Somos nosotros quienes tenemos que convertirla en otra cosa, en algo increíble. No tiene por qué seguir siendo la casa maldita si no queremos. Voy a ir para allá ahora mismo a abrir todas las ventanas...

—¿Y que se vayan los muertos?

—Que se vaya la historia. No hay fantasmas, solo recuerdos. Ian Hooper está en la cárcel y nosotros podemos convertir la casa en lo que queramos. Dejaremos que la brisa del mar se lo lleve todo y la llenaremos de recuerdos nuevos.

—¿Lo has notado...?

—¿El qué?

—Que hay puntos fríos en la casa. Aunque la calefacción esté encendida, a veces cruzo una habitación y es como si la temperatura bajara veinte grados.

—Es una casa vieja con muchas corrientes.

Me pone los ojos en blanco.

—Corrientes, claro.

Sonrío y le doy un codazo; me niego a que se pierda ese rayo de esperanza.

—Venga ya, Mia... Eres demasiado mayor para creer en fantasmas. Te estás dejando llevar por tu imaginación, nada más. A mí también me ha pasado, pero hay que hacer un esfuerzo.

—Supongo que podría estar bien —dice a regañadientes, pero lo dice, y eso ya es algo—. Está bien tener un poco de tranquilidad por fin, y que Caroline no esté entrando y saliendo a todas horas como si viviera con nosotros.

La miro sorprendida. No tenía ni idea de que le molestara. Caroline siempre ha estado pendiente de nosotros, sobre todo en los últimos meses, haciendo de madre cuando yo no conseguía serlo.

—Antes la llamabas tita Caroline.

Suelta un bufido.

—A lo mejor tita Caroline no es tan buena amiga como aparenta.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada. Olvídalo. Me gusta verte tan...

—¿Tan qué?

Se encoge de hombros.

—¿Positiva? Y no ha sido cosa de Caroline, ¿no? Imagino que todo esto tendrá su lado bueno.

Cuando entramos en casa, veo que Joe baja las escaleras subiéndose la cremallera de la sudadera con capucha.

—¿Adónde vas?

—A la feria —dice, y se saca un puñado de monedas del bolsillo—. Voy a hacernos millonarios en las casetas. ¿Venís?

Niego con la cabeza.

—Tengo que seguir vaciando cajas. ¿Por qué no vais juntos? —Saco el monedero y le doy un billete de diez libras—. Anda, gastáoslo todo.

Joe sonrío.

—Vamos, hermanita —dice, tirándole a Mia del pelo.

Desde mi dormitorio los veo bajar la calle, riendo y empujándose el uno al otro. Al ver a Joe sonreír así me imagino contándole la verdad y a él entendiéndolo y superándolo. Esa sensación, esa buena sensación en la boca del estómago crece. Lo vamos a conseguir, lo sé. Patrick tenía razón, este es un buen sitio. Me pregunto si Marie Evans se sentiría así cuando se mudó a esta casa, pero enseguida me borro esa idea de la cabeza.

Vuelvo a oír el carrillón de viento y abro la ventana de par en par para ver si averiguo de dónde proviene la música. Cuando la brisa del mar se cuela en la casa e inunda la estancia, tengo la sensación de que se lleva algo más que unos viejos recuerdos de muerte y de asesinato, se lleva también parte de la oscuridad y de las telarañas que se habían alojado en mi interior. Yo he estado como la casa, cerrada a cal y canto y perdida durante demasiados años, deslizándome despacio hacia un precipicio que no veía venir.

Una ráfaga de viento más fuerte abre del todo la ventana y vuelca la taza con los narcisos de Lynn Barrett que había subido a mi cuarto y dejado en el alféizar de mi ventana. El aire atrapa las flores, las lanza a la calle y estas caen como lluvia y aterrizan a los pies de una mujer que pasa por allí.

—¡Perdone! —le grito.

Levanta la vista y ríe.

—No se preocupe: es la primera vez que alguien me tira flores a los pies. —Se agacha a cogerlas, las sostiene en alto y yo sonrío de pensar en lo raro que debe de parecer que me ofrezca un ramillete de flores mientras estoy asomada a la ventana—. ¿Las quiere? —pregunta.

—¡Quédeselas! —le digo.

Entierra la nariz en los narcisos, mirando la pila de cajas de mudanza que he dejado a la puerta de casa.

—Gracias —contesta—. ¿Se acaban de mudar? Tendría que ser yo quien les trajera flores para darles la bienvenida al pueblo.

—Me gusta hacer las cosas de otro modo.

—Si saluda a todos sus nuevos vecinos de este modo, se lo agradecerán mucho. —Vuelve a sonreír—. Soy Anna, por cierto.

—Sarah.

—Bueno, encantada de conocerla, Sarah. Suerte con todas esas cajas. Seguro que nos vemos por ahí.

La veo marcharse con mis flores en la mano y creo oírla tararear una canción. No me ha parecido en absoluto morbosa y vuelvo a albergar una esperanza; no se me había ocurrido, no me había parado a pensar en lo que esta mudanza podía ofrecerme: un pueblo nuevo, nuevos amigos, quizá un trabajo nuevo. Podría ser una aventura. Podría ser la aventura que necesitaba. La brisa marina se cuele de nuevo en casa y, por un segundo, tengo la sensación de que me hace levitar.

Pero entonces veo a Lyn Barrett salir de su casa y me desplomo de golpe. ¿Qué está diciendo para que Anna se vuelva a mirarla de ese modo? ¿Piensa que le he tirado las flores a propósito? ¿Le está hablando de la casa, de los asesinatos? ¿Le está contando algo de Patrick, alguna otra de esas insinuaciones insidiosas? ¿O le está hablando de esa loca grosera que la echó de su casa? Me asomo un poco más, como si el viento fuera a traerme sus palabras. ¿Qué ponzoña estará lanzando?

«Ellos serán los siguientes —me susurra el viento—. No te hagas amiga de ella, pronto estará muerta, como Marie Evans, muerta, muerta, muerta, y no quedará de ella más que sangre en las paredes.»

Cierro de golpe la ventana.

No.

Basta.

Debería estar vaciando el resto de las cajas, pero lucía el sol y he tenido que salir, alejarme de mis propios pensamientos. Persigo otra vez esa esperanza. He recorrido todo el paseo marítimo hasta el pueblo. Hay algo particularmente triste y desolado en una población costera fuera de temporada: aunque estamos en Semana Santa, la mayoría de las tiendas están cerradas y la playa está desierta, salvo por alguna que otra persona paseando al perro. Estoy pensando que igual me acerco a la feria y les compro a mis hijos ese paquete de patatas fritas. Me meto por una perpendicular y me detengo al pasar por una galería de arte. Esa es la clase de sitio donde me imagino trabajando. Podría entrar a preguntar, ¿no? Aunque solo trabajase como voluntaria, podría añadirlo al currículum.

Ocupa el escaparate una marina grande. Kilómetros de azul y, en primer plano, un banco del paseo marítimo visto por detrás, con dos figuras sentadas en él, mirando al mar, y un perrito acurrucado junto al banco. Es bonito, pero nada del otro mundo; entrañable, como de postal de Navidad. Las pinceladas son planas y, a pesar del tamaño de la pintura, el paisaje no produce sensación de profundidad, ni asombro.

—¿Qué te parece?

Doy un repullo y, al volverme, veo a la mujer que me habla. Me dedica una amplia sonrisa que me resulta familiar.

—Perdona, ¿te he sobresaltado? —Lo dice riendo y a mí me ruboriza lo exagerado de mi reacción. Caigo en la cuenta de que es Anna, la mujer a la que he conocido antes, la que se ha llevado a casa mis flores—. Han sobrevivido a la caída, las flores. Me han alegrado mucho el piso, y el día. Gracias. —Nos sonreímos las dos—. Paso por aquí a diario y aún no me he decidido —dice.

—¿Sobre qué?

—¿Amigos o amantes?

—¿Cómo?

—Los del cuadro —dice, y señala la marina—. No tengo claro si son un matrimonio mayor que ha salido a pasear o dos amigos que se han parado a charlar. O amantes que se reúnen furtivamente. —Vuelvo a mirar la pintura. Una de las figuras está inclinada sobre la otra como si fuera a susurrarle algo al oído o a darle un beso—. Yo pienso que son extraños —añade—. Se acaban de conocer en ese mismo instante, en el banco.

—A mí me parecen más que desconocidos.

—Eso es porque hay chispa. No romántica, esa que uno siente cuando

charla con un desconocido y piensa que podrían ser amigos. Una conexión instantánea.

Eso me pasó con Caroline: nos saludamos el primer día de clase en la universidad y supe enseguida que seríamos amigas. Vuelvo a mirar a Anna. Es más alta que yo, de mi edad o algo mayor. Pelo corto y oscuro, pómulos prominentes. Lleva vaqueros como yo, pero es más moderna: ese lápiz de ojos grueso de color negro y el pelo corto... Si cambiamos las Converse por unos Dr. Martens y añadimos algún *piercing* más, podría ser una de esas chicas a las que yo quería parecerme en la facultad.

—De todas formas, la pintura es una mierda —dice, sonriendo otra vez.

Río sorprendida. Aunque me cueste reconocerlo, en cuanto la he visto he pensado que yo lo haría mejor.

—No está mal —digo en cambio, una respuesta tan insípida como el cuadro. Se hace un silencio que debería ser incómodo, pero no lo es—. ¿Pintas o solo eres crítica de arte? —pregunto.

A lo mejor me resulta familiar porque es una de esas chicas de la facultad a las que quería parecerme, si no de mi escuela, de cualquier otro curso de Bellas Artes.

—La verdad es que no —contesta—. Quise hacerlo en su día. En el cole se me daba bien, pero... dudo que fuera lo bastante buena para dedicarme a ello. Ahora disfruto de las pinturas de otros, ahorro para comprar algunas para las paredes de mi casa y con eso me basta. ¿Tú?

Abro la boca para contestar, pero vuelvo a cerrarla. ¿Qué soy yo ahora? ¿Puedo considerarme pintora?

—Antes sí —digo—. Antes pintaba. Pero, en realidad, estoy intentando reunir el valor necesario para entrar a pedir trabajo.

Hace una mueca.

—No hay mucho trabajo por aquí en esta época del año, la mitad de las tiendas son de temporada, quizá tengas más suerte en verano. —Se acerca al escaparate—. Este cuadro siempre me hace reír —dice, y yo le busco el lado cómico a la marina allí expuesta—. ¡Lo ha titulado *Costa galesa!* ¿En serio? ¿Con el cielo azul? ¿El mar en calma, ni una nube en el firmamento? ¿Has visto alguna vez un paisaje así por esta zona?

Niego con la cabeza.

—Debería ser gris —digo—. Gris, sombrío y tormentoso.

Me mira.

—No siempre. Conozco lugares con colores un millón de veces más

bonitos. Colores de verdad, además.

—¿Por aquí?

Asiente.

—En serio. Sitios preciosos, preciosos.

Pienso por un momento que se va a ofrecer a enseñármelos y me agarroto, y me preparo para disculparme amablemente y marcharme con disimulo, pero ella suspira y recoge su bolsa de la compra.

—Más vale que vuelva al trabajo —dice—. Me alegro de volver a verte. A lo mejor me paso por tu casa y te llevo flores para darte la bienvenida al pueblo. —Al llegar a la esquina, se vuelve hacia mí—. Oye, cuando no estoy criticando la obra de los artistas locales, trabajo media jornada en el local de Broad Street. El café es una mierda, pero el servicio es excelente. Ven alguna vez y te digo dónde están las playas buenas.

Debería irme a casa, a seguir mirando las ofertas de empleo del periódico, pero, en cambio, menos de una hora después de ver a Anna a la puerta de la galería, me sorprende dirigiéndome al café de Broad Street, escogiendo una mesa junto al ventanal y cogiendo la carta plastificada. Anna se sienta enfrente.

—No pensaba que fueras a aceptar mi propuesta —dice—. Ahora voy a tener que decirte la verdad: el servicio es igual de malo que el café.

—Pero ¿no eres tú la que sirve?

Ríe.

—Te voy a traer un café en vez de las flores que te debo, pero luego no digas que no te lo he advertido.

En cuanto se va, saco mi bloc de dibujo. No lo he abierto desde que llegamos. Apenas lo he tocado desde que murió mi madre. El mundo quedó cubierto por una capa de gris y no me apetecía dibujar ni pintar nada. A lo mejor por eso Joe y yo nos hemos distanciado: siempre hemos estado más unidos cuando dibujábamos juntos. Estoy mirando un boceto que hice de Joe y Mia, de los dos acurrucados en el sofá, riendo, cuando aparece una sombra en la hoja.

—¡Guau, qué bueno! ¿Lo has hecho tú? —Levanto la cabeza y asiento, y contengo el impulso de arrebatárselo cuando se lo acerca para verlo mejor—. ¿Son tus hijos? —Asiento de nuevo—. Se parecen mucho —dice con una sonrisa. Me estremezco y lo nota—. Perdona, ¿he dicho...?

Niego con la cabeza.

—No es un buen dibujo.

Lo miro mejor. No es por falsa modestia, es que no es mi dibujo más afortunado de ellos, pero sí uno que no paro de mirar. Anna tiene razón: a pesar de la diferencia de edad, entre otras cosas, los he dibujado de forma que parecen gemelos.

—Oye, Sarah —dice—, tengo algo para ti. —Se acerca a la barra y vuelve con un folleto—. La galería nos ha pedido que los pongamos por ahí, pero aún no he podido pegarlo en el ventanal. No es un trabajo, pero sí una oportunidad. —El folleto anuncia que va a tener lugar próximamente una exposición abierta en la que se exhibirá la obra de artistas de la zona—. Las hacen bastante a menudo —dice—. Y siempre buscan artistas nuevos a los que promocionar. Como supondrás, el talento es un poco limitado en un pueblo del tamaño de este. Los superarías a todos.

Meneo la cabeza.

—No puedo... No podría. Hace meses que no pinto nada en condiciones.

Está echando otro vistazo a mi cuaderno y se detiene en un dibujo a carboncillo de Patrick. No le puse fijador y se ha emborronado todo, pero su rostro sigue ahí.

—No tienen por qué ser cuadros. ¿Por qué no enmarcas algunos de tus dibujos? Anda, por favor, dame algo decente que mirar en el escaparate de la galería. —Me devuelve el cuaderno—. Habla con Ben Owens, es quien lleva la galería. Enséñale este cuaderno, a ver qué te dice. —Deja de hablar y se recuesta en el asiento—. Perdona, te estoy asustando, ¿no? Me pasa constantemente. Paro de darte la lata y te dejo tomarte el café. Pero vuelve cuando quieras. Y si cambias de opinión respecto a la galería... —Garabatea su número en el folleto, lo mete en mi cuaderno de bocetos y se levanta—. Me alegro de volver a verte, Sarah.

Se va, haciendo sonar sus pulseras, y creo que ya sé por qué me resulta familiar. Me recuerda a Caroline, a cómo nos conocimos, a cuando me abordó, toda pelo bicolor, nariz perforada y seguridad en sí misma, aquel desconcertante primer día de clase en la universidad.

Aprieto con fuerza el folleto camino de casa y se me desboca el corazón al imaginarlo. No he vuelto a exponer desde que estaba en la facultad. Estuve a punto de reunir una colección, cuando Joe y Mia aún iban un rato a la guardería, pero, al final, no hubo sitio para mí. Caroline expuso allí en mi lugar y yo dejé de intentarlo.

—¿Qué es esto? —pregunta Patrick cuando vuelve del trabajo, cogiendo el folleto que he dejado en la mesa.

—Hay una galería de arte en el pueblo —digo—. Organiza exposiciones de artistas locales. Estaba pensando en bajarles algunas de mis obras y ver si les interesó para la próxima. —No reacciona, así que prosigo—. Creo que sería bueno para mí, para nosotros. —Hablo más rápido, atropelladamente, llevada por la emoción—. Si lo hiciera, podría salir, empezar a pintar algo nuevo otra vez. Mi vida tendría sentido. Y quizá podría vender un par de ellos y ayudar, ¿no? A pagar la pintura y el papel pintado por lo menos. —Podría ayudarlo a dejar esta casa perfecta.

Patrick mira ceñudo el folleto.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Titubea.

—¿Estás segura?

—¿A qué te refieres?

—Bueno..., no has hecho ni dos años de Bellas Artes. —Me coge la mano y me la aprieta—. Yo creo que eres una pintora extraordinaria, ya lo sabes, pero todos los demás serán profesionales con años de experiencia. ¿No sería preferible empezar por algo menos ambicioso? ¿Algo menos... público?

No puedo evitar mirar hacia el vestíbulo, donde Patrick ha colgado uno de mis cuadros. Lo pinté después de acceder a mudarnos aquí, cuando salimos del hospital. Pretendía que fuera esta casa como la ve Patrick, pero no me salió bien, hay algo raro en los ángulos y en los colores. Procuré esconderlo, pero él lo ha encontrado y se ha empeñado en colgarlo. Mira al mismo sitio que yo.

—Adoro tus cuadros, claro que sí, porque los has pintado tú. —Suspira y me estrecha en sus brazos—. Como afición está bien, pero ¿para exponer? ¿Tú crees que estás preparada para eso?

Me aparto.

—No era más que una idea.

Ya casi estoy saliendo del salón cuando me grita.

—¡Eh, no te preocupes! Si al final lo haces y nadie quiere tus cuadros, voy yo, me hago pasar por un desconocido y compro uno. No dejaré que seas la única que no venda nada.

Tiene razón. Me he dejado llevar por la ilusión al oír a Anna elogiar mis dibujos. Qué boba soy. Cojo el móvil y hago una llamada en cuanto subo arriba.

—¿Anna? Soy Sarah... Sí, la de las flores. Oye, que no me voy a presentar a esa exposición. No..., no soy pintora profesional, no quiero hacer el ridículo, pero me preguntaba si tendrías un rato para tomar un café...

En mi sueño, ese sueño que tengo sobre la casa que no es más que una casa y aún no es la casa maldita, todas las habitaciones del pasillo tienen puerta y todas las puertas están cerradas. Siempre que tengo ese sueño, las puertas están cerradas. Pero..., pero... creo..., creo que anoche, en mi sueño, una de las puertas estaba abierta. Me he despertado y creo que he gritado o chillado o algo así, pero no pasa nada porque no había nadie allí que pudiera oírme.

¿Te has despertado tú esta noche? ¿Te ha llegado el sonido de mis gritos? ¿Lo ha atrapado la brisa marina y lo ha llevado por el pueblo hasta tu habitación? ¿Te has despertado con el vello de la nuca erizado al oír el eco de mi voz?

Me aseguro de levantarme temprano el primer día de clase de Joe y Mia. Joe está guardando unos dibujos en su carpeta y Mia está moviendo las tostadas por el plato, pero los dos dejan de hacer lo que están haciendo y me observan cuando saco las pastillas del armario. La casa entera se detiene hasta que me trago la pastilla y luego todo continúa. Sigo a Joe y a Mia hasta el sendero para despedirlos. Su nuevo colegio no está muy lejos. Ojalá aún fueran pequeños y me dejaran llevarlos a clase. Pero mis hijos tienen diecisiete y quince años y preferirían morir a que su madre los lleve al colegio. Mascullan un adiós y yo me quedo allí plantada, envolviéndome con los brazos para protegerme de la brisa marina, observándolos hasta que llegan al final de la calle.

Trago saliva, fuerzo un suspiro y vuelvo dentro, pero me detengo cuando veo a alguien en el paseo marítimo, medio oculto por la bruma matinal. Está de espaldas al mar, mirándome a la luz fría de la mañana. De pronto siento rabia, no miedo, y cruzo la calle a grandes zancadas.

—¡Eh! —le grito a la figura, que ahora se aleja—. ¿Qué problema tiene?

Pero le grito a la nada, le grito al viento. Quien fuera se ha ido por la colina. Cuando llevo subido medio monte, sin aliento y helada con una camiseta fina, vuelvo a bajar y paso por delante del veintiocho, donde Lyn me observa desde la ventana de la planta de arriba. Patrick está en la puerta de nuestra casa, poniéndose la chaqueta y entro rozándolo.

—¿Va todo bien? —pregunta, y yo asiento y levanto la cara para que me bese.

No voy a decirle que perseguía a un mirón que él piensa que no existe.

—Me ha parecido ver a alguien que conozco, nada más —digo, y hago una mueca cuando pienso en lo poco creíble que resulta porque, en realidad, aún no conozco a nadie del pueblo.

Me mira extrañado y levanta la vista al paseo marítimo ahora vacío.

—Procuraré llegar a casa pronto.

—No digas bobadas —le espeto—, estoy bien.

Titubea, con la mano en la puerta.

—No te olvides de tomarte las pastillas, ¿vale?

Doy un respingo cuando cierra de golpe la puerta a mi espalda y tengo que inspirar hondo, nerviosa. Miro por la ventana: el paseo marítimo está vacío. Vuelvo a la cocina pasando por la puerta principal para asegurarme de que la cadena está echada y el cerrojo también. Oigo de nuevo el suave sonido del carrillón de viento, solo que esta vez suena más, como si estuviera colgado a la entrada de nuestra casa. He mirado en los jardines de los vecinos y no he encontrado el origen de las campanillas. Al principio me gustaba esa melodía metálica, pero a veces desafinan, una nota discordante que me inquieta.

Enciendo la radio y, cuando empieza a sonar un clásico de Prince, subo el volumen para cantarlo. Cojo un paño y limpio la ventana de la cocina; cuando termino, la abro de par en par. Hace la estancia más luminosa y me alivia un poco de la angustia.

Cuando todas las superficies están limpias y todos los platos lavados, me vuelvo hacia la montaña de cajas. Juraría que ha crecido desde ayer; ayer era los Andes, hoy es el Himalaya. Ojalá pudiera chascar los dedos como Mary Poppins y vaciarlas todas en segundos. Quiero imaginármelo como podría ser: cuadros en las paredes recién decoradas, maderas pulidas y flores frescas por todas partes; preciosos muebles antiguos y los suelos restaurados. Mi casa de muñecas hecha realidad. Aunque parezca pueril, estoy deseando empezar con lo divertido.

Me suena el móvil y me entra otro mensaje de Caroline. Aún no he atendido ninguna de sus llamadas desde que nos mudamos; no quiero oír sus advertencias y ese tono de constante preocupación. Voy a esperar a que estemos completamente instalados y yo haya dejado de tomar las pastillas, luego la invitaré a venir. Le demostraré que he tomado la decisión correcta al mudarme.

«Como dijiste que no tardarías en contárselo a Joe, le he pedido a Sean que averigüe en qué centro estaba internada Eve. Ya te dije que a lo mejor no nos dan esa información, pero sería un comienzo si el chico quisiera localizar a su familia.»

Aprieto el teléfono. Maldita sea, ¿por qué sigue entrometiéndose? No es el mejor momento, aún no, y tampoco es ella quien debe decidirlo. Joe necesita asentarse, estar bien cuando se lo contemos. Su sonrisa debe ser más permanente. Apenas hace nada de su accidente, ni de las sesiones de terapia

interrumpidas, ni de la mudanza. Cuando se lo digamos, tendrá dudas sobre su madre y sobre cómo digerir que la de verdad fuera una drogadicta que murió de sobredosis. Ay, la amarga paradoja del destino de Eve comparado con mi reciente experiencia; ¿sería su sobredosis accidental como la mía? Respondo a Caroline con un mensaje seco de dos palabras: «Déjalo estar». Con lo de mis pastillas, he complicado la posibilidad de llegar a contarle a Joe la verdad.

El sol se abre hueco entre las nubes y brilla en los picos de la montaña de cajas de cartón. Vivo junto al mar y ha salido el sol: no quiero quedarme encerrada en casa, atrapada por el miedo a un mirón que podría ser simplemente alguien paseando por el monte, intrigado por la casa maldita y por la familia que se ha mudado a ella.

«Consigue que esto funcione —me resuena en la cabeza el susurro suplicante de Patrick—. Hazlo mejor.»

—Que le den —mascullo, me guardo el teléfono y cojo las llaves.

¿No es esa la actitud que debemos tener? ¿No es eso lo que nos ha traído aquí? No se trata de huir de algo, sino de correr hacia algo. No es la playa tropical de mis sueños, pero es una aventura, o podría serlo si yo quiero.

Hay una tienda de bricolaje en el pueblo, pequeña, oscura y atestada de antiguos armaritos y de estantes repletos de tuercas, tornillos, bisagras. Huele a serrín y a humedad, y todo está cubierto por una capa de polvo. El pequeño suministro de pintura y de papel pintado de que disponen seguramente cuesta el doble que en una de esas tiendas enormes de la periferia, pero no quiero esperar. Quiero volver a verle esa cara a Patrick otra vez: de emoción, de ilusión, de promesa.

Yo puedo ayudar. Este bote de pintura de color blanco tiza Farrow & Ball, este rollo de papel pintado de mariposas Osborne & Little, eso lo puede hacer feliz. Añado más latas, más rollos de papel a mi pila, aunque me quedo tiesa cuando veo el total. No pasa nada, me digo. El dinero de mi madre estaba ahí para hacernos felices, y en eso lo voy a invertir: en curar a nuestra familia y proporcionarnos un hogar.

Cuando me planto delante del mostrador, me noto un cosquilleo en la nuca y, al volverme esperando ver a alguien a mi espalda, descubro que la tienda está vacía.

—Va a estar atareada —me dice el hombre que me atiende, señalando las

bolsas que tengo alrededor de los pies mientras esperamos a que el banco acepte el cargo en mi tarjeta.

Río.

—De eso se trata.

—Oiga —me dice cuando ya me voy—, ¿no es usted la de la... la casa de Seaview?

Sé lo que iba a decir: la casa maldita. Eso me iba a preguntar en realidad. Mi risa se esfuma. ¿Eso es lo que somos? ¿La nueva familia de la casa maldita? Agarro más fuerte las bolsas con lo que he comprado y aprieto el paso, ignorando la pregunta. No, no es eso lo que vamos a ser.

Paro y me siento en un banco del paseo marítimo, y dejo a mis pies las bolsas de pintura y papel pintado.

—Me ha parecido que eras tú.

Levanto la vista y sonrío a Joe, que se sienta a mi lado. No me gusta el uniforme de su nuevo colegio, demasiado negro. Lo hace parecer muy pálido, ojeroso, demasiado delgado debajo de tantas capas de ropa holgada.

—Has salido pronto —digo.

—He tenido un par de descansos.

—¿No te estás escaqueando como yo, entonces?

—¿De qué?

Suspiro.

—Le he prometido a tu padre que pasaría el día vaciando cajas, pero hay tantas y hacía tanto sol que...

—... que te has escaqueado.

—Sé que hay que hacerlo, pero...

—No pasa nada, mamá. No tienes que darme explicaciones.

—¿Cómo ha ido tu primer día? —pregunto.

Se encoge de hombros y se recuesta en el banco, levanta la cara al sol que apenas calienta y cierra los ojos.

—Las clases, bien, supongo —dice—. Tienen un aula de dibujo bastante decente y me gusta la profesora de Arte. Me va a ayudar a montar mi portfolio.

Paso tantísimo tiempo preocupándome por Joe, por que llegue a enterarse de lo suyo, por perderlo, que a veces me olvido de disfrutar de él en el momento. Es estupendo oírlo hablar con tanto entusiasmo, oírlo planificar un futuro. Podría contárselo ahora, aquí, en terreno neutral, solo él y yo.

Confesárselo todo y hacerle entender nuestras razones para haberle mentido tanto tiempo, ayudarlo a entender lo mucho que lo quiero, lo importante que es ahora en nuestra familia. Entonces el sol se esconde detrás de una nube y la sombra que proyecta sobre su rostro lo hace parecer más pequeño y mayor y frágil, e imagino cómo lo destrozarían mis palabras. Así que me las vuelvo a tragar.

—¿La echas de menos? —me pregunta.

—¿El qué, la otra casa?

Asiente con la cabeza.

Miro al mar mientras lo pienso. ¿La echo de menos? Echo de menos a Caroline. Echo de menos poder elegir tiendas y restaurantes. Pero, aun con todos los años que pasamos allí, ¿le tenía cariño a esa casa? Era tan pequeña, tan nueva, tan anodina. Anónima, casi un lienzo en blanco. Nuestra casa nueva está repleta de peculiaridades. Llena de potencial. Pero también de otras cosas.

—Me entusiasman las posibilidades de esta —digo—. De la casa y del pueblo. Espero con ilusión el verano, cuando la casa ya esté terminada y podamos salir más. Pero esta noche me he despertado un montón de veces: por el viento, los chasquidos y los crujidos de la casa, el mar... Despierto con el corazón desbocado, imaginando... —No sigo, pero Joe asiente de todas formas.

—Sí, ya sé. —Se encorva, con la cabeza gacha, la cara oculta por su pelo oscuro—. ¿Y esto qué es? —pregunta, señalando las bolsas que tengo a mis pies.

—Quiero que hagamos nuestra la casa —contesto—. Ponerla bonita. Que sea un hogar.

Cuando Joe vuelve a clase, me voy a casa. Suena el teléfono en cuanto abro la puerta. Lo cojo y oigo un chisporroteo, un silbido que parece el viento. Espero, pero nada. Será una mala conexión, o alguien que se ha equivocado. No voy a dejar que eso me asuste, hoy no. La botella de vino medio llena de la cocina me llama, pero niego con la cabeza y la guardo al fondo de un armario.

Saco al vestíbulo las cajas apiladas en el salón y empiezo a pintar: el gris claro cubre el magnolia amarillento cubierto de manchas de humedad. La estancia cobra vida con cada pasada del rodillo y vuelvo a reír, allí sola. Estoy cubriendo de pintura la historia de la casa, a Ian Hooper y sus horribles

crímenes. Se la estoy devolviendo a Patrick, viva, no muerta. Una casa feliz. Un hogar. Estoy impaciente por que Joe y Mia vean en lo que puede convertirse este lugar.

Titubeo al llegar a la puerta. A media altura hay unas marcas de bolígrafo y unas iniciales garabateadas en la pared. Una tabla de estatura improvisada: TE y BE. Tom y Billy Evans: Billy, que no pudo superar la última marca, la de los nueve años; Tom, de siete años, que se escondió del monstruo metiéndose debajo de la cama y desapareció después del juicio. Mientras vacilo, el rodillo chorrea pintura al suelo. ¿Tengo que ser yo quien borre ese último momento? Inspiro hondo, pego el rodillo a la pared y lo deslizo arriba y abajo, tapando las marcas de bolígrafo, tapando los fantasmas de los dos niños que vivieron aquí.

—¡A la mierda! —digo, pero se me han pasado las ganas de reír y se me empieza a hacer un nudo en la garganta.

Pinto la pared hasta el final, suelto el rodillo en la bandeja y me retiro para mirarlo. La tabla de estatura ha desaparecido, la pared está lisa y no hay marcas.

Mia llega la primera y salgo a recibirla al vestíbulo, y la sigo mientras se quita los zapatos y suelta la mochila y el abrigo en el suelo. Resisto la tentación de recordarle que lo cuelgue.

—Bueno, ¿qué tal?

Se encoge de hombros, va a la cocina y abre la nevera.

—Bien. He dado un poco el cante plantándome allí a mitad de curso...

—¿Se han portado bien contigo?

Ríe.

—Mamá, que no estoy en primero...

—Aun con todo...

—Pues no me han sentado en medio de un círculo para cantarme canciones de bienvenida, pero han sido bastante amables, supongo. Los profesores son como todos los profesores. Hay algún imbécil, nada reseñable.

—Me alegro —digo, abro el armario y saco unas galletas—. De verdad.

—¿Qué has estado haciendo tú? —pregunta, chupando el chocolate de una Hobnob.

—Ven —le digo, y me la llevo al salón, impaciente por ver su reacción.

—Muy bien, mamá, pero te has dejado un trozo.

—¿Qué? ¿Dónde?

Mia señala la pared de enfrente de la ventana, al borde de la puerta. Las mariposas se han escapado del papel pintado y se me han instalado en el estómago. Hay unas líneas en la pintura, unas marcas garabateadas en la pared, a media altura. Me acerco y lo veo bien: TE y BE, menos visibles que antes, pero todavía ahí.

—Lo pinto yo si quieres —dice, agachándose para coger el rodillo.

—No —digo, y le agarro la mano antes de que pueda tocar la pared—. Déjalo.

Mi hija se inclina a mirar las iniciales y se estremece.

—¡Madre mía!, ¿son ellos? —Asiento. Ahora es ella la que tiembla—. ¿Por qué no lo quieres tapar? Da miedito.

No me parece necesario explicarle que ya he intentado taparlo. Ninguna de las otras manchas de la pared se ve. Usarían un rotulador indeleble para immortalizar la tabla, me digo, aunque sé perfectamente que eso es absurdo. Mia toca las iniciales de Tom, unas letras hechas con mal pulso, porque debió de escribirlas él mismo.

—Qué triste —susurra.

Las dos damos un respingo cuando se abre de golpe la puerta de la calle y Patrick saluda a voces. Mia sale corriendo a recibirlo y la oigo hablar, contarle un montón de anécdotas de su primer día cuando lo único que me ha tocado a mí ha sido una respuesta de una frase. Miro el reloj: son solo las cuatro y media. ¿Qué hace en casa? Salgo al vestíbulo y me lo encuentro mirando el Everest de cajas de cartón. Luego me mira a mí y yo me retoco el pelo y lamento no haberme cambiado la camiseta descolorida y los vaqueros grandes que me he puesto para pintar. No me he molestado en maquillarme y esta mañana ni siquiera he pasado por la ducha.

Patrick, en cambio, tiene el mismo aspecto que esta mañana, tan perfecto como siempre: ni una arruga en la camisa, ni una marca de sudor, ni de suciedad, ni un solo indicio de cansancio. Aún huele a gel y a su loción favorita para después del afeitado. Me acerco a darle un beso y dudo que su leve muestra de repulsión sea fruto de mi imaginación.

—Marchaos a un hotel —masculla Mia mientras pasa por delante para subir a su cuarto.

—Perdona —digo, sacudiéndome la camiseta—. He perdido la noción del tiempo.

Vuelve a mirar la torre de cajas.

—¿Qué tal se te han dado las cajas?

—Eh..., hoy no muy bien.

—¿No? ¿Cuántas has vaciado?

—Ninguna —contesto con una mueca.

—¿Qué?

—Pero espera... Hay un motivo: tengo una sorpresa. —Me mira aún con recelo cuando lo agarro del brazo y lo llevo a rastras al salón—. ¡Cierra los ojos! —le pido, y lo llevo dentro para que vea las paredes pintadas.

He terminado dos paredes y he empezado con el papel pintado. He hecho lo suficiente para que vea lo bonito que va a quedar, como mi casa de muñecas.

Mientras pintaba, he tomado otra decisión. Me saco el móvil del bolsillo. Esta noche le voy a enseñar a Patrick el mensaje de Caroline cuando estemos sentados en nuestro precioso salón nuevo. Trazaremos un plan, decidiremos lo que le vamos a contar a Joe y cuándo. Empezaremos todos de cero en nuestra nueva casa.

—Vale, ya puedes mirar. —Abre los ojos y yo le cojo la mano y se la aprieto mientras contempla las paredes y luego la media docena de bolsas llenas de rollos de papel pintado y botes de pintura—. ¡Sorpresa! —digo, y sonrío aún más cuando gira para verlo todo—. Se parece a los de las fotos de esas revistas, ¿verdad?

Mi entusiasmo se desvanece al ver que no dice nada. Se agacha y coge el recibo de la compra que se ha caído de una de las bolsas.

—¿En serio te has gastado más de trescientas libras en pintura y papel pintado? ¿Para una habitación?

—Es... Sé que es mucho, pero mira qué colores. Son preciosos, idénticos a los de esa revista que me enseñaste.

—Sí, pero ¿trescientas libras!

—Lo siento, quería que fuese una sorpresa.

Suspira y se pasa la mano por el pelo.

—Yo también lo siento. Está precioso, pero... —Vuelve a mirar las bolsas—. A lo mejor aún podemos devolver algo.

—Lo siento —repito—, pero tú mismo dijiste que, con el dinero de mi madre, habría de sobra para reformar la casa.

Titubea, aparta la mirada de mí y la fija en la pared sin pintar.

—El banco nos ha pedido un depósito mayor de lo que yo había previsto.

—¿Y eso qué significa? ¿Cuánto queda?

Titubea de nuevo.

—Nada. He tenido que usarlo todo.

Me muerdo el labio hasta que me sabe la boca a sangre. ¡Ha desaparecido!

—No hay problema, solo tenemos que ser prudentes —dice—. Si queremos hacerlo todo, tenemos que ser prudentes y decidir en qué orden lo vamos a hacer. Yo quiero empezar por la cocina, luego los suelos y la instalación eléctrica. Lo gordo, lo importante. La decoración puede esperar.

—¿Cómo lo vamos a pagar si ya no queda nada de mi dinero? —digo con mayor acritud de la que pretendía.

Patrick dobla el recibo y se lo guarda en el bolsillo.

—No digo que no podamos hacer nada, pero... Compraré pintura blanca. Empezaremos por eso. Una capa de pintura blanca en toda la casa le dará un poco de alegría, servirá de base. —Me coge del brazo—. Gracias, de todas formas, por esto. Por intentarlo.

Me borro la paleta de colores de la cabeza: el amarillo Nápoles y el rosa pálido, el Siena tostado y el Viridiana. Pensaba que la casa podría ser mi lienzo. Me he dejado llevar por la ilusión.

—Lo siento —me dice—. No será para siempre; hay que volver a ahorrar, nada más. —Se coloca a mi espalda y desliza las manos por mi cintura—. Esta noche sacamos tus viejas revistas de decoración y planificamos todas las habitaciones. Puedes ir recopilando ideas, consiguiendo muestras, y en cuanto las cosas se enderecen...

Me olvido de lo desinflada que me siento, sonrío y me vuelvo a mirarlo.

—¿Ves? Si es que soy un peligro aquí sola sin nada que hacer. Tengo que salir a buscar trabajo, está claro.

Se inclina y me besa.

—Ven, que te preparo un té. —Se detiene en la puerta—. Oye —dice—, ¿por qué no vamos todos juntos a la feria este fin de semana? —Ríe—. Allí fue donde me dijiste que estabas embarazada de Mia, ¿te acuerdas?

Claro que me acuerdo. Había conseguido un peluche para Joe en uno de los puestos y le dije que más le valía conseguir otro.

—¿Verdad que fue perfecto? —dice—. ¡Yo estaba contentísimo!

Lo fue. Fue uno de esos momentos que hay que guardar para siempre. Miro el mensaje de Caroline en el móvil. ¿Qué más da que esperemos unos meses más para contárselo a Joe? Podemos volver a ser felices, aquí y ahora. Tengo que conseguir que esto funcione para todos.

Es guapa y delgada, la mujer con la que te has mudado a la casa maldita, de pelo largo y claro, y rostro menudo y pálido. Más joven que tú, sonriente pero nerviosa, con ojeras como si no durmiera mucho. Me pregunto si también tendrá pesadillas.

La veo moverse por la casa, recelosa a cada paso. La veo salir a la calle a tomar grandes bocanadas de aire, como si contuviera la respiración ahí dentro.

Alguien se detiene a hablar con ella. Sonríe, y aun desde el otro lado de la calle la noto desesperada. En su frágil sonrisa veo a una mujer muy necesitada y me doy cuenta de lo fácil que sería hacerla polvo.

Podría contarle cosas que le borrarían la sonrisa. Podría contarle lo que se esconde debajo del papel pintado. Podría hablarle de los boquetes de la pared y de qué son y de cómo se convirtieron en sitios donde esconder... cosas.

Ella no lo sabe. Solo ve la sangre reciente.

—¿Sarah? Tierra llamando a Sarah...

Miro a Patrick. ¿Cuánto tiempo lleva hablando? ¿De qué hablaba?

—Perdona.

—¿Has oído algo de lo que te acabo de decir? Es hora de irnos. —Mira las pastillas que tengo delante—. No te estarás saltando la medicación, ¿no?

—No —contesto—. Pero no tengo claro que me estén yendo bien. ¿No deberían haber pasado ya los efectos secundarios? No me encuentro mejor, más bien al contrario. Cansada. Me duele la cabeza a todas horas y no me apetece hacer nada.

—No te preocupes. El médico nos advirtió de los efectos secundarios, ¿no?

—Sí, pero dijo que volviera si no iban desapareciendo. No debería seguir tomándolas mucho más, ¿no?

—Dale tiempo. Yo sí que he visto una mejoría: estás menos ansiosa, más tranquila. Los niños también me lo han comentado, los dos.

¿Sí? Estoy tomando unas pastillas que no son Diazepam, en teoría más suaves, con menos efectos secundarios, menos adictivas, pero tengo la boca seca y me tiemblan las manos. Solo llevamos aquí una semana y me he pasado la mitad del tiempo durmiendo. ¿Eso es mejoría?

—Dale tiempo —repite.

Tiempo. ¿Cuánto tiempo se supone que debo darle?

Suena el teléfono de la entrada y Patrick va a cogerlo. Lo oigo repetir «¿Diga?» varias veces, luego vuelve meneando la cabeza.

—¿Quién era?

—No se oía nada... Será de algún *call center* internacional. Vamos —dice, y me levanta—. Vamos a comprarnos una cocina nueva.

—¿Seguro que tienes tiempo para esto? ¿No deberías volver al trabajo?

Estamos en la exposición de una tienda de bricolaje intentando convertir

nuestras mediciones y nuestras fotos en una cocina de ensueño. Patrick abre otro armario, lo compara con el del folleto que lleva en la mano.

—Esto es más importante.

Parece cansado: sus ojeras son tan oscuras como su chaqueta. Tiene un mechón de pelo levantado por detrás y eso me preocupa más que las arrugas de su camisa o las de su rostro.

—Pero... —Frunce el ceño. Le estoy aguando la fiesta—. Perdona, es que recuerdo que me has dicho que tenías mucho jaleo, nada más.

Me mira con impaciencia.

—Me han dado el día libre.

¿Le han dado el día libre ahora? Lo escudriño, pero está mirando el folleto. La semana pasada me dijo que tenía demasiado jaleo para poder tomarse más días libres que el de la mudanza. Me alegro, eso sí. Necesita descansar del trabajo. Esta noche no ha dormido nada. Yo me acosté temprano, caí antes de las nueve y media. Cuando me he despertado, no sé bien a qué hora, gimoteaba en sueños, susurraba algo una y otra vez. Un farfallo, nada coherente, pero me ha puesto la carne de gallina igual. Ha sido como antes, cuando tenía pesadillas, pero esto parecía distinto, peor.

Se ha despertado y se ha incorporado jadeando, pero yo me he hecho la dormida. No sé por qué no me he incorporado yo también para tranquilizarlo.

—Aquí es donde empieza, Sarah —me dice, mirando con la cabeza ladeada la fotografía de una cocina preciosa que ha rodeado con un círculo en el folleto—. Ahora es cuando va a ser perfecta, ya verás. Verás cómo se transforma la casa. Con todos los electrodomésticos nuevos y una instalación eléctrica y una fontanería decentes. Lo financiaremos junto con la hipoteca y, cuando esté terminada, pasaremos a la decoración, te lo prometo.

Yo también estoy ilusionada. Hemos recorrido todas las estancias y jugado a las casitas como si la nuestra fuese una casa de muñecas gigante. Hemos dejado que el vendedor nos sedujera con su verborrea sobre cajones escondidos, hornos dobles y focos empotrados. Le hemos dicho que sí a todo, aunque no sabemos cómo vamos a pagar el préstamo.

—Luego elegiremos los suelos y las baldosas, y cuando esté todo hecho, miraremos un baño nuevo —me susurra Patrick.

Sus labios me rozan la oreja y me estremezco. Hace un rato me ha dado la risa: estábamos casi babeando con un puñetero grifo del que sale agua hirviendo instantánea. ¿Cuándo nos hemos convertido en esas personas? ¿Cuándo hemos empezado a ser de esos cuya mayor ilusión del fin de semana

es una excursión a un puñetero B&Q?

Ahora lo sigo mientras se acerca a nuestro vendedor. Mejor así, me digo. Prefiero ser eso a lo que era antes de que nos mudáramos aquí. Igual la casa y empezar de cero me están viniendo bien después de todo. El vendedor, quince años más joven, ve acercarse a una pareja de mediana edad que habla de comedores familiares y de armarios para almacenaje, una más de ese centenar de parejas similares que debe de ver todas las semanas. No ve a una mujer que estuvo ingresada hace tres meses por una sobredosis y que vive una mentira. Prefiero ser la mujer que ve el vendedor, la mujer que Patrick imagina en esa cocina perfecta suya, con sus muebles de color claro y su vinoteca encastrada.

El vendedor carraspea y nos mira. Su enorme sonrisa de venta se ha esfumado y ahora tiene las mejillas sonrosadas.

—Discúlpenme, señores Walker, pero me temo que les han denegado la solicitud de financiación. ¿Pueden pagar la cocina de algún otro modo?

Patrick vuelve al coche y yo lo sigo medio corriendo. Subimos y cierra su puerta con tanta fuerza que el vehículo se bambolea. Se queda allí sentado, apretando el volante hasta que se le ponen blancos los nudillos, pero no arranca el motor.

Ahí dentro ha habido un momento en que he pensado que se iba a abalanzar sobre el vendedor. ¡La cara que ha puesto! Pero ese no era Patrick. Él nunca se enfada. Nunca pierde los estribos. Rara vez se disgusta y, si lo hace, no es violento.

—No pasa nada —digo—. No necesitamos una cocina nueva, todavía. Podemos pintar los armarios, quedarán tan bien como los de la exposición, y apañarnos con los electrodomésticos que tenemos.

—¡No quiero «apañármelas», joder! —grita, y le da al volante un puñetazo que me sobresalta.

Cuando arranca, tengo el corazón a mil. Sale del aparcamiento sin decir una palabra. Tiene un tic en la mejilla y me aterra; su grito me resuena en la cabeza y contengo la respiración en el ambiente cargado del coche. Aún estoy colorada del bochorno de tener que salir de la tienda con la compra cancelada. No tengo ni idea de por qué no nos han concedido la financiación; nos la han dado otras veces para coches y tarjetas de crédito y, que yo sepa, no tenemos deudas. Aparte de la hipoteca, claro. ¿Habría sido por eso? Todo está a nombre de Patrick, yo no tengo ingresos y no tenía más que el dinero de mi madre.

Patrick se encargó de todo y me dijo que, con ese dinero, estaríamos bien. Tenemos otros ahorros, el fondo de pensiones de Patrick... Se me acelera el corazón otra vez. El banco jamás le habría permitido sacrificarlo todo para conseguir la hipoteca, ¿no?

Acabamos de aparcar delante de casa y Patrick vuelve a hablar.

—Cuando mi padre se quedó sin trabajo, rehipotecó la casa. Dejó que se desmoronara, se convirtió en... alguien a quien yo ya no reconocía. Antes era perfecta. Mis padres se enorgullecían de lo perfecta que era. Por entonces, cuando aún pensaba que un día sería mía, me decía que la mantendría así, que la haría aún más perfecta, como solía ser. Todo perfecto y todo precioso. Pero no soy mejor que él, ¿no? Ni siquiera me conceden una financiación de quince de los grandes.

—Patrick... —digo y le cubro la mano con la mía, pero se zafa de mí.

—No, ¿vale, Sarah? No hagas eso.

Llamo a Caroline al día siguiente, pero me salta el buzón de voz.

«Caroline, soy yo. Siento no haberte devuelto las llamadas. Necesitaba darle tiempo a esta mudanza, darnos tiempo a Patrick y a mí. Y todo va bien. Sé que no me vas a creer, pero va bien. Esto ha sido una buena idea. Aquí estoy mejor y Patrick... —Titubeo. No, ayer perdió los estribos un momento, nada más. Y es muy comprensible—. Patrick es feliz, los dos lo somos. —Pausa. Le iba a decir que venga a vernos, pero a lo mejor necesitamos más tiempo para instalarnos primero—. Esto aún es un poco caótico, pero llámame y quedamos para que vengas en unas semanas, ¿vale?»

Dejo el teléfono y miro alrededor. Decidida a hacer lo que he dicho y conseguir que esto funcione aun sin cocinas ni baños nuevos y deslumbrantes, me he embarcado en un zafarrancho colosal. He puesto cojines en el sofá, cuadros en las paredes. La vieja estufa de gas no es precisamente la estufa de leña de nuestros sueños, pero produce un resplandor y un calorcito agradables. He encendido velas aromáticas y puesto flores en la mesa de centro. La estancia huele a canela y a abrillantador. Aún no está preciosa, pero se le acerca.

Sin embargo, el salón, que debería ser luminoso y soleado, está en penumbra porque parece que las ventanas se van empañando, se vuelven opacas. Lo he notado por primera vez este fin de semana, pero hoy lo veo mucho peor. Me planto delante de la ventana voladiza y pasa por delante un

fantasma, imposible de distinguir con ese cristal empañado. Me acerco y resulta ser un anciano paseando al perro.

Me inclino para tocar el cristal. Liso. Lo que sea no está por dentro. Es como si la casa generara un blindaje para escondernos del exterior. Se me cierra la garganta al imaginar que despierto un día y me encuentro con que todas las ventanas y las puertas han desaparecido y estamos atrapados para siempre en la casa maldita.

No. Basta. Me aprieto el estómago como si así fuera a deshacerme de la ansiedad cada vez mayor.

Busco un trapo, cojo un cubo lleno de agua caliente y salgo afuera. Hay un parterre delante de la ventana; Patrick acaba de remover la tierra para llenarla de plantas. Una tierra fértil de color marrón oscuro, llena de gusanos vivos. Lo sé porque he estado viendo a los pájaros bajar a cogerlos, a los pocos que no han emigrado en busca de un poco de sol invernal.

Me inclino sobre el parterre para tocar la ventana. El cristal no está liso, sino rugoso. Me inclino aún más y, llevada por un impulso, paso la lengua por el cristal.

—Es sal —dice alguien a mi espalda, y doy un tropezón y hundo el pie en el barro plagado de gusanos.

—Mierda.

—No, es sal —dice él, riendo, y yo me vuelvo y le lanzo una mirada asesina. No lo conozco, pero no mira el pie manchado de barro ni a la chiflada que chupetea las ventanas, mira la casa—. Es porque están muy cerca del mar —añade—. La sal se deposita. Esta calle es la peor: la brisa azota la casa todo el día. De momento aún no es preocupante, pero empeorará si lo dejan. Hay que limpiarlas todas las semanas, en serio, sobre todo en invierno. Vino alguien a limpiarlas un par de semanas antes de que se mudaran; pregunten a la inmobiliaria, a ver a quién contrataron.

Se me hace raro que un desconocido me diga cuándo me limpiaron las ventanas por última vez. Intento imaginar a este hombre donde vi al mirón. ¿Es de la misma estatura? Nunca he podido verlo bien, solo una forma difusa.

—Lo habrá notado también en la ventana de su dormitorio —dice, señalando a mi habitación.

Retrocedo hacia la puerta de la calle. ¿Me ha visto mirando por la ventana?

—¿Cómo sabe cuál es mi dormitorio?

Me mira extrañado. Sonríe.

—Lo he supuesto. Será el que tiene las mejores vistas.

—¿Qué es usted, un limpiacristales que busca trabajo?

—Soy Ben Owens. ¿El de la galería? Perdone que me haya pasado sin avisar, pero su amiga Anna me ha dicho que tiene algunas pinturas que enseñarnos.

—Ah, vale. No me ha dicho... No tengo nada para enseñar. No esperaba...
Se esfuma su sonrisa.

—Perdone, he supuesto que sabía que vendría. Anna me ha dado su teléfono, pero pasaba por aquí y...

Se alejaba del pueblo, no iba hacia él. ¿Pasaba por aquí camino de dónde? Miro alrededor, pero no hay nadie más a la vista. Doy otro paso atrás, hacia la casa. Me suena el móvil y, al mirarlo, veo un mensaje de Anna: «No me odies, pero ¡eres demasiado buena para esconder tu arte! He pensado que igual nunca te atrevías a ir a la galería, así que Ben me ha dicho que se pondría en contacto contigo hoy. Iba a avisarte anoche... ¡¡Lo siento!! »

Miro detrás de Ben, casi esperando verla. ¡Qué casualidad que me mande el mensaje ahora que ha llegado él! La mirada de Ben se pierde más allá de la puerta de la calle, hacia el cuadro que Patrick ha colgado en el vestíbulo, mi mentira peliaguda sobre la casa de su infancia plasmada en un lienzo.

—¿Ese cuadro es de los suyos? —pregunta, y asiento—. La ha pintado muy...

—Lo sé.

Vuelve a mirarme.

—Yo conocí a la familia que vivía en esta casa.

Se me enciende la cara.

—¿Se refiere a...?

—No, no. Claro que conocía a los Evans, pero solo como vecinos del pueblo. Yo estaba fuera, en la universidad, cuando..., cuando pasó todo aquello. Me refiero a los de antes. Tenían un hijo de mi edad... Se llamaba Patrick —dice.

—¿Conoce a Patrick? Es..., es mi marido. Soy Sarah Walker.

Ahora es él quien retrocede, perplejo.

—¿Ha vuelto!

—La casa se puso a la venta y él siempre ha querido volver aquí. Los dos, quiero decir.

—Qué... ¡Madre mía! Lo siento, pero Anna no me había dicho nada. Jamás

se me habría ocurrido que...

Fuerzo una sonrisa.

—Tendré que decirle a Patrick que ha pasado por aquí; seguro que le apetecerá ponerse al día con un viejo amigo.

Me callo al recordar las palabras de Patrick: «Los que me recuerdan ahora no son amigos míos».

Ben niega con la cabeza.

—Yo no nos llamaría amigos. Fuimos juntos al colegio, nada más. —Vuelve a mirar el cuadro—. ¿Puedo ver el resto? —Se acerca más y, a pesar de su sonrisa, aún me produce recelo.

—Hace tiempo que no pinto, pero tengo unos lienzos dentro. ¿Cree que se venderían?

Quiero volver a tener ahorros en mi cuenta. La visita fallida a la exposición de cocinas ha hecho saltar una chispa de pánico que no consigo apagar y me ha traído recuerdos de aquella época horrorosa, hace unos diez años, en que Patrick cambió de trabajo y nos vimos obligados a pagar la hipoteca y todas las facturas con tarjetas de crédito. ¿No nos juramos que jamás volveríamos a vernos en esa situación?

—Si son tan buenos como ese, seguro. Siento haber venido sin avisar. Anna no paraba de hablar de usted y... —Se encoge de hombros—. Ha sido un impulso. Lo siento —dice, y se dispone a marcharse.

—¡Espere! —le grito.

No conozco a este hombre, es un extraño. Él conocía a Patrick, pero... Anna sí lo conoce. No lo habría mandado aquí si no confiara en él, ¿no? Seguro que es de fiar. Pero sigue produciéndome cierto recelo, así que no lo invito a entrar.

—¿Puede esperar un momento?

Entro en casa y paso al salón, donde tengo media docena de lienzos apilados detrás de la puerta.

Dejo que Ben les eche un vistazo en la estrechez del pasillo y me sitúo entre él y la puerta de la calle abierta, a su espalda, para no verle la cara, con los brazos cruzados, clavándome las uñas en las palmas de las manos. Me mira por encima del hombro y sonrío de oreja a oreja, sin fruncir el ceño, todo risa.

—Son maravillosos —dice, y esas dos palabras arrasan con todas las advertencias de Patrick—. Tiene que exponerlos.

—No sé si mis cuadros van a encajar con lo que expone su galería...

Hago una mueca. Igual no debería haber dicho eso. ¿Y si le encanta la pintura que tiene en el escaparate? Pero no parece ofenderse; al contrario, ríe.

—Tranquila. El artista del escaparate es popular entre los turistas, por eso siempre tengo un par de obras suyas expuestas, pero estas se acercan mucho más a lo que a mí me gustaría exponer.

Nuestra charla hace desaparecer toda mi vacilación con Ben. Él también pinta. Tiene unos ojos amables del color de los guijarros de la playa. Pinta paisajes, pero no como esa porquería de colores primarios que vi en el escaparate con Anna. Me enseña unas fotos en el móvil. Las pinturas de Ben son tranquilas y solitarias, la bruma marina, sombras y reflejos.

De pie a mi lado, me habla de las calas que visita para pintar. Su hombro roza el mío. Creo que está coqueteando conmigo, este hombre que lleva las uñas llenas de pintura y cuya camisa arrugada huele a aceite de linaza, a humo de cigarrillo y a mar. Debería preocuparme, pero no me preocupa.

Coquetea conmigo en el pasillo de la casa maldita y me dice que podría exponer yo sola si produzco suficientes pinturas nuevas. ¿Qué pensará Patrick cuando se lo diga?

Me muerdo el labio. No hace falta que le diga nada aún.

—¿Puedo invitarla a cenar? —pregunta mientras sale y me tiende la mano para que se la estreche—. ¿Para brindar por la nueva adquisición de la galería?

Tiene la mano caliente y seca, y trago saliva cuando su piel más áspera roza la mía al darnos la mano. Solo es un gesto de cortesía, nada más, un encuentro entre desconocidos. Entonces, ¿por qué retiro la mano tan rápido? ¿Por qué miro alrededor para asegurarme de que nadie nos ve?

—Invitarnos, quiere decir. A Patrick y a mí.

Titubea.

—Claro. Como quiera.

Pero veo que no habla de una cena para tres. ¿Por qué me invita a cenar y coquetea conmigo en el pasillo de mi casa si sabe que estoy casada y conoce a mi marido?

—No creo que sea una buena idea —digo.

Ben y lo que me ofrece no son la aventura que busco.

—¿Hoy no has pintado? —dice Patrick cuando entra en casa y ve la torre de botes de pintura sin tocar.

—No, me..., me he distraído —contesto, y miro a otro lado para que no me vea la cara de remordimiento. Una bobada, lo sé: no tengo de qué arrepentirme.

—¿Distraído? ¿Con qué?

—Me apetecía salir, explorar un poco más el pueblo.

Se hace un silencio mientras Patrick cuelga la chaqueta y se inclina a mirarse en el espejo y a repeinarse.

—¿Eso no lo hiciste la semana pasada? No creo que tengas tiempo para salir, ¿no te parece?

—Venga ya... No es culpa mía que no nos concedieran la financiación de la cocina. No lo pagues conmigo.

—No me apetece hablar de la condenada cocina. Solo digo que tienes que terminar de vaciar las cajas y de pintar antes de volver a salir por ahí.

—¿Qué pasa, que me vas a encerrar en casa hasta que haya terminado? —le digo con una sonrisa, pero él no sonrío.

—Estaría bien que hicieras algo mientras yo trabajo sesenta horas a la semana.

Doy un paso atrás, asustada por el tono amargo e insidioso con que me lo dice. Lo miro a los ojos en el espejo y, a mi espalda, veo reflejados los botes de pintura blanca barata que hay en el vestíbulo.

Cruzo los brazos y, dando la espalda a la pintura, me alejo de él y vuelvo al salón. Se me agarrotan los hombros cuando lo oigo entrar.

—Perdona —dice con voz plomiza. Parece cansado—. No quiero discutir. Pero me gustaría...

—Mira —le digo, interrumpiéndolo y señalando la ventana—, el cristal se está volviendo opaco.

Se inclina y frunce el ceño.

—Me había olvidado de esto... Déjalo. Es más barato que las cortinas.

—¿Qué?

Río asombrada por su reacción.

—Eso solía decir mi madre.

—¿Tu madre? ¿La misma que detectaba una mota de polvo a kilómetros de distancia?

Patrick se encoge de hombros.

—Es preferible tener los cristales empañados a que nos vea la gente. Deberías alegrarte.

No me cree cuando digo que alguien vigila la casa. Se lo noto en el tono

burlón. Vamos a complacer a la boba que se sobresalta con cada ruido y ve a personas espiándola.

—Pero...

Suspira.

—Preguntaré por ahí, pediré que venga alguien a limpiar los cristales, pero, de momento, déjalo así, ¿vale? Esto es lo único que me faltaba...

Pero no es normal. Es impropio de Patrick y de su obsesión con la perfección. Tampoco me imagino a su madre reaccionando con la misma indiferencia.

Cuando Patrick se va, me acerco más a la ventana. Hoy el mar está gris y picado, el cielo es un inmenso nubarrón. El cristal está forrado de sal salvo por el trozo que yo he lamido. Parece un palito, un uno, constatación de mi presencia, de que vivo aquí, de que existo. Y es una mirilla perfecta: yo puedo ver por ella, pero nadie me ve a mí.

A la mañana siguiente, estoy lavando los platos del desayuno cuando Patrick viene a despedirse. Me abraza y apoya la cabeza en la mía un momento.

—Siento mi mal humor de ayer. Tenías razón: estaba tan fastidiado con lo de la cocina que lo pagué contigo.

—No pasa nada —digo—. Lo entiendo. Pero ya se arreglará; tenemos toda la vida para cambiar la cocina. No tiene por qué ser perfecta ahora mismo.

—Pero yo quiero que lo sea. —Se aparta. Lo dice en un tono desenfadado, pero le noto cierta frustración—. Vacía el resto de la cajas, ¿vale? Termina eso hoy y luego compramos más pintura para acabar el salón.

Aprieto el estropajo que llevo en la mano; gotea el agua y me salpica el pie. Recuerdo que al principio Patrick me decía que me olvidase de las cosas de la casa, que pasara el día pintando, disfrutando de que los niños estaban en el colegio y tenía tiempo para mí.

Estoy más furiosa conmigo misma que con él; no ha sido él quien me ha puesto en esta situación, yo he dejado que ocurriera. Sin aptitudes, sin experiencia laboral, me he convertido en su «esposa perfecta». ¿No es esa en parte la razón por la que agarro el vino a las seis de la mañana y anhele el sosiego artificial que me proporcionan las pastillas?

La puerta de la calle se cierra de golpe y, apretando los dientes, me aparto del fregadero para hacerme un café. Me dirijo al salón con la taza en la mano cuando veo que la puerta del sótano está abierta. No estaba abierta hace unos minutos, seguro. Lo primero que hizo Patrick cuando nos mudamos fue asegurarse de cerrarla con llave.

«Ahí abajo habrá cosas peligrosas: productos químicos, disolventes, lejía. No es seguro para los niños», me dijo mientras giraba la llave en la cerradura oxidada, como si Joe y Mia fueran pequeños y hubiera que evitar que cogieran el quitagrasas de la cocina.

Pero ahora la puerta está abierta y la llave en la cerradura. Se me alborota el corazón y se me eriza el vello de la nuca. Ha debido de abrirla Patrick antes

de irse.

Pero no. No lo ha hecho. Lo he visto coger la cartera y las llaves de la consola del vestíbulo y lo he seguido a la puerta para despedirme. El sótano no estaba abierto entonces. Ni siquiera recuerdo haber visto la llave en la cerradura. ¿No la guardó Patrick en el cajón de la cocina, en un llavero, con todas las demás copias de llaves? Vacilo antes de cerrarla y meneo la cabeza. Pues claro que la habrá abierto Patrick. Intento girar la llave, pero no puedo, así que la dejo sin echar y vuelvo a la cocina. Abro el cajón, saco el manojito de llaves y un escalofrío me recorre el cuerpo entero. La llave del sótano sigue en el llavero.

«Calma. Cálmate, Sarah. Patrick habrá hecho otra copia, eso es todo.»

Pero ninguna de las dos llaves parece nueva.

Sigo en la cocina, escondida, cuando alguien llama a la puerta. Doy un repulso y luego me río porque, de primeras, boba de mí, pienso que es alguien que llama a la puerta del sótano desde dentro, pese a que no he echado la llave.

Tengo que pasar por delante del sótano para abrir la puerta de la calle y mi instinto me pide que me esconda, que espere hasta que quien sea se vaya. Entonces pienso que podría ser Caroline, con la que apenas he hablado, ni en persona ni por teléfono, desde el día del hospital. He estado ignorando sus llamadas, posponiendo su visita, pero ahora mismo solo deseo que no me haya hecho caso y haya venido a verme por sorpresa.

Pero no es Caroline, es Anna. Va vestida de negro: vaqueros, botas y cazadora de cuero, y lleva una bufanda negra con estrellitas blancas. El plato cubierto con un paño de cuadritos rojos me parece un disparate, una broma, como si al destapararlo algo me fuera a saltar encima.

—Perdona, sé que es un poco pronto —dice—, pero luego trabajo. Te he traído un pastel; no es casero, lo siento. Restos del local.

Había olvidado que le había pedido que viniera hoy. Está a unos dos metros de la puerta y parece que vaya a salir corriendo en cualquier momento. A mi espalda, la puerta del sótano se abre de nuevo con un chasquido y se mece suavemente por la corriente que se hace al tener la puerta de la calle abierta.

Cojo el pastel y lo dejo en la consola del vestíbulo, luego salgo a la calle y cierro la puerta de casa.

—Te lo agradezco mucho, pero... cambio de planes —digo—. ¿Te importa que vayamos a algún sitio?

Se lo piensa y me pregunto si va a ser como Lyn Barrett, si no habrá venido a verme a mí, sino a dar una vuelta por la casa maldita. Pero entonces se encoje de hombros y asiente con la cabeza.

—Claro —contesta, y se aleja de la casa.

Me siento aliviada cuando echo la llave y la sigo calle abajo.

Me lleva a la feria.

—Vengo aquí a todas horas —dice—. Me encanta, me chifla. Despierta a la niña que llevo dentro. ¿No te parece una maravilla: tener una feria siempre a un paso de casa? Ni siquiera me monto en las atracciones, vengo a observar a la gente. Las luces, el bullicio, los olores. Es insuperable.

Huele a algodón de azúcar, a la carne del puesto de perritos calientes mezclado con el sudor y el perfume de la gente que pasa. Aunque hay poco jaleo tan temprano, las luces de las atracciones aún parpadean y las músicas metálicas chocan y se funden a nuestro paso mientras un globo de un unicornio solitario se aleja flotando. Sé a lo que se refiere: huele a infancia, a excursiones a la playa y paseos en burro, a espantar a las gaviotas que se quieren comer tus patatas fritas.

—Había olvidado comentártelo, y darte las gracias. Ayer conocí a Ben, el tipo de la galería del que me hablaste.

Se queda en blanco, luego sonrío.

—Ben, sí. Es un tío agradable y un pintor buenísimo. No lo conozco muy bien, pero estuvimos hablando un día que entré en la galería. —Ríe—. El mes pasado me invitó a la fiesta de inauguración de una de las exposiciones y me pareció que yo le gustaba, así que me puse elegante, pero se pasó toda la puñetera noche hablándome de los cuadros e hizo caso omiso de mi penoso intento de ligar.

Recuerdo el tacto de su mano en la mía, su invitación a cenar. Puede que la invitación sí fuera inocente, puede que yo malinterpretara la situación igual que Anna.

—Fue agradable. Me sorprendió un poco encontrármelo en mi puerta.

Enarca las cejas.

—Seguramente es culpa mía... Lo siento. Cuando le hablé de ti y le conté que acababas de llegar al pueblo, enseguida supo dónde vivías. Pero le dije que te llamara primero.

—Ah...

—Supongo que no le costó averiguar dónde estabas. En los pueblos, ya se sabe. Pero es majo, de verdad, te lo prometo.

—Supongo.

Aunque me inquieta un poco. Pensaba que Anna lo había enviado, por eso lo invité a entrar. Además, si ella le dijo cómo me llamo, ¿por qué se hizo el sorprendido cuando le comenté que estaba casada con Patrick?

—Bueno, ¿y qué te dijo?

—Que puedo exponer sola.

Sonríe aún más.

—¿En serio? Temía haberme entrometido mucho hablándole de ti. ¡Qué bien! ¡Guau! ¿Cuándo?

Mi sonrisa se esfuma. ¿Le cuento que me dio la impresión de que me estaba invitando a salir? Y aunque no fuera así, ¿le parecerá muy mal a Patrick que no le haya comentado que podría exponer porque he pensado que no me dejaría porque conoce a Ben?

—Necesito más cuadros. Hace mucho que no hago nada... Tengo que buscar un sitio para trabajar. ¿Y qué pinto?

—Ya te dije que, si quieres, puedo enseñarte algunos sitios preciosos. Hay una playa a la que cuesta llegar, pero merece la pena. Tráete el bloc de dibujo, tráete la cámara. Seguro que te inspira. Espero que expongas antes del verano. Tengo pensado pasarlo fuera, buscar trabajo en España o en Grecia. Alquilar mi piso e ir a tostarme.

Cierro los ojos al cielo gris y el viento frío y me lo imagino. Calor, sol y dormir bajo las estrellas.

—Ojalá pudiera irme contigo.

Anna ríe.

—¿Tú? Estás casada, tienes dos hijos, un montón de paredes que pintar. ¿Se te ha olvidado? —Abro los ojos. Por supuesto—. Aunque podrías —dice después de una pausa—. Vente conmigo. Escápate, déjalo todo. Seremos las Thelma y Louise europeas.

—¿Qué? ¿Y terminar precipitando al agua nuestro Peugeot de alquiler en el muelle de Calais después de una espectacular persecución policial?

—Y tú gritándoles a los polis: «¡Estaba harta de decorar habitaciones!».

Río y eso me alivia la angustia que siento en la boca del estómago.

—Mira, el tiovivo acaba de parar. ¡Vamos a subir! —dice Anna.

—¿Qué? No, que somos muy mayores ya —digo riendo, y ella me mira con una sonrisa inmensa y los ojos muy brillantes, me agarra del brazo y tira de mí.

—¡Venga! —dice—. Imagina que tienes doce otra vez.

Mientras giramos cada vez más rápido, cierro los ojos y apoyo la frente en la melena pintada de mi caballito. Todo me da vueltas como si hubiera bebido y la música suena más lenta de lo que debería, como desafinada.

—¿Cuánto hace que vives aquí? —le pregunto cuando bajamos dando tumbos a la playa. A lo mejor también Anna se ha criado en el pueblo.

Para un momento a comprar unos cafés en vasos de poliestireno.

—No mucho. Me mudé aquí el año pasado.

—Para los del pueblo, me parece que eres tan forastera como yo.

Asiente con la cabeza.

—Es así, ¿verdad? Yo antes era un poco nómada, iba de aquí para allá. Pasaba por los sitios sin intención de quedarme. Siempre he vivido en ciudades porque pensaba que necesitaba esa energía. Pero este lugar... tiene algo... Esa paz, esos paisajes, ese aire... Quise marcharme, pero el pueblo se me metió muy dentro, ¿sabes?, y me trajo de vuelta.

—Espero que me atrape a mí también. Quiero que me encante vivir aquí.

—Pero ándate con cuidado —me dice con una sonrisa—. Cuando quieras darte cuenta, ya te sabrás el nombre de todo el mundo y ellos conocerán todas tus intimidades. Es lo que tienen los pueblos.

Hago una mueca al recordar las preguntas insidiosas de Lyn Barrett sobre Patrick, el interés con que miraba la caja de las pastillas que me había dejado a la vista. Este pueblo ya sabe demasiado.

—Bueno, yo me alegro mucho de que te hayas mudado aquí, Sarah Walker.

—Yo también.

¿En serio? ¿De verdad me alegro de haberme mudado aquí?

—Es estupendo tener una nueva amiga —dice—. Parece que cada semana se marcha más gente; esto se está convirtiendo en una especie de pueblo fantasma.

Un pueblo fantasma con una casa maldita. En la que yo duermo, a la que he traído a mis hijos a dormir. Me acuerdo de pronto de la puerta del sótano y tiemblo cuando se levanta aire y me azota el pelo.

—¿Cómo es que habéis comprado la casa? Perdona si te parezco cotilla, pero seguro que sabes lo que pasó —dice Anna.

—A Patrick le encanta. Él..., él se crio en esa casa, así que no es forastero en este pueblo. Ya hacía tiempo que se había ido cuando ocurrió la tragedia, cuando pasó aquello, así que solo tiene buenos recuerdos de esa casa. Creo que podemos conseguir que vuelva a ser lo que era. —Anna me mira raro y me

enchojo de hombros—. Me ha contado cómo era antes. Me la puedo imaginar, casi puedo verla. Claro que ¿cómo voy a olvidar yo lo que pasó allí? ¿Se puede olvidar algo así?

Baja la cabeza y se sacude la arena de la rodilla.

—Guau. Imagínate criarte aquí...

Sonrío.

—Patrick lo cuenta como si fuera el paraíso.

—Bueno, me parece genial que os hayáis hecho con ella. Siempre ha tenido un aspecto deprimente, vacía y teñida por lo sucedido.

—Patrick y yo estamos resueltos a convertirla en algo especial, a deshacernos de esos malos recuerdos. Esa pobre familia ya no está y el que lo hizo está encerrado de por vida, así que... —Me callo al ver que su cara sonriente se vuelve ceñuda—. ¿Qué?

Se inclina hacia delante y baja la voz.

—Sabes que lo han soltado, ¿no?

—¿Soltado? ¿A quién?

—A Ian Hooper, el asesino.

—¿Cómo que lo han soltado? ¿No lo habían condenado a cadena perpetua?

—No estoy segura, pero sé que lo soltaron hace unos meses. Salió en el periódico local.

Pienso en la persona a la que vi mirando la casa y se me revuelve el estómago. ¡Madre mía! Nos vio mudarnos. Tiro a la arena el café que me queda.

—Tengo que irme —le digo.

Llevo el móvil en la mano para llamar a Patrick cuando veo su coche aparcado a la entrada. No es ni la hora de comer, ¿qué hace en casa?

—¿Patrick? —lo llamo mientras abro la puerta.

Sale de la cocina.

—Me estaba preguntando dónde estabas. He tenido una reunión por la zona y se me ha ocurrido pasarme por casa, para ver cómo vas con las cajas.

Aún no le puedo contar lo de Ben, pero sí lo de Anna.

—He ido a tomar un poco el aire —digo—. Con alguien a quien he conocido. Se llama Anna y trabaja en un café del pueblo. Me ha dicho que...

—Hago una pausa para coger aire—. ¿Sabías que Ian Hooper ha salido de la cárcel? —Mira a otro lado—. ¿Por qué no me lo has dicho? Madre mía,

Patrick, ¿no te parecía importante?

—No es importante —replica.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera?

—Un par de meses.

Aprieto los puños.

—¿Desde antes de que nos mudáramos aquí? ¿Y si es él quien ha estado vigilando la casa?

—Por eso no te lo he contado: sabía que te pondrías histérica.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Sabes lo que es, lo que hizo. Y nos traes a todos aquí... ¡Por Dios! ¿Lo sabías antes de que nos mudáramos?

—Claro que no, pero da igual, aunque lo hubiera sabido.

—¿Que da igual? Asesinó a una familia... ¡Asesinó a un niño!

—Por favor, eso fue hace quince años. No lo hizo porque sí, tenía motivos, un móvil..., los conocía.

—Me dijiste que te conocía —digo—. Todo eso que me contaste de lo asustado que estabas con lo de las pastillas después de lo que le había pasado a Eve..., ¿todo era mentira? Me mentiste para que accediera a mudarme aquí antes de que me enterara de que habían soltado a Ian Hooper. Tenías claro que no iba a aceptar sabiendo que estaba en libertad.

—Lo han soltado, Sarah, pero no es un fugitivo. Sí, cometió un crimen horrible, pero no va a volver aquí. Buscará otro sitio completamente distinto donde empezar de cero, bajo la atenta mirada del servicio de libertad condicional. ¿Por qué iba a querer volver aquí? Yo jamás os habría traído a esta casa si pensara que podía haber algún peligro.

No responde a mi pregunta.

—Pero sí que ha vuelto, ¿está aquí! Está aquí, vigilando la condenada casa.

—No. Para. Tienes que dejar de creerte los puñeteros chismes. Esos condenados asesinatos ya me destrozaron la familia una vez. No voy a permitir que vuelva a suceder quince años después.

—¿Cómo que te destrozaron la familia? Tú ni siquiera estabas aquí cuando ocurrió la masacre.

—Basta ya, Sarah. No es él quien vigila la casa, no es nadie. No sería tan estúpido de volver aquí. Olvídate del asunto.

¿Que me olvide? ¿Cómo me voy a olvidar?

Espero a que se vaya para hacer de cartero. Me ha llevado un tiempo conseguir el siguiente regalo. Como fue tu mujer la que encontró la caracola, he pensado que ella es la destinataria perfecta de mi próximo obsequio. La he visto mirar por la ventana, echar el doble cerrojo a la puerta..., empieza a estar un poco paranoica. Me parece apropiado que sea ella quien me meta, poco a poco, en la casa, la casa que, tiempo atrás, no era más que una casa. Como en el más siniestro de los cuentos de hadas, iré colando en ella mis verdades y mis historias, para que las encuentres con las huellas de ella por todas partes, las de ella, no las mías. ¿Lo sabes? ¿Has adivinado ya que soy yo quien vigila tu casa? Aún no. No creo que hayas percibido mi olor en la brisa marina que se cuele en tu cuarto y te despierta por las noches.

Pero no tardarás en hacerlo, ¿verdad? En recordarme. A fin de cuentas, ¿no he estado siempre ahí, en un rincón de tu pensamiento?

En los días siguientes, no puedo resistir la tentación de volver a buscar artículos antiguos sobre los asesinatos. Dejé de hacerlo decidida a cumplir lo que le había prometido a Patrick y convertir en realidad este comienzo de cero, pero ahora Ian Hooper ha salido de la cárcel y necesito saberlo. Tengo que saber qué pasó exactamente en esta casa.

¿Sabría Tom Evans que a Ian Hooper lo habían soltado y por eso puso la casa a la venta?

—¿Qué haces?

Voy a cerrar la ventana del navegador, pero Mia agarra el ratón antes de que me dé tiempo a hacerlo y amplía el artículo que estoy leyendo.

—Son ellos, ¿no? —pregunta, con voz apagada.

Es una foto de la familia asesinada, uno de esos retratos risueños que se encargan a un estudio fotográfico. Tenemos el nuestro en la pared del pasillo. El de los Evans se hizo unos meses antes de la masacre. Los niños sonrían desdentados y a Marie y a John se los ve muy tiernos, casi tristemente jóvenes.

Debajo, en una foto más pequeña, está Ian Hooper, guapo, con cara de circunstancias. Según los artículos que he consultado, se rumoreaba que había algo entre Marie y él, el chico malo que sedujo a la mujer casada y después la mató y asesinó a su familia.

—Por Dios, pone los pelos de punta, ¿verdad? —dice Mia—. Pensar que vivimos en la misma casa en que los mataron.

—A todos no.

—No, a todos no. —Acaricia el rostro del más pequeño en la foto. Se parece a Joe cuando tenía su edad. Por la cara que pone, creo que Mia también lo piensa, pero entonces se esfuma su sonrisa y suspira—. A Lara y a las demás les pareció muy guay cuando les conté adónde nos mudábamos. Creó un grupo de WhatsApp llamado Casa maldita y empezó a publicar fotos antiguas y cosas así. Hasta yo lo hice un tiempo, como si nos mudáramos a una casa gótica encantada de esas que salen en las películas o algo así. Pero esto ya no

tiene gracia. Estoy segura de haber notado sitios más fríos en la casa, mamá. Son reales.

Vuelvo a mirar a la pantalla y un escalofrío me recorre la espalda.

Mia ha vuelto a morderse las uñas, tanto que tiene heridas en los dedos. Le veo unas ojeras como las mías. La he oído deambular por la casa de noche, mucho más tarde de la hora a la que debería haberse dormido.

Me ha enseñado los sitios más fríos, seis puntos de la casa donde la temperatura es más baja que en el resto, sitios que me erizan el vello de los brazos, en los que el aire es húmedo. No sé si son reales o cosa de mi imaginación, avivada por las historias de fantasmas de mi hija. Su cuarto es uno de esos puntos; hay otro en el vestíbulo, cerca de las escaleras; en el descansillo, en el baño, en la cocina, en la habitación de Joe. El salón está bien y, según Mia, mi dormitorio también.

En la casa murieron tres personas, pero hay seis puntos fríos. Eso me hace imaginar cadáveres no descubiertos pudriéndose en el jardín. Cuando me despierto por las noches, con la brisa marina golpeteando la ventana, me pregunto si habrá huesos escondidos debajo del parqué. Algunas noches juraría que oigo como arañazos... bajo el suelo. Como si unos huesos arañaran la madera. ¿Será eso lo que tiene en vela a Mia también? No puedo contarle nada de esto a Patrick.

—Ciérralo ya, mamá... Me está poniendo la carne de gallina.

Estoy lavando los platos cuando suena el fijo. Voy a cogerlo, secándome las manos.

—¿Diga? —Nadie contesta—. ¿Diga? —repito.

Me pego más el auricular al oído. ¿Tendrá razón Patrick, será alguien de un *call center* de la India y no se oye nada porque se está estableciendo otra comunicación primero, o se oye una respiración al otro lado? Cuelgo y doy media vuelta; entonces veo un sobre en el felpudo de la entrada. Lo miro extrañada y echo un vistazo al reloj: las cinco, demasiado tarde para el cartero. Cuando me agacho a cogerlo, veo que el sobre está en blanco pero cerrado. Me recuerda a la carta que dio comienzo a todo esto, la que Patrick recibió de la inmobiliaria. Me tiemblan las manos mientras lo rasgo.

Dentro hay dos artículos de periódico doblados y me dejo caer en el primer peldaño de la escalera para leerlos. «En el interior de la casa maldita», reza el titular, acompañado de una fotografía pequeña de la casa. Son las

fotografías más grandes las que hacen que me tiemblen las manos aún más, las de ese interior que apenas puedo identificar con esta casa, ni siquiera con cómo estaba cuando Patrick y yo la vimos por primera vez.

Las fotos son en blanco y negro, con mucho grano, pero distingo en ellas algo que parecen boquetes en la paredes, como si alguien las hubiera atravesado de un puñetazo; el parqué está levantado, la moqueta manchada, las cortinas desgarradas. No lo leo bien, pero parece que hay algo escrito en las paredes del pasillo.

Lo que sí distingo es el precinto policial de la puerta de la calle abierta, pero no hay forma de saber qué parte de todo eso se hizo durante la investigación policial y cuánto antes de que se descubriesen los cadáveres. Todos los artículos de prensa que recuerdo de esa época, todos los sitios web que he visitado hablan de los Evans como una familia feliz, con lo que los asesinatos resultan mucho más trágicos. No casa con las fotografías de estas páginas, que además están a años luz del paraíso en el que Patrick se crio. Han arrancado el nombre del periódico, pero la fecha aún se ve, y es de poco después de la masacre. ¿Quién me ha metido esto por la puerta? ¿Por qué? ¿Habría sido alguna de las nuevas compañeras de clase de Mia, una broma cruel de adolescente?

Toco con la mano la pared que en el artículo del periódico tiene un boquete de un puñetazo. ¿Está hundida? ¿Hay alguna concavidad del tamaño de un puño que se haya rellenado después?

Cuando llega Patrick, me encuentra aún sentada en la escalera, con el recorte de periódico en una mano y palpando la pared con la otra.

—Alguien nos ha metido esto por la puerta —le digo. Coge las páginas de periódico y las mira sin inmutarse—. El estado en que se encuentra la casa en estas fotos... ¿Todo eso se hizo después de que se mudaran los Evans?

No me cuadran esas fotos, cómo estaba la casa cuando vinimos a verla, con la preciosa vivienda familiar de la que Patrick solía hablarme.

—Los Evans estuvieron allí dos años después de que se marcharan mis padres —dice Patrick, aún inmutable y sin responder realmente a mi pregunta.

—Creo que ha sido él quien ha metido esto por la puerta —digo—. Creo que ha sido Ian Hooper.

Patrick suspira y se frota los ojos con una mano.

—¿Ya estamos otra vez? Sarah, no es él. ¿Cómo va a ser él si...?

—¿Si qué?

Se sienta a mi lado en la escalera.

—¿Crees que yo no he visto las páginas web que tú has estado mirando? Todas esas historias sensacionalistas no son más que basura. Te han vuelto paranoica y te han hecho pensar que te vas a dar de bruces con Ian Hooper cada vez que dobles una esquina.

—Venga ya, Patrick. No puedes pedirme que no me preocupe. Asesinó a tres personas.

—No hay de qué preocuparse. Lo que tú no sabes es cómo reaccionó el pueblo después de la masacre. A los Hooper prácticamente los echaron de aquí.

—¿Los echaron los del pueblo? ¿Cómo lo hicieron?

Patrick sonríe levemente.

—Nada muy grave, salvo algún imbécil que les rompió una ventana de un ladrillazo. Fue más bien por las cosas que se dijeron, por cómo cerraron filas; los niños empezaron a tener problemas en el colegio, la mujer de Hooper perdió el trabajo sin motivo. —Vuelve a plegar el artículo y lo guarda en el sobre—. Lo que quiero decir es que qué crees que pasaría si volviera. ¿Que nadie se daría cuenta? ¿Crees que podría registrarse en una pensión, comprar en el súper, tomarse una copa en el pub...? Todos los del pueblo, todos los que lo recuerdan gritarían y llamarían a la policía en cuando tuvieran la más mínima sospecha de su regreso. —Miro el sobre desgarrado que Patrick sostiene suavemente entre los dedos—. No es él —me dice en voz más baja.

—Entonces, ¿quién? Alguien ha estado vigilando la casa, hemos recibido llamadas anónimas y alguien... —Me callo. Iba a mencionar la caracola, pero no se lo conté a Patrick en su día—. Alguien ha metido esto por la puerta —digo en cambio.

—Algún chismoso del pueblo, probablemente. O algún crío que quiere echarse unas risas asustándonos.

—Patrick... —digo mientras se levanta—. ¿Cómo es que sabes tanto de lo que pasó después aquí, en el pueblo?

Se detiene a la puerta de la cocina.

—Mis padres aún vivían por la zona. No en el pueblo, pero cerca. Las noticias vuelan.

Pero nunca antes me ha mencionado nada de eso.

Subo cansina las escaleras cargada con una cesta de ropa limpia, llamo a la puerta cerrada del cuarto de Mia y luego la abro. No hay nadie dentro, así que

le dejo el montón de ropa a los pies de la cama para que la guarde ella.

Estoy a punto de salir del cuarto cuando veo algo por el rabillo del ojo que me llama la atención. Hay una pila de papeles al borde de su tocador. Cuando he entrado, he supuesto que serían deberes o apuntes, pero la foto de la primera página la he visto antes, abajo, en el ordenador. Es Ian Hooper. Vuelvo a entrar y cojo la pila de papeles. Son páginas impresas sobre los asesinatos, decenas de ellas, no solo las que yo he encontrado. Con la cara de Ian Hooper, siempre la misma foto, en todas ellas.

—Me producen pesadillas. —La voz de Mia me hace volverme de pronto. Mira fijamente las páginas que tengo en la mano—. Me producen pesadillas, pero no puedo dejar de leer cosas sobre el tema.

Sé perfectamente a lo que se refiere. Pienso en esa página web que no paro de visitar, el mismo artículo de periódico. Son sus ojos, creo. Esos rostros. Los ojos de Ian Hooper parece que se clavan en los míos, y a los Evans se los ve tan felices, tan ajenos, tan inocentes, no tienen ni idea de lo que les espera. Es horrible. Pero no le puedo contar nada de eso a mi hija, no puedo dejar que vea reflejadas en mí sus propias preocupaciones.

—Lo sé —digo—. Pero fue hace mucho tiempo. Tú eras un bebé cuando pasó. Ya no hay nada que temer.

—Sueño cosas horribles todas las noches —dice—. Pasó aquí mismo, mamá. En mi cuarto. Fue aquí donde la mató. A veces lo veo entrar y asesinarlos, pero no puedo moverme ni decir nada. Otras, soy parte de la familia, o la familia es la nuestra, pero vivimos en la casa por esa época y entra Hooper con un cuchillo y es a nosotros a quien ha venido a matar...

Suelto los papeles en la cama, me acerco a ella y la abrazo. Le acaricio la espalda como si fuera más pequeña.

—Estoy cansadísima, mamá, pero me da miedo irme a la cama por las noches por el viento... Hay algo que no para de golpetear mi ventana y sé que, si me quedo dormida oyendo ese aullido y ese golpeteo, empezaré a tener pesadillas enseguida. Paso más tiempo en el cuarto de Joe que en el mío; casi podría llevarme la cama allí.

—Vale, vale —digo, dibujando círculos lentamente en su espalda—. Pronto será verano, las noches serán más cortas y habrá menos tormentas. Cortaremos las ramas que hay cerca de las ventanas y le preguntaré a tu padre si se puede hacer algo para evitar el golpeteo.

Mia se aparta, frotándose los ojos que cada vez le veo más irritados y ojerosos.

—Entonces, me quedaré dormida antes y tendré pesadillas más largas.

—Si vuelves a tenerlas, ven a despertarme. Te prepararé un chocolate caliente como hacía antes y me sentaré a tu lado hasta que te vuelvas a dormir.

—Alargo la mano y cojo el montón de papeles—. Me llevo esto. Si esto no anduviera por tu cuarto, a lo mejor dejarías de tener malos sueños.

Asiente, titubea, luego saca un libro del cajón del tocador y me lo da.

—Llévate esto también.

Miro el libro y el título me estremece: *Casas malditas del Reino Unido*. Es un libro fino de tapa blanda y sin rastro alguno de la editorial. En la cubierta hay una foto en blanco y negro de una casa victoriana; no es la nuestra, pero se parece lo bastante como para hacerme mirar dos veces.

—Algún gracioso me lo ha dejado en el pupitre de clase —dice Mia.

—Pues no tiene ninguna gracia —digo yo.

—Ninguna, sobre todo porque salimos en él. Bueno, nuestra casa. Tiene capítulo propio. —Casi se me cae el libro al suelo y, en mi torpe intento de atraparlo, doblo sin querer la cubierta—. Página cuarenta y tres —dice Mia—. Hay fotos y todo. A ver, algunas de las cosas que dice ese tío está claro que son chorradas y que se las ha inventado, pero cuenta la historia de la casa. — Hace una pausa para tomar aliento—. Su teoría, si es que se le puede llamar así, es que a estas casas les pasa algo, que hay algún mal en ellas que hace que ocurran cosas horribles en su interior.

—Eso es...

—Una gilipollez, lo sé. Son chorradas, pero mezcla todas esas mierdas con la verdad y luego empecé a leer los artículos de los periódicos...

Sujeto el libro con fuerza.

—Lo voy a tirar.

Vacila un instante, pero después asiente.

—Vale. Sí, hazlo, por favor. Gracias, mamá.

Voy directa al jardín de atrás con la intención de tirar a la basura el libro y todas las páginas impresas de Mia. Levanto la cabeza y veo que me mira desde el cuarto de Joe y la saludo mientras levanto la tapa del cubo y meto todos los folios bien al fondo. Me dispongo a tirar también el libro, pero no lo hago. Mia ya no está en la ventana. No sé por qué, pero en vez de tirarlo a la basura, entro corriendo en casa y lo meto de prisa al fondo de uno de los cajones de la cocina.

En el salón, procuro convencerme de que hemos empezado de cero, de que el pasado se puede borrar de verdad. Aún no he terminado de redecorarlo,

pero con el papel pintado, los cojines y las flores de la ventana, ya no se parece en nada al de las fotos de los periódicos. No lo es. Es lo que debería ser: un hogar, un sitio en el que seremos felices. No obstante, me cuesta quitarme de la cabeza esas fotos y esas crónicas cuando por el rabillo del ojo veo que la pintura no ha conseguido tapar la tabla de estatura, cuando sé que en algún lugar debajo del papel pintado de mariposas, bajo las capas de pintura vieja y el revestimiento, los Evans dejaron sus marcas, sus historias.

Madre mía, esas fotos. ¿Cómo podían ser los Evans la familia feliz de la que habla la prensa y tener la casa en semejante estado? No paro de pensar en lo que Mia ha leído en ese libro y en cómo me imagino a Marie Evans haciendo lo mismo que yo, fingiendo que todo es normal —tablas de estatura en la pared, niños jugando con figuritas de *Star Wars* en sus cuartos...— mientras alguien abría las paredes a puñetazos y la casa se caía a pedazos a su alrededor.

Se me hace un nudo en la garganta y miro fijamente esas iniciales temblorosas de la pared. Necesito saber cuándo y por qué la casa dejó de ser el hogar feliz de una familia y se convirtió en la casa maldita.

Titubeo antes de abrir la puerta de la inmobiliaria. La chica sentada a un escritorio me mira con una sonrisa luminosa.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla?

—Eh... No estoy segura... Soy Sarah Walker, acabamos de mudarnos a..., a Seaview. —Se esfuma su sonrisa—. Tengo una consulta —digo—. Para el dueño anterior. Me preguntaba si podría... —Me callo al verla fruncir el ceño.

—No puedo facilitarle los datos de ningún cliente.

Lo dice con brusquedad y no sé si no me cree o piensa que soy periodista o una morbosa que lo único que quiere es acosar al superviviente de la casa maldita.

—Lo sé, no pasa nada —digo—. Verá, ¿podría darle a él mis datos y pedirle que se ponga en contacto conmigo? —Garabateo mi nombre y mi móvil en un papel—. Dígale... —Dudo un momento. ¿Qué puedo decirle para que quiera hablar conmigo? Me acuerdo de pronto de las figuritas de *Star Wars*—. Dígale que he encontrado algunas cosas en la casa que podrían ser suyas. Suyas o de su hermano.

Ha cambiado, la casa que un día fue solo una casa, luego la casa maldita y ahora..., ¿ahora qué es? Muebles franceses barnizados y colores de Farrow & Ball, botes de pintura blanca apilados en un pasillo que en su día estaba oscuro y desangelado.

Pero, si miras de cerca, verás manchas negras en la pintura, el papel despegándose por los bordes. Si miras de cerca, verás que ella se muerde el labio, que está alicaída y agarrotada por la tensión.

Hay un dibujo colgado de la pared a su espalda: dos niños pequeños, podrían ser gemelos, con distinta tez pero idéntica sonrisa. Qué disparate, ¿es que no lo ves? ¿No lo ve ella?

Esa no es una casa para niños.

Veo a Mia deambulando por la cocina, abriendo y cerrando el frasco de galletas sin coger ninguna, abriendo y cerrando la nevera. Esta mañana he llevado un par de cajas arriba y su cuarto olía a tabaco. En la otra casa tenía las paredes forradas de fotos de ella con sus amigas, pero esta mañana me las he encontrado casi todas hechas pedazos en la papelera. Parece cansada, delgada con el suéter holgado del uniforme.

Se detiene junto a la mesa y coge las figuritas de *Star Wars* que he dejado ahí.

—¿Jugando con muñequitos, mamá?

—No, las encontré arriba. Pensaba que eran de tu padre, pero... ¿Os salieron a vosotros en alguna caja?

—A mí no —dice.

Cuando le he preguntado a Joe, me ha dicho que a él tampoco, pero está claro que no estaban ahí cuando vinimos a ver la casa ni el día que nos mudamos. Las habría visto, ¿no?

Saca de la nevera lo que queda del pastel que me ha traído Anna y lo pone en la mesa.

—¿De dónde ha salido esto?

—¿El qué? —Dejo de darle vueltas a lo de esas figuritas—. Ah, me lo ha traído una amiga. A modo de bienvenida.

—¿Una amiga? —pregunta, y coge un pedazo del borde.

—Se llama Anna. La he conocido en el pueblo, trabaja en el café. Hemos estado quedando. —Le acerco el plato—. ¿Quieres? Hay que terminárselo.

Pone cara de asco y niega con la cabeza.

—¿Cómo van las clases?

Me dedica una mirada de las suyas, la de circunstancias, sin rastro de sonrisa ni de enfado y, aun así, muy hostil.

—¿Tú qué crees? —masculla.

—¿Has hecho algún amigo? —pregunto con una mueca. Parece que le estoy

hablando a una niña de cinco años.

Me mira ceñuda y, cuando abre la boca, espero que me conteste alguna burrada, pero se calla y sonrío, con una sonrisa que no le he visto antes.

—Sí, he hecho un amigo. Pero no ha venido a traerme pastel.

Me trago una decena de preguntas.

—Me alegro. Estaba preocupada.

Suelta una carcajada y coge una manzana del frutero.

—Preocupada. Claro.

—Lo estoy. Claro que lo estoy. Lo único que espero con esta mudanza es que Joe y tú estéis bien. Que seáis felices. Te veo... cansada.

Titubea y suelta la manzana, después de darle un mordisco.

—Sigo teniendo pesadillas.

Pienso en los sueños que tuve yo anoche: manchas de sangre medio olvidadas en las paredes, huesos debajo del parqué... Me pregunto si Joe también los tendrá, si se pasa las noches en vela, con ese árbol golpeteándole la ventana.

—¿Las mismas?

Asiente.

—Esta casa. Ellos. Los Evans. Por las noches, el mar suena como un susurro.

Tiemblo, veo que se le pone la carne de gallina como a mí.

Coge la manzana, la manosea.

—Creo que esta noche he gritado con una de esas pesadillas. Papá ha debido de oírme porque ha venido a ver si estaba bien. Me ha dicho que a lo mejor podríamos cambiarnos la habitación. Pero el mar se oirá igual en la vuestra, ¿no? Dice que en la vuestra no se oye tanto el mar. —Hace una pausa y ríe—. Ojalá Joe y yo aún fuésemos pequeños, así podríamos irnos a vuestro cuarto.

Patrick no me ha contado nada esta mañana, no me ha dicho que hubiera hablado con Mia de sus pesadillas y, desde luego, no me ha comentado lo de cambiarnos las habitaciones.

—Aunque supongo que no es solo por el ruido del mar, ¿no? No es el mar lo que causa los puntos fríos, ni lo que me produce pesadillas. Pues claro que podemos cambiarnos los cuartos. Lo hacemos este fin de semana si quieres. Pero acuérdate de lo que te dije... Si sigues teniendo pesadillas, ven a despertarme, ¿vale? Abriremos el chocolate a la taza y me sentaré a tu lado.

Me mira incrédula un instante y luego suelta la manzana de golpe.

—Por favor...

—¿Qué?

—Olvidalo —dice, sale de la cocina y sube corriendo las escaleras.

Cuando voy detrás de ella, veo la caracola. Está en la consola del vestíbulo y se parece a la que me encontré en la puerta, pero más pequeña, más del estilo de las conchitas que los niños solían coger en las excursiones a la playa cuando eran pequeños.

La cojo y, al mirarla de cerca, asoman una patita flacucha y una pinza roja y me rozan la mano. Un cangrejo ermitaño. La dejo caer con un chasquido y chillo.

—Joder, ¿qué pasa ahora?

Mia ha salido de su cuarto y está plantada, medio en penumbra, en lo alto de las escaleras.

—¿Has puesto tú esto aquí? —digo, señalando el cangrejo.

Me va el corazón a mil. No esperaba que esas patitas me arañaran la mano... Peor que si fuera una araña. Peor que el escarabajo que me encontré una vez en el zapato y que me hizo gritar tanto que casi tiro la casa abajo.

Mia se encoge de hombros.

—Yo no.

Habrà sido Joe. Me ha parecido verlo en la playa antes, hablando con algún chico de su clase, creo, acurrucados los dos para no pasar frío. Me ha alegrado ver que tiene un amigo. Habrà traído él la concha a casa sin darse cuenta de que llevaba bicho dentro.

La concha ha perdido un pedazo cuando la he tirado al suelo y ahora le veo el cuerpo al cangrejo, vulnerable, indefenso. El remordimiento, mi amargo compañero, aparece de nuevo. Soy una destrozahogares.

Estoy poniendo la mesa para la cena cuando se cierra de golpe la puerta. Me asomo a la ventana y veo que Mia baja a toda prisa por la calle. Lleva una minifalda negra que no le he visto antes y tacones. Miro el reloj. Se está haciendo de noche, pero son solo las ocho, y no ha cenado.

—¿Adónde va? —pregunta Patrick.

—No lo sé. A mí no me ha dicho nada... ¿Crees que tiene novio y no nos lo ha contado?

Recuerdo de pronto esa sonrisa, disimulada y pícara. Una sonrisa de «tengo un secreto».

Patrick se aparta de la ventana.

—No, no lo creo. Me lo habría dicho.

—Sí, ¿verdad? ¿Cuándo, en una de esas charlas que tenéis de madrugada?

—¿De qué hablas?

—Esta noche. Mia me ha dicho que has ido a su cuarto.

—¿Y...? —Se me queda mirando—. Había tenido una pesadilla. No está de más que uno de los dos se despierte, ¿no? —dice con desdén—. La comida se está enfriando, ve a buscar a Joe.

Llamo a la puerta de su cuarto, pero no contesta. No está cerrada del todo, así que la empujo y asomo la cabeza. Lo veo tumbado en la cama, mirando al techo, con el bloc de dibujo abierto en el suelo. Lo miro: ha dibujado a un chico al borde de algo que parece un precipicio.

—¿Bajas a cenar? —le pregunto.

—No tengo hambre —masculla.

Suspiro y entro, me acerco y me siento al borde de la cama y echo un vistazo alrededor. Hay que reformar este cuarto lo siguiente, en cuanto esté terminado el salón. En el rincón, junto a la cama, el papel pintado se está despegando, no solo una capa, años de papel pintado, hasta el yeso. Me muerdo el carrillo y tiro de la esquina. Se levanta todo fácilmente, incluso el yeso, y algunos pedazos se quedan adheridos al papel.

—Yo también he cometido ese error —dice Joe.

La pared de debajo está húmeda, manchada de moho. Por debajo del papel pintado asoma el borde de un dibujo infantil garabateado en la pared. Me recuerda a la tabla de estatura de la pared del salón y vuelvo a estirarlo, intentando que pegue.

—Tendrías que ver qué más hay ahí debajo —dice Joe.

Continúo estirando el papel.

—Ahora no —le contesto.

—¿Ahora no?

Ríe, pero su risa no es de felicidad.

Me levanto y me voy, pero, cuando estoy en la puerta, me llama.

—¿Mamá? He visto a papá antes... —Enarco las cejas al ver que vacila—. Estaba en mi cuarto. He subido y me lo he encontrado mirando por la ventana y me ha parecido... raro.

—¿Raro?

Vuelve a vacilar. Me veo tentada de coger el bloc de dibujo; ¿ese chico que está al borde del precipicio es él?

—Creo que estaba llorando —dice.

—¿Llorando?

Asiente con la cabeza.

—Pero he pensado que no podía ser. Porque es papá.

Vuelvo a mirar el bloc de dibujo. A lo mejor no es Joe el que está al borde del precipicio. A lo mejor es Patrick. Pero no, como él mismo ha dicho, Patrick no llora.

—No me crees, ¿verdad?

—No es eso, es que... Tu padre, ¿por qué iba a llorar?

—¿Por todo esto de empezar de cero? Es una mierda, mamá. Las cosas han empeorado, no mejorado. Y convertir esta casa en un hogar... Eso nunca va a pasar.

—Venga ya, Joe, solo llevamos aquí dos semanas...

Coge el bloc de dibujo, lo cierra y lo mete debajo de la almohada.

—Vete, por favor.

Se me hace un nudo en la garganta. Mi hijo se está deprimiendo y volviéndose un extraño, inasequible. No es la primera vez que lo veo. Sé lo que le pasó a su madre biológica y me aterra que pueda terminar igual.

Me empieza a sonar el móvil en el bolsillo, pero lo ignoro.

—Joe...

—¡Vete, joder!

Me suena el móvil otra vez mientras Joe me cierra la puerta en las narices. Pongo la mano en la puerta al oír un golpe seco dentro de la habitación. El móvil deja de sonar, pero suena de nuevo casi inmediatamente. Me lo saco del bolsillo. No conozco el número, pero contesto con un «¿Diga?» distraído.

—¿Señora Walker? Soy Tom Evans.

Tom Evans está sentado a una mesa junto al ventanal: pelo corto oscuro, delgado bajo la camisa azul marino, remangada, que revela el borde de un tatuaje negro. Casi no me puedo creer que me haya llamado de verdad y haya accedido a quedar conmigo. No he sido yo quien ha propuesto que nos viéramos en el café de Anna. No me apetece que me interrogue después, bastante tengo con preguntarme yo por qué hago esto. Lo reconozco enseguida, pese a que nunca lo he visto, y no por las fotos de ese pequeño desdentado, sino por su asombroso parecido con su padre. John Evans apenas tenía veintinueve años cuando lo asesinaron. Muy joven para estar casado y con

hijos, trágicamente joven para morir. Y su hermano... Se me encoge el corazón de pensar en el pequeño Billy Evans. Está aquí también, al lado de Tom, una ausencia en ese espacio vacío.

No puedo ni imaginar cómo habría afectado a Mia o a Joe tener que pasar por lo que ha pasado Tom Evans. No sé cuánto vio u oyó durante la masacre, ni cuánto recuerda, pero, como las manchas que plagan la casa, es una oscuridad de la que uno jamás se recupera.

Levanta la vista cuando me acerco a su mesa y sonrío, y veo en esa sonrisa un poco de aquel niño desdentado.

—¿Señora Walker? —dice, se levanta y me tiende la mano.

—Llámame Sarah —le digo.

Tiene la mano fría. Solo estrecha la mía, sin sacudirla, y me acaricia la palma con el pulgar al soltármela. Me la limpio instintivamente en los vaqueros, para librarme de esa caricia accidental mientras él sigue sonriendo. Me dan ganas de gritar «Esto ha sido un error» y echar a correr. ¿En qué demonios estaba pensando? Parpadea mientras me mira fijamente y la cara que pone me resulta extraña.

—Gracias por acceder a verme —le digo.

Sigo de pie, medio mirando a la puerta. Trago saliva y me alegro de que sea sábado y el café esté abarrotado: ahora que tengo delante a este fantasma de John Evans, creo que habría salido corriendo si nos hubiéramos visto en algún sitio más íntimo. Al mirar alrededor, veo que nadie nos presta atención. La tensión que percibo es fruto de mi imaginación.

Se encoge de hombros y vuelve a sentarse, luego se acerca la taza de café, abre un sobrecito de azúcar y se lo echa.

—No estaba seguro de qué hacer, pero no vivo lejos y como me dijo que tenía algo mío...

Me siento enfrente de él, saco las figuritas de *Star Wars* del bolso y se las paso por la mesa.

—He encontrado esto... He pensado que podrían ser tuyas.

Las coge y las aprieta con la mano.

—Serían de Billy —dice con la voz quebrada—. No me llevé nada de la casa. No quería nada. Mis abuelos se ocuparon de vaciarla y nos mantuvimos al margen del juicio y de la prensa. No sé cómo se pudieron extraviar estas.

Pienso en cómo me las encontré en el alféizar, allí puestas como si el pequeño Billy Evans hubiera estado jugando con ellas.

—Gracias —dice, sin levantar la vista de los muñecos.

—Siento haberte disgustado —digo y me callo.

Se guarda las figuritas en el bolsillo.

—No pasa nada —dice—. Quería venir de todas formas. Sentía curiosidad.

—¿Curiosidad?

Me mira.

—Curiosidad por saber quién había comprado la casa. Jamás pensé que fuera a venderla. Supuse que, si alguna vez lo hacía, sería a alguna promotora que terminaría echándola abajo para hacer algo nuevo. —Empieza a destrozarse una servilleta, cortándola en tiras perfectas que apila al lado de su taza—. Entonces los de la inmobiliaria me dijeron que ya había alguien interesado, alguien que estaba esperando a que la vendiera. —Vuelve a dedicarme esa sonrisa rara—. Y resultó que eran ustedes. Como le digo, sentía curiosidad. He estado a punto de llamar a la casa.

A lo mejor ha llamado y luego se ha arrepentido. Pienso en esas llamadas anónimas que yo creía que eran de Hooper. ¿Es mejor o peor que fueran de Tom?

—¿Habías vuelto por aquí desde...?

Se lo piensa.

—Este pueblo fue el único sitio que conocí hasta los siete años —dice, sin contestar a mi pregunta—. No quería irme a ninguna otra parte.

—Mis hijos no acaban de verle las ventajas a vivir aquí —digo, forzando una sonrisa.

—¿Tiene hijos?

—Dos: un chico y una chica. Adolescentes.

Le tiembla la mano y vuelca la taza. Se derrama el café y empapa la servilleta hecha jirones.

—¿Y usted? —dice, y me agarra la mano y me la aprieta, inclinándose tanto hacia delante que le huelo el aliento—. ¿Le ve «las ventajas», señora Walker?

Me echo hacia atrás sin pensarlo, tiro de la mano y me zafó de él con tanta fuerza que mi silla araña el suelo.

—Pues... Es un pueblo bonito —contesto—. Y la casa...

—¿Para qué quería verme? —pregunta—. No era para darme esto, ¿verdad? —dice, señalando las figuritas que ha vuelto a dejar en la mesa.

Pienso en el recorte de periódico que nos han pasado por la puerta. No puedo preguntarle eso, ¿no? Ni puedo preguntarle si cree que la casa es un ente malvado que hizo que Hooper asesinara a su familia. Madre mía, pero ¿qué estoy haciendo?

—Ian Hooper ha salido de la cárcel —espeto, y me arrepiento en cuanto veo cómo reacciona al oír su nombre, cómo se encoge, cómo le cambia la cara. Por Dios, ¿aún puedo cagarla más?

Se levanta, deja un par de monedas de una libra en la mesa.

—Lo siento —dice—. Esto ha sido un error. No tendría que haber venido.

—Tom..., espera —le digo, agarrándolo del brazo—. Lo siento, lo estoy haciendo fatal. No pretendía disgustarte. Es que... me he enterado de que ha salido de la cárcel y nosotros estamos en la casa y... y todo va mal y quería...

Se zafa de mí.

—¿Quería qué? ¿Información de primera sobre el infame Ian Hooper? ¿La tranquilidad de que no va a entrar como una bestia en su casa a masacrar a su familia?

Miro a otro lado, incapaz de soportar su cara de espantoso dolor. Cuando me vuelvo, ha salido y la puerta se cierra a su espalda. Me recuesto en el asiento, me tiemblan las piernas.

Sales de la casa con tu traje perfectamente planchado, subes a tu coche resplandeciente y te diriges a tu despacho grande en la ciudad. Veo a tu mujer por las ventanas, entrando y saliendo de las habitaciones, sin hacer nada. Tu mujercita perfecta es un desastre.

Yo no tenía que haber terminado aquí. Yo no tenía que haber terminado así. Estaba saliendo, estaba subiendo, iba a vivir el sueño.

Luego despierto y estoy otra vez aquí, en este pozo negro de pueblo moribundo, y te veo a ti con tu carrera de altos vuelos y a ella con sus sueños y sus sonrisas y digo no.

Ni de coña, joder.

Cuando llego a casa, Patrick está en el jardín trasero, atizando un fuego que ha encendido en un viejo bidón metálico. Todo parece tan hermosamente doméstico y normal que tengo que apoyarme en la encimera de la cocina y agarrarme muy fuerte al borde mientras trato de decidir qué voy a decirle sobre dónde he estado. No puedo contarle que he quedado con Tom Evans porque jamás lo entendería. Ni siquiera sé si lo entiendo yo. Quería saber más, comprender por qué se torcieron tanto las cosas para la familia que vivió aquí antes que nosotros, pero ahora que he visto a Tom... Él ya no es el pequeño de pulso tembloroso que escribió sus iniciales en la tabla de estatura. Ha hecho bien marchándose del café. Ha sido un error. No tendría que haber quedado con él, ¿qué me proponía exactamente? ¿Tendrá razón, buscaba solo la tranquilidad de saber que Ian Hooper no está vigilando la casa? Pero ¿cómo iba a proporcionármela Tom? ¿Acaso quería que me consolara diciéndome que la vena asesina de Ian había sido un caso aislado, un crimen pasional, como me dijo Patrick? ¿En serio buscaba que me tranquilizara el hombre cuya familia entera fue asesinada?

Preparo café y salgo al jardín a hacer compañía a Patrick. Me tiemblan las manos y derramo la bebida caliente y las gotas ardiendo me caen en las manos. Estamos casi en mayo, pero el olor de la fogata, el frío del aire me hacen pensar en otoño: hojas secas en el suelo, el año llegando a su fin... El verano y el otoño pasados yo estaba sumida en una bruma de dolor. Ha pasado medio año y apenas me he dado cuenta. Estaba tan resuelta a que este año fuera distinto. A ser distinta. En algunos aspectos lo soy: aquí mi madre parece que está más lejos y mi dolor es menos agudo. Pero ¿es por la mudanza o por las pastillas? Quedar con Tom me ha dejado inquieta; tengo la garganta seca y el corazón desbocado.

Hay un manzano al fondo del jardín, lo único que crece bien; el resto es una maraña de plantas descuidadas: las malas hierbas ahogan cualquier brote de arbustos o de flores, el césped está lleno de calvas, medio muerto. Pero el

manzano ha comenzado a florecer.

—¿Ya has empezado a limpiar esta selva? —pregunto con fingida alegría. Le ofrezco una taza de café y él la coge.

—Has vuelto. ¿Adónde has ido?

—A comprar. He encontrado algunos de mis viejos libros de recetas y he pensado en hacer algo distinto para cenar.

Me mira extrañado. ¿Le resulta tan obvio como a mí que mi alegría no es de verdad?

—Estoy pensando, haciendo planes —dice, y se vuelve a mirar el jardín—. Hace un par de meses estábamos mejor dentro, pero en unos cuantos fines de semana de trabajo intenso podríamos tener esto despejado. Hacernos con algunas plantas, unos muebles de jardín nuevos y dejarlo precioso para el verano. Como solía estar.

Está haciendo caso omiso de mi empeño en pintar y remodelar el interior. Patrick se ha buscado un nuevo proyecto. Yo creo que van a hacer falta más que unos cuantos fines de semana para que esto esté bonito. De momento, ha conseguido hacer un hueco de medio metro en la jungla de malas hierbas. Una tarde entera de trabajo para un trozo de medio metro de hierba amarillenta y barro. Está sudoroso y sucio, con todo el pelo por la cara.

—Por cierto, hay un mensaje para ti en el contestador del fijo.

Lo dice con retintín y me preguntó de qué se habrá enterado. Demasiados secretos. Antes no teníamos secretos. Al menos yo creía que no los teníamos. De pronto empieza a soplar un viento que azota la parte de atrás de la casa y levanta un humo negro que me irrita los ojos.

Coge otro montón de porquería para la fogata y yo me dispongo a volver dentro cuando, entre el humo, veo el rostro de Joe, más joven, sonriente, dibujado con un lápiz fino, con los bordes arrugados por el fuego que lo devora. Alargo la mano para atraparlo, pero Patrick me la agarra.

—No seas estúpida. Te vas a quemar.

Pero las llamas lamen el rostro de Joe, convirtiéndolo en cenizas negras, y solo entonces caigo en la cuenta de lo que ha encontrado Patrick para su primera fogata. Son mis bocetos, los que le enseñé a Anna, mis dibujos de Joe y de Mia cuando eran más pequeños, de Patrick dormido, de Mia bailando, de Caroline riendo junto al lago. Me abalanzo de nuevo sobre la pira, histérica, pero él me detiene con su cuerpo.

Pecho contra pecho, lo miro, muda de asombro.

—El mensaje era de esa doctora a la que has mandado a Joe —dice con

calma, como si estuviéramos charlando delante de una taza de café—. Al parecer, la has llamado para pedirle otra cita.

—Me tiene preocupada. Está...

—Está perfectamente.

—No está perfectamente. Por Dios, Patrick, se está hundiendo otra vez. Lo veo.

—¿Por qué nunca eres capaz de dejar las cosas como están?

—¿Y esto de qué va? —digo con los labios entumecidos—. ¿Me quemas mis cuadernos, toda una puta vida de trabajo, por haber pedido cita con una doctora?

—Me dijiste que habías terminado de vaciar las cajas, pero me he encontrado todo esto —dice, removiendo las cenizas, sin morder el anzuelo—. Cajas escondidas detrás de las puertas. Cosas metidas en bolsas por los rincones del salón. Como me has dicho que habías terminado y te has ido por ahí, «a comprar», he dado por sentado que lo que quedaba tenía que ser basura.

Furibunda, me zafo de él, vuelvo corriendo adentro y abro la puerta del salón de par en par. Lo había guardado todo ahí: mis blocs de dibujo, mis pinceles, mis pinturas y mis lápices. Lo había guardado mientras encontraba un sitio donde trabajar.

Ha desaparecido todo. Las manchas de humedad trepan por la pared, al descubierto ahora que ya no están las bolsas. Maldita sea, Patrick. ¿Dónde están mis pinturas? ¿Dónde están mis lienzos?

—Ahora ya podemos dejarlo perfecto —dice, asquerosamente contento cuando entra y me encuentra mirando pasmada el rincón vacío.

¿Es que no ve las manchas de verdín cada vez mayores, las de moho negro? ¿Cómo va a ser esto perfecto nunca?

—¿Qué has hecho con las pinturas, con los lienzos? ¿No las habrás...?

—Están en el sótano —me contesta, y mi rabia se enfría. Me mira a la cara y suspira—. Estoy cansado de pasar por alto lo que haces a mis espaldas, de que malgastes el dinero en psicólogos para Joe, de que te vayas «a comprar», de que vayas por ahí arrasando, disgustando a todo el mundo —espeta—. Vamos, Sarah, ámate. Esta vez todo va a salir perfecto.

—¿Que me anime? ¿Que me anime, joder! ¿Tienes idea de lo que significaban esos blocs de dibujo para mí?

Tengo un nudo espantoso en la garganta y ganas de darle un puñetazo, de gritarle a la cara.

—No son más que dibujos antiguos —dice—. ¡Madre mía, ni que hubiera prendido fuego a un cachorrillo! Cómprate otros cuadernos si quieres, tampoco es que los hayas usado mucho últimamente, ¿no? ¿Cuándo fue la última vez que dibujaste algo? Déjalo estar, Sarah.

Que lo deje estar. ¡Joder! Estoy apretando los puños con fuerza y tengo que darle la espalda porque sé que, si sigo hablando, será algo de lo que ya no haya vuelta atrás. Si sigo hablando, le prenderé fuego a algo más que unos blocs de dibujo.

El domingo por la mañana se va temprano, sin decir nada; cierra de un portazo y yo, que estoy sentada a la mesa de la cocina tomándome un café, me sobresalto. Meto la ternera en el horno para asarla, pelo las patatas y me niego a pensar en las bolsas vacías que contenían mis blocs de dibujo.

—Lo siento —me dice cuando vuelve.

Lleva el abrigo puesto y me entrega una bolsa. Dentro hay un bloc de dibujo nuevo y una caja de lápices. Es un bloc bonito, con tapas duras, grueso, de papel caro..., perfecto, como le gusta a Patrick. Pero las páginas están en blanco y no me apetece dibujar nada.

No le contesto. No puedo hablar con él mientras siga albergando en el pecho esa rabia que me duele y está desesperada por salir.

—Lo siento —repite—. Estaba cabreado, furioso por que hubieras llamado a la doctora sin comentármelo, frustrado por lo despacio que avanza todo. Pero no sabía que esas cosas fueran tan importantes. Pensé que era basura. De haberlo sabido, jamás lo habría quemado.

Pero se aparta de mí cuando lo dice. Estampo el mondador en la encimera. «¡Claro que lo sabías, Patrick!» Los bocetos se veían mientras ardían.

Pasa de largo y sube las escaleras. Meto las patatas en el horno y me voy al salón, con los brazos cruzados, envolviendo con ellos la rabia intensa que llevo dentro. Hay alguien al otro lado de la calle otra vez, exactamente en el mismo sitio en el que estaba el mirón la primera noche. La figura está mirando al mar, lleva un abrigo oscuro con capucha, pero espero a que se vuelva, a que me muestre el rostro de Ian Hooper. Una brisa me hace estremecer y, por un segundo, tengo la sensación de que proviene del interior de la casa, como un aliento frío en la nuca.

Recuerdo la primera vez que vi la casa. Me recordaba a algo y tardé un tiempo en saber a qué. Era a esa casa encantada de esa feria en la que estuvimos una vez, ¿te acuerdas? No por dentro, la casa era bonita por dentro entonces, sino por fuera. ¿No tuvo siempre algo? ¿Algo raro? No me digas que tú no lo notabas también.

Dentro todo parecía muy bonito. Entonces me llevaste a tu cuarto con su papel pintado recién puesto y me enseñaste lo que había debajo del papel y te reíste como si fuese graciosísimo.

De *Casas malditas del Reino Unido*, página 44:

¿Cuándo entró en escena Ian Hooper? Los rumores lo sitúan en la vivienda casi desde el principio; su aventura con Marie Evans no era nueva y continuaba en el momento de la masacre. Sin embargo, Hooper insistió durante el juicio en que su aventura había empezado solo un par de meses antes de los asesinatos. Declaró que se sintió atraído por Marie cuando la vio llorando y magullada después de que su marido la agrediera.

Eso lo desmintió en la vista la acusación, con el respaldo de los padres de John Evans, que insistían en que su hijo jamás habría pegado a su esposa. Pero lo que nunca salió a la luz en el juicio, porque se retiraron los cargos, fue que Marie Evans en efecto llamó en una ocasión a la policía para denunciar a su marido por violencia doméstica. La hermana de Marie, Loretta Anderson, asegura que fue ella quien aconsejó a Marie que llamase a la policía, pero, cuando el agente llegó a la casa, Marie dijo que había sido un error, que estaba enfadada por una discusión, pero que John no le había puesto una mano encima.

Loretta, en cambio, afirma que no era la primera vez que John pegaba a su mujer. Pero solo después de que se mudaran a la casa de Seaview. «Marie no paraba de decir que era la casa. Que la casa lo había cambiado.»

Guardo el libro y esta vez lo escondo debajo de todo lo que hay en el cajón de mi mesilla. Mientras me ducho y me visto, no paro de darle vueltas a las palabras de Tom Evans y a distintos fragmentos del libro, y todos ellos desencadenan una serie de preocupaciones persistentes. No puedo quitarme de la cabeza la cara de Patrick cuando convirtió en cenizas mis cuadernos. Con lo comedido que ha sido siempre. Quiero creer que los quemó sin querer porque

la otra posibilidad, que lo hiciera a propósito... La rabia que sentía se ha transformado en dolor, casi en pena de haber perdido todos esos años de dibujos. Ha tenido que ser sin querer o, en el peor de los casos, un arrebató momentáneo que creo, creo de verdad, que lamenta. Pero eso es lo que me preocupa: Patrick no tiene arrebatos. O al menos no los tenía antes de que nos mudáramos a esta casa. Es una de las razones por las que Caroline no se lleva bien con él. Le resulta frío, claro que ella nunca lo ha visto como lo he visto yo. Si lo hubiera visto quemándome los cuadernos, aporreando el volante y gritando cuando salimos de la exposición de cocinas, ¿seguiría burlándose de él por ser tan frío? ¿Y cómo lo justificaría yo? «Es la casa. La casa lo está cambiando.»

Una vez estábamos en el parque, hablando de una película que Patrick y yo habíamos ido a ver, una comedia, y Caroline me dijo que jamás lo había visto reír, no de verdad, de troncharse de risa. Yo lo defendí: «Pues claro que se ríe. No es un puñetero robot». Pero ella insistió: «Tampoco me lo imagino de pequeño —me dijo, mientras veíamos a nuestros hijos hacer el tonto entre las hojas secas, con los zapatos mojados de la hierba húmeda—. No me lo imagino soltándose la melena y divirtiéndose».

Sé que sus padres siempre fueron distantes, despegados, al contrario que mi madre. Ya eran cuarentones cuando lo tuvieron y, por las cosas que nos contaron las pocas veces que fuimos a verlos antes de que murieran y por cómo trataban al pequeño Joe, no tenían ni idea de qué hacer con aquel nuevo bebé sorpresa.

Patrick se crio en una casa bonita, en esta ubicación idílica, y creo, por lo que me ha dicho, que sus padres lo querían, pero también percibo, por lo mucho que disfrutaba de nuestras salidas familiares, de nuestras Navidades y cumpleaños cuando los niños eran pequeños, lo que debió de perderse de niño con aquellos padres mayores y raros.

Todo lo que Patrick me ha contado de su infancia está relacionado con esta casa y con la vida perfecta que vivió en ella, pero, pensándolo bien, son más imágenes que historias. No sería tan frío y tan comedido de niño, ¿no? ¿Ni en la adolescencia, la edad de los altibajos y del desenfreno hormonal y la confusión?

—¿Sarah? —me llama Patrick desde abajo. Está a punto de irse, con el abrigo puesto, tecleando algo en el móvil—. No te olvides de lo de esta noche.

—¿Lo de esta noche? —repito, confundida. Pero ya se ha ido.

En cuanto me quedo sola, cojo el teléfono para llamar a Caroline, pero

luego cambio de opinión. Si la llamo ahora, ¿le contaré demasiado? ¿Le confesaré que, en las últimas semanas, a veces miro a Patrick y no lo reconozco? ¿Que la gente no para de contarme cosas que no me cuadran en absoluto con lo que él siempre me ha dicho? O peor aún, ¿que cuando lo vi aporrear el volante, furioso, al salir de la exposición de cocinas algo me resultó... familiar, una especie de *déjà vu*, uno de esos «no he soñado yo esto alguna vez»?

—¿Señora Walker? ¿Sarah?

Voy caminando con la cabeza gacha, contra el viento, y al principio no lo oigo. Me pone una mano en el hombro y me vuelvo enseguida, acelerada.

—¿Tom?

Sonríe y da un paso atrás, abofeteado por una ráfaga de viento. Saco la mano instintivamente para apartarlo del borde del precipicio. Ha sido una tontería subir andando aquí en un día tan tormentoso. Tendría que haberme quedado en el pueblo, haber ido al café de Anna.

—La he visto subir y he decidido alcanzarla... Va rápido —dice, riendo.

—¿Me buscabas?

—Quería disculparme por mi salida de tono del otro día. Fue por volver aquí. Me afectó más de lo que pensaba.

—Soy yo la que debería disculparse. No tenía ningún derecho a ponerme en contacto contigo y hablarte de Ian Hooper y de...

—Del día en que murió mi familia. —Asiento—. ¿Puedo acompañarla al pueblo? —me pregunta.

No me apetece volver a casa aún, pero si le digo que no, ¿me seguirá más arriba, más lejos? Además, se está nublando. No quiero que me sorprenda la lluvia. He desperdiciado otro día, no he hecho nada más que dormitar entre pastillas. Patrick no tardará en volver a casa y se preguntará dónde estoy.

—Claro.

Bajar, con el viento a favor, es más fácil. Y resulta tranquilizador ver acercarse las luces del pueblo. No me parece bien estar aquí arriba con Tom: sigue siendo un extraño, aunque fuese yo la que se puso en contacto con él. Camina muy pegado a mí, rozándome el brazo con el suyo.

—No consigo conciliar el sueño —dice. Me sigue el ritmo sin problema; ¿de verdad iba tan rápido antes que no podía alcanzarme?—. El médico cree que tiene que ver con la venta de la casa.

—¿El médico?

Sonríe.

—El psiquiatra. Hace años que voy a terapia. Lo he estado hablando con él. Creo que lo ha animado que por fin la haya vendido. Tuve que hacerlo, en cuanto supe que iban a soltar a Hooper. Lo necesitaba. —Hace una pausa y se detiene casi del todo según llegamos al final del paseo marítimo—. Aunque estuve a punto de no hacerlo cuando me enteré de quién quería comprarla —añade—. No sabía si echarme atrás o no, pero dudaba de si volvería a tener otro comprador.

Me muerdo el carrillo demasiado fuerte y hago una mueca de dolor.

—¿Y por qué ibas a echarte atrás?

—Sé que el señor Walker vivió allí de niño y puede que la casa fuese distinta entonces, pero, en..., en la época de los asesinatos, yo no le habría deseado esa casa a nadie. Menos aún a otra familia. —Se arrima a mí y me inquieta de nuevo esa forma de invadir el espacio personal—. Yo solo era un crío, así que igual mis recuerdos no valen mucho, pero tengo la sensación de que todo empezó a ir mal cuando nos mudamos allí. Papá cambió, discutía con mamá a todas horas. Billy comenzó a tener aquellas pesadillas horribles; se despertaba gritando todas las noches. Pensábamos, Billy y yo, que la casa estaba encantada.

Me acuerdo de los puntos fríos e inspiro hondo. Creía que los fantasmas eran los recuerdos de las muertes de la familia de Tom, que ellos habían sido los primeros. ¿Quién más ha muerto allí? ¿Quién más está generando esos puntos fríos y por qué no estaban ahí cuando Patrick vivía en esa casa?

—Perdone —dice—. Seguramente no le apetece oír todo esto...

A lo mejor sí. Me dan ganas de llevarme a Tom delante de Patrick y decirle: «¿Ves? ¿Ves lo que pasa con esta casa?».

—He pensado que debía decírselo de todos modos. Advertirla. Porque parece buena persona. Y como su marido y mi padre eran amigos...

—¿Qué?

—Eran colegas, ¿no?, ¿el señor Walker y mi padre? El nombre me sonaba, claro, por eso lo busqué. Lo recuerdo de cuando yo era niño.

—¿Tu padre y Patrick?

Ladea la cabeza.

—Sí, ¿qué pasa?

Noto que palidezco y que empiezo a marearme.

—No, eso no es así... Él nunca...

—A mí ya no me queda familia. Que haya personas en la casa a las que conozco es casi como si fueran mi familia, ¿sabe? No quiero que ni ustedes ni sus hijos tengan problemas allí.

Ya casi hemos llegado a la casa y he empezado a tener sudores fríos. Miente. Sufre delirios. ¿Familia? Lo he visto dos veces, cinco minutos. Y Patrick nunca, jamás, me ha dicho que conociera a los Evans.

La casa está a oscuras y no hay nadie en la calle. Tengo dos opciones y ninguna de las dos me parece segura: entrar en la casa oscura o quedarme aquí fuera con este hombre al que cada vez veo más como un extraño.

—Tengo que entrar —le digo cuando empieza a llover; caen unas gotas gordas y arrecia por segundos. El corazón me va a mil y temo que me pida que lo deje pasar.

—Claro —dice, y se aparta de mí. Cuando me dirijo a la puerta, se vuelve y añade—: Tenga cuidado, Sarah.

Una vez dentro, echo los dos cerrojos, pongo la cadena y corro por la casa encendiendo todas las luces. Al entrar en el salón, veo a Tom Evans alejarse encogido bajo la lluvia. Se vuelve a mirar, levantando la vista a la casa. Siento como si todos los puntos fríos se me colaran por debajo de la piel.

Doy un respingo cuando alguien aporrea la puerta de la calle y oigo a Mia gritar. Voy corriendo al vestíbulo a quitar la cadena.

—¡Joder, mamá, llevo plantada aquí fuera una eternidad!

—Lo siento, no te oía desde la cocina.

—¿Qué hay para cenar? —pregunta mientras cuelga la mochila del colegio.

¿Qué hora es? Las seis y media. Madre mía, Patrick no tardará en llegar.

—Perdona, Mia, no he... Se me ha olvidado. He salido y... ¿Dónde has estado?

—Por Dios, mamá, despierta, joder. Te he dejado un mensaje para avisarte de que iba a la biblioteca. Me muero de hambre.

—¿A la biblioteca? ¿Aún está abierta a esta hora?

Me mira, luego mira a otro lado.

—Bueno, después he ido a la playa.

—¿Dónde está Joe?

—Ha ido a la playa también. Sigue allí.

Miro el cielo cada vez más oscuro.

—¿Sigue?

Mia examina ceñuda los estantes vacíos de la nevera.

—Ahora preparo algo. Voy a ver qué hay —digo.

—Olvidalo. Me como un puñetero sándwich. —Se vuelve antes de salir de la habitación—. Pero, en serio, mamá, ¿qué le vas a decir a papá?

Se muerde el labio, vuelve a ser una niña nerviosa.

No se me ha olvidado cocinar, se me ha olvidado comprar. Patrick me ha dicho que comprara por internet si no me apetecía ir hasta el súper, pero al final no lo he hecho. La nevera y el congelador están casi vacíos y no le puedo servir a Patrick un sándwich de queso y llamarlo cena. Me acuerdo de ese cuento que solía leerle a Mia de un tigre que vino a cenar y se comió toda la casa. Me imagino diciéndoselo a Patrick y me da la risa, una risa algo histérica. Me estoy partiendo de risa, tapándome la boca con la mano, delante de la nevera vacía cuando oigo la puerta de la calle y a Patrick saludando.

No pasa nada. Pedimos comida a domicilio o algo así. «Lo siento —le voy a decir—. (¡El tigre se lo ha comido todo!) Se me ha olvidado hacer la compra.»

Salgo al vestíbulo a recibirlo. Me mira de arriba abajo. Aún voy con los vaqueros y el suéter que me he puesto esta mañana, los vaqueros salpicados de pintura. Llevo la coleta medio deshecha, así que me la vuelvo a hacer.

—No se te ha olvidado, ¿verdad?

—¿Olvidado?

—Vienen a cenar David y Elly. Te lo dije hace días.

¿Me lo dijo? No me acuerdo. A ver, sé que me ha hablado de invitarlos a cenar, pero ¿me especificó un día? Solo llevamos aquí tres semanas, ¿por qué invitarlos ahora, que la casa está aún sin terminar?

Ay, Dios, no he hecho la compra. Ni siquiera he encontrado aún los platos y los vasos buenos. Intento recordar si queda algo en el congelador con lo que pueda improvisar una cena, pero Patrick ya está abriendo la nevera y contemplando sus estantes vacíos.

—Se te ha olvidado. —No pregunta, y lo dice en tono plomizo.

—Lo siento —susurro.

No tengo excusa. Miro el calendario de la pared y ahí está, el día de hoy rodeado con un círculo y David y Elly escrito en rojo debajo. Pero estoy segura, convencida, de que no estaba escrito antes. ¿No miré el calendario ayer para ver cuándo era la cita con el tutor de Joe?

—Da igual —dice, cerrando la nevera. Está claro que no. Por el gesto de su mano, por la arruga profunda de su frente, sé con certeza que no da igual—.

Salimos a cenar fuera —dice—. Ahora los llamo y les digo que hay cambio de planes, me invento que se ha ido la luz o que se ha roto el horno.

Se me hace un nudo en la garganta de nuevo, de remordimiento.

—No tenemos por qué salir, puedo encontrar algo rápido en el congelador, o pedir comida a domicilio, o...

—Cenamos fuera.

La arruga de la frente ahora son dos, y sé que más vale que no diga nada más.

Nos dirigimos al restaurante en silencio. Me ha dado cinco minutos para cambiarme, así que tengo claro que voy hecha un desastre. Me he puesto una falda y tacones, pero la falda está arrugada y los zapatos ya me están haciendo daño. Llevo el pelo lacio y no me he maquillado. Patrick se ha cambiado la camisa, pero aún va con el traje del trabajo. En cambio, David y Elly, que ya esperan a la puerta del restaurante, van hechos dos pinceles. Elly parece que se ha pasado una semana en la peluquería. Me entrega un regalo para celebrar el cambio de casa y se inclina a darme un beso en la mejilla; David sostiene en alto una botella de vino y ríe.

—Lo siento, tendríamos que haberla dejado en el coche.

—Te tendríamos que invitar a vino nosotros, para celebrarlo —dice Patrick, y yo lo miro.

—¿Celebrarlo?

—A David lo han ascendido, ¿no te lo he dicho? —responde Patrick con desenfado al tiempo que me pone una mano en la espalda y me hace pasar al restaurante.

¿A David? ¿A David, con su pelo rubísimo y su falso bronceado, su BMW y su vida sin preocupaciones? David tiene treinta y dos años y estaba a las órdenes de Patrick. ¿Significa este importante ascenso que ahora es su jefe? Miro al uno y luego al otro: Patrick parece más pequeño, eclipsado por el resplandeciente éxito de David. Está claro que no he prestado suficiente atención cuando Patrick me ha hablado de sus problemas laborales.

Esta noche era sin duda importante para Patrick, una oportunidad de presumir de la casa de sus sueños, de conservar cierto ascendiente. El remordimiento me pesa en la boca del estómago como algo sólido y miro la carta que me pone delante el camarero, sin apetito ya.

Ahora les está hablando de la casa, contándoles sus planes y lo que ha

hecho de momento. Tal y como lo cuenta, parece que yo no haya hecho nada. No menciona las humedades ni el estado en que se encontraba la mayoría de las habitaciones. Tampoco habla de la desastrosa visita a la exposición de cocinas, ni de los quince años que llevaba esperando a que el inmueble se pusiera a la venta, ni de la persona de la que, al parecer, Tom, el superviviente de la masacre, piensa que Patrick era amigo.

—Perdonadme un momento —mascullo, interrumpiendo la anécdota que David está contando a voces sobre un cliente odioso que tienen.

Zigzagueo por el restaurante hacia el fondo, donde un letrero indica que está el baño. Está abarrotado, hace calor y el aire es húmedo y huele a fritanga, con cierto tufo a pescado podrido que probablemente forme parte de los cimientos mismos del local. A petición de Patrick, nos han sentado en el centro de la sala, rodeados de parejas y grupos de turistas, de familias díscolas que tienen a los niños despiertos hasta demasiado tarde, todo ello a un codazo de distancia.

No es un restaurante como para presumir con invitados. No es un buen sustituto para una cena en una casa nueva. Buen vino en copas de cristal, música suave y flores en una casa junto al mar; eso era lo que Patrick quería, no gambas rebozadas, patatas fritas y vino blanco de la casa. Me meto una pastilla en la boca y me agacho al lavabo para tragármela con un poco de agua del grifo.

—Me he tomado la libertad de pedir por los dos, cariño —dice Patrick cuando vuelvo—. Había una oferta especial de calamares.

Pasa el camarero con una tartita coronada por una bengala encendida. Todos los de la mesa de al lado empiezan a cantar el *Cumpleaños feliz* y, con el bullicio, no se oye mi aspaviento.

Una vez, cuando tenía dieciocho años y estaba de vacaciones con mis amigas, ocho chicas adolescentes, una semana en Creta, comí calamares y me puse tan mala que creí que me moría. Dos días en una sauna de habitación sin aire acondicionado, arrastrándome al baño, incapaz de beber siquiera un poco de agua sin vomitar, con temblores, los labios agrietados, retortijones constantes y, lo juro, alucinaciones al final. Recuerdo que les decía a mis amigas entre lágrimas: «Dejadme morir, que acabe esto, matadme ya».

Ahora, con solo oír la palabra, verlos, olerlos o siquiera pensar en ellos, me dan ganas de vomitar. Patrick lo sabe, estoy convencida. Se lo he tenido que contar.

Cuando traen los calamares, vienen sobre un lecho de lechuga en juliana

con los bordes marrones rociada de aceite. Procuero respirar por la boca, pero no puedo cerrar los ojos, no sin que se me queden mirando todos, así que no me queda otra que mirar esas anillas resplandecientes. Me corre el sudor por la frente, se me acumulan las gotas debajo del pelo y respiro con dificultad a medida que las náuseas se apoderan de mi estómago.

—Patrick, es que...

—Come —dice Patrick en voz baja para que nadie más de la mesa lo oiga.

Me están saliendo manchitas en las mejillas y noto que David y Elly me miran con cara rara. Patrick me ve pinchar un poco de ensalada aceitosa y sonrío.

Al verle esa sonrisa, cojo una anilla de calamar diminuta y me la meto directamente en la boca. Todos se relajan y retoman la conversación. Intento tragármela sin saborearla, pero entonces respiro por la nariz y el olor combinado con la textura gomosa de lo que tengo en la boca me producen una arcada. Suelto el tenedor y me tapo la boca con las manos. Ahora es Patrick quien contiene la respiración al verme. David y Elly han dejado de comer y de hablar otra vez; me miran todos, preocupados.

Trago, tanto el calamar como la bilis amarga que me quema la garganta. Hago una pausa para beberme de un trago el vaso de agua, luego vuelvo a centrarme en el plato y me concentro en pinchar una anilla de calamar detrás de otra, dentro, trago, dentro, trago, sin tiempo para pensar, sin tiempo para saborear, sin tiempo para respirar.

Sigo hasta que no queda ni una, hasta que me tiembla la mano y me noto los retortijones. Entonces respiro por fin y miro a Patrick, que sonrío, con su plato aún lleno, y pienso que a lo mejor el tigre es él. Solo han pasado tres minutos.

—Vaya, sí que te han gustado —dice, y yo lo interpreto como que me da permiso para ir a vomitar, con la esperanza de llegar al baño antes de que el hielo de mis tripas se derrita y me dé la arcada—. La verdad es que yo no tengo mucha hambre —añade mientras retiro la silla—. Cuando vuelvas, te puedes comer los míos si quieres.

Me despierto en plena noche con el estómago revuelto y sé que voy a vomitar otra vez. Corro al baño y esta vez me sigue Patrick. Se acuclilla a mi lado cuando me inclino sobre la taza del váter y me aparta el pelo de la cara.

—Esta cena era muy importante para mí —me dice a la vez que me viene otra arcada y con ella el vómito, solo bilis—. Llevo un tiempo hablándole a

David de la casa. Lo único que quería era invitarlos a «mi» casa, no a un restaurante de mierda. Quería demostrarles que no necesito un condenado ascenso.

—¿Conocías a John Evans? —le pregunto con aspereza.

Por un segundo, me aprieta el pelo y tira de él, más que apartarlo, luego afloja.

—Estás obsesionada, Sarah. Basta ya. Déjalo estar.

Se levanta, coge una toalla y me la da. Me lavo la cara con manos temblorosas y cojo la toalla. Veo su reflejo en el espejo y es como si mirara a un extraño.

—Siento lo de los calamares —dice mientras sale del baño—. Lo había olvidado. También a mí se me olvidan las cosas a veces.

Estoy sentada a la mesa de la cocina, masajeándome las sienes. Me ha estado doliendo la cabeza todo el día según me iba poniendo cada vez más tensa, esperando a que Patrick llegara a casa, pero él ha entrado tan contento, como si no hubiera pasado nada, y si no llega a ser por el regusto amargo que tengo en la garganta de haberme pasado media noche vomitando, me estaría preguntando si no han sido todo imaginaciones mías.

Patrick está en el baño y yo debería estar haciendo la cena, pero no consigo moverme. Lllaman a la puerta y doy un respingo. Abro, esperando que sea Anna, pero es Ben, con un par de patucos de bebé.

—Perdone —dice—, pasaba por aquí y he visto esto a la entrada y he pensado que igual se les habían caído. Parece que va a llover y no quería que se estropearan. —Miro los patucos. Recuerdo que Mía tenía unos muy parecidos, de satén crema, con adornos de terciopelo y cintas largas y sedosas. Pero estos están manchados de barro y los bordes de las cintas están deshilachados—. Los he encontrado en la puerta —repite.

Me vuelvo a mirar la vitrina del vestíbulo donde puse la caracola que me encontré en la puerta. Me pregunto por qué Ben pasará por delante de esta casa tan a menudo. En realidad, no estamos camino de nada.

—No son míos —digo, procurando no alterarme—. Los habrá dejado alguien ahí para gastarme una broma o algo así.

—¿Una broma? —replica, acariciando las cintas de seda.

—Traiga, que los tiro —le digo, pero no los cojo. No quiero meterlos en casa, no quiero ni tocarlos.

—Ya lo hago yo —me contesta—. Los tiro en su contenedor cuando vuelva. —Me mira—. ¿Se encuentra bien? La veo pálida.

—No..., no es nada. Aún sufro las consecuencias de haber comido un marisco en mal estado.

Esta noche no he pegado ojo. No he podido dejar de tener un pensamiento horrible detrás de otro. Esta mañana he agradecido el aturdimiento que me

produce la pastilla y me han dado ganas de tomarme dos en vez de una. Pero no quiero hablarle a Ben de las pastillas. Ni de Patrick, ni de los calamares.

Cierro un poco la puerta, pero él no se mueve.

—La verdad es que... no pasaba por aquí —dice. Me agarro al marco de la puerta, casi esperando a que entre por la fuerza. Vuelvo a mirar adentro: ¿y si bajan Patrick o Joe y me ven hablando con Ben? No tendría que haber abierto la puerta—. Uno de mis artistas se ha retirado de la exposición y quería comentar con usted la posibilidad de que exponga en su lugar el mes que viene. Lo anunciaremos con carteles y folletos, para generar interés.

Me aprieto la tripa para contener el pánico.

—No puedo. Ya se lo dije, no tengo suficientes pinturas. No he... ¿Cómo voy a preparar una exposición entera en un mes?

Podría haber enmarcado mis dibujos como me sugirió Anna, pero ahora ya no los tengo y su pérdida es como una herida abierta y purulenta.

Frunce el ceño.

—¿Querría venir a la galería mañana, o el viernes? Hay... Tengo algo que podría ayudarla.

Noto algo raro. Algo distinto. Estoy a la puerta de casa después de que se vaya Ben, pasmada. El palito que pinté en la ventana con la lengua... ¡Ahora hay otro! Al lado del mío, más pequeño, más débil, pero está ahí. Otra línea trazada en la sal que empieza a acumularse de nuevo. Miro el parterre: hay una especie de piedrecitas blancas por allí tiradas que no estaban antes. Se parecen a las pastillas que me tomo todos los días, tanto que estoy a punto de entrar en casa a ver si no las he esparcido por el jardín como si fueran semillas sin saberlo siquiera. Pero, cuando me agacho, veo que no son pastillas ni piedras, sino decenas de pedazos de una caracola rota. Saqué aquí a ese pobre cangrejo ermitaño el otro día y ahora ya no está y su hogar roto está hecho añicos. A su lado, justo debajo del palito nuevo, hay una huella.

Contengo la respiración. Esto es... demasiado cerca. No es que alguien nos espíe desde el otro lado de la calle, sino pegado a la ventana. ¿Cuándo habrá pasado esto, antes, cuando yo estaba sola en casa? ¿Anoche? No, los patucos no estaban ahí cuando han llegado Patrick y Joe, y debe de ser la misma persona.

Pienso en Ian Hooper, luego en Tom, en Ben y los imagino a todos mirándome por la ventana, limpiando la sal para espiarme. Niego con la

cabeza. Casi es la hora de tomarme la pastilla, la hora de volver a estar tranquila y aturdida.

Claro que ¿qué más me he perdido mientras estaba atontada? ¿Me habría olvidado de la cena de Patrick de no ser por las pastillas? ¿Habría tardado tanto en vaciar las cajas y decorar las habitaciones? ¿No habían sido precisamente esas cosas las que habían sacado de quicio a Patrick? Me tomo las pastillas y veo pasar la vida. Nunca voy a poder pintar lo suficiente para exponer en una sala como esa. En cambio, las pastillas echarán raíces en mi interior, se convertirán en algo podrido mientras yo duermo, y el palito de la ventana volverá a empañarse y desaparecerá. Cojo el botecito de plástico donde tengo las pastillas y lo destapo. Luego salgo al contenedor de basura que hay delante de la casa y levanto la tapa. Agarro con fuerza el envase, no soy capaz de volcarlo. A lo mejor podría esconderlas en mi cuarto, por si acaso...

Enfilo el sendero y me detengo de nuevo en el parterre, debajo de la ventana. La huella parece menos clara, la raya hecha en la sal podría ser el rastro de una gota de lluvia. ¿Serán imaginaciones mías? ¿Me estaré obsesionando, como dice Patrick? Miro las pastillas que llevo en la mano. Si me tomara otra ahora, la huella, el palito quizá desaparecieran, pero los patucos... Esos no me los he podido imaginar, ¿no? Alguien nos está haciendo esto, alguien intenta volvernos locos y tengo que dejar de esconderme. Con las manos, escarbo en la tierra húmeda. Me arrodillo para hacerlo, sin importarme que la humedad me cale los pantalones. Entierro las pastillas, esparciéndolas entre los pedazos de caracola rota y tapándolo todo con tierra hasta que el borde queda liso y no hay rastro de blanco ni de huellas.

En el vestíbulo, hurgo en los bolsillos del abrigo de Mia en busca de esas cajitas metálicas de pastillas de menta que lleva siempre. Son más grandes que mis pastillas, pero de lejos, en el botecito de plástico traslúcido, no se distinguen.

Cuando estoy tapando el bote, baja Patrick frotándose el pelo mojado con una toalla y su brazo caliente del baño roza el mío.

—¿Te estás tomando la pastilla? Muy bien.

Asiento, con el corazón a mil. Me duele el brazo de apretarlo: me da pánico que Patrick vea que me tiembla la mano. Aún tengo tierra en las uñas. No me ha dado tiempo a limpiármelas, pero si lo ve, le diré que he estado arrancando malas hierbas.

Siempre se me ha dado fatal mentir, pero si le digo que quiero dejar de

tomarme las pastillas, me mandará de inmediato al médico, que mirará mi historia y no me permitirá dejarlas. Además, después de lo de anoche, después de que me quemara los cuadernos, temo su reacción si se lo digo. No obstante, estoy aprendiendo a mentir, me digo mientras saco una pastillita de menta y me la meto en la boca.

Vuelvo a tapar el botecito y le doy la espalda, encorvada, con el sudor corriéndome por el cuerpo, temiendo que me agarre del brazo, me huelga el aliento a menta y descubre que le he mentado.

Se me acerca por la espalda y me pone las manos en los hombros, luego se agacha a besarme la coronilla. Me vuelvo y me encuentro en sus brazos mientras me acaricia la espalda. Es casi treinta centímetros más alto que yo, tiene unos brazos fuertes y eso antes me gustaba, lo segura que me sentía cuando me envolvía así. Ahora me cuesta respirar y tengo que hacer un esfuerzo por no forcejear. Me muevo un poco y me abraza aún más fuerte.

—Patrick...

Intento levantar las manos para apartarlo y él se mueve, pero solo un par de centímetros o así. Tengo la espalda pegada al alféizar alto de la ventana y no me puedo apartar porque me retiene los brazos con los suyos.

En este instante, esta casa me recuerda a la de mis padres, cuando la claustrofobia aumentaba y aumentaba hasta que empezaba a sudarme la frente y me costaba respirar.

Patrick me acaricia la barbilla, me levanta la cabeza, se inclina para besarme la mejilla y me susurra al oído, inmovilizándome aún con los brazos.

—¿Qué pasa, Sarah?

¿Qué pasa? Lo noto frustrado y vuelvo a sentir ese miedo, el de que todo sean imaginaciones mías. ¿Cómo puede comportarse como si no pasara nada? Le vi la cara cuando me quemaba los cuadernos, sentí el tirón de pelo anoche cuando estaba vomitando. No son cosas mías, no. En mi cabeza, veo a Tom hablándome de Patrick y de su padre, veo a Ben y la galería, imagino mis cuadros en el escaparate, imagino la reacción de Patrick y se me acelera el pulso cuando me mira fijamente, porque ¿y si sabe lo que estoy pensando?

Aún es de noche cuando despierto. La luz amarillenta de la farola se cuelga por una rendija de las cortinas y, cuando consigo ver bien, descubro que Patrick no duerme junto a mí. Su lado de la cama está frío; no ha ido todavía al baño, no es eso lo que me ha despertado. ¿Cuánto hace que se ha marchado? Yo me he

acostado antes que él. Estábamos los dos solos abajo y el silencio se me hacía insoportable, pero estoy segura de haber notado cómo botaba el colchón cuando se ha tumbado, un beso suave en mi hombro rígido mientras me quedaba dormida.

Espero a que vuelva, pero no lo hace. Son las tres de la mañana; no puede haber un motivo razonable para que alguien esté levantado a esas horas un día laborable. ¿Será por los niños? Aguzo el oído en la oscuridad, pero la casa está en silencio. Cierro los ojos, pero imagino a Patrick quemando más que mis cuadernos. Imagino a Mia despertándose de una de sus pesadillas. No voy a poder volver a dormirme si no sé qué hace Patrick levantado, así que cojo la bata y me pongo unos calcetines gordos. Me detengo en el umbral de la puerta; me da miedo salir de la habitación. Con el corazón desbocado, me decido a enfilar el descansillo a oscuras.

No está arriba. Joe y Mia duermen como troncos cuando me asomo a verlos y eso me tranquiliza un poco. ¿No tuve esa pesadilla una vez: que me despertaba en plena noche y Patrick no estaba y, cuando iba a mirar, los niños habían desaparecido y yo estaba sola?

Huelo a pintura y bajo. La luz de la cocina y la del salón están apagadas, pero la puerta del sótano está entornada y sale luz de allí dentro. No quiero entrar, no quiero saber qué está pasando. Nunca he bajado ahí. Nunca he querido bajar. Quiero volver a la cama, taparme la cabeza con el edredón y dormirme, fingir que todo esto es parte de ese sueño que tuve una vez. Ojalá no hubiera enterrado las pastillas.

Pero estoy aquí y estoy despierta y hay luz en el sótano y huele a pintura. Es lo bastante surrealista para ser un sueño. Despacio, aturdida, bajo las escaleras del sótano y veo a Patrick. Lleva una camiseta descolorida y unos pantalones de chándal viejos y está pintando la pared, tapando las manchas de humedad con luminosa pintura blanca.

—¿Patrick?

No contesta. Se dobla, moja el rodillo en la pintura, se yergue y lo pasa arriba y abajo por la pared, otros sesenta centímetros de blanco con los que cubrir la superficie sucia y manchada.

—Patrick, son las tantas de la madrugada.

—No podía dormir —dice sin volverse.

Solo hay una bombilla colgando del techo en el centro de la estancia y no da suficiente luz, así que los rincones están en penumbra.

—Te tienes que ir a trabajar en menos de cinco horas. Ven, que te preparo

una infusión para que te la tomes arriba. —Me ignora. Se está dejando trozos sin pintar con esa luz mortecina—. Patrick, en serio: no son horas de andar pintando.

—Eso ya lo sé —contesta, y tira el rodillo de forma que la pintura salpica todo el suelo y me llena de topitos los calcetines—. ¿Crees que me apetece estar haciendo esto ahora? Pero yo tengo que pasarme un montón de horas trabajando para pagar esta casa mientras tú estás todo el día sentada sin hacer nada, quejándote de que no tienes sitio para guardar todas tus porquerías, de que no tienes dónde pintar tus cuadritos y esperando que me complazca que te gastes una fortuna en pintura cuando ni siquiera has vaciado una puta caja.

Sus gritos resuenan por todo el sótano y yo retrocedo, mirando hacia la puerta abierta. Se pasa las manos por el pelo y suelta un suspiro entrecortado.

—Perdona. Lo siento. Tienes razón. Vuelvo a la cama enseguida. Siento haberte gritado. Estoy cansado y la mudanza me ha estresado más de lo que creía, y tengo mucho trabajo y... Da igual.

—Patrick..., cuéntamelo, por favor.

Se agacha y vuelve a coger el rodillo.

—Ha habido un problema en el trabajo. Con uno de mis edificios. Un problema de seguridad.

—¿Es grave?

—Lo han pillado a tiempo. Pero hoy David me ha llamado a su despacho porque cree que tengo que tomarme unos días libres.

—¿Y lo vas a hacer?

Niega con la cabeza.

—No podemos permitirnoslo, ¿no? Mi intención era suavizar las cosas con la cena de ayer, pero no fue así, ¿verdad? Hay demasiado que hacer en la casa. Todo irá bien. Esto pasará. Todas esas bobadas que no paras de contarme sobre Ian Hooper y esas personas imaginarias que vigilan la casa no ayudan. Cuando me voy a dormir, no consigo desconectar. El trabajo, Joe, tú, Mia... y la casa. Hay demasiado que hacer.

Se multiplican las mariposas que me noto en el estómago. Las grietas de su coraza son cada vez mayores. Tomo aliento y agarro una brocha.

—¿Te echo una mano?

—Vete a dormir, subo enseguida. Recojo esto y me acuesto.

Pero, cuando me despierto otra vez, son más de las cuatro y Patrick sigue sin volver a la cama.

Llevo todo el día angustiada y nerviosa. No sé si es porque no me he tomado las pastillas, porque me preocupa Patrick o porque me aterra esa exposición que Ben quiere que haga. Patrick deambula a mi espalda mientras pico verduras para un sofrito. Está distraído, no parece haber reparado en mi agitación. Me pregunto si habrá pasado algo más en el trabajo hoy, pero no me atrevo a preguntar. Se cierra de golpe la puerta de la calle y Patrick parece salir de su ensimismamiento y se vuelve sonriente al ver entrar a Mia en la cocina.

—Hola —dice, y nos mira con recelo. Ocurre algo, algo la hace ir encorvada y morderse las uñas.

—Hola, cariño, ¿lo has pasado bien?

Se encoge de hombros, se aparta el pelo de la cara y se dispone a marcharse.

—Solo hemos estado haciendo los deberes y viendo la tele. ¿Hay algo de comer? Estoy muerta de hambre: la madre de Jane ha hecho una pasta de esas con salsa espesa que estaba asquerosa.

—Pensaba que ibas a casa de Betty... —dice Patrick, y veo que Mia se estremece.

—Me ha llamado —tercio yo antes de que ella diga nada— para decirme que Betty tenía que salir y preguntarme si podía ir a casa de Jane.

Me mira extrañada, pero asiente con la cabeza y se retira antes de que a su padre le dé tiempo a preguntarle nada más. En cuanto nuestra hija sale de la cocina, desaparece la falsa sonrisa de Patrick, que me mira fijamente al verme salir corriendo detrás de ella.

—Gracias —masculla cuando nos cruzamos en el descansillo. Luego se detiene antes de entrar en su cuarto—. Pero no hacía falta que mintieras por mí. A papá no le habría importado.

Que defienda a Patrick no es nada nuevo, pero el tono de duda de su voz sí.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. ¿Por qué no iba a estarlo?

Abre la puerta de su habitación y veo que las paredes siguen vacías, sin fotos de su nueva pandilla de amigos. A lo mejor no hay pandilla, a lo mejor solo hay uno, el mismo del que me ha hablado, y tiene sus fotos escondidas en el móvil para verlas solo ella.

Más preocupaciones. Me están dando dolor de estómago. Quiero preguntarle con quién estaba, qué estaba haciendo, pero me mira, encorvada y a la defensiva, y sé que, si le pregunto, vamos a volver a discutir.

—¿Aún tienes pesadillas? —le pregunto en cambio.

Aprieta muy fuerte el canto de la puerta y tengo la sensación de que me la va a cerrar en las narices, pero la suelta y se hace a un lado, una invitación velada a entrar. Me siento al borde de la cama y ella deambula delante de mí.

—No son tan horribles como las de antes —dice—. Desde que me obligaste a deshacerme de ese libro y de esos artículos. —Me mira y sonrío un poco—. No es de extrañar que tuviera pesadillas, ¿verdad? ¿Lo llegaste a leer?

Me viene a la cabeza una frase del libro de las casas malditas: «Los vecinos comentan que los niños se vuelven más callados y reservados en los meses que preceden a los asesinatos».

Titubeo y niego con la cabeza. No tiene por qué saber que lo he escondido en el cajón de mi mesilla, que se ha convertido en mi libro de cabecera.

—Ya sé suficiente de esta casa y de la masacre: hechos comprobados, no conjeturas. —Me levanto y alargo la mano para acariciarle el pelo—. Oye —le digo, porque quiero ver otra vez esa sonrisa—, al final no fuimos de compras, ¿qué te parece si vamos este fin de semana? Te invito a comer. —Vuelvo a mirar sus paredes vacías—. A lo mejor podría arreglarlo para que te quedases con Caroline unos días. Pronto tendrás vacaciones.

Hace una mueca como si la hubiera ofendido y su rostro se torna imposible de descifrar. Hemos vuelto a la hostilidad con cara de circunstancias.

—No quiero quedarme con Caroline —masculla.

Antes se llevaban muy bien. Hubo una época en que me daba envidia, cuando lo máximo que conseguía yo eran portazos y malas caras.

—Pero así podrías ponerte al día con tus antiguas amigas.

—Joder, mamá, ¿no pillas las indirectas? ¿Te lo deletreo? —dice.

—¿Qué?

—Pensaba que lo habías hecho por eso, que por eso te habías tomado la sobredosis. —Ahora soy yo la que hace la mueca. Ella se ha puesto aún más

pálida—. Creía que estabas castigando a papá —dice con voz temblorosa— por ponerte los cuernos.

No puedo respirar, sus palabras son como un puñetazo en el estómago, lo que ella pretendía. Recuerdo la carta, la carta manuscrita con la que empezó todo esto. Esa que, en cuanto la vi, me hizo pensar que era de una mujer, y que mi instinto me llevó a esconder, a enterrar, a olvidar, a fingir que no había visto.

¿Lo sabía? ¿Lo había sospechado siempre? ¿Es eso lo que le pasa, no es la casa, ni el dinero, ni el trabajo, ni yo, sino el remordimiento por su aventura? No. No puede ser eso, Mia se equivoca. No puede...

—Lo vi con ella —dice—. Solo se estaban besando, pero era evidente lo que habían estado haciendo. —Sacude la cabeza como para deshacerse del recuerdo—. Así que no puedo reprochártelo, ¿no? Igual yo también habría intentado suicidarme. Si papá te puede poner los cuernos así con tu amiga...

¿Cómo?

—Sí, era Caroline —dice, mirándome fijamente—. Lo vi besando a Caroline.

¿A Caroline? ¿Qué?

Floto en la bañera, solo sobresale del agua mi cabeza. La he llenado tanto que cualquier movimiento mío genera un oleaje que hace que el agua desborde al suelo.

Hemos cenado, los cuatro, Mia toqueteando los fideos sin comer casi nada, yo, aturdida, agarrotada. ¿He llegado a coger el tenedor? ¿He fingido siquiera que comía? Patrick y Mia han hablado, Mia parloteando nerviosa, lanzándome miradas de preocupación. Joe, en su mundo.

Tiene que estar equivocada. Debió de malinterpretar lo que vio. Si a Caroline Patrick le cae fatal..., ¿cómo iban a estar lo bastante cerca como para que pensara que los había visto besarse? Me cuesta respirar, algo me ahoga. Caroline ha sido mi mejor amiga durante casi veinte años. Ya me conocía cuando yo conocí a Patrick, cuando me enamoré perdidamente de él, cuando me tenía completamente tontita por él, primer amor, primer amor, Caroline lo sabía. Mi mejor amiga.

No puede ser cierto. Sin embargo, una vocecilla amarga en mi interior reescribe todo lo que he visto entre ellos: los comentarios mordaces se convierten en coqueteo; cada una de esas veces que han dejado de hablar al

verme entrar en la habitación empieza a ser significativa: no discutían, no hablaban de mí, hacían planes, tenían una aventura. Su preocupación en el hospital por que me mudara, nada que ver conmigo, sino con Patrick. Si le miro el móvil, ¿me saldrá el número de ella en las llamadas recientes? ¿Encontraré mensajes secretos sobre planes secretos?

Cada pensamiento es una puñalada, un veneno inyectado en vena. Quiero llamarla, suplicarle que me diga que es mentira, un error, pero ¿y si no lo es? ¿Y si me lo confirma? ¿Qué hago entonces? Cierro los ojos, me hundo más en el agua, pero esa vocecilla no desaparece.

—¿Quién ha sido?

La voz de Patrick, potente y rotunda, me hace salir disparada del agua, que desborda de la bañera por un lado. Me pongo el albornoz y, cuando llego abajo, ya tiene agarrado a Joe por el hombro y lo está zarandeando.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Me miran los dos. Tiemblo, no solo por el pelo mojado, sino por la rabia gélida del rostro de Patrick, por el miedo de Joe.

Patrick se vuelve de nuevo hacia su hijo.

—¿Has sido tú?

—¿El qué? —masculla Joe, y Patrick se lo lleva a rastras a la cocina.

Los sigo a tiempo para verlo abrir la puerta de servicio, empujar a su hijo al jardín y salir detrás de él.

—Eso —dice, señalando al árbol que crece delante de la ventana de Joe.

Al principio, me parece que es una cinta que cuelga de las ramas y no entiendo la indignación de Patrick; está lo bastante cerca de la ventana de Joe, con lo que podría haber alargado el brazo y colgarla. Pero luego me acerco y veo que son unos zapatitos de bebé, unos patucos de esos blanditos con cintas que son solo para taparles los pies a los recién nacidos. Son los que se encontró Ben, los que me dijo que iba a tirar.

Miro a Patrick. Tiene la respiración acelerada y aprieta con fuerza, pegada al cuerpo, la mano con la que no sujeta a Joe.

—Patrick, no creo que Joe los haya dejado ahí... ¿Por qué iba a colgar unos patucos de un árbol? Habrán sido los chavales, para fastidiar, los habrán tirado con puntería desde el callejón.

Patrick no me mira. Mira esos patucos que mece la brisa, y vuelvo a verle esa cara. De pánico. Tiene miedo de algo y no sé de qué. Y ahora no solo me preocupa él, tengo miedo por mí. Temo, por todos nosotros, lo que pueda significar esa cara.

Suelta a Joe. Se pasa las manos por el pelo.

—Lo siento. Lo... siento. Habrán sido los chavales, tienes razón. —Vuelve a mirar a la copa del árbol y su semblante se contrae—. ¡Deshaceos de ellos! —nos gruñe a los dos mientras se va.

Se cierra de golpe la puerta de la calle, contengo la respiración y solo la suelto cuando oigo que arranca el coche y se va.

Joe se estira la camisa que Patrick le ha retorcido al agarrarlo.

—¿Aún piensas que esta casa es un buen sitio para nosotros, mamá? ¿Aún me prometes que todo va a ir bien?

Anna me ha llevado a su playa secreta. Me encuentro en lo alto de la cuesta pronunciada que conduce a la arena, agarrada como una lapa a una roca porque acaba de darme vértigo. No iba a venir; me he largado de casa, abrumada por todo: por la cara de pánico de Patrick, por mis propios temores sobre lo suyo con Caroline, sobre lo convencido que está Tom de que Patrick y John Evans eran amigos. Todo lo que está ocurriendo allí: los puntos fríos que creo, juraría que cada vez son mayores; esa tabla de estatura que parece cada vez más visible; la huella; las marcas de la ventana; los putos patucos de bebé...

Me aprieto con fuerza las sienes como si pudiera extraer así el terrible dolor de cabeza. Es demasiado; los pensamientos me reconcomen por dentro como gusanos. Tengo la sensación de que todos los músculos de mi cuerpo están en tensión y no sé si es el mono de esas condenadas pastillas o alguna otra cosa, pero es demasiado. Tenía que salir de allí, pero buscaba lo mundano, la normalidad de un café, o un paseo aturdidor por el súper.

Entonces he visto a Joe a la entrada de la feria, y antes de que pudiera acercarme, se ha juntado con otro chico con el mismo uniforme. Estaban prácticamente escondidos en la penumbra de un puesto de algodón dulce y ese chico se ha inclinado a besar a Joe. Después Joe se ha vuelto a mirar alrededor y me ha visto. Yo lo he saludado con la mano, pero no me he acercado.

No sabía bien qué hacer, así que he salido corriendo. No en sentido literal, pero casi. No es que me sorprenda: aunque nunca lo hemos hablado, siempre he sabido que Joe era gay. Quiero que sepa que no pasa nada, que solo quiero que sea feliz, pero si me hubiera acercado a ellos, ¿qué le habría dicho? Alguna estupidez, seguramente: «¿Cómo es que no estás en clase?», o «Me

preocupas», o «No se lo digas a tu padre». Alguna estupidez que le borraría la sonrisa de la cara, y hace tanto que no lo veía sonreír. Y me alegra, me alegra mucho verlo feliz, pero me genera más preocupaciones: ¿y si ese chico le parte el corazón a mi hijo ahora que es tan frágil? ¿Y si se entera Patrick? El año pasado, hace seis meses incluso, ¿me habría preocupado por eso? Pero tal y como está Patrick ahora, ¿tendría una reacción racional?

Así que lo he saludado y me he ido, y mis pies me han llevado en la dirección opuesta, hacia el paseo marítimo donde Anna me esperaba, sentada en un banco, mirando al mar, como en la pintura del escaparate de la galería.

—¿Qué te parece? —me grita Anna mientras bajo con cuidado a la arena.

Me yergo y contemplo la playa. Es pedregosa, como la de casa, pero Anna tenía razón: esos guijarros son de muchísimos más colores, verdes, azules, rosas. El agua tiene franjas de color cobalto, jade, gris, ese cuadro de la galería hecho pedazos y recompuesto en algo real e interesante. Veo kilómetros de playa delante de mí y a mi espalda se extienden acantilados quebradizos coronados de hierba.

Miro a Anna. El descenso le ha sonrosado las mejillas y parece más joven, saltando de roca en roca. Podría traer a Joe y a Mia aquí, podríamos construir una casa de guijarros y madera de deriva y escondernos de todo.

—Me hacía mucha falta esto —digo—. Llevo noches sin pegar ojo. Esto me está ayudando a despejarme.

Me dan ganas de contarle que puede que Patrick conozca a John Evans, y lo de su aventura con Caroline, pero ella no los conoce. No va a poder tranquilizarme, lo creará, y ese miedo que me reconcome por dentro se hará mayor. Si le hablara de la reacción de mi marido con lo de los patucos, en el restaurante, en la exposición de cocinas; si le hablara de ese miedo cada vez mayor a que viva en la casa algo más que nosotros, ¿qué diría?

—Bueno, ¿crees que este sitio podría terminar en uno de tus cuadros? —me pregunta cuando llegamos a la orilla. Las dos miramos al suelo y observamos cómo se acercan las olas hasta nuestros pies y luego retroceden.

—Patrick no quiere que exponga. Piensa que haré el ridículo.

Vuelvo a sentir la punzada de la humillación.

—¿No deberías decidir tú lo que quieres?

Lo que quiero es agarrar a Mia y a Joe y mudarnos aquí abajo, a la casa de guijarros y madera de deriva de mi imaginación, lejos de todo. Lo que quiero es librarme de ese pánico espantoso que me atormenta.

Nos quedamos en silencio un rato, mirando al mar.

—Yo quiero hacerlo, de verdad. Pero tengo miedo —le digo.

—¿De qué?

De todo.

—Me gusta tu playa secreta.

Sonríe.

—Entonces, será también tu playa secreta. La compartimos, mitad y mitad.

Otro secreto que ocultarle a Patrick.

Me ofrece un puñado de guijarros diminutos de una decena de colores pastel. Como están mojados, el sol los convierte en joyas resplandecientes.

—Pinta este sitio —me dice—. Expón tu trabajo. Haz algo por ti.

Me chupo los labios secos y me saben a sal.

—Lo voy a hacer —le digo—. Lo voy a hacer.

De vuelta a casa, paso por la galería para hablar con Ben, con los guijarros de Anna pesándome en el bolsillo. Mientras me decido a entrar, intento quitarme de la cabeza los patucos. Ben está hablando con un cliente, pero me sonrío cuando entro. Los dejo hablar en voz baja y doy una vuelta por la galería. Es preciosa, de paredes blancas y suelos de madera pulidos, enormes ventanales, luminosa y acogedora.

—Perdone —se disculpa Ben, acercándose a mí cuando el cliente se marcha.

Estoy mirando un cuadro, absorta en él. No es una pintura de grandes dimensiones. Su inmensidad está toda en su interior, en la bruma suspendida sobre las dunas de arena, en cómo devora el suelo de forma que parece que las dunas flotan.

—¿Es uno de los suyos? —le pregunto, y Ben asiente.

—Es precioso —digo.

Y lo es. Precioso y potente, pero también lleno de vacío y soledad.

—No es mi favorito, demasiado melancólico —contesta. Coincido con él: eso resume el ánimo del cuadro perfectamente—. Es parte de una serie que hice después de mi divorcio —me explica—. Las pinturas en las que estoy trabajando ahora son mucho más alegres —añade con una sonrisa, pero yo sigo viendo algo de esa melancolía en su rostro.

—Me dijo que tenía algo que podía ayudarme a prepararme para la exposición.

¿Se me notará la agitación en la voz, el tono agudo de la ansiedad?

Me mira un instante, luego se va y cierra con llave la puerta de la galería. Me da un vuelco el corazón, ¿me habré equivocado con esto, con él?

—Oiga —le digo cuando se dirige al fondo de la galería—, ¿fue..., fue usted quien tiró los patucos a nuestro árbol?

—¿Qué?

—Los zapatitos de bebé. Los que encontró a la puerta de nuestra casa.

Me mira extrañado.

—¿Que si los tiré a un árbol? ¡Claro que no! Los tiré al contenedor de basura, como le dije que haría.

—No estaban en el cubo de basura, sino colgando de una rama del árbol que hay en nuestro jardín trasero.

Se pasa una mano por el pelo corto.

—Yo no... Le prometo que cogí los zapatitos, los tiré al contenedor y ya está.

—Alguien los lanzó allí.

—¿Qué insinúa, Sarah? Supongo que lo haría el mismo gracioso que se los dejó a la entrada de su casa.

Da un paso hacia mí y yo doy un paso hacia atrás. Me mira aún más extrañado.

—Mire, le prometo que no la estoy acosando con patucos, ni tengo pensado hacerle nada horrible ahora, pero si no se encuentra a gusto, váyase y ya buscaré a alguien que le haga de intermediario para la exposición.

Me estoy comportando como una imbécil; quien sea que vigila la casa me ha vuelto paranoica. Sigo sin saber quién tiró los patucos al árbol, pero está claro que no fue Ben, y que no es ninguna amenaza para mí. He venido aquí por mi propio pie, es un lugar público. Me froto las palmas con los dedos, me noto un cosquilleo, un picor. Siento un hormigueo por todo el cuerpo y no me sostengo en pie.

—Perdone, ha cerrado con llave la puerta y...

—He cerrado con llave porque nos vamos de la galería y estas pinturas son valiosas. Quisiera enseñarle algo, nada más. —Vacilo y él suspira—. ¿Por favor? No será ni un minuto.

Lo sigo por un tramo de escaleras escondidas detrás de la puerta del fondo de la galería y entramos en una sala grande. Una nevera ruidosa y un fregadero manchado ocupan un rincón; el resto está enmarcado por un suelo de tarima roto y unas paredes húmedas y desconchadas. Pero la luz de los dos ventanales inunda la estancia.

—¿Qué le parece? —pregunta.

—¿El qué?

—Esto, como estudio.

Doy un giro y veo la luz, el espacio, la tranquilidad. Podría pintar aquí.

—Gracias, pero... no tengo..., no tenemos dinero para que yo alquile un estudio ahora mismo.

—Ah, no se lo voy a cobrar, Sarah, se lo ofrezco para que lo use cuando lo necesite. Le daré una llave —dice Ben—. Tiene una entrada independiente, aparte de la de la galería. Puede entrar y salir cuando le plazca. —Se acerca a la ventana y mira afuera—. Yo vivía aquí hasta que me compré la casita en el campo.

—¿Por qué? —le pregunto.

No me conoce, aún no. ¿Por qué me ofrece esto si lo único que he hecho ha sido lanzarle acusaciones paranoicas?

Se encoge de hombros.

—Yo no lo uso, así que ¿por qué no? —Sonríe mientras salimos de ese cuarto. Mi cuarto—. Además —dice—, tiene pinta de necesitar este espacio. Siempre ha sido una especie de refugio.

Volvemos a bajar por la galería en silencio. No sé si me siento cómoda con su..., no es compasión. ¿Empatía, preocupación? Lo que sea, no estoy acostumbrada a tanta generosidad de alguien que básicamente es un extraño.

—¿Sarah? —me dice cuando llego a la puerta de la galería—. Si hay..., si hay algo más que pueda hacer o necesita ayuda con otra cosa, dígamelo, ¿de acuerdo?

Asiento y le doy la espalda, con los ojos empañados. Me tiene calada. Soy transparente. Me ofrece algo más que amistad y, durante un instante fugaz, me dan ganas de agarrarlo y besarlo, hacerlo cerrar con llave la puerta otra vez, desnudarlo en el refugio que ha puesto a mis pies. Podría volver con eso a casa, que Patrick viera en mis ojos la misma traición que yo veo ahora en los suyos.

No paro de darle vueltas: a lo nuestro. A nuestro momento. A nuestros años. Los mejores amigos, nosotros contra el mundo. Eso es lo que pensé. He pasado mucho tiempo a la deriva, llenándome de las drogas y la bebida que he podido encontrar para no tener que pensar en ello. Pero, en cuanto recupero la sobriedad, se enciende el proyector y empieza la película.

En un parque, en plena noche, en pleno verano. «¿No te preocupa que a nadie le importe que te pases fuera toda la noche?», me dijiste, dolido. Encendiste un cigarrillo y me lo pasaste. Un par de compañeros nuestros habían estado allí, pero habían vuelto a casa cerca de la medianoche. «¿Y a ti no te preocupa?», tendría que haberte dicho yo, pero me limité a encogerme de hombros. No sé si alguna vez llegaste a darte cuenta de lo sincero que eras conmigo. De lo auténtico. Si te hubieras dado cuenta, te habrías avergonzado de mí antes.

«Por Dios —me dijiste esa noche—. Por Dios, si algún día tengo hijos, ¡el mundo tan perfecto que les voy a dar!»

Espero a que la casa esté tranquila, a que todo el mundo esté ocupado con sus cosas para sacarme los guijarros de la playa secreta del bolsillo de la chaqueta. Subo al dormitorio y abro mi armario. Al fondo hay una vieja caja de madera que me regaló mi padre y en la que, en su día, hubo una familia de madera perfecta. La hizo él mismo y siempre ha sido mi caja del tesoro.

Me aseguro de que he cerrado la puerta del dormitorio, saco la caja y me dejo caer al suelo para abrirla. Cuando voy a levantar la tapa, creo que me va a estallar la cabeza. Falta algo: pesa mucho menos de lo que debería. Aparto el manojo de postales, mensajes garabateados por mi padre, ya descoloridos, enviados desde lugares de los que yo no había oído hablar por entonces. Tendría que haber un joyero debajo con todas las cadenitas y los pendientes de mi madre. Nunca me los pondría, pero son de oro macizo. Lo bastante valiosos para esconderlos, aunque no los tenía en mi caja del tesoro por eso. Lo saco todo: los diarios de mi infancia, las postales, los jersieitos de bebé que mi madre les hizo a Joe y a Mia... Pero el joyero no está.

Guardo de nuevo la caja en el armario y me siento en la cama; me tiemblan las piernas. Se abre la puerta del dormitorio y entra Patrick.

—¿Todo bien?

Asiento. Tiene que oírme el corazón porque me late muy fuerte.

—Estupendo —digo.

Dudo que me pueda poner en pie.

Lo retengo cuando está a punto de marcharse.

—Espera... ¿Tú has visto el joyero de mi madre?

—¿El joyero?

Mira al tocador, donde tengo abierto el mío con una maraña de cadenitas y anillos de plata. Todas mis joyas juntas no valdrán más de cien libras, nada que merezca la pena esconder allí.

—Ese no, el de mi madre, donde estaban todas sus joyas, la cadenita de oro y el anillo de compromiso...

—¿Y por qué iba a haberlo visto yo?

—No está. Ha desaparecido.

Hace una pausa.

—¿Has preguntado a los niños?

Pienso en los zapatos nuevos de Mia y en toda esa ropa rara que lleva últimamente. Pienso en Joe encerrado en su cuarto durante horas. Pienso en cómo reaccionaría Patrick si creyera que me lo han robado.

—Se traspapelaría en la mudanza —digo, y me obligo a sonreírle.

—Vale... —dice, aún ceñudo. Mira de reojo el bloc de dibujo que he dejado encima de la cama—. ¿Has vuelto a dibujar? ¿Puedo verlo?

Me acuerdo de pronto de todas las anotaciones que he garabateado, de los bocetos a medio terminar y lo agarro antes que él.

—No... No está acabado. Aún no puede verlo nadie.

Pero, al retirar el bloc, queda a la vista el libro de las casas malditas que se me ha olvidado guardar.

—¿Qué es esto? —dice, cogiéndolo.

—Nada —contesto—. Un libro que le dieron a Mia. Pensé que...

Me callo al verlo pasar las páginas, estupefacto. Si cogiera mi bloc también, vería todas las anotaciones que he hecho mientras leía el puñetero libro, los disparates que he ido apuntando sobre las teorías descabelladas del autor. Vería su nombre con una interrogación al lado. Vería los de Ben, Tom y John Evans e Ian Hooper, unidos por flechas.

—¿Por qué lees esto?

—Lo iba a tirar, pero... me picó la curiosidad.

—¿Te picó la curiosidad? ¿Qué curiosidad crees que vas a saciar leyendo esta mierda?

—¿Qué esperas que haga? —digo, y hasta yo me sorprendo de lo que levanto la voz—. No me contaste que habían soltado a Ian Hooper. No me dijiste que eras amigo del puto John Evans. Se supone que íbamos a empezar de cero, pero ¿cómo?, con tantas mentiras y tantos condenados secretos.

Y lo de Caroline, otro secreto. Mi amiga Caroline.

—Sarah, para ya. De verdad. Apenas conocía a John Evans, y no tiene importancia. Nada de eso significa nada.

—¿Cómo que nada? Hooper está en libertad, no puedo hacer como si nada, como si no lo hubieran soltado.

—Pero a nosotros no nos afecta. Nada de eso, ninguno de ellos nos afecta. Lo que importa somos nosotros. Nuestra familia. El aquí y el ahora. Y tú no lo

dejas estar, no permites que esto funcione. Eres tú la que lo está estropeando todo, llenándoles la cabeza de chorradas a los niños con tus absurdas obsesiones.

Pasa otra página del libro y empieza a leer en voz alta. «Hooper siempre ha insistido en que es inocente. ¿Investigó la policía a alguna otra persona? ¿Interrogaron a todos los que conocían a la familia?»

Me mira.

—¿Cuál es la teoría entonces, Sarah? ¿Crees que todo el pueblo se puso de acuerdo para asesinarlos? ¿O piensas que yo me colé aquí con mi madre, asesiné a una familia entera y luego le tiré un cubo de sangre por encima a Ian Hooper y le puse un cuchillo en la mano?

—No, claro que no. Yo...

—¿Tú qué? ¿Tú qué, joder? —Empieza a arrancar páginas del libro, a arrugarlas y a tirarlas al suelo—. Por estas mentiras crueles y estos chismorreos maliciosos estuvieron a punto de morir mis padres, ¿lo sabías?

Niego con la cabeza.

—¿Cómo iba a saberlo? Nunca me has dicho ni una palabra, ni siquiera me hablabas de los asesinatos.

Después de la masacre, ¿no empezamos a visitar menos a sus padres? ¿No pasaron meses sin que fuéramos por allí?

—La prensa los encontró. Estuvieron semanas acosándolos, pidiéndoles información sobre su condenada casa maldita. —Calla y toma aire. Veo que le brilla el sudor en la frente—. Eso los trastornó. Mi padre tenía problemas cardíacos. Y ahora te encuentro leyendo esta basura malintencionada.

La habitación está sembrada de páginas del libro, como confeti gigante, y Patrick no tiene otra cosa en la mano que las tapas. Las cierra como si aún fueran un libro.

—No lo vuelvas a hacer, por favor —dice—. No vuelvas a leer una cosa así. Y limpia esto, ¿vale? —dice, deteniéndose en la puerta.

Me agacho a recoger las páginas arrancadas y, mientras las reúno todas, me asaltan palabras y frases que me susurran y se instalan en mi cabeza:

Casa maldita
Llorando y magullada
Fue la casa. La casa lo cambió.
Abandono
Salpicaduras de sangre

Horror
Daño
¿Fue la casa?
¿Fue la casa?

Me pego al pecho las páginas arrancadas y miro fijamente el armario, pensando en el espacio que ha dejado el joyero de mi madre en mi caja del tesoro. Patrick intentó convencerme de que vendiera las joyas tras su muerte. No llegamos a discutir, pero él nunca entendió para qué quería quedármelas si nunca iba a ponérmelas. Contemplo el montón de papeles arrugados que llevo en las manos. Debería tirarlos, dárselos a Patrick para que los quemara. Eso es lo que a él le gustaría. En cambio, los meto bajo el colchón, bien escondidos.

Sigo a Patrick abajo y recojo el abrigo de Mia que está tirado en el suelo.

Baja Joe e intenta pasar por delante de nosotros en dirección a la puerta de la calle, pero Patrick lo agarra y lo empuja de nuevo hacia las escaleras.

—No vas a ninguna parte —le dice—. Nadie va a ir a ninguna parte ya. Es casi la hora de la cena y la hora de la cena es para estar en familia.

—¿Desde cuándo?

—Vuelve a tu cuarto y no te muevas de ahí hasta la cena.

—No. Voy a salir —le replica Joe.

—No te atrevas a hablarme en ese tono.

Mia baja corriendo.

—¿Qué pasa?

Joe intenta esquivar a su padre a la fuerza, llevándome a mí por delante, pero Patrick lo vuelve a agarrar, lo estampa contra la pared, cogiéndolo por la camiseta, lo golpea de forma que Joe se queda sin aire y agita los brazos inútilmente, forcejando con su padre.

—Patrick, para, ¡para!

En cuanto lo toco, lo suelta, con la respiración agitada; Joe se dobla y tose.

Mia está llorando y yo me acuclillo al lado de Joe.

—¿Estás bien? —le susurro, y él me mira, con los ojos llenos de lágrimas.

—No —me responde en un susurro, con crudeza.

Se levanta como puede, pasa por delante de todos nosotros y sale corriendo a la calle.

Patrick se limpia la frente con el dorso de la mano.

—Ese chico está fuera de control —dice—. Casi te tira al suelo. ¿Estás bien?

Me deja pasmada.

—¿Que si yo estoy bien? Madre mía, Patrick, ¿qué coño ha sido eso?

—Lo sé —masculla—, se me ha ido la mano, pero ¿has oído cómo me ha hablado?

—Te ha hablado como un adolescente enfadado. Un crío. Nuestro hijo. Has perdido los estribos.

Lo digo apretando los dientes, consciente de que Mia está detrás. Tiemblo y tengo ganas de gritarle, de empujarle como él ha empujado a Joe.

Patrick deja de mirarme a mí y mira a Mia. Se repeina.

—De acuerdo, voy a ir a buscarlo y a arreglar las cosas con él, te lo prometo.

—No. No te voy a dejar que lo persigas estando enfadado. Déjalo en paz. Tienes que tranquilizarte.

—¿Tranquilizarme? Estoy muy tranquilo. Voy a buscarlo, lo traigo a casa y hablamos «con tranquilidad».

Lo sigo a la puerta, cada vez más inquieta, con el estómago revuelto. Lo agarro del brazo y me mira la mano.

—Patrick...

—¿Qué?

Levanta la cabeza y me sonrío, vuelve a ser el Patrick sereno, bien peinado, con la cazadora abotonada.

—No vayas. Quédate aquí. Joe vendrá a casa cuando se haya serenado. O ya iré yo a buscarlo.

Una ráfaga de viento sacude el buzón del correo y Patrick frunce el ceño.

—Está lloviendo y hay ventisca. No hace buena noche para andar por ahí. No te preocupes, lo voy a encontrar.

Se va antes de que pueda decirle que lo que me preocupa precisamente es que lo encuentre.

La puerta del cuarto de Joe está abierta; su bloc de dibujo, en la cama. Me siento en ella y lo cojo, mordiéndome el labio mientras paso las páginas. Nunca he visto este bloc y entiendo que Joe no me lo haya enseñado: los primeros bocetos son todos de mí. En todas las páginas hay dos dibujos: contenta/triste, sonriente/llorando, dormida/desperta; yo dividida, partida en dos como si no supiera cuál es la de verdad. Me había preguntado cómo me dibujaría, ahora lo sé: siempre en precario equilibrio, indecisa, rota en dos.

Imagino que las siguientes páginas serán de Mia, pero no lo son. En cambio, hay media docena de dibujos en pastel de un chico de ojos pardos, un desconocido con una sonrisa bonita. No es el chico con el que lo vi en la playa, este es mayor. Un hombre, más que un crío. Miro los bocetos de Joe y tengo la sensación de estar entrometiéndome. ¿Es ahí adonde ha ido esta noche?

Nerviosa, dejo el bloc de dibujo y me voy a mi habitación a mirar por la ventana empañada, esperando ver llegar el coche de Patrick, a Joe a salvo en el asiento del copiloto, a su padre aún sereno, después de la tormenta.

En cambio, veo a alguien al otro lado de la calle, paseando junto al rompeolas, casi perdido en la oscuridad. La figura se detiene y mira hacia la casa. Saludo por si es Joe, pero bajo el brazo cuando caigo en la cuenta de que podría ser el mirón. ¿Quién será, Ian Hooper o Tom Evans? Ambos están vinculados a esta casa por un crimen horrendo. Sea quien sea, no se mueve y nos miramos mientras oscurece. Es como si desapareciera, devorado por la noche. Espero a que se haya esfumado del todo y corro las cortinas.

Veo los números fosforescentes del despertador. Son las diez; Joe lleva fuera dos horas y Patrick casi lo mismo. Intento llamarlos al móvil, pero me salta el buzón de voz en los dos.

Mia abre la puerta.

—¿Aún no han vuelto?

Niego con la cabeza, vuelvo a la ventana y aparto la cortina otra vez. Mia se pone a mi lado.

—¿Has visto que hace un rato había alguien vigilando la casa? —me dice en un susurro, como si fueran a oírla al otro lado de la calle. —Asiento y suspiro—. ¿Quién crees que es? —me pregunta.

—No lo sé.

—Yo he pensado..., he pensado que igual es el niño —dice Mia—. El que sobrevivió. Que ya no será un niño, claro, pero a veces me pregunto si puedes llegar a librarte de esta casa cuando has vivido en ella algo tan horroroso, cuando has perdido en ella a toda tu familia.

Pienso en Tom Evans. «Que haya personas en la casa a las que conozco es casi como... como si fueran mi familia, ¿sabe?» ¿Será él quien nos vigila, aún escondido debajo de la cama, ocultándose del monstruo, añorando a la familia que ha perdido? ¿O será Ian Hooper, libre después de casi veinte años? No les he contado a mis hijos que lo han soltado, y a lo mejor debería haberlo hecho.

Mia se estremece.

—Yo nunca voy a poder ver esta casa más que como la casa maldita. Por mucho que la reforme papá, o por mucho que nos hable de lo maravillosa que era antes, para mí seguirá siendo la casa maldita.

Suelto la cortina.

—No tengo claro que esta casa haya sido nunca tan maravillosa como tu padre la recuerda.

Hacemos que vemos la tele, pero dudo que ninguna de las dos fuera capaz de decir qué estaban poniendo. He vuelto a llamar a Joe y a Patrick al móvil; siguen sin contestar. Mia ha sacado los deberes, pero hace diez minutos que no pasa una página.

Son las diez y media. La tormenta está empeorando y mi hijo ya lleva fuera dos horas y media.

Las dos damos un respingo cuando alguien aporrea la puerta de la calle. Mia se levanta y sale corriendo, tirando al suelo los libros y los apuntes, y yo voy detrás.

Anna, empapada y sin aliento.

—Es Joe —dice, y la veo temblar—. ¡Joder, es Joe! He pedido una ambulancia, pero no sé si he llegado a tiempo, lo siento...

¿Qué? ¿De qué habla? Ella no conoce a Joe, no se lo he presentado, solo ha visto las fotos antiguas que tengo en la pared y los bocetos de mi bloc.

Se tambalea cuando Mia la aparta y sale corriendo calle abajo.

—¡Mia!

Corro yo también y le grito que vuelva porque Anna debe de haberse confundido. Y entonces lo veo. Veo a alguien tirado a la luz de la farola, en mitad de la calle, en un charco de... ¡Dios mío!, ¿eso es sangre?

«No sé si he llegado a tiempo», ha dicho Anna.

—Joe... —susurro.

Pero cuando intento salir corriendo por la puerta hacia donde está Mia, hacia Joe, me fallan las piernas y caigo de rodillas. Quiero desplomarme como él, mi niño, quiero quedarme tirada en la fría acera, pero Anna está allí, sus manos se clavan en mis brazos y me pone en pie otra vez.

—Levanta —me dice, furiosa, y me hinca los dedos aún más. Oigo las sirenas a lo lejos, acercándose. Me zarandea y yo me pongo en pie como puedo—. Levanta y ve con tu hijo. Despierta, Sarah. ¡Despierta, joder!

Tercera parte
El despertar

Titular del *South Wales Echo*, una semana después de los asesinatos:

IAN HOOPER Y MARIE EVANS TENÍAN UNA AVENTURA

Fuentes próximas a la familia han revelado que hacía varios meses que tenían una aventura y que Marie estaba pensando en dejar a Evans por Hooper.

¿Existe alguna relación entre la supuesta aventura y los asesinatos? El escritor local Wayne Matthews, que está escribiendo un libro sobre la casa maldita, así lo cree.

He pensado que estaba muerto. Me doblo, con los brazos cruzados sobre el vientre para contener el dolor. No puedo respirar, no puedo... Ya he pasado por esto antes, cuando murió mi madre y cuando Joe tuvo el accidente.

He pensado que estaba muerto, pero no lo está. No lo está. Me lo repito y me enderezo otra vez. ¡No está muerto! Este hospital no es el mismo en el que estuve yo, pero el olor es igual, los mismos pasillos resonantes sin ventanas, interminables; el mismo aire seco; la misma claustrofobia creciente que me cierra la garganta. Noto la pared fría en la que estoy apoyada. He salido a tomar el aire, pero no hay aire en estos pasillos. Mia sigue con él, cogiéndole la mano. No se la ha soltado desde que llegamos, mientras yo deambulo inútilmente junto a la cama.

Cierro los ojos y veo las cicatrices de los brazos de Joe. «Señora Walker —me ha dicho el médico. Yo estaba esperando fuera y estaba sola—. Señora Walker, queremos hablarle de esas cicatrices. ¿Su hijo se autolesiona?» Me aprieto los ojos cerrados con las manos para librarme de las imágenes que llevo incrustadas en ellos.

—¡Mamá! —Mia me tira de la manga. Está pálida y lleva el rímel corrido. Más joven y mayor—. Se ha despertado.

La abrazo con fuerza y noto que tiembla, aún conmocionada. Tarda un segundo en zafarse de mí. He pensado que estaba muerto. Cuando he salido corriendo de casa y la he visto gritar y sujetarle la cabeza y he visto toda esa sangre... He buscado a Ian Hooper en la oscuridad, a Ian Hooper con su cuchillo asesino. Y, ay, Dios mío, peor aún, he buscado a Patrick. He pensado que mi hijo estaba muerto y me he tirado al suelo, manchándome las rodillas y olvidándome de cómo se respira.

Anna me ha levantado del suelo y me ha dado lo que llevaba en los bolsillos, que se había esparcido por la calle. En parte, aún siento que estoy allí, sin fuerzas y aturdida, tirada en el suelo viendo desangrarse a mi hijo.

Llevo a Mia hasta una silla y le echo mi cazadora por los hombros, pero no

tiembla porque tenga frío.

—¿Es por la casa? —digo—. Lo de los brazos, los cortes, las lesiones autoinfligidas. ¿Es por la casa?

Me mira como si estuviera loca.

—No te enteras de nada, ¿verdad?

—¿Qué?

—Lleva meses haciéndolo. —¿Cómo?—. Tu niño bonito. Siempre ha sido tan obvio que era tu favorito..., y a él le gustaba porque nunca es el favorito de nadie. Así que no te iba a contar que estaba jodido y pasándolo fatal, porque ¿lo habrías entendido si lo hubiera hecho? ¿Le habrías escuchado?

Pues claro que sí. Pues claro que... Pero yo no estaba presente cuando estrelló el coche, ¿no? Yo estaba sumida en aquella depresión, fuera del alcance de todos.

—Es culpa tuya —dice—. Todas esas cicatrices son culpa tuya —me grita, pálida y temblorosa—. ¿Esto? ¿Lo de ahora? Todo es culpa tuya. No tienes ni puta idea de lo que le está pasando a Joe, ni a mí... Y Joe no se atreve a contártelo por si te vuelve a dar un chungo. Pero tú estás bien, ¿no? Dando paseítos con tus nuevos amigos, encontrándote «mejor». Se supone que tú eres la madre, la adulta. Se supone que debes protegerlo tú a él. —Intento acariciarla, pero me rechaza—. Por Dios, ¡ve a ver a Joe! ¿O vas a salir corriendo otra vez ahora que sabes la verdad? —Coge su bolso, hurga en él y saca una caja aplastada de ibuprofeno—. Toma —dice, y me tira la caja—. Por si te vuelven a dar ganas de empastillarte... ¡Tómatelas todas y termina con esto de una puta vez!

Joe está mirando al techo cuando entro. Le han limpiado la sangre, le han cosido la brecha de la cabeza. No le puedo mirar el cardenal del cuello. Tiene dos dedos rotos porque le han pisado la mano, y la cara hinchada y amoratada. Ha tenido suerte, dicen: hay contusiones, sí, dedos rotos, pero nada más, ninguna lesión interna. ¿Suerte? Le han dado tal paliza que no se parece a Joe. ¿Cómo puede pensar alguien que eso es tener suerte?

Las cicatrices de sus brazos son marcas en rosa y blanco, nuevas y antiguas, descoloridas y recientes. Mia tiene razón: me he estado escondiendo, he estado dormida. Todo esto es culpa mía. Tenía que haberme deshecho antes de esas pastillas, jamás debí de empezar a tomarlas, maldita sea. El nudo que tengo en la garganta es tan grande que me duele, pero inspiro hondo y me lo

trago. No puedo llorar. No puedo desmoronarme delante de mi niño. Tengo que ser fuerte.

—Joe... —le digo, inclinándome sobre él. Le paso una mano por el pelo, pero se aparta, luego hace un aspaviento y se estremece—. Perdona. —Hago ademán de retirarme.

—No... —me susurra Joe.

—¿No qué?

—No te vayas.

—No me voy. Me quedo todo el tiempo que quieras.

—Por favor, mamá —dice—. Ya sabes a lo que me refiero. No me dejes, por favor. Prométemelo.

Me tiende la mano buena para salvar el abismo que se ha formado entre los dos desde mi sobredosis y yo se la cojo.

—Nunca te voy a dejar, Joe. ¡Nunca! —Ahora mismo solo quiero sentarme a su lado y cogerle la mano hasta que se quede dormido, pero hay algo que le tengo que preguntar. Antes de que entre nadie más—. Joe... Necesito saber quién te ha hecho esto. Me has dicho que te preocupaba tu padre y, por cómo te ha gritado...

Me inclino hacia delante, pero soy incapaz de terminar la frase. No puedo preguntarle si ha sido Patrick. Me cuesta creer que Patrick pudiera hacer algo así a su propio hijo.

—No recuerdo lo que ha pasado.

Vuelve la cara, pero veo que está llorando, que las lágrimas saladas descienden serpentinas por sus cardenales. He pensado que estaba muerto. El médico de Urgencias dice que ha tenido suerte, pero yo he pensado que estaba muerto.

—Hay que salir... —le susurro a Joe mientras se queda dormido.

—¿Salir de dónde?

Hago un aspaviento y me topo con la cama al oír la voz de Patrick. Lo tengo justo detrás, mirándome fijamente, a mí, no a su hijo destrozado en la cama.

—... de la habitación —digo—. Para que Joe pueda descansar.

Me sigue mirando.

—¿Qué ha pasado?

Lo noto... descompuesto. Con el pelo mojado y la camisa arrugada. Podría ser porque ha visto el mensaje y ha venido corriendo hasta aquí. Podría ser porque ha estado recorriendo desesperado el pueblo en busca de su hijo.

Pero... lo recuerdo estampando a Joe contra la pared, con esa cara que jamás le había visto antes. Lo recuerdo aporreando el volante después de que nos denegaran la financiación de la cocina, lo recuerdo haciendo pedazos el libro. Recuerdo todas esas fisuras en su autocontrol, que han ido en aumento desde que nos mudamos a este pueblo.

Me imagino a Patrick viendo a Joe en la playa con un chico e imagino su reacción. Le miro las manos y le busco sangre en los nudillos, en la camisa. La sangre de Joe.

Pero tiene las manos limpias.

En el pasillo me encuentro a Mia dormida, tumbada en tres sillas, tapada con mi cazadora. Patrick se agacha y le acaricia la mejilla, retirándole el pelo de la cara.

Me cojo las manos a la espalda porque mi instinto me pide apartarlo de ella. Se aleja y viene a mí, demasiado cerca. Tengo la pared detrás y no puedo retroceder.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta.

—No lo sé. Joe le ha dicho a la policía que no se acuerda, que no ha visto quién lo ha atacado.

Estoy pegada a la pared y lo tengo justo delante, con el brazo apoyado a mi lado, inclinado para besarme la frente.

—He venido corriendo en cuanto he visto tu mensaje. Siento no haber oído tu llamada antes.

Vuelvo la cara y agacho la cabeza para esquivar su beso.

—He pensado que había sido Ian Hooper —digo.

—¿Ya estamos otra vez? Sarah, ¿por qué demonios iba a atacar Hooper a Joe?

Tiene razón. Pero si no ha sido Ian Hooper...

—¿Has sido tú? —le susurro.

Se aparta y me mira con frialdad. No tendría que haberle dicho eso.

—¿Me crees capaz de hacerle algo así a mi propio hijo? —me dice, levantando la voz y mirándose las manos, y me pregunto si ve lo mismo que yo: los puños apretados cuando se ha vuelto hacia Joe.

—Se ha estado autolesionando —le digo—. Tiene los brazos..., tiene los brazos llenos de cicatrices y Mia dice que lleva meses haciéndolo.

—Lo sé. He hablado con el médico. Creo que...

—Mia dice que la culpa la tengo yo, por lo que hice, por lo de las pastillas...

—No, Sarah. No te culpes. No empieces con eso otra vez. Es una estrategia, te está castigando, lo hace para llamar la atención.

—Esto no es una rabieta de niño pequeño. ¡Se está haciendo cortes! Hay que ponerle fin, Patrick.

Menea la cabeza.

—Le estás dando demasiada importancia. Hay que castigarlo, no consentirlo.

—Voy a pedir cita con la psicóloga.

—¡No!

Lo agarro del brazo para impedir que se vaya.

—¡Sí! No vamos a seguir haciendo como si no pasara nada. No vamos a fingir que todo va bien mientras Joe se encierra en su cuarto y se abre los brazos con una cuchilla. —Estoy hablando demasiado alto, pero Patrick se vuelve a mirarme—. Va a recibir la ayuda profesional que necesita —digo—. Y no creo que esta mudanza nos haya ido bien a ninguno. No creo que haya sido buena para nosotros.

—¡Qué poco te ha costado encontrar otro motivo para marcharte!, ¿eh?

—No estoy usando a nuestro hijo como excusa, joder.

Se hace un silencio demasiado largo.

—Pero propones que nos marchemos, que nos rindamos al mes y vendamos la casa que he esperado media vida para recuperar.

Me obligo a mantenerme erguida y mirarlo a los ojos.

—Sí.

—No —dice él—. ¡No! Las cicatrices que tiene en los brazos son de hace tiempo. Mudarnos aquí ha sido lo correcto, ya lo veréis. Los asesinatos son historia, terrible, pero nada más. Ian Hooper no anda por ahí vigilando la casa. Lo que preocupara a Joe quedó atrás cuando nos mudamos. Me gustaría que hicieras lo mismo y te olvidaras del pasado. Si te empeñas, por mí puede ir a la psicóloga, pero ¿de verdad crees que lo necesita? No es la casa lo que le preocupa. Y no nos vamos a marchar de ahí. Jamás.

Pero no todas las cicatrices son de hace tiempo.

—¡Hola, Sarah!

Reconozco su voz enseguida, pero no me puedo creer que de verdad esté

aquí. En los dos últimos días, desde que Mia me contó lo de su aventura, he cogido el móvil muchísimas veces para llamarla, pero no lo he hecho. Me vuelvo y quiero ver remordimiento y decepción en su rostro.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me ha llamado Patrick —dice Caroline. Me viene a la garganta un sabor a vómito, ácido y amargo—. ¿Cómo está Joe? —pregunta.

Inspiro hondo.

—De lo físico se va a recuperar: muchos cardenales y algunas fracturas.

—¿Pero?

Me estremezco. Ese terrible cuchillo oxidado del «pero».

—Se ha estado autolesionando. Lleva meses haciéndolo, puede que más, según el médico.

Caroline se aparta de mí, conmocionada.

—¡Madre mía! Jooder. Joder, Sarah, lo siento.

—Yo no lo sabía, no tenía ni idea —espeto como si esperara que Caroline me acuse de permitirlo, pero ¿acaso es mejor no haberlo sabido, no haber notado que mi hijo sangraba? Estoy llorando otra vez. Procuro ser fuerte, maldita sea, pero no puedo parar las lágrimas. Mia sigue dormida en las sillas, así que le doy la espalda para que no me vea llorar si se despierta—. ¿A qué has venido exactamente, Caroline?

Ahora le toca llorar a ella.

—No soportaba verte así más tiempo —dice—. Ya te estabas muriendo mucho antes de tomar esas condenadas pastillas, desvaneciéndote delante de mis ojos. No podía aguantar más que no me hicieras caso. Siento muchísimo haberme enfadado contigo en el hospital, pero es porque te quiero, eso ya lo sabes.

—Ya no me estoy desvaneciendo.

Me mira, estudia mi pose defensiva, mi pelo echado hacia atrás, la expresión de mi rostro, sea cual sea.

—No. No, ya no. Supongo que Patrick tenía razón con lo de la casa, con lo de que la mudanza os iría bien.

Hago un aspaviento. No, no, no es eso lo que tiene que ver.

—No es por la casa —digo más alto de lo que pretendía, y Mia se revuelve en las sillas. Contengo la respiración, pero no se despierta.

—Escucha —dice Caroline—. Sé... sé que tenemos nuestras cosas, nuestros asuntos que resolver, pero ¿por qué no me dejas que me lleve a Mia?

—¿Cómo, ahora?

—Sí. Tú necesitas estar con Joe. Deja que me la lleve a mi casa el fin de semana para que puedas centrarte en la recuperación de tu hijo.

—No va a querer —digo—. Ya sabes por qué.

Me mira con recelo.

—Sarah, no sé de qué me hablas. ¿Ha pasado algo con Mia? Me puedo quedar aquí esta noche, llevarla a casa por ti.

Caroline, Patrick y Mia en la casa, jugando a las familias felices. Aprieto los dientes.

—Lo sé todo —digo.

—¿El qué sabes?

—Lo tuyo con Patrick. Mia os vio.

Palidece y entonces sé que es verdad.

—No, Sarah, escucha...

—¡No! No me apetece hablar de eso ahora. No quiero oír tus excusas ni tus mentiras. Se supone que eras mi amiga. Mi mejor amiga.

—No es lo que tú piensas.

—Venga ya... —Enmudezco al ver que Mia vuelve a moverse—. No puedo hablar de eso ahora, con mi hijo tendido en una cama de hospital. Lo tuyo con Patrick es insignificante, irrelevante. Así que, por favor, déjanos en paz.

—¿Sarah? —me grita Caroline cuando doy media vuelta—. Hay algo que debes saber. Sobre... —Vacila y mira a Mia.

—Sea lo que sea, no es el momento, Caroline.

Pero continúa.

—Perdóname, pero le he pedido a Sean que buscara a Eve y averiguase en qué centro estuvo internada.

—No me lo digas —le susurro furiosa.

Le veo el miedo en la cara. Siento miedo yo también y me vuelvo hacia la puerta cerrada de la habitación de Joe. ¿Encima me habla de Eve? ¿Ahora? ¿Cuánto tardará en desvelarse el secreto? ¿Cuánto tardará Joe en enterarse? Cumplirá los dieciocho dentro de siete meses. Pienso en las cicatrices que tiene en los brazos y me lo imagino enterándose y cortándose, cortándose, cortándose... Se me agarrotan los hombros.

—Te pedí que lo dejaras estar.

Se muerde el carrillo, con el gesto torcido.

—Sean ha averiguado algo más...

No. No quiero saber nada más ni seguir viéndola ahí plantada.

—¡Lárgate! —le digo casi gritando—. Márchate y ni te atrevas, ni te

atrevas, maldita sea, a hablarle a nadie de esto.

Me estoy calzando cuando veo a Mia en el umbral de la puerta.

—No vengas —dice. Suelto los cordones y la miro. Patrick nos espera a las dos abajo para que vayamos todos juntos a recoger a Joe al hospital—. Lo vas a estresar. —Al verme la cara, suaviza el tono—. Aunque no quieras.

—No. No voy a hacer nada que lo disguste, eso es lo último que deseo.

Cruza los brazos y frunce el ceño.

—Joder, mamá, hasta yo lo veo. Estás muy nerviosa. Sé que... Mira, siento haberte dicho en el hospital que era todo culpa tuya. Lo de los cortes. No es solo por ti, por lo de tu sobredosis. Pero si vas allí tan estresada, se va a volver a preocupar. Necesita centrarse en sí mismo, no en ti.

—Y yo necesito estar allí. Caroline me ha dicho...

—¿Caroline?

—Ha estado en el hospital. La ha llamado tu padre.

Me mira ceñuda.

—No me jodas... —masculla, mordisqueándose una uña—. ¿Le has...? ¿Sabe papá que los vi juntos?

Niego con la cabeza.

—No he sido capaz de...

—No lo hagas. No debería haberte contado nada. Ojalá no lo hubiera hecho.

—Pues claro que me lo tenías que contar.

Está aterrada.

—Pero si se lo dices ahora, con lo de Joe, con lo mal que va todo...

Las dos damos un respingo cuando Patrick nos grita desde abajo.

—¡Sarah, Mia, nos tenemos que ir!

Mia sale al descansillo.

—Por favor, mamá —dice—, quédate ahí y procura ser menos... ¡menos todo!

La sigo abajo. Patrick está en el vestíbulo, con las llaves del coche en la

mano.

—Creo que me voy a quedar en casa —digo—. A preparar la cena. Si me quedo, el pollo ya estará hecho cuando lleguéis.

Así que Mia se va con Patrick al hospital para recoger a Joe y yo me quedo aquí. ¿Tendrá razón mi hija, o interpretará Joe mi ausencia como otro rechazo? No consigo acertar: o me acerco demasiado o me alejo demasiado. Me he perdido todo lo que les ha estado pasando y mi castigo queda patente en las cicatrices que adornan los brazos de Joe.

Cojo el móvil para llamar a Anna, pero me salta el buzón de voz. El pollo está hecho y enfriándose en la mesa, las verduras secándose en los platos, metidas en el horno. Tendría que haber ido con ellos. Miro el reloj, aún tardarán por lo menos otra hora. La casa está demasiado silenciosa. La recorro entera, encendiendo luces, evitando mirar la puerta del sótano, la tabla de estatura de la pared del salón.

Tiemblo cuando, al cruzar el vestíbulo, parece que baja la temperatura. Madre mía, necesito una pastilla. Necesito algo que aplaque el pánico que me noto cada vez más en el estómago. Aumenta y no consigo acallar la vocecita que me grita que salga, que salga, que huya. Saco una botella de vino del armario y me sirvo una copa, derramándolo en la premura por beber.

Se está haciendo de noche. Se retrasan. No tendría que haber dejado que Patrick fuese a buscarlo. No, basta. No voy a entrar en eso. No fue Patrick, no pudo ser él. Me estoy poniendo paranoica, dejando que mis miedos se apoderen de mí. Por eso Mia me ha pedido que me quedara en casa. Tiene razón: a Joe no le habría venido nada bien verme así. Enciendo la tele, me paseo nerviosa por el salón, cambiando de canal, incapaz de quedarme quieta.

Ay, Dios, ahí está el coche. Salgo al vestíbulo. Joe entra el primero y hago un aspaviento y me llevo sin querer la mano al estómago porque el nudo de pánico se hace mayor. Tiene peor aspecto fuera del hospital, pálido, frágil, deshecho. Me ignora cuando le tiendo la mano y, en cambio, se agarra a Mia, que ronda a su lado. Se aparta asustado cuando Patrick se acerca a él por la espalda.

—Tengo la cena lista: tu pollo asado favorito —le digo, y quiero abrazarlo, pero no me puedo mover.

—No tengo hambre —masculla—. Solo quiero acostarme.

—En el hospital nos han dado unos medicamentos —dice Patrick, y el

frufú de la bolsa de la farmacia del hospital es como el tintineo de una botella para un exalcohólico: se me seca la boca y quiero, desesperadamente, darle a ese pánico una pastillita blanca.

Joe sube cojeando a su cuarto y Mia lo sigue, y yo sigo a Patrick a la cocina, donde nos tomamos el pollo seco y frío y después nos vamos a la cama en silencio.

—¿Joe?

Llamo a su puerta con una taza de té para él. Es martes por la mañana y Patrick y Mia se han ido, a trabajar y a clase. Mia parecía aliviada de salir de aquí después de pasar el fin de semana festivo andando de puntillas por la casa, escondiéndonos todos en nuestros cuartos. Joe apenas ha hablado, apenas ha comido, pero esta es la primera vez en muchísimos años que él y yo nos quedamos solos en casa todo el día, y a lo mejor consigo que hable conmigo.

No contesta, así que vuelvo a llamar, más fuerte. Recuerdo esa época en que los niños eran pequeños y las puertas siempre estaban abiertas. Esa época en que Joe pasaba horas sentado a la mesa conmigo, coloreando, pintando, pegando, hablando sin parar, contándome todos los detalles de su día en el colegio.

Pero ese no es el Joe que me abre la puerta. Este es el Joe escondido, el chico que un día empezó a excluirme de su vida, que se ha estado haciendo cortes en los brazos y viviendo una vida de la que no sé nada. Me duele imaginarlo encerrado ahí, solo, en ese horrible antiguo cuarto de Patrick con el papel pintado despegado.

Abre la puerta una rendija y yo hago acopio de alegría y le enseño la taza.

—¿Un té? —Creo que me va a cerrar la puerta en las narices—. Ha llamado la policía hace un rato, para ver si te acordabas de algo más.

—Ya se lo dije. Me atracaron. Me abordaron por la espalda, no vi nada.

—Pero no...

No le quitaron nada. Joe aún llevaba consigo el móvil y la cartera.

Se mira los pies.

—Se debieron de asustar antes de que les diera tiempo a robarme.

¿Asustarse de qué?

—Quieren que vayas a comisaría a declarar. Les he dicho que aún no estás bien. Y he llamado al colegio para avisar de que no vuelves hasta la semana

que viene. He pensado que podríamos tener unos días tranquilos y hacer algo juntos.

Me mira fijamente y tengo que apartar la cara. A veces, cuando me mira, pienso que lo va a ver todo. Y si lo viera, me odiaría, y eso no podría soportarlo. Haría lo que fuera por impedirlo. Así que miro a otro lado, retrocedo y él ríe.

—¿Juntos? —dice—. ¿Qué vamos a hacer, ir al parque para que me empujes en los columpios?

—Se me ha ocurrido que podíamos pintar...

Me callo cuando le veo la mano magullada e hinchada. ¡Dios, qué desastre! Tardará semanas en poder volver a coger un pincel.

—Y ya te estás olvidando del colegio —me dice—. No pienso volver a clase. No voy a volver nunca más.

Cojo aire y contengo la respiración para no decir ninguna estupidez más. «¿Y la universidad? ¿Y los exámenes?»

—¿Puedo pasar? —pregunto en cambio.

Abre un poco más la puerta, lo sigo dentro y me siento al borde de la cama.

—Lo siento —masculla.

—¿El qué?

—Esto —dice, señalándose los brazos, ocultos bajo las mangas de la sudadera con capucha.

—No, no hace falta que lo sientas. Yo sí. Debí haberlo visto, haberlo sabido.

—No tiene nada que ver contigo. Oí a Mia gritarte en el hospital, decirte que era culpa tuya. No lo es.

—Pero ¿me lo habrías contado si... si no me hubiera derrumbado cuando murió tu abuela, si no me hubiera tomado esas pastillas?

Titubea y se recuesta en la cama.

—No lo sé.

Le cojo la mano buena y se la aprieto.

—Y ahora, Joe..., ¿quieres contármelo? Antes me contabas tus cosas. ¿No podrías volver a hacerlo?

Me mira con los ojos empañados.

—Dejaste de estar ahí. Dejaste de oírme. Papá se enteró... Me pilló con un chico el día que murió la yaya. Me dijo unas cosas... Por eso cogí su puto coche. Estaban pasando muchas cosas y tú no te enterabas de nada.

—Madre mía, Joe, lo siento.

Menea la cabeza.

—Nunca tienes tiempo para nada más que para ti y para papá, y aún es peor desde que nos mudamos aquí.

Por más que me repita una y otra vez que esta mudanza ha sido cosa de Patrick, que era la casa de sus sueños, fui yo quien le dio el dinero. Fui yo quien se tomó esas pastillas, o por lo menos todos dicen que lo hice. Que estemos aquí también es culpa mía. Y encima estamos atrapados en esta casa porque Patrick nunca va a querer marcharse y nadie más va a querer comprarla jamás. Entrarían por la puerta, notarían los puntos fríos, intuirían lo que hay debajo del papel pintado de mariposas, verían la historia grabada a fuego en las paredes y saldrían corriendo como deberíamos haberlo hecho nosotros. Estamos atrapados en la casa maldita, y cuando veo que Mia se aleja, que Joe se autodestruye y que Patrick pierde el control, sé que la culpa es mía y me siento abrumada. Abrumada por todo eso, y no consigo ver una salida más allá.

—Me pides que te cuente las cosas —dice Joe—, pero ¿me vas a escuchar? ¿Lo vas a entender? —Se inclina hacia mí—. ¿Quieres saber lo que pasó? He mentido cuando he dicho que no lo recordaba. Estaba tan cabreado con papá que salí a la calle y... pillé al primero que me encontré. Compró alcohol y nos fuimos a la playa a... Estaba tan furioso que iba dispuesto a hacérmelo con un desconocido allí mismo. Pero me arrepentí.

—¿Y te dio una paliza? Madre mía, Joe, tienes que contárselo a la policía, tienes que...

—No, ¡no lo entiendes! Empecé yo. Yo inicié la pelea, le atacé. Le empujé, le provoqué. Le dije a él las cosas que papá me dijo a mí. Me había emborrachado y estaba rabioso y dolido y deseando hacer daño, pero, madre mía, ¿qué pensaba que iba a pasar? Mírame, ¿cómo se me ocurrió que iba a ganar? ¿Pensé que no se defendería? Si lo encuentra la policía —dice, meneando la cabeza—, les dirá que empecé yo. Será a mí a quien detengan. Él se enfadó y se defendió; empezó a darme puñetazos y patadas y pensé que iba a morir. Pensé que me iba a matar. Algo de lo que le dije lo encabronó y no paraba... Pero había alguien más allí.

Me lo arrimo y no lo suelto cuando se resiste. Lo estrecho en mi regazo y lo abrazo, no muy fuerte para no hacerle daño, pero no lo suelto. Lo abrazo hasta que se relaja y apoya la cabeza en mi hombro.

—Alguien nos vigilaba —dice, y se me agarrota el hombro en el que está recostado—. Estaba oscuro y... Pero estoy seguro de que vi a alguien. A

alguien que miraba cómo ese chico me pateaba. Lo vio pisarme y gritarme, y me vio volver a la calle arrastrándome ¡y no hizo nada!

—¿Cómo está? —me pregunta Patrick cuando llega, levantando la vista a la puerta cerrada del cuarto de Joe.

—Bien —contesto. No soporto mirarlo a la cara.

—Estupendo —dice, y se quita la chaqueta y la cuelga de la barandilla.

Lo sigo a la cocina, con los puños apretados.

—Patrick... No es cierto. No está bien en absoluto.

Suspira.

—¿Qué problema hay? Todo esto pasará. No es más que un adolescente que quiere llamar la atención. Seguramente lo habrá dejado... alguna novia.

Me dan ganas de gritarle: «¡Lo sabes! ¡Hace meses que sabes que es gay! ¡Sabes por qué estampó tu coche y no me has dicho ni una palabra!».

—A mí me parece más grave que una simple pataleta de adolescente —digo, levantando la voz, incrédula.

Patrick se acerca al fregadero a llenar el hervidor.

—La mitad de sus problemas son consecuencia de su preocupación por ti. ¿Acaso crees que le ayuda que andes siempre estresada y agobiada?

—Pero...

—Eso lo hace débil. Todo el mundo tiene problemas y los soluciona sin necesidad de abrirse la piel. Esto es por sus orígenes y por quién era antes de ser hijo nuestro. Tenemos que ayudarlo siendo fuertes. Joe saldrá adelante. Deja que la condenada psicóloga haga su trabajo. Dale un poco de espacio. — Retrocedo al ver que levanta la voz. Cuidado. Tengo que tener cuidado. Se vuelve a mirarme y no puedo evitar encogerme de miedo—. Por Dios, Sarah, ¿qué es esto?

—Joe me ha dicho que había alguien más allí. Cuando lo atacaron. Un testigo. Un mirón.

¿Qué es esa cara que acaba de poner? ¿Es de miedo? Ya no, ha sido algo fugaz, reemplazado de inmediato por la rabia, por los labios apretados y el tic en la mejilla. Doy otro paso atrás.

—¡Se acabó! —grita—. Ahora mismo no puedo con todas esas... patrañas que te imaginas.

¿Que me imagino? ¿Acaso me imagino las heridas de Joe, sus huesos rotos, el que se niegue a volver al colegio?

Quiero hablarle de lo de Caroline. Quiero plantarle cara. Quiero preguntarle dónde estaba mientras le daban una paliza a nuestro hijo. Pero no puedo.

Siento como si me corriera hielo por las venas. Este es mi marido, el hombre al que he amado durante diecisiete años, y no puedo preguntárselo porque tengo miedo de su reacción. Tengo miedo de lo que podría hacer.

La puerta del sótano vuelve a tener cerradura. La vi la última vez que ella la abrió, una cerradura de un plateado resplandeciente que llama la atención en ese pasillo tan soso. Cuando estuve aquí antes, cuando esto no era más que una casa, no había. Tú la habías quitado. Me dijiste riendo que te habías escabullido en plena noche y habías desmontado la cerradura entera. Que la habías enterrado en el jardín trasero. Me contaste riendo lo confundido que estaba tu padre, que, como al levantarse vio sus herramientas por allí tiradas, pensó que lo había hecho él. Conseguiste convencerlo de que era sonámbulo y hacía bricolaje dormido.

¿Por qué lo hiciste? Te pregunté si había sido porque la cerradura estaba oxidada, ¿te acuerdas?

Me miraste ceñudo, muy ceñudo. Me dijiste que no era una simple cerradura, que no debía estar ahí, que jamás debía haber estado en esa puerta.

Escudriño a Anna mientras pasea por la arena, vestida de negro, con el pelo más corto que nunca. Joe dormía, así que he bajado con ella a la playa, desde donde se ve bien la casa. Hace ya una semana que lo atacaron y esta es la primera vez que me he visto capaz de dejarlo solo.

—¿Estás bien? —pregunta, mirándome las manos, las uñas que me he estado mordiendo tanto que me sangran los dedos. Me bajo las mangas para esconderlas.

—Estoy preocupada por Joe —contesto—. Y por Mia. Y por otras cosas.

No me apetece hablarle de lo del sótano, ni de lo de Caroline, ni de los problemas de Patrick en el trabajo. Dudo que a él le hiciera gracia que se lo cuente a nadie. Anna deja de pasearse y me coge la mano.

—Siento mucho lo de Joe. Sé que ya te lo he dicho, pero quería decírtelo otra vez. Fue horrible. Cuando lo vi tambaleándose por el paseo marítimo, creí que era otro chaval borracho, entonces se detuvo a la luz de la farola y lo vi sangrar y lo reconocí por tus bocetos. Aún tiemblo cuando lo recuerdo allí, ¡sabe Dios cómo te sentirás tú!

—Ojalá no nos hubiéramos mudado aquí —digo por lo bajo. No quiero decirlo muy alto por si la brisa le lleva mis palabras a Patrick—. Lo he intentado. De verdad que he intentado que esta casa fuera bonita, pero todo está saliendo mal. Patrick solo quiere la casa perfecta que recuerda, no me extraña que esté tan irritable.

—¿Perfecta?

Me vuelvo a mirarla.

—Como cuando él vivía aquí.

Se sienta en una roca, empieza a rascar la corteza de un trozo de madera de deriva y el roce de su uña con la superficie rugosa me da dentera.

—Me cuesta imaginármela perfecta —dice, quitándose una astilla de la uña—, teniendo en cuenta cómo estaba cuando os mudasteis.

—Él me ha contado cómo era antes.

Si cierro los ojos, casi puedo verla. Patrick me la ha descrito tantas veces: esos colores suaves y apagados bañados por la luz del fuego titilante, los olores, las flores frescas y los muebles pulidos.

—Aun así, cualquiera estaría irritable, ¿no?, teniendo tanto que hacer para que la casa quede «perfecta».

¿Cuánto quiero contarle? ¿Dar voz a mis temores ocultos los hará mayores? Pero me sonrío tan cariñosa... Además, hoy me ha traído flores, un ramo gigante de guisantes de olor cuyo aroma intenso impregna ahora la casa.

—Un par de veces se ha... disgustado un poco.

—¿Disgustado? —repite, enarcando las cejas.

—Nada importante. Como digo, está irritable.

—¿Tiene idea la policía de qué fue lo que le pasó a Joe? —pregunta mientras me siento en la roca de al lado de la suya.

—Él piensa que fue un atraco, un ataque al azar.

Anna no tiene por qué saberlo.

—¿Crees que es verdad que no se acuerda? ¿O es que no se quiere acordar?

Me inquieto y se me eriza el vello de los brazos.

—¿Por qué te importa tanto?

Se encoge de hombros.

—Te veo la cara de preocupación cada vez que hablas de Joe.

—A Joe le pareció ver a alguien. A alguien que lo observaba mientras lo atacaban y, por un momento, me preocupó que Patrick hubiera estado allí.

—¿Patrick? —Asiento—. ¿Porque estaba «disgustado»? —inquire—. Cuando dices disgustado, ¿te refieres a furioso? ¿Lo bastante furioso como para perseguir a Joe? ¿Para qué?

—No fue así... Me equivoco. Estoy diciendo tonterías. Joe estaba semiconsciente. No recuerda nada con claridad. Además, tú estabas allí, ¿no? Seguramente Joe te vio y...

—Yo no vi el ataque, Sarah. Lo vi desplomarse, pero nada más.

No debería haber dicho nada. Lo que estoy insinuando es..., es monstruoso. No me extraña que Anna me mire como si estuviera loca de remate. ¿De verdad creo que Patrick pudo estar allí y hacerle algo? Antes de la mudanza, habría dicho que es imposible. Patrick nunca pierde los estribos. Patrick nunca pierde el control. Pero aquí... No puedo evitar preguntarme qué pudo llegar a hacer si siguió a Joe esa noche y se lo volvió a encontrar con un chico.

No, Dios mío, prefiero que lo estuviera vigilando Ian Hooper. Cualquiera

menos Patrick.

Anna me mira fijamente y hunde el pie en la arena.

—No te lo tomes a mal, Sarah, pero yo tenía un novio que... se disgustaba y me pegaba —dice—. Llegó un punto en que empecé a tener la certeza, ¡la certeza!, de que, si no lo abandonaba, terminaría matándome. Cuando te veo, veo la misma mirada que solía ver en el espejo todos los días cuando me miraba. ¿Has llegado a ese momento?

Niego con la cabeza.

—No, él nunca me ha...

—Yo también hacía como que no pasaba nada, que cada vez era solo esa vez, que cada vez era la última porque cada vez me prometía que no volvería a hacerlo. Dejé que me pegara demasiado tiempo, pero si hubiera tenido hijos, jamás le habría permitido que les hiciera daño.

Es como un bofetón en la cara y hago un aspaviento y me trago la arena que ella ha lanzado por el aire con el pie.

—No le he permitido que...

—¿Por qué no lo abandonas?

—¿Qué?

—¿Por qué no coges a tus hijos y te largas? Ve a casa de alguna amiga, o a un refugio, o lo que sea.

—No puedo. No lo necesito. Patrick nunca nos ha pegado, Anna. Nunca lo haría. ¡Nunca! Está estresado, nada más, con la casa, lo de Joe y... otras cosas. Necesita ayuda, no que lo abandonemos.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres?

—¿Te vas a quedar sentada en la casa maldita esperando a que vuelva a mandar a tus hijos al hospital?

—No, claro que no. Él no ha hecho nada. Te juro que...

—Pero pensabas que podría haberlo hecho. Que igual lo había hecho.

Niego rotundamente con la cabeza, pero no me defiende más porque es algo que me he planteado. Me paso las noches en vela preguntándome, preguntándome a qué se deben su miedo y su paranoia cada vez mayores, pensando en lo del sótano. Me lo imagino acechando en las sombras, viendo a Joe besar a un chico y me pregunto... Madre mía, me imagino lo peor.

—Te veo el miedo en la cara. Tienes que encontrar un modo de hacer algo al respecto, antes de que pase algo grave de verdad porque, Sarah, yo lo sé porque lo he vivido: siempre ocurre algo peor. —Anna se remanga y me

enseña dos cicatrices blancas que le recorren las muñecas y los antebrazos—. Un día todo se me hizo demasiado y decidí que prefería estar muerta a seguir viviendo así. Me había reducido de tal manera que quitarme la vida me parecía más fácil que abandonarlo. —Me mira a los ojos—. Jamás dejes que un hombre te reduzca a eso, Sarah.

Se me cierra la garganta cuando veo esas cicatrices blancas.

—Lo mío no es así —digo—. Creo que es por la mudanza. Por esa casa.

Se inclina hacia delante y yo me aparto como si las cicatrices de sus brazos fueran contagiosas.

—¿En serio crees que es todo por la casa?

—Yo quiero que nos vayamos, pero Patrick ni se lo plantea.

—Entonces, a lo mejor ha llegado el momento de que te plantees tú mudarte sin Patrick. Después de la exposición, coge el dinero que ganes y vete.

Sé que lo dice con buena intención, pero Joe no es hijo mío. Tengo el presentimiento de que, si me voy, Patrick le contará la verdad y perderé a mi niño.

Una ráfaga de viento le sacude la bufanda y se la ata más fuerte. Es la bufanda negra con estrellitas blancas. Recuerdo que me levantó del suelo la noche en la que atacaron a Joe. La llevaba puesta y se le había soltado. Me flotaba en la cara mientras tiraba de mí.

—¿Qué hacías allí?

Me mira extrañada.

—¿Cómo?

—La noche en que atacaron a Joe. Estabas allí, pediste la ambulancia. ¿Qué hacías delante de nuestra casa?

Se recuesta y se baja las mangas.

—No me conviertas en la mala de la película, Sarah.

Cuando llego a casa, voy a ver cómo está Joe. Aún duerme, acurrucado de lado. Me pregunto si descansará por las noches o, como Mia, tendrá pesadillas que no le dejan pegar ojo. Bajo las escaleras con sigilo y me detengo en el vestíbulo. Patrick se ha dejado puesta la llave del sótano. No he pintado en toda la semana porque he estado en casa con Joe. Se acerca peligrosamente el día de la exposición. La noche en que sorprendí a Patrick pintando las paredes del sótano, vi en un rincón los lienzos que él había bajado allí. Tengo que llevarlos al estudio. Busco una linterna en el cajón de la consola del vestíbulo.

Todavía es media tarde, pero aun así, antes de abrir la puerta del sótano, miro por la ventana a ver si viene el coche de Patrick. No es que esté haciendo nada malo, pero he procurado no hablarle de mis lienzos desde que me quemó los blocs de dibujo, y sin haberle confesado lo de la exposición, ¿cómo iba a explicarle qué hago en un sótano en el que hasta ahora he hecho todo lo posible por no entrar?

Me pongo mala cuando bajo las escaleras: tres de las cuatro paredes están pintadas ya, ha barrido el suelo y casi toda la basura está amontonada contra la pared que queda por pintar. ¿Cuándo ha hecho el resto? ¿Cuántas noches más se ha escabullido a pintar estas paredes? ¿Y por qué? ¿Por qué el sótano cuando el resto de la casa está aún por pintar?

Bajo la pintura fresca, no obstante, sigue oliendo a humedad, ese inconfundible olor a cerrado, mezcla de moho y amoníaco. Cuando me acerco a la primera pared que pintó y la alumbro con la linterna, se me entrecorta la respiración. Está peor, mucho peor. Antes de que Patrick las pintara, las paredes tenían humedades, como marcas de la marea, y unas cuantas manchas más oscuras en los rincones. Ahora, a pesar de la pintura blanca, se ven unos enormes floripondios negros y verdes de moho florecido, como si la pintura no hubiera hecho más que empeorarlo, en lugar de mejorarlo. Las paredes están frías y tengo la sensación de que hubiera solo una capa fina de pintura entre mi mano y una masa de agua en movimiento.

Me alejo e intento imaginarme trayéndolo aquí luego para enseñarle que ha perdido el tiempo, que se ha pasado noches sin dormir para nada. Cuando me vuelvo a buscar los lienzos, el fino haz de luz de la linterna ilumina la base de la pared sin pintar. Me acerco. ¿Qué es eso que he visto?

Hay una vieja mesa de madera repleta de cajas pegada a la pared. Por encima de la mesa, la pared es beis y con manchas de humedad, como las otras antes de pintarlas, pero la linterna ha alumbrado algo más por la parte inferior.

Me acuclillo y me asomo debajo de la mesa. La temperatura del sótano parece que desciende cuando la luz ilumina la pared. Hay algo escrito, las mismas palabras una y otra vez con caligrafía infantil.

Me he portado mal. Me he portado mal. Me he portado mal. Me he portado mal.

Según voy iluminando la pared, pienso en los niños que vivían aquí. Se me

eriza el vello de la nuca. Está escrito por toda la pared, cuatro metros y medio de «Me he portado mal. Me he portado mal».

¿Lo habrá visto Patrick? ¿Por eso ha dejado de pintar? Me yergo y me sacudo los vaqueros, y no puedo dejar de pensar en esa tabla de estatura, en los puntos fríos, en los juguetes que salen de la nada... Cuando subo corriendo las escaleras y cierro la puerta del sótano, me sigue una voz fantasmal susurrándome esas palabras. La voz de una criatura: «Me he portado mal. Me he portado mal».

Al salir al vestíbulo, tropiezo con la mochila del colegio de Mia. No la he oído llegar; ¿me habrá visto en el sótano? Subo corriendo a la planta de arriba, helada después de haber visto la pintada de la pared. La puerta del baño está cerrada, pero la del cuarto de Mia está entornada y veo su ropa tirada por el suelo. ¿Se habrá dado cuenta de que yo estaba en el sótano y habrá subido a esconderse? No, no puede haber sido ella la que ha escrito eso en la pared. ¿Por qué iba a hacerlo? Pero no se me pasa ese miedo nervioso mientras recojo la ropa del suelo, extrañada de la cantidad de prendas que no conozco.

Hay dinero en su tocador, monedas en pequeños montones y algunos billetes arrugados. Unas cincuenta libras en billetes de cinco y de diez. Me acuerdo del joyero de mi madre, pero niego con la cabeza. Mi hija no habría hecho algo así. Pero si no ha sido ella, entonces, ¿quién? ¿Patrick?

—¿Qué haces?

Me vuelvo de golpe y me encuentro a Mia furibunda, con los brazos cruzados, encorvada. Sin embargo, bajo esa agresividad adolescente, se la ve pálida y cansada. Se ha comido las uñas como yo y tiene los ojos irritados.

—Estaba cogiendo tu ropa sucia y he visto... —digo, señalando el dinero, y ella se planta delante de mí, coge los billetes y se los mete en el bolsillo—. ¿De dónde lo has sacado? —le pregunto.

—¿Y a ti qué más te da?

—Quiero saber cómo tiene mi hija de quince años tanto dinero cuando sé de buena tinta que yo no se lo he dado.

Ríe.

—Ah, vale, tómallo. ¿Crees que te lo he sisado? ¿Piensas que te he estado hurgando en el monedero?

—Yo no he dicho eso. Te pregunto de dónde lo has sacado porque está claro que pasa algo y desde lo de Joe... —Se estremece al oír mencionar a su hermano y masculla algo que no oigo—. ¿Qué?

—Que me lo ha dado papá.

Patrick no me ha dicho nada. Le conté lo del joyero de mi madre. Le conté que me preocupaba Mia y toda la ropa nueva que tenía y no me ha dicho una palabra de que le ha dado dinero.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque le importo, por eso. Porque le importan mis cosas, joder.

Pero ¿por qué no me lo ha mencionado? Eso es lo que quiero saber en realidad. ¿Cómo no me lo ha dicho si estamos tan pelados que me reprocha que vuelva del súper con demasiadas bolsas?

Mia no me mira a los ojos mientras recoge los montoncitos de monedas. Le agarro la mano, pero se zafa de mí.

—¿Te importa irte de mi cuarto, por favor? —murmura.

Joe entra en la habitación cuando yo me dispongo a salir.

—¿Qué pasa?

Aún lo veo tan magullado y tan frágil. Quisiera preguntarles a los dos si han bajado al sótano, pero entonces tendría que contarles lo de la pintada y no puedo. No puedo sumar mis temores a los suyos.

Nos quedamos todos quietos al oír gritar a Patrick.

—Mamá ya se iba, ¿verdad, mamá? —me dice Mia.

Cierra la puerta de golpe sin que apenas me dé tiempo a pisar el descansillo.

Patrick está delante de la puerta cerrada con llave del sótano, con un rodillo y una bandeja envueltos en plástico en una mano y un bote de pintura blanca en la otra. Desde lo alto de las escaleras veo la luz que bordea el marco de la puerta. Mierda: me he dejado la luz del sótano encendida y la linterna en la consola del vestíbulo.

—¿Has bajado al sótano?

—Se me ha ocurrido que podía seguir pintando —digo, esquivándole la mirada mientras bajo las escaleras.

El corazón se me desboca cuando lo veo dejar la pintura en el suelo y abrir la puerta. ¿Por qué le he mentado? Va a ver que no he pintado nada. Va a ver mis huellas en el polvo, junto a la pared sin pintar.

Me acuerdo de esta mañana, cuando estaba manipulando esa condenada ventana de la cocina y se ha quedado con la manilla en la mano, ¡la rabia que

le ha dado! Tan desproporcionada que ha sorprendido a Mia, que se ha apartado muerta de miedo al verlo tirar el cacharro al cubo de la basura. No le ha caído cerca siquiera, por supuesto, pero... eso ha sido solo la manilla de una ventana.

—Espera —le digo, y entro con él—. He encontrado una cosa.

Bajo las escaleras primero, enciendo la linterna y alumbro la pared que se ha dejado sin pintar. La humedad, pegajosa y fría, se me mete en las venas cuando la luz ilumina las palabras garabateadas.

Patrick no reacciona. Se queda inmóvil en lo alto de la escalera, mirando fijamente la pintada resaltada por el haz de luz de la linterna.

—Tienes que haberlo visto cuando has estado pintando aquí abajo todas esas horas. Has tenido que verlo. Me preguntaba si habrían sido Joe o Mia, pero no es su letra. Así que he pensado que igual fue...

Baja las escaleras y se planta a mi lado, rozándome el brazo con el suyo.

—No fue más que una chiquillada —dice en voz baja, y me pone la carne de gallina.

Al oírlo, caigo en la cuenta de que, antes de Tom y de Billy Evans, el último niño que vivió allí fue Patrick.

—¿Una chiquillada?

—Lo había olvidado —dice, y acaricia la pared.

¿Olvidado? Contemplo la pared, la pintada que se extiende por todo su largo. «Me he portado mal. Me he portado mal.» ¿Cómo se le ha podido olvidar?

De pronto parece que el aire es más denso, que cuesta respirar.

—¿Lo escribiste tú?

Me mira.

—Pues claro que no —dice con una sonrisa—. Ya sabes cómo fue mi infancia, ¿tú me imaginas en el sótano garabateando las paredes? —Pero su sonrisa no es de verdad. Es grande y ancha, y completamente falsa—. ¿Sarah? —dice mientras subimos de nuevo las escaleras—. No... no te preocupes por pintar aquí, ¿vale? Ya hay bastante que hacer en el resto de la casa. —Cierra la puerta y se queda mirando la llave después de echarla—. Voy a guardar esto en sitio seguro.

Me despierto en plena noche con la garganta seca y un fuerte dolor de cabeza. Acabo de tener un sueño del que no me acuerdo bien. Voy a coger el vaso de

agua de la mesilla y veo una sombra en la ventana que me sobresalta y me hace tirarla. Luego la sombra se vuelve y veo que es Patrick, desnudo y solo medio tapado por la cortina, contemplando la oscuridad. Se lleva un dedo a los labios, me hace una seña para que me acerque y frunce el ceño al verme vacilar. Salto el charco de agua y voy con él.

—¿Qué pasa? —le digo, y él me señala algo al otro lado de la calle. Me acerco más y fuerzo la vista. Una sombra se despega de la oscuridad, forma una figura y desaparece de nuevo. Parpadeo, pero no veo nada más. Las sombras se agitan y se mueven mientras las nubes juegan al escondite con la luna.

—¿Es una persona?

Patrick asiente.

—De vez en cuando se aclara el cielo y lo veo. Lleva horas allí.

—¿Horas? ¿Cómo lo sabes?

—He subido antes de medianoche... Me ha parecido oír algo. Y ya estaba ahí.

Miro el reloj: son las tres y diez. ¿Patrick lleva ahí plantado todo ese tiempo? Alargo la mano y le toco el brazo: lo tiene helado.

—Ven a la cama —le susurro, pero meneo la cabeza. Las sombras se mueven, pero ya no parece una persona. La calle está vacía. No hay nadie ahí fuera a estas horas de la mañana con ese viento y esa lluvia—. Patrick, ¿estás seguro de que hay alguien ahí?

Se planta delante de la ventana, sin molestarse en taparse con la cortina.

—Alguien vigila la casa. Tenías razón la primera noche. Alguien nos espía.

El lunes por la mañana, después de que se marchen Patrick y Mia, le subo un plato con tostadas a Joe y me lo encuentro intentando ponerse los zapatos con la mano mala.

—Déjame que te ayude —le digo, y dejo el plato en el escritorio. Luego me acuclillo, le aflojo los cordones para que pueda meter el pie y se los vuelvo atar con doble lazo—. ¿Vas a salir? Te acompaño si quieres —añado, y le cojo la mano con cuidado porque aún tiene los dedos magullados, pero él se zafa de mí.

—¡No! —me dice—. No quiero... No necesito que mi madre me lo haga todo, que me siga a todas partes. ¿No es bastante deprimente que no pueda ni atarme los cordones yo solo?

La rabia y la frustración de su voz me hacen recular.

—Perdona. Solo quería ayudar.

—Lo sé, pero no hace falta. Han pasado ya diez días... Tengo que salir de esta casa. Me cuesta respirar aquí dentro.

—Pero no deberías ir solo.

—No voy solo. He quedado con un amigo. Viene de Cardiff.

—¿Un amigo?

—Déjalo, mamá. No soporto esa voz de constante preocupación. No voy a volver a meterme en líos, ¿vale?

Lo sigo a la puerta, procurando resistir la tentación de colgarme de él, de suplicarle que se quede en casa y que se cuide. Madre mía, tiene razón. Cumple dieciocho años en menos de siete meses y yo lo trato como si tuviera cinco, le corto las tostadas y le ato los zapatos. Pero me cuesta tanto dejarlo marchar cuando aún tiene en la cara las marcas descoloridas de la agresión...

Hace bien saliendo de casa. Cuando se van todos, el silencio es tan absoluto... Estoy sola en casa, pero oigo pasos arriba, oigo crujir el parqué. Sé que los edificios antiguos se asientan, pero estando aquí sola, me imagino un alma en pena paseándose por arriba: a Marie Evans cubierta de sangre, a

Billy Evans jugando con sus figuritas de *Star Wars*... A un chiquillo garabateando las paredes de un sótano oscuro. Oigo el leve chasquido de una puerta y me quedo inmóvil, con el corazón desbocado. Será el viento, esa mierda de ventanas que dejan pasar la brisa como un soplado que abre y cierra puertas. No es un fantasma. Solo el viento. Pero eso no me impide mirar fijamente la puerta de la cocina, esperando a que aparezca uno de esos fantasmas.

Alguien llama a la puerta de la calle y me asusto; me tiembla la mano y derramo el té por la mesa. Imagino que será Mia, quejándose de que se ha dejado algún libro o las llaves, pero, cuando abro, hago un aspaviento porque, en efecto, es un fantasma.

Caigo en la cuenta de mi error en cuestión de segundos: es un Tom Evans adulto, no el fantasma de un crío convocado por mis propios pensamientos atormentados, pero eso no impide que se me salga el corazón por la boca y ya es tarde para disimular mi aspaviento y mi súbito paso atrás. Él se sobresalta y retrocede también.

—Perdone —masculla—. He esperado a que se fuera su familia.

—¿Qué haces aquí?

Me dan ganas de cerrarle la puerta en las narices y salir corriendo, pensando aún en fantasmas y en asesinatos, pero ¿y si se asoman los vecinos, se lo encuentran ahí plantado y ven que le cierro la puerta? ¿Lo reconocerán como lo he reconocido yo? Algunos habrán conocido a los Evans de la vida real, no solo de los periódicos. He estado a punto de contarle a Patrick que me encontré a Tom en el sendero del acantilado, a punto de confesarle a quién había invitado a entrar en nuestras vidas, pero nunca he encontrado el momento. Luego atacaron a Joe y sorprendí a Patrick pintando el sótano, encontré esos garabatos en la pared... No puedo. No puedo añadir nada más a lo que sea que está devorando al Patrick que yo conozco.

—Quería volver a ver la casa —dice, y pienso que se va a echar a llorar.

Ya no veo un fantasma, veo a un niño destrozado que no ha llegado a madurar. Me imagino a ese niño destrozado escribiendo en la pared del sótano y ¡Dios mío!, ¿quiero que sea él en vez de Patrick? ¿Quiero imaginarme a cualquier niño perdido escribiendo esas palabras tan horribles? Abro más la puerta.

—Entra.

Inspira hondo y pasa al vestíbulo, y se tensa cuando cierro la puerta a su espalda. El mundo exterior desaparece y estamos los dos solos en la casa

maldita y yo me pregunto si le late el corazón tan fuerte como a mí. Se me acerca, demasiado, pero estoy pegada a la pared y no me puedo apartar.

—No he vuelto aquí desde... —Parpadea y menea la cabeza—. No podía. Sabía que mis abuelos se habían encargado de que se limpiara y se redecorara, pero no podía. He pensado que sería muy distinto ahora que vive aquí otra familia. He pensado que, si podía volver a verla, se borrarían por fin las imágenes de mi cabeza. —Se da la vuelta y me roza el pelo con los hombros—. Cuando estaba vacía, venía aquí y me quedaba en la puerta —dice, tocando la hendidura de la pared de al lado de las escaleras—. Siempre llevaba la llave en el bolsillo, pero nunca fui capaz de usarla, nunca llegué a entrar.

Me quedo helada. ¿Cuántas veces habrá venido desde que nos mudamos y se habrá quedado en la puerta? Decidimos no gastar dinero en cambiar las cerraduras. ¿Tendrá aún una llave de la casa en la que dormimos mi familia y yo?

—Era muy anticuada cuando nos mudamos aquí —dice, examinando el salón—, pero papá tenía un montón de planes para modernizarla. Aunque, por lo visto, lo único que hizo fue estropearla. Los colores que eligió eran feos y se le daba fatal pintar y hacer bricolaje. Lo desquiciaba que todo lo que hacía solo la empeorara en lugar de mejorarla.

Se vuelve hacia la tabla de estatura aún visible junto a la puerta y yo espero a que diga algo. Traza con los dedos sus iniciales y veo que le tiembla la mano, pero no dice nada. Aprieta el puño cuando la retira de la pared.

Se dirige a la cocina y yo lo sigo.

—El anciano señor Walker vino una vez, después de que papá arrancara de cuajo la madera oscura de la cocina. Billy y yo pensamos que le iba a dar un infarto allí mismo de lo furioso que se puso con mi padre. Gritaba y despotricaba e intentaba entrar por la fuerza, y creí que papá iba a terminar soltándole un puñetazo.

¿El padre de Patrick? No me imagino al padre de Patrick gritándole a nadie. Las veces que coincidí con él me pareció un hombre menudo y callado.

—¿Puedo..., puedo ver la planta de arriba? —me pregunta.

No quiero que suba. No quiero que se pasee por mi dormitorio. Ya me estoy arrepintiendo de haberlo dejado entrar.

Pero no espera a que le conteste y empieza a subir las escaleras.

Doy un repullo cuando oigo cerrarse de golpe la puerta de un coche e imagino a Patrick entrando y encontrándose a Tom Evans en su casa con su

mujer. Pero, por suerte, Patrick está en el trabajo ahora.

Sigo a Tom arriba y me lo encuentro a la puerta del cuarto de Joe.

—Aquí era donde estaba yo. Le había vuelto a quitar a Billy sus muñecos de *Star Wars*. Nunca me los quería dejar, así que se los cogía sin preguntar y jugaba debajo de mi cama para que no me pillara. Lo hacía muchas veces cuando tenía pesadillas y no podía dormir. Jugaba debajo de la cama y me relajaba oír el carrillón de viento que mamá tenía colgado en el árbol de fuera.

Me estremezco.

—¿Un carrillón de viento?

—Sí, tenía muchos. No sé qué fue de ellos después de...

Vuelve a parecer ido y yo vuelvo a pensar en esos garabatos de la pared.
«Me he portado mal, me he portado muy mal...»

—Tom, ¿tu hermano o tú escribisteis alguna vez en la pared del sótano?

—¿Escribir? ¿A qué se refiere?

—Encontré una pintada en la pared y me preguntaba si sería tuya o de Billy.
No ha vivido nadie aquí desde entonces.

Se hace un breve silencio.

—No. No nos dejaban bajar al sótano. Papá siempre lo tenía cerrado con llave.

Sale de la habitación y yo me quedo allí parada, con una mano en el estómago. Me duele, tengo náuseas. Me froto los ojos. ¡Dios, qué cansada estoy! Cansada de pensar y de preocuparme.

Salgo del cuarto de Joe y Tom no está en el descansillo, y las náuseas aumentan cuando descubro que se ha metido en mi dormitorio. Ha cogido mi bloc de dibujo y está hojeándolo.

—Este no es su marido —dice, deteniéndose en un boceto de Ben.

Le arrebató el cuaderno.

—Bueno, creo que ya es suficiente.

—Ha vuelto a empezar, ¿verdad?

—¿De qué me hablas?

Se acerca y yo retrocedo hasta quedarme pegada a la pared.

—Lo siento —dice. Agacha la cabeza y la tengo tan cerca que casi está pegada a mi hombro rígido—. Le vendí la casa a Patrick porque él lo sabe... Estaba furioso y quería que la casa le hiciera admitir lo que sabe. No pensé en usted ni en sus hijos.

—¿De qué me hablas? —repito perpleja.

—No deberían quedarse aquí —dice—. Sigue pasando. Va a ocurrir lo

mismo. Esta casa... A la gente que vive en esta casa le pasan cosas malas.

—Márchate ya —le digo con firmeza, pero tengo que apretar los puños para que no me tiemblen las manos.

Madre mía, ¿qué he hecho? Jamás debería haberme puesto en contacto con él, ni invitarlo a entrar en casa. ¿A qué se refiere con que Patrick lo sabe? ¿El qué sabe? Tengo que preguntárselo, pero para eso tendría que contarle lo de Tom.

Me aparto del caballete para contemplar la pintura terminada. He pintado la playa secreta de Anna, esos colores suaves y hermosos, en capas para que parezca casi abstracto. Si te pones a un lado, aparecen unos colores completamente distintos, resaltados por la luz mortecina que entra por la ventana. Limpio el pincel con un trapo y me acerco a la ventana. Se ha nublado, va a llover. Miro la hora. Patrick no tardará en llegar y aún tengo que hacer la compra. Recojo a regañadientes. Cuanto más tiempo paso aquí, más me cuesta volver a casa. Cuando estoy aquí pintando, me olvido de todo lo demás, pero, en cuanto me marcho, todo vuelve a mí: Tom Evans; la casa; la preocupación por Joe, por Mia, por Patrick...

Ben tenía razón: esto es un refugio. Pero es hora de volver a mi vida de verdad. Me aseguro de quitarme bien la pintura de las manos antes de cerrar con llave el estudio y dirigirme al supermercado.

Ya estoy a medio camino de casa cuando lo veo. Estoy repasando la lista para comprobar que no me he olvidado de nada y me detengo a la puerta de una joyería. No me suelo molestar en mirar —siempre tienen anillos de compromiso de veinte mil libras y joyas de oro macizo con incrustaciones—, pero algo me llama la atención, algo que he visto por el rabillo del ojo. Retrocedo hasta el escaparate y allí está: el anillo de compromiso de mi madre, en una sección marcada como *vintage*, la pieza estrella sobre un cojincito de terciopelo azul, con etiqueta y todo.

Me acerco más e inspiro entrecortadamente. Al espirar, empañó el cristal. Lo limpio con la mano, deseando estar equivocada. Quiero ver una esmeralda, no un diamante. Quiero haberme equivocado. Pero no. Es el anillo de mi madre, con un precio que jamás podríamos pagar. Dejo en el suelo la bolsa de la compra. Esta cena iba a ser una ofrenda de paz, el plato favorito de Patrick, antes de confesarle que he invitado a Tom Evans a entrar en nuestras vidas y ahora no puedo librarme de él.

Me quedo allí plantada un rato que se me hace eterno, luego giro a la derecha en lugar de a la izquierda para ir a casa. Bajo a la playa, hasta la orilla. Me quito los zapatos y dejo que se me meta la arena entre los dedos, disfrutando del olor salobre del mar, del rugido de las olas que rompen sobre los guijarros en la orilla.

Tengo que tomar una decisión. Tengo que dejar de esperar que todo se vaya a arreglar solo y tomar una decisión.

Está empezando a llover y las pocas personas que había en la playa se marchan. Me miro las manos vacías; me he dejado la compra a la puerta de la joyería. Está oscureciendo mucho, más de lo que debería a esta hora, cada vez hay más nubarrones y se ha levantado viento.

Me ondea la bufanda y me la arrebatada una racha de viento lo bastante fuerte como para hacer que me tambalee. Me vuelvo enseguida a cogerla, pero alguien se me adelanta. Es Ben, con una amplia sonrisa en los labios.

—Me ha parecido que era usted —dice—. Vivo en esa casita de ahí arriba y la he visto bajar a la playa —dice, señalando una casa de la colina, una de una hilera de varias casitas en las que a veces pienso que me encantaría vivir.

Ben me ha llamado dos veces por teléfono desde que estuve en la galería y me ha dejado mensajes sobre la exposición. No le he devuelto las llamadas.

—Cada vez llueve más —me dice—. El café aún está abierto. ¿Le apetece tomar algo?

No debería. La verdad es que no debería. Tendría que ir a recuperar la compra, volver a casa y hacer la cena como una buena esposa. Pero pienso en Patrick y en la casa esperándome, en Tom a la puerta con una llave en el bolsillo. Pienso en el anillo del escaparate de la joyería. Pienso en la decisión que tengo que tomar.

—¿Por qué no? —contesto.

—Pensaba que me estaba evitando. La he visto entrar y salir del estudio, pero nunca pasa a saludarme.

Me lo dice mientras me trae de la barra un té aguado en una taza blanca manchada. Cuando retiro el brazo del mantel de plástico para dejar sitio a las tazas, noto que está pegajoso. La lluvia repiquetea en los ventanales, el viento sacude la puerta. De vez en cuando, entra alguien, empujado por el viento y chorreando, en busca de refugio. Los cristales se están empañando.

—No es nada personal. Tenemos... jaleo en casa. Es complicado. Pero

estoy pintando. Anna me ha convencido para que exponga yo sola.

—Me alegro —dice—. Me alegro también de haberme acercado. Cuando la he visto en la playa, he supuesto que era su marido el que iba con usted y he estado a punto de no bajar.

Lo miro extrañada, levantando el té.

—No estaba con nadie.

Ben se encoge de hombros, confundido.

—Iba unos pasos por detrás, pero como la ha ido siguiendo todo el camino desde el pueblo, he pensado que...

Dejo la taza en la mesa sin beber nada. Tom. El puto Tom Evans me iba siguiendo. Con el viento, era imposible que notara que me seguía alguien; además, andaba tan preocupada pensando en el anillo de mi madre... ¿Ha estado esperando a la puerta del estudio mientras yo trabajaba? ¿Me estará esperando fuera ahora?

Ben me acaricia la mano con la suya salpicada de pintura.

—Perdone, me habré equivocado. Pero, en cualquier caso, me alegro de haberme acercado.

Pasa alguien por delante del ventanal del café justo cuando me está acariciando la mano y me imagino lo que podría parecer si esa persona fuese Patrick. Me muevo, pero, por un lado, me dan ganas de dejar la mano ahí para que lo vea todo el mundo.

Se acerca una chica y se lleva nuestras tazas, y de paso cambia el letrero de ABIERTO a CERRADO. El viento sacude otra vez la puerta.

—No parece que vaya a escampar en breve y esta gente quiere cerrar. ¿Por qué no espera a que escampe en mi casa? —me dice Ben, volviendo a ponerse la chaqueta.

No debería. Debería volver a casa, cocinar, pensar en cómo explicar lo de Tom Evans. Debería estar en casa antes que Patrick o tendré que inventarme otra mentira para justificar mi ausencia.

—¿Por qué no? —contesto otra vez.

—¿Quiere llamar a casa para que sepan dónde está? —me pregunta cuando estamos a la entrada de su vivienda, esperando a que abra la puerta.

No contesto y abre la puerta y entra delante de mí. La entrada se abre directamente al salón, apenas iluminado por una estufa de leña situada en un rincón.

—Sé que es absurdo encenderla en mayo, pero las noches de tormenta...

Coge una botella de vino y dos copas de una vitrina de madera noble repleta de bebidas. Me pasa una copa de tinto y le veo las uñas manchadas de pintura: azul cobalto y rojo cadmio. Es algo que me resulta tan familiar y tan extraño a la vez. Me llena de nostalgia de un tiempo en que todas las personas a las que conocía llevaban las uñas manchadas de pintura, olían a disolvente y a pintura al óleo, a tabaco de liar aromático y a alcohol barato. Días de vértigo en los que pasaba de golpe de la emoción al miedo de ver lo abrumadora y distinta que se había vuelto mi vida; en los que, en parte, ansiaba volver corriendo a casa, al refugio seguro y asfixiante de mi madre.

Ben me habla de su nueva serie de pinturas mientras nos secamos delante del fuego, ausente, mirando hacia dentro, hacia lo que sea que está creando en su estudio. Me imagino besándolo, pegando mi cuerpo a su camiseta empapada por la lluvia; imagino la sensación de robustez de su pecho y de su vientre.

¿Qué es esto, una fantasía? ¿Una venganza por el daño que me ha hecho Patrick con Caroline? ¿Una traición que se pudre en mi interior porque me da demasiado miedo plantarle cara? ¿Por eso estoy aquí sentada con Ben, bebiendo vino, lo bastante cerca para besarlo, apretando los puños para no acariciarle las puntas rapadas del pelo?

Soy como Mia, ansío que venga alguien a lomos de un corcel blanco a rescatarnos. Pensaba que, con las pinturas, con la exposición, esta vez lo iba a conseguir, que iba a ser yo la que los rescatara. ¿Y qué hago aquí entonces?

Poso los ojos en un cuenco de conchitas que tiene en la mesa de centro.

Ben se acerca más y yo doy un brinco y dejo la copa de vino en la mesa.

—Más vale que me vaya —digo—. La tormenta ya casi ha pasado.

La puerta de su estudio está entornada y me dirijo a ella mientras me pongo el abrigo, intrigada por lo que puedo vislumbrar del lienzo que veo en el caballete. Parece oscuro; una pintura grande y turbulenta muy distinta de sus marinas y sus bodegones habituales, tan serenos.

—¿Puedo verlo? —pregunto, y él titubea, pero luego asiente y abre la puerta.

Es una pintura de dos chicos, dos niños, pero reconozco el rostro medio en sombra del que está a la izquierda. Es Patrick.

Me aparto, casi tambaleándome, repelida no solo por la pintura, sino también por el artista. Estoy a solas con un extraño en su casa y nadie sabe que estoy aquí.

—Ya le dije que lo conocía —me explica para impedir mi huida

atropellada. A medio camino, me detengo y me vuelvo a mirarlo, a mirar la pintura que se entrevé por la puerta entornada.

—¿El otro chico es usted? —le pregunto, y asiente—. Me dijo que no eran amigos, que solo iban al mismo colegio.

Titubea.

—Fuimos amigos, por un tiempo. Cuando la conocí, empecé a pensar en él, a recordarlo todo —dice—, porque veía que algo iba mal.

—¿El qué?

—Lo noté el primer día, cuando me enseñó sus pinturas. Volví a notarlo cuando vino a la galería. Por eso le ofrecí el estudio. —Hace una pausa—. No... Hace tiempo que no veo a Patrick, desde que nos distanciamos de niños.

—Podía haber ido a verlo. Podía haberme dicho que eran amigos.

Frunce el ceño.

—No terminamos muy bien. No es una amistad que me apetezca retomar.

—Pero ¿hacerse amigo de su mujer a sus espaldas sí le parece bien?

Se encoge de hombros.

—Yo nunca le he pedido que me mantuviera en secreto. El que lo haya hecho demuestra que yo estaba en lo cierto: que algo va mal. —Se acerca un poco, alarga el brazo, pero lo baja antes de que me roce siquiera. ¿Me ha visto estremecerme?—. Ese estudio fue un piso en su día —dice—. Básico pero habitable. Podría volver a serlo, no me importa.

Ya está otra vez, este desconocido, ofreciéndome una vía de escape. Ofreciéndome refugio.

—No necesito un sitio donde vivir. Tengo una casa.

—Jamás pensé que fuera a volver —confiesa Ben—. Cuando pasé por delante de la casa y la vi, me preocupé por usted incluso antes de conocerla.

Se acerca un poco más y me acaricia el pelo. Cierro los ojos e imagino que lo dejo besarme, imagino que vuelvo a casa impregnada del olor de mi artista. ¿Bastaría con eso para librarme del resquemor de las joyas robadas de mi madre, del intenso dolor de pensar que haya podido ser mi marido quien se las llevara, o de imaginar a Caroline besándolo? Pero este cuadro... «¿Es usted? —me dan ganas de preguntarle—. ¿Es usted, con sus cuencos de conchitas y sus cuadros de Patrick, quien vigila la casa, quien deja cosas en nuestra puerta? ¿Usted y no Ian Hooper ni Tom Evans? Usted, de pronto tan amable y siempre ahí.»

—Tengo que irme —insisto, y me aparto de él.

Mientras camino, dejo que el viento me empuje cada vez más, hasta que

casi voy corriendo.

No debería haber estado fuera hasta tan tarde. Y debería haber pasado por la joyería para ver si mi compra seguía ahí, para poder entrar en casa blandiendo bolsas de comida y milongas de largas colas en caja como excusa. Pero no se me ha ocurrido, me he ido sin más. Ahora tengo que pensar en algo. Según avanzo, oigo unos pasos que se hacen eco de los míos, los mismos pasos lentos y reticentes que se hacen más lentos aún a medida que me acerco a la casa. Sin embargo, cuando me vuelvo a mirar, no veo a nadie. Hay un paquete delante de la puerta. Me agacho a cogerlo y veo un sobre adherido a él con mi nombre escrito a mano en una letra que no me suena familiar. Vuelvo a mirar alrededor, pero la noche es ahora más oscura y las nubes tapan la luna y las estrellas, de modo que, aunque hubiera alguien ahí fuera, no lo veo. Trago saliva y abro la puerta de un empujón.

Noto que una mano me tira del abrigo y doy un brinco.

—¿Dónde estabas? —pregunta Patrick, ayudándome a quitarme el abrigo.

—Con una amiga, alguien que he conocido en el pueblo —digo, y veo en su rostro una expresión fugaz, una que no soy capaz de interpretar.

Apoya las manos en mis hombros y, en el espejo, me parece que las tengo alrededor del cuello. Pero no aprietan, acarician, y eso es peor porque le estoy mintiendo a su reflejo. ¿Notará el olor a pintura al óleo? ¿Me habré limpiado bien los restos que me delatan?

—¿Con esa mujer de la que me hablaste? ¿Anna, no?

Vacilo, y por un segundo sus manos aprietan.

—Sí, esa. Hemos tomado un café en el pueblo.

Sus manos vuelven a acariciarme, el cuello, los brazos. Cierro los ojos.

—Tú no me mentirías, ¿verdad, Sarah? —me susurra.

—Claro que no...

—¿Qué es esto? —pregunta, cogiendo el paquete.

—No lo sé, estaba fuera.

Voy a cogerlo, pero lo aparta de mí, arranca el sobre y lo arruga.

—No —dice—. Me parece que es de un excompañero de trabajo. Uno al que despidieron por recomendación mía.

—Pero...

—Olvidalo.

Pero el sobre iba a mi nombre, no al suyo. Se dispone a marcharse y lo

agarro del brazo.

—Patrick, espera...

Se vuelve a mirarme.

Quiero plantarle cara con lo de las joyas, exigirle una explicación, pero no es el momento. Tengo que contarle lo de Tom Evans y no tengo ni idea de cómo se lo va a tomar.

—He hecho una tontería —le suelto sin pensar.

Necesito que Patrick me tranquilice, que lo arregle todo como lo ha hecho siempre.

No me dedica esa sonrisa indulgente que solía dedicarme cuando le confesaba alguna metedura de pata. Me mira hastiado.

—¿Qué?

—Cuando me enteré de que habían soltado a Ian Hooper, me... me puse en contacto con Tom Evans. —Espero su reacción con el corazón encogido—. Solo buscaba una explicación —le digo al silencio—. Me entró el pánico. Pero...

—¿Pero qué?

—Pensé que... Vino a casa. Y le noté algo raro. Me... me asustó.

Patrick me mira fijamente.

—¿Qué esperabas exactamente, Sarah? ¿Pensabas que podías tener una charla agradable sobre el hombre que asesinó a toda su familia y ya está? ¿Que haría desaparecer al malo y todos seríamos felices y comeríamos perdices?

—No, claro que no. Quería entenderlo... —Hago una pausa y tomo aliento—. ¿Por qué ha vendido ahora? ¿Ahora que han puesto a Ian Hooper en libertad?

—Ha vendido porque necesita el dinero. ¿Por qué si no? Y aunque hubiera vendido porque hayan soltado a Hooper, ¿qué más da? No es más que un crío perturbado, traumatizado, y ha sido una gran estupidez por tu parte acudir a él.

—Ya no es un crío.

—Siempre será un crío. Permanentemente tocado por lo que ocurrió. ¿Qué buscas, Sarah? ¿Otro niño al que salvar porque le has fallado a Joe?

Me encojo como si me hubiera dado un bofetón.

—No te atrevas a... No se trata de eso. Me dijo algo más, algo sobre ti. Me contó que eras amigo de su padre y que sabes algo.

—¿Que sé el qué? Él era solo un niño cuando pasó todo, ¿qué es lo que cree que sé?

—Dímelo tú —le replico, y contengo la respiración.

Patrick menea la cabeza.

—¿Tú te estás oyendo? ¿Ves lo paranoica que estás? ¡Paso de hablar de todo esto ahora, joder! —dice. Calla y suspira—. Vale..., ¿tienes su número? Dámelo. Lo llamaré para que nos deje en paz. Ya lo arreglo yo.

Está haciendo lo que yo quería, decirme que arreglará mi metedura de pata, pero no me tranquiliza. No ha contestado a mis preguntas. Me noto inquieta, más nerviosa que cuando abrí la puerta y vi que era Tom. Patrick suelta un suspiro furioso y me deja helada. Le huele el aliento a alcohol, un olor agrídulce que me es muy familiar, pero que me desconcierta en su caso porque Patrick no bebe. Su aliento nunca me ha olido así.

—Te has propuesto estropearlo todo, ¿verdad? ¿Cargarte todos mis esfuerzos? —dice mientras copia el número de Tom en su móvil—. He hecho todo esto por ti, Sarah: mudarnos aquí, empezar de cero, una nueva vida. Lo he hecho todo por ti ¡y te lo estás cargando!

¿Que lo ha hecho por mí? ¿Traernos a la casa maldita? ¿Cómo he podido pensar ni por un segundo que esta sería la solución a nuestros problemas? Es tan poco realista como que a los doce años quisiera que una casa de muñecas se hiciera realidad.

—¿Qué vas a hacer?

Me acerco a él y lo noto otra vez. No solo un atisbo, un tufo, fuerte e intenso. A alguna bebida espirituosa, a whisky o a brandy.

Frunce el ceño.

—¿Tú qué crees que voy a hacer? Voy a hablar con él, a hacerle ver que no está bien que acose a mi mujer.

Siento el impulso absurdo de avisar a Tom, y eso es una estupidez porque es Tom quien me preocupa, no Patrick. Pero...

—¿Patrick? —le digo cuando ya se va—. ¿Has...? —Me callo.

—¿Qué?

Trago saliva porque tengo la garganta seca.

—¿Has estado bebiendo?

Siento náuseas cuando veo cómo tuerce el gesto. No debería haberle preguntado. Estaba equivocada. No le huele el aliento a alcohol, le huele a...

—Sí —contesta, entra en el salón y cierra la puerta.

Me estoy quedando dormida cuando oigo que se cierra de golpe la puerta de la calle. La parte relajada, adormilada de mi mente me dice que lo ignore, que siga flotando, que sueñe...

Pero es tarde. Abro los ojos y me incorporo. Son más de las once, casi medianoche. ¿Quién ha salido a estas horas? Mañana es día de colegio, de trabajo. Voy a coger la bata cuando oigo el primer grito. De Mia, replicada por Patrick, en voz más baja pero ascendente.

Corro al descansillo, atándome el cinto. Joe también está allí y veo que va vestido de calle. Todas las noches se refugia en su cuarto después de cenar y cierra bien la puerta; solo deja entrar a Mia.

—Espera aquí —le digo con un gesto de advertencia.

Mia y Patrick están en el vestíbulo. Mia lleva la cazadora puesta y el maquillaje ya corrido, no como si fuera a salir, sino como si volviera, y por un segundo me siento aliviada; luego caigo en la cuenta de que eso solo significa que se ha escapado antes.

Miro a Joe y él se encoge de hombros. Pienso en todas las noches que entra en su cuarto, en la ventana y en el árbol que hay delante y que el propio Patrick solía usar para escaparse. Así que no pasan las noches juntos, como buenos hermanos, y ya no puedo estar tranquila pensando que cuidan el uno del otro. Joe ha estado solo y Mia ha estado por ahí hasta Dios sabe qué hora. ¿Por eso está despierto aún, esperándola para dejarla entrar?

Patrick tiene a Mia agarrada por el brazo y, según bajo las escaleras, veo que le aprieta demasiado, porque ella pone cara de dolor y él tiene los nudillos blancos.

—Patrick...

Se vuelve bruscamente a mirarme.

—¿Tú sabías que había salido? —me pregunta.

—No, claro que no. Hace un rato estaba en su cuarto. Mia, ¿adónde has ido?

—Estaba echando la llave a la puerta de la calle y la he visto pasar por delante para subir por detrás. Es casi medianoche, pensamos que está dormida en la cama y resulta que anda por ahí con esa pinta.

La zarandea y ella se tambalea.

Huele a alcohol y a tabaco, tiene los vaqueros manchados de arena, el trasero mojado y más oscuro. Va descalza y lleva esos zapatos de tacón en la mano libre.

—¡Joder, solo he quedado con unos amigos en la playa! —espeta, y se zafa de Patrick—. Como tú solías hacer, como nos dijiste que hacías.

Suelta los zapatos y se frota el brazo por donde Patrick la tenía agarrada.

—Yo nunca salía a estas horas, con esa pinta. Estás borracha —dice Patrick, con esa voz suave suya que me da ganas de subir corriendo a mi cuarto y taparme la cabeza con la almohada—. Apesta a tabaco y vas borracha y tambaleándote por ahí en plena noche. —Se inclina y le pasa la mano por la cara, extendiéndole el perfilador de ojos y el lápiz de labios rojo—. Con toda esta mierda en la cara, pareces una puta barata.

Hago un aspaviento: es intrusiva, íntima, la forma en que Patrick le pasa los dedos por la boca y los ojos. Yo tenía razón, hay una Mia más joven escondida debajo de ese maquillaje, pero no es así como quería recuperarla, a esa niña aterrada, acobardada. ¿Dónde está la sonrisa? ¿Dónde está la niña sonriente y cantarina?

El modo en que le deforma los rasgos con la mano, le estira la piel, es una agresión, y bajo corriendo el resto de las escaleras, gritando un medio incoherente «¡No, no te atrevas!» y de pronto miran todos cómo, sin aliento, aparto bruscamente la mano de Patrick de la cara de mi hija.

—¡No! —susurro esta vez.

Me vuelvo hacia Mia y voy a abrazarla, pero ella me aparta de un empujón tan fuerte que me hace tambalearme.

—¡No me toques! —dice, y me empuja otra vez—. ¡No finjas de repente que te importa qué coño me pase! —Tiene la cara desfigurada de la rabia, pero mira a su padre con lágrimas en los ojos—. Podría haber salido de casa desnuda y ni os habríais enterado. ¡Solo importa ella, ella y esta puta casa!

—¿Cómo has salido? —pregunta Patrick—. ¿Cuándo has salido? —Mia mira con disimulo a Joe, oculto en las sombras en lo alto de las escaleras, y Patrick se vuelve hacia él también—. Debí haber supuesto que era culpa tuya.

—Venga ya, papá... Joe no sabía dónde estaba —dice ella.

—Deja de mentir por él, Mia. ¿Por qué sigues levantado y vestido? —le

pregunta a Joe—. ¿También andabas por ahí? ¿Qué has hecho, volver a tu cuarto trepando por el árbol y dejar que tu hermana se meta en líos?

Joe niega con la cabeza.

—Yo no he ido a ninguna parte.

—¡Mentiroso! Ya tendrías que haber aprendido la lección.

—¡No he ido a ninguna parte, joder!

Baja un poco las escaleras y Patrick se acerca a él con los puños apretados.

—Patrick... —le digo, y me planto delante, obligándolo a mirarme—. Patrick, cálmate. Vamos a sentarnos todos a hablar de esto con tranquilidad. Preparo un té y...

—¡No quiero un puto té! —dice, y me estremezco.

—Cuidado, papá —dice Mia a mi espalda—, no la disgustes, joder, no vaya a ser que intente suicidarse otra vez.

Patrick se vuelve bruscamente, apartándose del camino.

—¡Cierra la boca! —le dice, levantando la voz—. ¡Cierra la puta boca!

Mia se queda pasmada.

—Es que es verdad, no me jodas. El problema no soy yo, es ella. Ya no te preocupa nada más, joder.

Termina la frase gritando al ver que Patrick se abalanza sobre ella.

Joe y yo nos abalanzamos sobre ellos también: Joe agarra a Patrick del brazo con la mano buena y yo cojo a Mia, la estrecho contra mi cuerpo, la abrazo y la mezo. Se resiste un momento, luego se relaja y se abraza a mí tan fuerte como yo a ella, respirándose con fuerza en el oído. Me abrazo a mi hija y las dos nos recostamos en la pared, muertas de miedo.

—¡Patrick, basta, para! ¡Para ya! —le digo, y Mia llora, solloza, y creo que eso es lo que lo hace volver en sí. Creo que eso es lo que lo detiene. Tiembla, y Joe tiene que agarrarlo menos fuerte—. Vale —murmuro—. Vale, ya estamos todos bien.

No sé qué demonios estoy diciendo. Tiemblo tanto como él y Mia sigue llorando, y cuando miro a Joe, veo que se ha dejado caer en el primer peldaño de las escaleras y se sujeta la cabeza con ambas manos.

Joe me sigue al cuarto de Mia. Es uno de los primeros que hemos terminado de decorar. Patrick lo ha hecho casi todo: ha pintado las paredes de blanco manzana y ha puesto una alfombra nueva de color rosa y verde pálido sobre el

parqué desnudo. Cuando veo a Mia acurrucada en su cama, con sus vaqueros ajustados y su perfilador de ojos y su lápiz de labios rojo, pienso en lo poco que le pega, porque este es el cuarto de una niña pequeña y Mia ya no lo es. Pero entonces coge el maltrecho conejito de trapo que aún tiene a los pies de la cama.

Agarro una toallita desmaquillante del paquete que tiene en el tocador, me siento a su lado y le limpio con cuidado el perfilador y el rímel corridos, las machas de carmín del contorno de los labios.

—Lo siento, mamá.

Sorbe los mocos y entierra la cabeza en mi hombro. La rebeldía se ha evaporado y se desploma sobre mí.

Suspiro, le acaricio el pelo y le doy un beso tierno en la coronilla.

—No pasa nada, cariño. Siento que papá haya perdido los estribos, hablaré con él. Arreglaremos esto.

Mia levanta la cabeza y me mira.

—Ha sido culpa mía.

—No, no es verdad —dice Joe, que se acerca a sentarse al otro lado de Mia—. Ha sido él quien ha perdido los nervios y ha estado a punto de pegarte. ¿Cómo va a ser culpa tuya?

—Pero no lo ha hecho —replica Mia, levantando la voz—. Nunca lo haría. ¡Jamás!

Joe me mira por encima de la cabeza gacha de su hermana y me viene a la cabeza la pregunta que me susurró en el hospital después de la sobredosis: «¿Te ha hecho algo papá?». Quiero tranquilizarlo, hacerme eco de las palabras de Mia, decirle que Patrick jamás haría algo así, que nunca... Pero Mia está sentada entre los dos, temblando, con el brazo rojo por donde Patrick le ha hincado los dedos.

Y esta casa... En esta casa, su absoluto comedimiento parece desvanecerse. Cierro los ojos y lo veo pintando el sótano a las tres de la mañana, huelo su aliento a alcohol, lo veo quemándose los blocs de dibujo, el puto plato de calamares...

Me encuentro a Patrick en nuestro cuarto, de pie junto a la ventana. No ha encendido la luz, pero la farola de fuera alumbra lo bastante como para que lo vea. No sé qué es lo que mira: en noches como esta, el mar no es más que un agujero negro, como si el mundo terminara enfrente de esta casa. Cuando me

pongo a su lado, me parece vislumbrar a alguien fuera, bajo la luz, pero antes de que pueda acercarme a ver si es el mismo mirón de siempre, la figura se desvanece en las sombras.

—Me han dicho en el trabajo que puede que me suspendan —dice sin apartar la vista de la ventana—. Por eso he estado bebiendo.

—¿Qué?

—Por aquel error. Lo consideran negligencia, ¡David lo considera negligencia! ¡El puto David!

—Madre mía, Patrick, lo...

¿Lo siento? ¿De verdad? ¿Disculpa eso lo que ha hecho? El estrés. La preocupación. El que beba cuando no lo ha hecho nunca. Un desliz. Un lapsus. Pero es Mia. ¡Mia!

—¿Cómo está? —pregunta.

—Cansada. Disgustada. Patrick...

—No. No digas nada. Sé lo que he hecho. —Se mira las manos como si no le pertenecieran—. He perdido los estribos y no sé por qué.

No sé qué decirle. No puedo decirle que no pasa nada y que todo va a ir bien y que lo olvidaremos y lo meteremos debajo de la alfombra porque no puedo quitarme de la cabeza la imagen de él abalanzándose sobre mi hija con los puños apretados. No paro de imaginarme lo que podría haber ocurrido si yo no hubiera estado aquí y no dejo de oír su voz de rabia («¡Cierra la puta boca!») ni de pensar que era a Mia a quien se lo estaba diciendo, a su princesita, a Mia, nuestra niña. «A la gente que vive en esta casa le pasan cosas malas», dijo Tom. Madre mía, madre mía.

No lo reconozco, a este Patrick furibundo. No es el hombre con el que me casé, el hombre risueño con el que un día bailé por un salón y que me prometió el mundo.

Me mira, con los ojos irritados, el pelo revuelto.

—No volveré a hacerlo, no volveré a perder los nervios así. Lo sabes, ¿verdad? No volveré a hacerlo jamás.

Me palpita el corazón y me flojean las piernas cuando recuerdo lo que Anna me contó de su novio maltratador. Es un eco. Sus palabras son un eco. Tengo la sensación de estar al borde de un precipicio donde la única salida es caer.

—¿Mia? ¿Podemos hablar?

Está sentada en la cama, con las piernas cruzadas, leyendo un libro, vestida de uniforme y con la corbata aflojada. No contesta, pero entro en su cuarto igual y cierro la puerta. Brilla el sol y ha abierto la ventana. Oigo las gaviotas y a un perro ladrar a lo lejos. Me acerco y me asomo: no hay familias en la playa aún, es demasiado pronto, pero hay mucha gente paseando a los perros.

En un día como hoy casi puedo imaginarla, la vida que Patrick prometió que tendríamos. Cuesta conciliar esto con lo de anoche, con la ira de Patrick, con el miedo y el pánico, pero al mirar a Mia, percibo la sombra de lo ocurrido en su rostro, en lo encorvada que está, en lo derrotada.

Deja el libro y veo que está relejendo *Mujercitas*, refugiándose en las lecturas de su infancia. Bunny, el conejito, está en el suelo, pero seguro que ha dormido abrazada a él. De pronto me dan muchas ganas de hacer lo mismo, de visitar con Meg la feria de las vanidades, de viajar por Europa con Amy, de enamorarme con Laurie... Lo que sea menos enfrentarme a eso en lo que se ha convertido nuestra vida.

—Ya he hablado con papá —dice—. Vino anoche a pedirme perdón.

¿Anoche? Anoche nos acostamos a la vez, así que debió de esperar a que me durmiera para venir a verla.

Mi hija me mira.

—¿Qué le está pasando, mamá? Primero la toma con Joe y ahora conmigo. Es... es impropio de él. No es el mismo.

—No te preocupes —digo, cogiéndole la mano—. Todo se arreglará. Está sometido a mucha presión en el trabajo y con el estrés de la mudanza... —Ahora lo estoy justificando delante de mi propia hija—. A lo mejor Joe y tú deberíais marcharos unos días.

Retira la mano.

—No..., no te deshagas de mí. No tendría que haberme escapado. Tampoco me pegó ni nada, ¿no?

—No me deshago de ti, es que...

—No quiero hablar de eso, ¿vale? Papá me ha pedido perdón y ahora estamos bien, así que no hace falta que sigamos hablando de ello.

Frunce el ceño de la misma manera que su padre. En eso son idénticos. Ha sido así desde que era muy pequeña, y ese ceño fruncido siempre ha sido presagio de una rabieta colosal. Hoy no me apetece discutir; aunque diga que está bien, yo la veo frágil, no solo por los hombros caídos y las mejillas pálidas, sino también por el libro, por el muñeco de trapo, por esos consuelos infantiles de los que se ha rodeado.

—Vale —le digo, cubriéndole la mano con la mía—. Ya no hablamos más de lo de ayer. Ahora no. A menos que...

—¿Qué?

Acompañan al ceño fruncido unos ojos en blanco.

—A menos que me quieras contar con quién saliste... —Se lo digo con desenfado, como si fuera un chisme entre madre e hija, no un interrogatorio. Abre la boca y la vuelve a cerrar. No retira la mano, pero está tensa, agarrada con fuerza al edredón—. Recuerdo que, cuando tenía tu edad, solía escaparme para quedar con un novio —digo—. Se llamaba Daniel y era guapísimo. Era un curso mayor que yo y ya estaba aprendiendo a conducir.

—No es un romance de patio de colegio —espetea, retirando la mano.

—Ya lo sé..., no he querido decir eso. Solo pretendía que supieras que lo entiendo.

—No, no lo entiendes —replica, meneando la cabeza—. Esto es distinto.

—¿Por qué?

—Porque no es un chico del colegio. Es mayor.

Ahora soy yo la que frunce el ceño.

—¿Cómo de mayor?

—¡Dios, yo qué sé! No le he preguntado la puñetera fecha de nacimiento. ¿Siete, ocho años mayor?

—Eso es demasiado.

Daba por supuesto que sería alguien de clase. Pensaba que... ¿Qué pensaba, que vendría a cenar a casa vestido de uniforme y jugaríamos a las familias felices y todo eso se esfumaría?

—De todas formas, da igual. Ya la he cagado —sentencia—. Era tan distinto, mayor, con trabajo, trajeado... Me sacó a bailar y pensé... —Me quedo de piedra y se me corta la respiración. No veo a Mia bailando con un chico trajeado, nos veo a Patrick y a mí, de jóvenes—. Pensé que me querría

—sigue—. Pensé que me querría si le decía que sí. Quería que fuese mi novio. Quería que fuese nuestro puto héroe, que nos salvara. No paraba de pedírmelo y creí que me dejaría si no aceptaba —dice, empapándome el suéter de lágrimas al enterrar la cabeza en mi hombro—. Accedí a hacerlo con él y en cuanto terminó se largó. Ni siquiera esperó a que volviera a vestirme.

—Ay, Mia —digo—. Lo siento mucho. —Y es verdad. Lo siento muchísimo por ella, pero ¿es mejor o peor que fuera un capullo, que la dejara, que no fuera otro Patrick que la enamorara perdidamente para brindarle un futuro como el mío?—. Siento que hayamos estado tan distraídos que nos hayamos perdido todo esto. Con lo de tu padre y la casa...

Se aparta de pronto y sus mechones de pelo suelto se enredan en mis dedos.

—No es culpa de papá, ¡es culpa tuya! Es todo por tu puta culpa. Nada de esto habría pasado si no nos hubiéramos mudado a este agujero inmundo. —Lo dice con un odio y un desprecio que me encogen el corazón—. Yo lo he intentado, Joe lo ha intentado, todos hemos intentado hablar contigo, joder, pero siempre estás dormida. Ni cuando tienes los ojos abiertos estás despierta de verdad. Y papá..., papá ya no tiene tiempo para nadie más.

Me retiro un poco: el momento de intimidad entre madre e hija ha terminado, se lo noto en la postura, en la forma en que se envuelve el cuerpo con los brazos. Pensé que lo haría mejor ahora que he dejado de tomarme las pastillas, pero ¿qué ha cambiado? He estado pendiente, he... Pero creo que, en algún momento, mis hijos se han acostumbrado a que solo esté medio presente. Han perdido la fe en mi capacidad para ocuparme de ellos.

Levanta la cabeza de golpe cuando oímos crujir las escaleras.

—No se lo cuentes a papá —dice, aterrada—. Por favor, no se lo cuentes, mamá... ¡Se pondría como una furia!

Me levanto de golpe cuando se abre la puerta y me planto delante de la niña mientras se limpia las lágrimas y se repeina.

—¿Qué pasa? —pregunta Patrick, asomándose para ver a Mia.

Me vuelvo yo también: Mia está temblando, mirándome.

—Nada —digo—. He sido yo. Es culpa mía. Le estaba dando la tabarra con que recoja su cuarto y hemos discutido. Solo eso. No es nada.

—Estás pálida —le dice Patrick, ignorándome.

—Me duele la cabeza —masculla ella.

—Venga —digo, agarrando a Patrick del brazo—. Vamos a dejarla que se prepare para ir a clase.

—Sarah... —me dice Patrick, deteniéndose al borde de las escaleras. Me

mira un momento y luego menea la cabeza—. Nada, nada.

No encuentro ningún ibuprofeno en el armarito de encima del lavabo, pero no creo que a Mia le duela la cabeza de verdad. Yo sí que estoy dolida: tengo un nudo en la garganta de pensar en mi hija, no porque quisiera que siguiese siendo niña eternamente, sino porque habría querido que su primera vez fuera por amor y no que lo hiciera borracha por gustarle a alguien. Pero mi primera vez fue por amor, ¿no? Trago saliva para deshacerme el nudo y vuelvo a preguntarme: ¿es mejor o peor así?

Rozo con la mano un botecito que hay al fondo del armario, lo saco y, al verlo, se me cae el alma a los pies. Es el Temazepam de la otra casa. Cuando yo lo tomaba, quedaban más de tres cuartos; ahora solo quedan cuatro pastillas.

Me siento en la bañera y lo miro fijamente. Me noto el sabor de las pastillas en la lengua. Y recuerdo aquel sueño, esa mano que me metía las pastillas en la boca... Además, después de lo del hospital he estado tan cansada. Todo el tiempo. Desde que llegamos aquí, hay días que apenas recuerdo. He estado como ida, ajena a muchísimas cosas y pensaba que era por las pastillas que enterré.

Pero ¿y si no lo era? Aun después de haberlas enterrado, ¿me he encontrado mucho mejor? «Siempre estás dormida —me ha dicho Mia—. Ni cuando tienes los ojos abiertos estás despierta de verdad.»

Dejo el botecito en el armario, al fondo, donde estaba.

Me levanto, piso fuerte porque se me han dormido los pies y vuelvo al cuarto de Mia. Está sentada al tocador, maquillándose otra vez, con el pelo perfectamente liso de nuevo, sin rastro alguno de lágrimas.

—Gracias —dice, mirándome a los ojos en el espejo—, por no contárselo a papá. —Voy a decir algo, pero niega con la cabeza—. No, mamá, por favor. Olvida lo que he dicho, olvídalo. No quiero tener una charla incómoda entre madre e hija sobre semillitas y puñeteros pajaritos. Ya es tarde para eso. —Se da un poco más de perfilador debajo de los ojos—. Vuelve al modo mamá-zombi de siempre y fingiremos todos que no ha pasado nada, que esto no ha sido más que una puta pesadilla.

—¿Se ha ido a clase?

Me vuelvo bruscamente al oír la voz de Joe. Está en la puerta de su cuarto;

a su espalda, oscuridad, las cortinas corridas al sol.

—Me parece que un poco de normalidad es buena idea...

—Buena idea salir de casa, alejarse de papá, quieres decir... ¿No creerás en serio que van a volver los dos a casa y va a ser como si no hubiera pasado nada? —¿Es eso lo que espero? No. Eso ya está superado—. Ya sabes que Mia lo único que quiere es que la adoren. De eso va lo del novio.

—Yo la quiero, os quiero a los dos. Ella lo sabe —digo.

—Perdona, mamá, pero Mia no busca tu aprobación. No es tu falta de atención lo que la ha descarriado. —Suspira y hace ademán de volver a su cuarto—. Mia no es la única que ha cambiado desde que nos mudamos aquí.

—Joe, por favor, dime qué está pasando con ella.

Me dedica esa sonrisa suya de medio lado.

—Mia piensa que en esta casa hay fantasmas —dice.

Yo no creo en fantasmas, pero... Me vienen a la cabeza las manchas oscuras de las paredes, los crujidos de los suelos, las pintadas del sótano...

—¿Busca a alguien que la salve de los fantasmas?

Su sonrisa se esfuma.

—No creo que sean los fantasmas lo que la asusta.

—¿Qué puedo hacer, Joe? ¿Por Mia, por ti?

—Podríamos irnos de aquí.

—¿Mudarnos otra vez? La casa no se va a vender jamás. Además, ya lo he hablado con tu padre y se niega a...

—No me refería a los cuatro. Me refería a Mia, a ti y a mí.

Lo dice en voz muy baja, pero sus palabras son como un grito. Recuerdo los puños apretados de Patrick, su cara, y creo que es lo mismo que ve Joe.

Entra en su cuarto y sale con un bloc de dibujo.

—Tengo cuadernos de todos vosotros. Este es el de papá. Mira —dice, abriéndolo por la primera página.

Es Patrick, a la puerta de la otra casa, vestido para ir a trabajar. Todo líneas y ángulos, desde el pantalón de raya diplomática perfectamente planchado hasta la mandíbula. El pelo peinado hacia atrás, la mano en el maletín, la cara sonriente, distante pero sereno.

Pasa las láminas cada vez más deprisa y es como uno de esos libros animados, un Patrick dibujado a lápiz que cobra vida y casi parece que se va a salir del bloc. Pero yo no quiero que ese Patrick cobre vida porque, tal y como lo ha dibujado Joe, según pasan las láminas, según pasa el tiempo, los ángulos se difuminan, los hombros se encogen, los puños se aprietan, el pelo se le

revuelve y su rostro va de la serenidad al borrón y al gruñido. Aún es todo ángulos, pero de trazo grueso, lo bastante afilados como para cortar. El Patrick del último boceto es una tormenta desatada. Es el de anoche, un torbellino de ira descontrolada, descompuesto de forma que solo puede verse una figura en las líneas y en los remolinos, líneas dibujadas con tanta fuerza que el lápiz ha atravesado el papel, como si de verdad intentara liberarse.

«Habla conmigo —solía decirle a Joe, y le daba papel y lápiz—. Habla conmigo.» Me aparto, me alejo del cuaderno, con las manos temblonas. Eso no es hablar, eso es bramar.

—¿Lo ves? —dice, acercándose el cuaderno—. ¿Lo ves ahora?

Doy otro paso atrás. Esta casa... Él me dijo que era la casa de sus sueños, su paraíso de la infancia. Aquí era donde todo iba a ir bien y a ser perfecto. Aquí es donde todo ha salido mal. La decisión ya no es una decisión. Tenemos que irnos.

Joe vuelve a entrar en su cuarto y descorre las cortinas. La habitación parece más luminosa de lo normal y, al acercarme a la ventana, veo que el árbol ya no está.

—Lo ha hecho esta noche —dice Joe—. Me he despertado, no sé a qué hora, pero he oído un ruido. Entonces lo he visto ahí, en pijama, joder, serrando el árbol.

Hay ramas por todo el césped cubierto de maleza. Cuando me acerco más, veo que el árbol no ha desaparecido del todo, solo las ramas que llegaban hasta la ventana de Joe. Ahora parece torcido, reventado por un rayo. Miro el bloc de dibujo de Joe, abierto por la lámina en la que Patrick es la tormenta.

Anoche, después de todo lo que pasó, me quedé dormida. No lo oí levantarse a hablar con Mia, ni siquiera lo oí serrar el puto árbol del jardín. Patrick me subió una taza de té, tan fuerte que sabía amargo, y se sentó a mi lado mientras me lo tomaba, disculpándose una y otra vez. Con eso me dormí, con una nana de «lo siento, lo siento, no volverá a ocurrir»...

—Tienes que sacarnos de aquí, mamá —insiste Joe mientras me dirijo a mi habitación.

Cojo la taza de anoche y miro fijamente en su interior. Todas esas tazas de té que me ha estado haciendo... Pero no es mi futuro escrito en los posos lo que busco, sino el residuo blanco de unos somníferos aplastados.

Cuando Patrick vuelve a casa, le noto enseguida las secuelas de sus actividades nocturnas. Tiene los ojos irritados y ojerosos, el pelo revuelto, y viste el mismo traje y la misma camisa que ayer. Lleva las manos llenas de arañazos y de cardenales, las uñas negras, y yo no puedo dejar de pensar en los dibujos de Joe.

—¿Has ido a trabajar? ¿Te han dicho algo más de...?

Deja la bolsa de B&Q en la mesa y se pasa las manos por el pelo.

—He ido de compras. Necesitaba unas cosas. Estoy suspendido oficialmente. Me ha llamado David esta mañana. —Al verme la cara, meneaba la cabeza—. Tranquila, Sarah: es una suspensión de empleo, no de sueldo. Solo tendremos problemas si deciden despedirme.

Pero ¿no tenemos problemas ya? Lo que me preocupa no es que pierda el trabajo, sino cómo se lo tomará si pierde la casa. Además, si me voy, nos perderá a nosotros también. La familia y la casa.

Me vibra el móvil en el bolsillo. Lo ignoro y me aseguro de que Patrick no lo ha oído. Será Tom Evans otra vez. Me ha llamado cinco veces hoy y he rechazado todas las llamadas, procurando arrancar de raíz el pánico cada vez mayor que me produce recordar que lo he dejado entrar en nuestras vidas, que lo he invitado a hacerlo. Sé que es pueril eludir las llamadas, que tengo que plantarle cara, dejar de esconderme. Meneo la cabeza. Siempre hago lo mismo: cierro los ojos con fuerza, me tapo los oídos y pienso que, si hago como que no está pasando, desaparecerá. No puedo seguir haciendo eso.

—¿Tienes hambre? —le pregunto, inclinada sobre los fogones, removiendo la pasta en una olla—. No me importa cenar pronto.

Me lo noto detrás y tengo que hacer un esfuerzo por no tensarme. No puedo evitar dar un respingo cuando me pone las manos en los hombros; la cuchara de palo se me cae a la olla y me salpica agua hirviendo.

—No hay prisa —dice—. Tengo cosas que hacer primero. —Se aparta y empieza a hurgar en un cajón—. ¿Has visto el nivel de burbuja? ¿Y mi taladro?

Cojo de nuevo la cuchara, me limpio la mano escocida en los vaqueros.

—Creo que lo tienes todo en tu caja de herramientas.

—¿Y dónde está?

—Me parece que... ¿No la bajaste al sótano?

Deja de hurgar y se queda quieto. Cierra despacio el cajón y me mira.

—No tengo hambre —dice, cogiendo la bolsa de B&Q, que tintinea como si llevara botellas en ella—. Tengo cosas que hacer. No me esperéis.

Mia se niega a bajar, así que Joe y yo nos sentamos a la mesa en silencio, sin comernos la pasta. No sé qué está haciendo Patrick, pero oigo el taladro. Aprieto los dientes porque el ruido me atraviesa el cráneo y me produce un terrible dolor de cabeza. He estado desganada todo el día, con los ojos irritados. Me siento como si tuviera resaca, a pesar de que anoche no bebí.

Iba a hacer una broma al respecto, soltarlo con desenfado cuando Patrick ha llegado a casa. Hasta lo había preparado, ensayado la sonrisa en el espejo: «Oye, ¿qué me echaste en el té anoche, que he dormido como un tronco...?». Pero el Patrick al que yo había sonreído en el espejo era el Patrick sereno y comedido, no el Patrick al que le ha pillado la tormenta y al llegar a casa ha bajado al sótano a buscar la caja de herramientas. Si se lo llego a decir, se lo habría tomado como una acusación, no como una especie de broma, un comentario inocente.

Joe se levanta y deja el plato en el fregadero después de tirar casi toda la pasta a la basura. Cuando vuelve a la mesa, se queda mirando algo en el vestíbulo.

—¿Has visto eso? —dice.

Me levanto, me acerco a él y me quedo helada. Patrick ha cambiado la cerradura de la puerta del sótano y ha puesto una grande, plateada, con candado. Nos sobresaltamos cuando algo cae al suelo en el piso de arriba y la lámpara empieza a mecerse.

—Está en mi cuarto —masculla Joe, y se dirige a las escaleras.

Lo sigo. Quiero encontrármelo arreglándole la puerta del armario, que no para de atascarse, o, incluso mejor, montándole algún mueble nuevo para que la habitación de Joe deje de parecer una improvisación al lado de la de Mia, a cuya decoración dedicó un fin de semana entero nada más mudarnos. Pero no está haciendo ninguna de las dos cosas. Está poniendo otro cierre, esta vez en

la ventana, una especie de cerrojo enorme y horrible que resulta tremendamente perturbador.

—Joder, papá, ya has cortado el puto árbol —le dice, y Patrick lo mira ceñudo. Aún lleva el taladro en la mano y trato de retener a Joe poniéndole una mano en el brazo. Hace nada que le han desaparecido las marcas de la paliza que le dieron. Se zafa de mí y se acerca un poco más a su padre—. ¿Qué va a ser lo siguiente, un candado en mi puerta?

Patrick titubea y yo pienso en el nuevo y resplandeciente candado que ha puesto en la puerta del sótano. ¿Qué más lleva en esa bolsa?

—Tengo que evitar que sigáis escapándoos —dice Patrick, y Joe ríe.

—Pero no he sido yo el que se ha escapado, ¿verdad, papá? Por si no te habías dado cuenta, soy el que no se ha movido de esta puta casa.

De nuevo en el descansillo, Joe se vuelve hacia mí.

—¿Cuánto crees que va a tardar en ponernos candados en todas las puertas? —Vuelve a sonar el taladro y nos apartamos—. Tengo trabajo —dice—. Es solo en una cafetería y media jornada, pero estoy ganando dinero y ahorrando. Me voy a largar de aquí, mamá. Ojalá tú hicieras lo mismo.

—Joe...

—Así no podrá encerrarme. Me habré ido y no volveré jamás.

Algo me despierta. Abro los ojos y me encuentro a Patrick sentado en la cama, sujetándose la cabeza con las manos. No me había fijado en lo delgado que se está quedando: las clavículas le sobresalen por delante de la espalda gibosa y las cicatrices se le ven incluso en la oscuridad.

La primera vez que lo vi desnudo, me llamaron la atención esas cicatrices. Tenía demasiadas para un hombre de veintidós años y clase media con un trabajo de oficina. «¿Cómo te las has hecho?», le pregunté. Me contó historias para todas ellas: que se había caído de un árbol, de una bicicleta; que había tenido un accidente de coche sin importancia... Todo explicaciones perfectamente factibles para las marcas que le señalaban el cuerpo.

Pero ahora me pregunto cuántas de esas historias serían ciertas.

—¿Qué pasa? —le susurro.

—Una pesadilla —contesta, apartándose las manos de la cara, pero sin cambiar de postura.

Alargo la mano para acariciarle el hombro y me lo encuentro empapado en sudor. Da un respingo como si lo hubiera abofeteado.

—¿Quieres que te suba algo de beber?

La cama cruje cuando me incorporo, tirando del edredón para taparme. Patrick está sudando, pero yo tengo frío. Parece que siempre tengo frío en esta casa.

—No —dice—. Me..., me voy a quedar sentado aquí un rato.

¿Le da miedo volver a quedarse dormido y seguir teniendo pesadillas?

—¿Ha sido como las de antes?

Se limpia el sudor de la cara.

—Esta era distinta. Era pequeño otra vez. La casa era como entonces, pero el descansillo era más largo y había demasiadas puertas. Yo corría y oía gritos... Antes siempre me despertaba ahí. Pero esta vez me he visto en el sótano y sabía que los gritos, fueran de quien fuesen, venían de allí, de alguien que estaba allí conmigo.

Oigo la respiración de los dos; la suya, rápida y entrecortada. Cuando tenía esos sueños antes, yo no les daba importancia; nunca pensé que significaran nada. Pero ahora estamos aquí, en la casa con ese descansillo que de verdad parece alargarse en plena noche. En los sueños anteriores, nunca bajaba al sótano... ¿Será porque encontré las pintadas o por otra cosa?

—¿Será...? ¿Crees que es solo un sueño? —le digo.

—¿Y, si no, qué? ¿Piensas que es real? ¿Un recuerdo?

Subo aún más el edredón.

—¿Lo es? —pregunto.

Se mira las manos y veo que le tiemblan. Contengo la respiración en espera de su respuesta.

—No seas boba —dice—. Claro que es un sueño.

Pero yo estoy pensando en el sótano, en las pintadas de la pared. Recuerdo cuando nos despertaban esas pesadillas antes y esas palabras que medio gritaba y que yo pensaba que no querían decir nada, que solo eran restos de un sueño: «Lo siento, me he portado mal. Lo siento, lo siento. Me he portado mal».

—Sarah... —dice—. Tú..., tú nunca me vas a abandonar, ¿verdad? —El tono de súplica, ¡el miedo!, me revuelven el estómago—. Noto que te distancias de mí y no... no creo que pudiera soportar que no estuvieras aquí.

Veo el fantasma de mi madre en su rostro, una vulnerabilidad cruda rayana en la desesperación.

La luz del descansillo parpadea y se apaga. Miro el reloj digital y se ha apagado también.

—Se ha ido la luz —dice, pero, cuando me levanto a mirar, la farola de la calle sigue encendida.

Oigo un gemido procedente del cuarto de uno de los niños.

—Ya voy yo —digo cuando lo veo levantarse.

—No puedo dormir, voy a ver cómo están.

—Patrick. —Lo agarro del brazo—. No...

Me mira, apenas le veo la cara en la oscuridad.

—¿No qué?

Me va el corazón a mil, pero no sé cómo acabar la frase sin que se «disguste». Se zafa de mí.

Vuelvo a meterme en la cama y me quedo tumbada, mirando al techo. Oigo unos golpecitos en la ventana. Sé que no son golpecitos. Sé que es el viento, que sacude el marco. O las ramas del árbol que hay delante, que tocan el cristal. Pero suena como si llamaran, como si alguien desde fuera dijese: «¡Déjame entrar!».

«No creo que pudiera soportar que no estuvieras aquí», me ha dicho. ¿Qué sería capaz de hacer para retenerme?

Patrick aún no ha vuelto. A lo mejor uno de los niños se ha puesto malo. Pienso en Joe y en sus brazos y me levanto y me acerco con sigilo a la puerta. Cuando me asomo afuera, veo a Patrick en el descansillo, de espaldas a mí. Tiene la cabeza apoyada en la puerta cerrada de Mia. Aunque agarra el picaporte, no la abre, se limita a apoyar la cabeza en ella. Aprieta con fuerza la otra mano y tiene los ojos cerrados. No me muevo, me quedo donde estoy, con el corazón todavía más desbocado, escondida detrás de nuestra puerta, vigilándolo y esperando. ¿Esperando a qué? Me quedo allí plantada y espero y vigilo, y, a mi espalda, el golpeteo de la ventana suena más fuerte y el viento, fuera, parece susurrar: «Lo siento. Me he portado mal. Lo siento».

Cojo el teléfono y titubeo. Dudo, luego me obligo a contestar.

—¿Diga?

—¿Sarah? Soy Tom.

¡Qué imbécil! Soy imbécil por haberle dejado mis datos a la de la inmobiliaria, por haber querido ponerme en contacto con él.

—El señor Walker me ha dejado un mensaje en el buzón de voz.

—Perdona, yo...

—Básicamente me acusa de acosarla. Me dice que me mantenga alejado de usted. ¿Qué le ha contado?

—Que viniste a casa, Tom, que me seguiste por el sendero del acantilado. Eso no es normal.

—Lo único que he hecho ha sido advertirla. Lo único que pretendía era ayudarla. —Hace una pausa y lo oigo respirar, rápido y entrecortadamente—. ¿Sabe una cosa...? Llamé a su marido una vez, cuando supe que iba a comprar la casa. Lo llamé porque él sabe que Hooper debería seguir en la cárcel por lo que le hizo a mi familia. ¡Lo sabe! Pero no quiso cogerme el teléfono. Ni me devolvió la llamada. Así que lo dejé correr. Pero entonces usted se puso en contacto conmigo y vi que era una señal. Y ahora me hace lo mismo: ignora mis llamadas.

—Perdona, es que...

—¿Es por ese otro hombre, el de su bloc de dibujo? ¿Cree que él la va a rescatar, que la va a apartar de todo? —Calla y noto que se le corta la respiración—. Eso fue lo que mi madre nos dijo de Hooper.

Me siento cada vez más aterrada, tengo la sensación de que las cosas se están complicando muchísimo.

—Mira, siento haberme puesto en contacto contigo. Ha sido un error. Patrick no puede ayudarte. Ian Hooper está en libertad, pero Patrick no puede hacer nada para cambiar eso. Además, tú no me conoces, no somos familia, somos extraños.

Se hace el silencio al otro lado de la línea. Estoy a punto de colgar cuando vuelve a hablar.

—Nunca hemos sido extraños. Usted está tan metida en esto como yo, por el hombre con el que se ha casado.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué...?

Pero le estoy hablando al aire. Ha colgado y, cuando intento volver a llamarlo, me salta el buzón de voz.

Me llevo el bloc de dibujo al paseo marítimo y me siento en el banco que creo que fue el protagonista del cuadro que vi en el escaparate de la galería el día que conocí a Anna. Tengo una idea para otra pintura con los colores de la playa secreta de Anna, pero en el estudio me estaba asfixiando y todo lo que pintaba tenía un tono que no pretendo. Más que servirme de refugio, me hace tener siempre presente que Ben está trabajando abajo; Ben, que yo creía que sería mi amigo y, en cambio, se ha convertido en un extraño con su amistad secreta con Patrick y sus cuencos de conchitas. He intentado pintar en la cocina de la casa maldita, pero el aire que se cuele por el cierre roto de la ventana es como un aliento frío en mi nuca y el aullido del viento a veces suena como un gemido.

—No sabía dónde andabas.

Me resbala el lápiz en la página cuando Patrick se sienta a mi lado. Aún está suspendido de empleo, pero esta mañana se ha levantado a las seis como de costumbre y se ha puesto el traje. Cuando he bajado, estaba sentado en la cocina, mirando al infinito.

—Te he traído té —dice, y deja un termo en el banco, entre los dos. Me sirve un poco en un vaso y me lo ofrece, pero niego con la cabeza. Se encoge de hombros y bebe un sorbo él, sonriente—. ¿Qué dibujas?

—Solo estoy esbozando unas ideas. Para una marina, pero bastante abstracta.

—¿No es un retrato, entonces? —Lo dice con un retintín que me agarrota los hombros y me acelera el corazón. Se lleva la mano al bolsillo y saca un papel doblado—. Me he encontrado esto en el vestíbulo, se te ha debido de caer del cuaderno. —Desdobla el papel y lo extiende en el banco, entre los dos—. ¿A quién estás dibujando?

¡Madre mía! Me viene a la cabeza el cuadro de la pareja del banco y me pregunto si a Anna se le habrá ocurrido alguna vez que esto pudiera ser lo que

pasa entre las dos figuras.

—Es producto de mi imaginación, nada más.

Ni siquiera es un buen dibujo, no como los bocetos de Joe. Es un retrato muy tosco hecho en un rato libre: un artista trabajando en un lienzo en una casita junto al mar, desde atrás, de forma que se ve también lo que está pintando. No se parece mucho a Ben, la verdad. En cualquiera de las otras láminas de mi bloc hay dibujos mejores, pero son de la playa, de Mia y de Joe. No hay nada en ellos que pudiera preocupar a Patrick. Por eso la arranqué. Pensaba tirarla a la basura. Me viene a la cabeza Patrick sentado en la cocina, mirando al infinito. A lo mejor lo hice. A lo mejor es ahí donde lo ha encontrado. O... Recuerdo a Tom Evans mirando el boceto; Tom, que puede que aún tenga llave de casa y que está furioso por lo que le he dicho a Patrick de él.

Los cuadernos de Joe revelan la verdad, más de lo que podría revelar una foto. ¿Les pasa lo mismo a los míos? Tom vio en ese boceto algo que yo no pretendía desvelar. Está claro que a Patrick le ha pasado lo mismo. Noto que le tiembla la mano.

—Al principio..., al principio he pensado que dibujabas la casa, que nos dibujabas a nosotros. Me ha parecido que era yo el del boceto, mirando tus pinturas. Pero luego lo he mirado mejor. ¿Quién es? —me vuelve a preguntar.

—No es nadie, de verdad. Una idea, un sueño, no sé.

—¿Un sueño? ¿Esto es lo que quieres? —dice.

Cuanto más cosas descubro sobre el niño que era Patrick, más desconocido me resulta mi marido. La casa, la casa maldita, se está pudriendo, rezumando veneno y desmoronándose. Joe está en ella, un chico forrado de cicatrices. Mia anda por ahí, buscando aún a alguien que la salve. Y al fondo del armario hay un hueco en la caja del tesoro donde guardo lo que me queda de mis padres.

—Sí —espeto—. Esa es mi fantasía, todo lo que no tengo.

Ahora es Patrick quien palidece, quien parece asustado. Empieza a exteriorizar el miedo que lleva dentro, que devora su autocontrol. No he empezado yo, ha sido otra persona, otra cosa. Ha sido esta casa, lo que sea que Patrick pretendía deshacer o tapar con pintura en ella cuando nos trajo aquí.

Arruga furioso el boceto y pienso que me va a pegar. Me encojo, pero no pasa nada. Cuando levanto la vista, ha extendido otra vez la lámina y la suelta. El viento la atrapa, se la lleva y la arroja por el borde del acantilado.

—Me matas, Sarah —dice en voz baja—. Me partes el puto corazón.

Veo que viene Anna por el paseo marítimo y, por un instante, pienso en esconderme. La he estado evitando, al principio porque estaba enfadada por lo que me dijo la última vez que nos vimos, luego, después de que Patrick casi pegara a Mia, porque no me apetecía reconocer que quizá tenga razón.

Inspiro hondo y abro la puerta cuando llama.

—Lo siento —dice, y me entrega un tiesto de margaritas envuelto en papel de celofán y con un lazo—. No dije más que tonterías la última vez que nos vimos. Estoy hipersensible por lo que me pasó con mi ex, pero no tenía derecho a poner en duda tu relación con Patrick. Si me dices que nunca os ha puesto una mano encima, tendría que haberlo aceptado de inmediato.

Cuando me alarga su regalo, le veo las cicatrices de los brazos.

Cojo las margaritas.

—No pasa nada, no te preocupes.

—¿Seguro? Me fastidiaría pensar que te he disgustado... No me has cogido el teléfono las dos últimas veces que te he llamado, por eso he pensado que había dicho algo que te había molestado. —Me mira y luego mira a otro lado.

Llevo las flores a la consola del vestíbulo.

—¿Te encuentras bien? Tienes mala cara. —Me adelanta y coge un pétalo que se ha caído al suelo—. ¿Crees que este es un «me quiere» o un «no me quiere»?

Quiero sonreír y volver a decirle que no pasa nada, pero Mia se sobresalta cada vez que Patrick entra en una habitación y Joe aún se está recuperando del ataque. Del ataque del que no se ha atrevido a hablarle a nadie más que a mí. Del ataque que alguien presencié sin hacer nada.

En vez de contestar, me froto los ojos doloridos con la palma de la mano. Esta noche tampoco he dormido nada. Cada vez que cerraba los ojos, veía esas caras: a Ian Hooper, a John y Marie Evans, a los niños desdentados. Madre mía, en lo que se ha convertido Tom Evans, ese niño tan tierno de las fotos que se parecía a Joe cuando tenía su edad... ¿Es eso lo que les va a pasar a mis hijos? A mi lado, Patrick dormía profundamente y lo he estado observando en la oscuridad, pensando en su obsesión con esta casa, en todas las veces que ha venido aquí cuando decía que estaba trabajando... ¿Vendría también cuando los Evans aún vivían en ella? ¿Aparcaría delante y se quedaría mirando desde el coche? ¿O alguna vez llamaba a la puerta?

Tom insiste mucho en que John y Patrick eran amigos. ¿Qué es lo que piensa que sabe mi marido que podría haber impedido que pusieran a Hooper en libertad? Todas esas veces que Patrick dice que se desvió para ver la casa, todas esas llamadas a la inmobiliaria... Hace más de quince años, ¿me acuerdo yo de dónde estaba él todas las noches hace quince años? ¿Podría recordar siquiera dónde estaba la noche de la masacre? Quizá Ben lo sepa. Quizá lo recuerde. Me dijo que él estaba en la universidad cuando tuvieron lugar los asesinatos, pero ¿y antes? ¿Y en vacaciones? ¿Vería a su viejo amigo rondar su antigua casa?

—¿Qué pasa, Sarah? —me pregunta Anna, y yo la miro, aturdida. ¿Cuánto tiempo he estado absorta en mis pensamientos? ¿Qué me estaba diciendo?

—Nada, no es nada.

Pero hasta yo detecto la mentira en mi voz. ¿Habría notado que me sobresalto cada vez que oigo cerrarse de golpe la puerta de un coche? ¿Se preguntará por qué me acerco corriendo a la ventana del salón para asegurarme de que no es Patrick?

—¿No es nada? ¿Seguro?

—Más vale que te marches. Patrick podría llegar en cualquier momento y no..., no es buen momento.

—Me preocupas —me dice en voz baja—. Me veo cuando te miro... A veces tengo la sensación de haberme pasado la vida aprendiendo a nadar a contracorriente. Años y años, haciéndome fuerte. —Se acerca y su perfume me resulta muy intenso. Huele como los guisantes de olor que me trajo aquel día, tanto que me da vueltas la cabeza—. Veo que tú has hecho lo mismo, que has estado nadando contracorriente todo este tiempo. Yo conseguía alejarme, pero, al rato, me cansaba y dejaba de nadar —dice—. Dejé de nadar y la marea me trajo aquí. —Cierra los ojos e inspira hondo. Cuando los abre, los tiene vidriosos—. Las cosas van de mal en peor, ¿verdad? ¿Qué te preocupa, Sarah? Te lo noto en la cara. ¿Qué ha hecho?

Estoy despierta, pero no del todo. Tumbada, mirando al techo, escuchando a Joe prepararse para ir al trabajo, a Mia prepararse para ir a clase. Se abre la puerta de mi cuarto y cierro los ojos y me hago la dormida.

—¿Sarah? —me susurra Patrick, y suspira al ver que no contesto. Cruje la cama cuando se sienta a mi lado. Me noto su mano en la nuca—. Tengo que ir a la oficina a hablar con David, pero volveré temprano.

Me deja un vaso de agua en la mesilla. Es lo primero que veo cuando abro los ojos después de que se haya ido. Para que me tome la pastilla. Lo ha hecho todas las mañanas, dejarme un vaso de agua a la vista para que responda al estímulo como los perros de Pavlov y y me levante a por las pastillas de pega. ¿Seguirán las de verdad enterradas en el jardín? Me imagino desenterrándolas, tragándome esas pildoritas de aturdimiento cubiertas de barro, y eso es lo que me hace levantarme. Me obligo a ducharme, a vestirme y a bajar. No pienso volver a caer en ese pozo oscuro, no lo voy a tolerar.

Doy un bote cuando entro en la cocina y me encuentro a Joe allí, comiendo tostadas. Me llevo una mano al pecho.

—¡Madre mía, Joe, qué susto me has dado! Pensaba que te habías ido a trabajar...

Se encoge de hombros y me mira por debajo del pelo.

—Hoy no entro hasta las cuatro —dice—. Tengo turno de tarde.

Frunzo el ceño y enciendo el hervidor.

—¿Vas a poder volver a casa en bus o en tren?

Se levanta, pone su taza al lado de la mía y echa unas cucharaditas de café en cada una.

—A lo mejor me quedo en casa de un amigo.

—¿De uno de tus antiguos amigos del colegio?

—¿Qué antiguos amigos del colegio, mamá? ¿Tú has visto que mi móvil no pare de sonar? —Fuerza una sonrisa, pero detecto su amargura—. No pasa nada. No te preocupes. Nunca he sido don Popular, nunca he sido como Mia.

—Entonces, ¿en casa de quién te quedas?

Vacila un momento y coge la taza cuando se la lleno de agua caliente.

—Solo es un amigo. Alguien a quien he conocido. Con el que quedé la semana pasada. —Creo que no voy a conseguir sonsacarle más, que va a coger las tostadas y el café y se va a ir a su cuarto, pero deja la taza en la mesa y se vuelve hacia mí—. Simon. Se llama Simon.

Pienso en Joe ese día en la feria, a ese chico inclinándose para besarlo y tengo que mirar a otro lado un momento para que no me vea preocupada. Fui yo la que convenció a Patrick de que no lo obligara a volver a clase, que le dejara un tiempo para recuperarse y decidir qué quiere hacer. Me estoy esforzando mucho por darle libertad, pero me cuesta cuando aún le quedan en la cara secuelas de lo ocurrido.

—Háblame de él.

—No es de por aquí. Me ha salvado —dice, y sonrío—. A Mia le

encantaría eso, ¿verdad? Me puse fatal una noche que salí por Cardiff, antes de mudarnos aquí, y él me echó una mano. Así fue como nos conocimos. — Sonríe aún más—. Tiene veintiún años y acaba de terminar la universidad, y trabaja en Gap mientras encuentra un trabajo «en condiciones». Quiere ser profesor. Ni siquiera le gusta salir de copas, lo llevaron a rastras sus compañeros de trabajo. Tampoco bebe ni fuma y es vegetariano.

Vuelve a mirarme y yo contengo la respiración. A veces tengo que esconderme de Joe, de todo lo que me cuenta su semblante, y cuando habla de ese chico, se lo veo todo en la cara, está todo allí, al descubierto, a disposición de ese tal Simon. Me aterra y me emociona al mismo tiempo.

—Ni siquiera sé por qué me gusta, con lo normal que es —dice—. Es callado. No tenemos nada en común. Pero su sonrisa... Y su forma de hablar, tan cantarina, con esas pausas... —Joe baja la voz a un susurro.

Lleva una camisa azul marino de mangas largas con las que casi se cubre las manos. Pienso en las cicatrices que esconde, en todas las cosas de las que nunca me ha hablado y que han quedado grabadas, en cambio, en sus brazos. Me ve mirárselas y se las baja aún más.

—¿Cómo...? —Me interrumpo. Joe me está contando sus cosas por fin, no quiero espantarlo—. ¿Cómo te va con la psicóloga?

Lleva dos sesiones ya y va él solo a la consulta, en bus. Me ofrecí a acompañarlo, pero no quiso. Patrick no habla de ello, no quiere hablar de ello.

—Bien, supongo. No para de decirme que debo abrirme y hablar las cosas para no tener siempre la necesidad de... —Calla y se toquetea el puño de la camisa—. Le he contado lo de Simon y me ha dicho que tenga cuidado, que ahora mismo podría estar demasiado sensible para mantener una relación. — Me mira—. Pero solo somos amigos, eso es lo que él quiere.

—¿Le has hablado de Simon a tu padre?

Me mira y se ríe.

—¿Estás de coña? —La risa se esfuma—. Hay otra cosa que he hablado con la psicóloga. ¿Recuerdas que te dije que la noche del ataque había alguien mirando? Me pareció ver... Yo creo que pudo ser papá, pero ella dice que son imaginaciones mías, que quiero pensar que estaba ahí por los problemas que tenemos.

Se me ha hecho un nudo en la garganta. Ay, Joe, ¿cómo hemos llegado al punto de que mi niño crea que su propio padre podría haber estado mirando cómo le daban una paliza sin hacer nada? Pero ¿no llegué a pensarlo yo también, no buscaba pruebas esa noche en el hospital?

—¿Crees que tiene razón? —le pregunto.

—Seguramente. No pude haberlo visto. Estaba oscuro. Además, yo estaba pensando en él. Ese chico me estaba pegando y yo pensaba en papá y en lo avergonzado y asqueado que estaría cuando, de pronto, me pareció verlo.

Se levanta y supongo que ya está, pero solo va al vestíbulo y vuelve con su maltrecha mochila vieja. Mete la mano dentro, saca un folleto y me lo enseña. Es de una escuela universitaria de Cardiff.

—Esto es otra cosa que no quiero que sepa papá. Sé que, al dejar de ir a clase, me he cargado la posibilidad de graduarme, pero ya no quiero volver. No puedo hacerlo —dice—. Simon me ha conseguido esto. Hay un curso de acceso de media jornada que podría hacer sin dejar de trabajar. Y así aún podría estudiar Bellas Artes. —Toca el folleto—. Nunca he pensado que fuera para mí, eso de vivir felices y comer perdices. Aunque me parezca físicamente a él, a veces creo que soy más como tú.

Alargo el brazo y le cubro la mano con la mía. Todos esos secretos, todas esas mentiras que nos estamos contando unos a otros... Estoy deseando contarle la verdad, pero ahora... Pienso en todo lo que me está ofreciendo, en cuánto le dolería la verdad. ¿Podría soportar infligirle ese dolor, precisamente ahora?

—Bueno... ¿Tú crees que podría, mamá? —me dice, con los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas—. ¿Crees que podría hacer esto, dejar de cagarla de una vez y labrarme un futuro?

Patrick está mirando el tiesto de margaritas que me ha traído Anna. Me había olvidado de ellas; me las he dejado en la consola del vestíbulo, envueltas aún en papel de celofán y con el lazo azul.

—¿De dónde ha salido esto?

—Me... me las han traído.

—¿Quién?

No sé cómo interpretar la cara que pone.

—Anna. Ya te he hablado de ella.

—¿Y por qué margaritas? ¿Por qué estas?

—Patrick, no te entiendo... Son solo flores. He pensado que podíamos plantarlas fuera. Quedarían bonitas.

Parece que vaya a vomitar.

—Odio las margaritas —dice—. ¡Deshazte de ellas!

En mi niñez, tenía muchos sueños. Putos sueños inútiles de volar al espacio y curar el cáncer y ganar un Óscar y toda esa mierda. Con el tiempo, se convirtieron, como pasa siempre, en algo menos emocionante y fantasioso. Pero hasta esos sueños insípidos me los arrebataron, me los hicieron pedazos, me los enterraron.

Los sueños no se hacen realidad, joder. Nunca. No. Ni siquiera para esos que fingen que su casa es un castillo y no la casa maldita. Sobre todo para esos, para esa panda de chiflados con sus mentiras y sus secretos.

Tú estás ahí dentro, en la casa que antes fue solo una casa y luego se convirtió en la casa maldita. Los veo a todos por la ventana, a tu familia perfecta y sonriente. Pero no me engañan, sé lo que hay en la cabecita de todos ellos.

¿Cómo es posible que yo siga siendo tan invisible?

Me acerco más a la ventana, salgo de las sombras. Están demasiado absortos en sí mismos para verme. Me acuclillo, escarbo con las manos la tierra húmeda de debajo de la ventana voladiza, desentierro las pastillas que le vi enterrar. Las desentierro todas y las pongo en un frasco de cristal vacío. A ver qué pasa ahora, ¿eh? A ver qué pasa...

Espero a que la casa esté en silencio para levantarme. Espero y hago planes. Guardo tres impresos de solicitud de pasaporte bajo el colchón. Solo tengo que vender uno de los cuadros de mi exposición para poder pagar los pasaportes y tres vuelos baratos a alguna parte de Europa, adonde sea. Volveré a sacar los folletos, no los de destinos exóticos, sino los de Francia y España. No voy a esperar más para vivir las aventuras que mi madre nunca tuvo. En cuanto le den las vacaciones de verano a Mia, nos subimos a un avión y nos vamos lo bastante lejos como para que Patrick no nos encuentre.

Anna me ha hablado de refugios, pero no es eso lo que quiero. No me voy a esconder entre todas esas mujeres a las que han pegado y magullado y decirles que tengo miedo de que fuese mi marido quien hizo las pintadas del sótano, que tengo miedo porque estuvo a punto de pegarle a su hija y que está bebiendo y él no bebe, no. Nunca se enfada, nunca pierde los nervios.

No voy a hacer eso porque está demasiado cerca. Jamás nos libramos de Patrick ni de esta casa si nos quedamos por la zona. Se hará de noche y parpadearán las luces y el viento sacudirá la ventana y yo me imaginaré a Patrick a la entrada del cuarto de Mia en plena noche, llorando, poniendo candados en todas las puertas, echándome pastillas aplastadas en el té. Y Joe... ¿Joe qué? No vendría con nosotras a un refugio; se va a marchar por su cuenta.

Y eso también me asusta. Me asusta ver a mi hijo dispuesto a marcharse con esa cara de ilusión, porque ¿y si no consigue entrar en ese curso universitario? ¿Y si ese Simon suyo lo rechaza? ¿Y si llega Patrick y echa a perder todas esas ilusiones y se lo lleva a rastras a la casa maldita? ¿Y si sigue el mismo camino que su madre biológica? Me dan ganas de encerrarlo, de esconder todos los objetos punzantes, de ponerle barrotes en la ventana, y me asusta que eso me convierta en alguien como Patrick o como mi madre. Eso es lo que he conseguido mudándome aquí.

Así que no, no es eso lo que vamos a hacer. Vamos a pasar el verano en una

playa soleada y Mia y Joe se broncearán y dejarán de estar pálidos y ojerosos. Nos desharemos de toda la tensión que llevamos encima. Yo buscaré trabajo y pintaré. Nos pintaré a los tres una puñetera vida nueva y, cuando volvamos, la haré realidad.

Solo dos meses más. Dos meses para conseguir el dinero para esos pasaportes y esos billetes, y luego seremos libres.

Espero y hago planes, pero no espero lo suficiente porque, cuando bajo, Patrick está en la cocina. Está sentado a la mesa de la cocina y tiene las pastillitas delante, con el botecito destapado.

—¿Qué es esto?

Lo dice en voz baja y se me eriza el vello de la nuca. He procurado sacar una pastillita de menta cada día para que pareciera que me las estaba tomando y que Patrick no sospechara y lo mirara mejor, pero, ¡madre mía!, si huelen desde aquí. Tendría que haber llenado el bote de piedrecitas blancas. Tenía que habérmelas tragado. No sé qué decir. Meneo la cabeza, pero me he quedado muda.

Se vuelve y coge un frasco de cristal, lo pone en la mesa, al lado del bote de plástico. El frasco está lleno de pastillas blancas impregnadas de barro, medio disueltas, medio deshechas. Creo que me va a dar una arcada y voy a vomitar encima de Patrick, de las pastillas, de la mesa. No entiendo cómo... ¿Me vio enterrarlas? ¿Las ha desenterrado? No, eso es... Vuelvo a tener náuseas, más fuertes. ¿Lo habré hecho yo? Pensé en hacerlo cuando la cosa empezó a empeorar, ¿no fantaseé con desenterrar las putas pastillas?

«No, no, para. Esa ya no soy yo. Ahora lo tengo todo controlado, no se me escapa ningún día.»

Pero, si no he sido yo ni ha sido él, ¿quién ha sido?

Alguien me ha estado vigilando, me vio enterrar las pastillas, ha sabido todo el tiempo que estaban ahí y ha estado esperando...

—Me he encontrado esto en la puerta de casa —dice, señalando el frasco de cristal—. Con una nota que no entendía. —Me mira—. No la entendía porque ¿cómo iban a ser estas tus pastillas si me has prometido que te las estabas tomando? —Coge el recipiente de plástico y vuelca en la mesa un puñado de pastillitas de menta—. No entiendo por qué has hecho esto —dice con voz temblona.

—Ya no las necesito.

—¿No? Con tus paranoias, tu obsesión por el pasado de esta casa... Sarah, estás peor que antes, no mejor.

Niego con la cabeza. No es cierto. No son solo paranoias.

—He intentado explicarte que me sentaban mal.

—No, no es verdad. Y si lo fuera, ¿por qué no has ido al médico y se lo has contado a él?

Por lo del sótano. Por lo de mis blocs de dibujo. Por la cara de miedo de Mia, por el ingreso de Joe en Urgencias, porque Patrick conocía a John Evans.

—Me..., me estaban creando dependencia. Tenía que deshacerme de ellas cuanto antes, mientras aún tuviese fuerza de voluntad. Fue un impulso, estúpido, lo sé, pero una vez hecho no supe cómo deshacerlo.

Coge el frasco de cristal con las pastillas pringadas de barro y lo sostiene en alto para mirarlo. Desde el otro lado de la cocina, veo con claridad gusanos y bichos ahí dentro, y me sube la bilis, me abrasa la garganta.

—Alguien ha sabido deshacerlo. Alguien sabía lo que habías hecho. —Me mira—. ¿Quién ha dejado esto en la puerta, Sarah? ¿Quién ha desenterrado las pastillas y me las ha puesto ahí?

No lo sé, pero me viene a la memoria el mirón, que antes creía que era Hooper y últimamente he empezado a sospechar que es Tom Evans, y me da un vuelco el corazón de imaginar a cualquiera de los dos viéndome enterrar las pastillas. Claro que mejor eso que lo primero que se me ha pasado por la cabeza cuando he visto el frasco. («Mia, ha sido Mia.») No quiero pensar que mi hija me odia tanto.

Patrick coge el bote de pastillitas de menta, se acerca al cubo de la basura y las tira todas dentro, luego vuelve a por las que ha esparcido por la mesa y las tira también. Llena un vaso de agua y me lo da. Lo veo coger el frasco de cristal y sacar una pastillita blanca, con trocitos de barro pegados. Me la ofrece en la palma de la mano.

—Tómate tu medicina, Sarah —me dice con la voz temblona otra vez.

—Patrick...

Me aparto.

Se acerca, todavía con la pastilla en la mano.

—¡Tómate la puta pastilla!

Me retiro aún más, pero topo con la pared. Cierro la boca y niego rotundamente con la cabeza, y de pronto me veo en la otra casa y veo a esa figura borrosa que entra en mi cuarto, ese sueño en el que alguien me mete las pastillas en la boca a la fuerza. Pienso que lo va a hacer, que me va a meter a presión esas pastillas pringadas de barro, que me va a obligar a tragármelas junto con los gusanos y los bichos del frasco.

Se cierra de golpe la puerta de la calle y Patrick se queda paralizado, con la mano a escasos centímetros de mi cara. Entra Mia a buscar el hervidor y se queda de piedra cuando nos ve, a mí encogida contra la pared y a Patrick encima de mí.

Me mira, luego mira a Patrick y vuelve a mirarme a mí.

—¿Qué está pasando?

Patrick baja el brazo y se aparta de mí.

—¿Cómo es que no estás en clase? —le dice.

—Nos han dado tiempo para estudiar —contesta.

Patrick está de espaldas a ella y mirándome a mí, pero yo veo a Mia pestañear, le veo la mentira en la cara.

Coge el frasco, pero lo suelta enseguida y arruga la nariz asqueada al ver que un ciempiés reptando por el borde hasta la mesa.

—¿Qué está pasando? —repite.

—Nada de lo que debas preocuparte, Mia —dice Patrick, sin que le tiemble ya la voz, mirando el bote vacío, al ciempiés en la mesa, el cubo de la basura abierto. Se vuelve y sonrío a su hija. Ella lo mira con recelo—. Es tu madre. Nos ha estado mintiendo.

—No, Mia, espera... No es lo que piensas.

La veo torcer el gesto.

—¡Madre mía, vaya dos! No quiero tener nada que ver con vuestros juegucitos —dice, da media vuelta y me deja con su padre.

Los dos la vemos marcharse, la oímos subir furiosa las escaleras.

—Lo siento —dice Patrick después de un silencio que se me hace eterno—. He..., he perdido los estribos. Lo siento. Pediremos cita para el médico de cabecera, a ver si puede encontrar algo que te vaya bien.

Tira el frasco, con barro y gusanos, al cubo de la basura y se va detrás de Mia.

El ciempiés sigue reptando por la mesa. Lo cojo con repelús, lo saco al jardín trasero y lo suelto en el césped. Oigo un ruido y levanto la vista. Mia me está mirando desde la ventana del cuarto de Joe, un fantasma pálido medio escondido en la sombra de la cortina. Si no hubiera entrado ella, ¿Patrick me habría hecho tragarme la pastilla? Recuerdo su cara. Sí. Lo habría hecho. Si Mia no hubiera vuelto, me habría metido en la boca esa pastilla llena de barro y de excrementos de bichos y de gusanos, y a lo mejor no se habría conformado con una.

¿Por qué se empeña en medicarme? ¿Qué teme que vea si estoy despejada?

Me levanto al oír de nuevo la puerta de la calle y después el coche arrancando. Cuando llego al vestíbulo, ya se ha ido. Miro el reloj: son casi las diez y media. No sé qué está pasando en el trabajo, si se habrá reunido ya el comité de disciplina del que me habló y habrá tomado alguna decisión. Cada vez que le pregunto cambia de tema. Todos los días se pone el traje, se sube al coche y se marcha, pero ya no sé si va a trabajar.

Limpio bien los restos de barro de la cocina y vacío el cubo. Tengo un dolor intenso en la boca del estómago, lo tengo desde que nos mudamos aquí y ha ido a peor. Me despierta por las noches y me hace desear, solo por un instante, un instante peligroso, eso sí, que Mia no nos hubiera interrumpido y Patrick me hubiera obligado a tomarme esa pastilla. ¿Por eso las enterré cerca en vez de tirarlas y que se las llevaran los basureros? ¿Por eso no se lo había contado a Patrick? Anhelaba ese aturdimiento, esa desconexión, ese lecho de algodones con el que me apartaban de este dolor incesante.

—¿Te encuentras bien?

Mia me está mirando y caigo en la cuenta de que estoy plantada en medio de la cocina con una bolsa de basura en la mano y apretándome el vientre con la otra.

—Perfectamente —contesto—. Un poco de indigestión, nada más.

La noto tan preocupada que me duele todavía más. Ha dejado de maquillarse y la veo pálida y cansada.

—Mamá, ya vale. Deja de fingir que todo va bien.

—No finjo... No quiero preocuparte, eso es todo.

Ríe, una carcajada de incredulidad que es casi un sollozo.

—¿Que no quieres preocuparme? ¡Por Dios, mamá! Intentaste suicidarte ¿y no quieres que me preocupe? Papá ha hecho todo lo posible por que seas feliz, incluido mudarnos de casa, joder. Y ahora está hecho polvo y cabreado como una mona...

—No es...

—No tendría que haberte contado lo de Caroline. No ha hecho más que empeorar las cosas, ¿verdad?

—No, Mia, por favor, tú no has hecho nada malo —insisto.

—A lo mejor tendrías que irte tú. A ver si te aclaras. Si no estuvieras aquí, papá volvería a ser normal. Volvería a tener tiempo para Joe y para mí.

¡Madre mía, hasta mi hija quiere que me vaya! Daba por hecho que, si me iba, vendría conmigo. ¿Qué voy a hacer si se empeña en quedarse con Patrick? No podría. No podría dejarla aquí.

—Mia, por favor...

—¡Escúchate! Deja de fingir que todo va bien. ¡Déjalo, por favor!

Me estoy dando un baño de agua hirviendo, pero no consigo entrar en calor. ¿Qué voy a hacer? Las preguntas de Mia me resuenan en la cabeza. Podría haberle contado mis planes, lo de los pasaportes, lo de nuestro verano en el extranjero, pero ¿y si no quiere venir conmigo? No puedo dejarla con Patrick. Con Mia, podría pelear por la custodia, pero tengo antecedentes de ansiedad y depresión. Estoy fichada como suicida. Y a Joe..., a Joe lo perdería. No cumple los dieciocho hasta dentro de siete meses. No puedo irme aún. Necesito dinero, necesito un plan. Necesito que Joe salga de aquí, que esté a salvo.

No oigo a Patrick subir y, cuando se abre la puerta del baño, me levanto de la bañera demasiado rápido y el agua desborda por un lado al suelo, a sus pies. Pestañeo para quitarme las gotas de los ojos y busco a tientas una toalla, vulnerable en mi desnudez incluso después de casi veinte años juntos.

Me alarga una toalla y se queda inmóvil viendo cómo me tapo con ella. Me chorrea el pelo, pero Patrick está plantado delante del toallero y no puedo coger otra toalla si no se mueve. Me observa mientras bajo al suelo empapada, y se me eriza el vello de los brazos.

Cuando por fin se aparta, me envuelvo el pelo con una toalla y lo sigo al dormitorio. Se sienta en la cama y se quita los zapatos como si antes no hubiera pasado nada, pero lleva las uñas llenas de tierra del frasco de cristal. Me siento en el lado opuesto y cojo un peine.

—Deja que lo haga yo —dice, y me lo quita.

Solía hacerlo al principio: yo me lavaba el pelo y él me lo peinaba y me lo secaba. Me lo peina despacio, con cuidado y me deshace los nudos. Le huele el aliento dulzón y me pregunto si habrá estado bebiendo abajo, si le habrá hecho falta beber para calmarse antes de subir a verme.

Suelta el peine, pero no se levanta; se inclina y me besa el hombro. Hago un esfuerzo por no tensarme. Luego me besa la oreja.

—Patrick, me duele la cabeza y estoy cansada...

—Últimamente siempre estás cansada —masculla, y me clava los dedos en el bíceps. Al ver que pongo cara de dolor, me besa el hombro otra vez, me acaricia con una mano las marcas rojas que me ha dejado en el brazo y con la otra se desabrocha la camisa. Cierro los ojos cuando tira de la toalla y me mete la mano por debajo.

Antes, hace mucho, mucho tiempo, como en los cuentos, se me secaba la boca de ver a Patrick quitarse la camisa. Se me desbocaba el corazón y me apresuraba a ayudarlo, impaciente por desnudarlo. Aún tiene el vientre plano, las espaldas anchas y fuertes, pero parece que hace una eternidad que el deseo me aceleraba el pulso cuando él cerraba la puerta del dormitorio.

—Chist... —dice, empujándome para que me tumbe boca arriba—. Vamos a aprovechar que estamos solos...

Cierro los ojos, pero sigo viéndolo con Caroline.

—No —le digo, y lo aparto—. No puedo.

Me levanto y empiezo a vestirme.

—¿Adónde vas?

—Necesito estar sola. Necesito tiempo para pensar.

Se levanta y se planta delante de la puerta, y la gota de miedo amenaza con convertirse en un océano. ¿Y si no me deja marchar? Miro con disimulo la cama. ¿Y si empieza a buscar otros secretos escondidos y encuentra las solicitudes de pasaporte?

¿Me verá el miedo en la cara? Ve algo, porque se acerca un poco a mí.

Oigo que se abre una puerta, del cuarto de alguno de los niños. Se oye música, fuerte, a través de la pared. El ruido lo distrae y se rompe el hechizo que lo tenía preso. La tensión abandona su cuerpo y lo veo relajarse.

—Vale —dice—. Claro. Estupendo. Tiempo, sí. Tómate tu tiempo y luego hablamos y arreglamos las cosas.

Me apetecía ir al estudio, pero no me apetecía ver a Ben. Siempre he pensado que el mirón tenía que ser Hooper o, después, Tom, alguien relacionado con la casa y con los asesinatos, pero desde que vi la pintura de Ben, su colección de conchitas, me he preguntado si podría ser él. Ha pasado por la casa muchas veces; pudo verme enterrar las pastillas. Además, fue él quien encontró los patucos, ¿no? A lo mejor tiene planes propios, alguna extraña obsesión con Patrick, una amistad muerta hace años que mi marido nunca ha mencionado.

En vez de ir al estudio, he ido al pueblo, mirando todo el rato a mi espalda

para ver si Patrick me seguía. He entrado en un pub, un local turístico y luminoso próximo a la feria en el que no conocía a nadie y nadie me conocía a mí, y he estado sentada allí demasiado rato, saboreando una copa de vino, estremeciéndome cada vez que se abría la puerta, cada vez más paranoica y más angustiada, con miedo de volver a casa, pero con miedo también de no hacerlo porque Joe y Mia están allí con él.

Una hora. Solo he estado fuera una hora, pero Patrick viene a mí en cuanto entro por la puerta. Me estrecha contra su cuerpo y me abraza demasiado fuerte. Casi no puedo respirar, pero aprieta más. Tiene la respiración agitada y tiembla mientras me abraza.

—Pensaba que no ibas a volver —dice, con los ojos rojos.

Intento moverme, pero no me deja. De cerca, huele a sudor y a alcohol, y no es así como huele Patrick.

Una hora. Eso es todo. ¿Cómo se va a poner cuando nos subamos los tres a un avión y nos vayamos un mes? ¿Cómo estará si nos encuentra cuando volvamos?

Afloja el abrazo y yo me aparto. Su miedo es contagioso. Este no es Patrick, esto no va bien.

—No pasa nada —digo, aunque no es verdad. Lo digo para parar el miedo, el miedo que está haciendo pedazos a Patrick y el que empieza a crecer en mi interior, que empapa la rabia, que la rocía de chorrillos de pánico gélido.

—Todo se va a arreglar —dice—. Tengo una reunión mañana en el trabajo. Las cosas volverán a la normalidad. La casa...

—Esta puta casa —espeto, y lo dejo pasmado. Inspiro hondo y me aparto—. No puedo seguir con esto. No puedo vivir aquí, pisoteando los huesos de esa pobre familia muerta. Fingir que es nuestra casa cuando no lo es. No lo es, y nunca lo será. Nunca será otra cosa que la casa maldita y aquí solo deberían vivir los fantasmas.

—No es la casa. No es...

—Si no hubiéramos venido aquí, a Joe jamás lo habrían atacado. Tú nunca habrías perdido los estribos con Mia.

Cierra los ojos.

—No. Es la presión del trabajo, no la casa. Como le pasó a mi padre..., tú no lo entenderías. —Abre los ojos y me mira fijamente—. John Evans nos robó esta casa. Su padre la compró aprovechándose de nuestra terrible situación económica y se la regaló a John como si fuera un balón de fútbol nuevo. Dios mío, los odiaba..., a todos ellos, con sus falsas sonrisas de

tiburón, todo encanto por fuera y podridos por dentro.

—Pensaba que erais amigos... Eso es lo que he oído.

—El puto John Evans nos robó la casa y yo la he recuperado, eso es lo que cuenta. Mia y Joe ya estaban descontrolados mucho antes de que nos mudáramos aquí y la cosa habría empeorado si nos hubiéramos quedado en Cardiff. Y tú..., tú, Sarah, te tomaste unas pastillas y casi mueres de una sobredosis. Eso no pasó en esta casa, ¿verdad? No, mudarte aquí es lo que te ha salvado. —Está pálido—. Nunca fue la casa de John Evans... La robó, la destrozó y ojalá...

—¿Ojalá qué? —Niega con la cabeza y se va dándome un empujón—. ¿Ojalá qué! —le grito, pero ya se ha ido, cerrando de golpe la puerta de la calle.

A la mañana siguiente estoy en el jardín delantero, mirando fijamente el parterre de debajo de la ventana cuando Ben se acerca a la cancela. Estoy buscando algún indicio de quién ha podido desenterrar esas pastillas, otra huella, grande o pequeña, ¿no me daría eso una pista? Pero no hay nada. Y ahí está Ben, que pasaba por aquí otra vez.

—Quería asegurarme de que está bien —dice, con la mano en la cancela.

No se lo digo, pero lo he visto venir. Yo estaba arriba y él se ha detenido exactamente en el mismo sitio en que vi al mirón la primera noche.

—Perdone —le digo—. Hemos tenido jaleo. He estado distraída.

—No la he oído en el estudio. —No sabía que estuviera pendiente de mí—. ¿Puedo entrar? —pregunta.

Un grupito de chicas de uniforme pasa por delante de la casa y nos mira. Una de ellas susurra algo y todas se echan a reír. ¿Y si se lo dicen a Mia, y si Mia le habla a Patrick del hombre que estaba conmigo en la puerta de casa, demasiado cerca?

—Estoy arreglando el jardín —digo, a pesar de que no tengo herramientas de jardinería, a pesar de que voy descalza—. Quedémonos aquí fuera.

No puedo dejar de pensar en esa condenada pintura de él con Patrick, y no quiero estar a solas con él dentro de casa.

—¿Qué va a plantar aquí? —pregunta, y se pone a mi lado.

—Eh..., aún no lo sé.

—Antes estaba muy bonito —dice, y me vuelvo a mirarlo.

—¿Lo llegó a ver?

Asiente con la cabeza.

—Cuando aún éramos amigos, venía a veces. A los padres de Patrick les gustaba la jardinería. No nos dejaban entrar en la casa muy a menudo. Los niños lo ensucian todo.

Parece como si repitiera las palabras de alguien. Me imagino a la madre de Patrick diciéndolas, despachándolos al jardín cuando entraban con los zapatos llenos de barro y las manos pringosas. Cuando conocí a los padres de Patrick, no tenían jardín, solo un pequeño chalé alquilado y atestado de cosas, y unas cuantas baldosas de espacio exterior. No recuerdo que tuvieran ni una sola planta.

Pongo el pie en la tierra, justo donde me pareció haber visto la huella original. Tengo algo duro debajo del talón. Me agacho y escarbo con la mano, y saco una figura de plástico, un pequeño soldado de asalto blanco. Hincó más los dedos en la tierra y allí está, medio elenco de las películas originales de *Star Wars*, cadáveres de plástico que emergen de la tierra.

Los cojo y los limpio. Aún son reconocibles, pero algunos están deformados, medio derretidos, como si los hubieran sacado de un fuego. A Han Solo no se le distinguen los rasgos, su cabeza no es otra cosa que una pelotita deshecha.

No estaban ahí cuando enterré las pastillas. No estaban ahí cuando Patrick removió la tierra del parterre nada más mudarnos.

—Recuerdo esas figuritas —dice Ben, y me deja de piedra—. Eso sí que fue un castigo —dice, señalando con la cabeza los muñecos torturados que llevo en la mano.

—¿Un castigo? ¿A qué se refiere?

Suspira.

—No sé qué hizo Patrick, pero su padre le tiró las figuritas al fuego. Por eso tiene esas cicatrices en los brazos. Quiso rescatarlas.

Hago una mueca de dolor. ¿Cómo me dijo que se había hecho esas heridas? Accidentalmente, con unos fuegos artificiales. Un cohete extraviado.

—¿Y por qué hizo su padre una cosa semejante?

Ben frunce el ceño.

—Él era así. Le daba a Patrick algo que le hacía mucha ilusión y luego se lo quitaba. Menos mal que nunca tuvieron mascota.

No, el padre de Patrick no era así. Claro que casi todo lo que sé de él me lo ha contado el propio Patrick y ¿no he descubierto últimamente que no todo lo que me cuenta es cierto? Abro la mano, dejo que los muñequitos vuelvan a

caer al suelo, les echo tierra por encima y los vuelvo a enterrar.

No puede haber sido Ben quien los haya puesto ahí. ¿O sí?

Lo miro, pero no soy capaz de descifrar la expresión de su rostro. Tiene los ojos clavados en la fosa común donde acabo de enterrar las figuritas de *Star Wars*.

—Patrick era el amigo que necesitaba un refugio, ¿verdad?

Ben titubea y asiente con la cabeza.

—Una vez faltó al colegio un montón de días. Cuando volvió, supusimos que había estado enfermo. Estaba delgado y pálido y demasiado callado. Pero yo lo vi cuando nos cambiábamos para gimnasia: iba lleno de cardenales. Le pregunté qué había pasado porque sabía que las cosas no iban muy bien en su casa, pero se mostró hostil, empezó a distanciarse de todos nosotros. Aun así, le seguí la pista —dice— y, más adelante, cuando volvió, le di la llave del estudio.

—¿Cuándo volvió de dónde?

Ben me mira.

—Es... Perdona, me he expresado mal.

—Yo ya no sé quién es —digo—. Desde que nos mudamos aquí, he ido descubriendo todas esas cosas...

—¿Como qué?

«Como que era amigo suyo, pero jamás me habló de usted», podría decirle, pero no lo hago. El día que conocí a Ben me sentí muy a gusto a su lado, pero eso ya no ha vuelto a ocurrir.

—Como esto —digo, y señalo las figuritas de *Star Wars* medio enterradas—. Como que era amigo de John Evans. Como que sospecho que se ha estado acostando con mi mejor amiga.

Me mira sorprendido, se inclina para arrancar un diente de león.

—¿Es la primera vez?

—¿La primera vez que qué?

—Que le es infiel.

—Sí. O eso creo.

La duda engendra más duda, pare toda una camada de duda que me trepa por el vientre.

—¿Está segura? ¿Sabe dónde está en todo momento?

¿Aún está hablando de Patrick con otra mujer?

—¿A qué se refiere?

—Siempre fue...

—¿Qué? —pregunto.

—Nunca fue hombre de una sola mujer. Nunca tuvo pareja estable. Tenía una procesión de chicas que lo seguían a todas partes.

Me cuesta imaginarlo. No me cabe duda de que gustaba a las chicas en el colegio: he visto fotos y era tan guapo entonces como cuando yo lo conocí. Pero no me lo imagino con montones de novias: siempre ha sido muy resuelto, de los que se centran en una sola pasión a la vez. En todos estos años, esa pasión he sido yo.

—¿Patrick? ¿En serio?

—Cambiaba de chica cada dos semanas, por lo visto. Nunca llegaba a intimar con ninguna. Lo vi claro el último verano que pasé en el pueblo. Patrick y John Evans eran tal para cual, se llevaban de calle a medio pueblo.

Patrick y John Evans... Entonces, Tom tenía razón en lo de que eran amigos. Lo que significa que Patrick aún me miente. ¿En qué más me está mintiendo?

—Me dijo que lo odiaba...

—Después, a lo mejor. Cuando John compró la casa. No lo sé. Para entonces yo ya no estaba en el pueblo, me había ido a la universidad. Pero en aquella época, antes de que John empezara a salir con Marie, iban de caza juntos. —«De caza.»—. A Patrick le gustaba un tipo concreto de mujer —dice—. A lo mejor por eso sentí la necesidad de darle esa llave. Todas sus novias se parecían a usted, y recuerdo cómo las trataba.

Caroline no. No puede haber nadie más distinto a mí que Caroline. ¿Se equivocaría Mia con lo que vio? No he sido capaz de imaginármelo, a lo mejor porque no es cierto... ¿Qué fue lo que dijo Caroline esa noche en el hospital...? «No es lo que tú piensas.» Experimento una súbita esperanza. ¡Ojalá Mia se equivocara! —Cuando Patrick se fue a la universidad y John y Marie se mudaron a esta casa, di por supuesto que sería la última vez que lo vería, pero yo venía por aquí en vacaciones y a veces me lo encontraba, no siempre, pero sí cada dos meses más o menos. Volvió a salir con John y su pandilla como si nada hubiera pasado.

Pero ¿y las cosas que Patrick me ha dicho de John Evans? No me ha parecido que fueran muy amigos. Entre sus amargas palabras, no mencionó las noches pasadas en el pub, ni una amistad o lo que coño fuera que durase más que la que yo tengo con Caroline. «Ojalá...» ¿Qué iba a decir Patrick?

Recuerdo el día en que salió el artículo en la prensa. La casa, la casa de Patrick, ahora nuestra casa, en primera página de todos los periódicos, no solo

los locales. «Bienvenidos a la casa maldita.» Aún no estaba allí la pintada hecha con espray; las paredes estaban limpias por entonces.

«Madre mía, Patrick, ¿no es esa la casa donde tú vivías?», recuerdo que le pregunté, y él cogió el periódico y se quedó mirando la foto.

¿Qué me dijo? ¿Cómo reaccionó? ¿Se puso pálido, le temblaron las manos? No me acuerdo. Se quedó tan atónito como yo, de eso sí me acuerdo. Había una foto, debajo de la casa. Una foto de familia... «¿Los conocías?», le pregunté, ¿no? Sí, se lo pregunté. Cierro los ojos, me transporto a aquel día, espero su respuesta. Patrick, más joven, sin canas. Yo, el pelo más largo, no tan delgada, unas semanas después de tener a Mia. «¿Los conocías?»

«No.»

Esa fue su respuesta. Dijo que no, dejó el diario en la mesa y salió de la habitación. Yo debí de deshacerme del periódico porque no quería volver a ver la casa ni los rostros de esa pobre familia asesinada.

¿Y antes? Unos días antes de que publicaran la noticia, el día en que sucedió. ¿Pasó en casa todas las noches? ¿O estuvo en el pub con John Evans y fue el último que lo vio antes de que lo mataran? No lo sé. ¿Cómo voy a recordarlo? Fue hace más de quince puñeteros años, Mia aún no dormía toda la noche de un tirón. Yo estaba cansada, distraída. Cada mes o así, con esa frecuencia dice Ben que venía Patrick a ver a John Evans. ¿Una vez al mes durante cuántos años sin que yo lo supiera? ¿Qué fue lo que me dijo Tom de que Patrick sabía algo de Hooper y de los asesinatos? ¿Qué cree que sabe mi marido?

Todas estas semanas he estado mirando por la ventana esperando ver al mirón, al monstruo, al hombre del saco, aterrada de pensar que Ian Hooper pudiera haber vuelto al pueblo con su cuchillo asesino. ¿Y si el hombre del saco hubiera estado dentro de casa todo el tiempo?

Oigo de nuevo el carrillón de viento, más suave esta vez.

Por favor, ¿es que no te conoce en absoluto? Después de tantos años contigo, no la puede preocupar una chorrada así. De todas las cosas que podrían preocuparla, el que pudieras ser un asesino en serie no debería ser una de ellas. Pero eres bueno. Tú máscara es prácticamente indetectable últimamente.

Yo podría darle cosas mejores por las que preocuparse. Podría darle motivos para preocuparse durante años, gusanos de preocupación que se le fueran colando en el cerebro, devorándolo, devorándolo, devorándolo...

Pero, en serio, ¿no le he dicho ya bastante? Regalitos a la puerta de casa y pistas sobre todos los secretos aún escondidos en la casa.

Hago resbalar el vaso por la barra para que me lo rellenen. El barman me sonrío. «Me ha parecido que era usted», me dice.

¿Que le ha parecido que era quién, quien soy ahora o quien era antes?

A las diez de la noche llaman a la puerta y siento un escalofrío. Aparto la cortina y me recorre un miedo distinto cuando veo que no es Ian Hooper con su cuchillo asesino, ni Tom, sino Caroline. He estado esperando a que apareciese de pronto desde que vino al hospital. Me ha dejado mensajes en el buzón de voz y los he borrado todos. Esa esperanza diminuta de que Mia se equivocara sigue ahí, pero si hablo con ella... «No es lo que tú piensas», me dijo. ¿Y qué otra cosa podría ser?

Abro la puerta de la calle y me la quedo mirando. No va maquillada y tiene la cara pálida y llena de manchitas. No recuerdo la última vez que vi a Caroline sin maquillar. Solía decirle en broma que llevaba el maquillaje tatuado.

—No quiero hablar contigo.

Me dispongo a cerrarle la puerta en las narices, pero la agarra y no la suelta.

—Sé que es tarde, pero he tenido que esperar a que Sean llegara a casa... No me coges el teléfono. Necesitaba verte.

—No creo que quede nada por decir.

—Escúchame, Sarah, ¿crees que fue una coincidencia que Mia estuviera allí cuando él me besó? —Hago una mueca. No estaba equivocada entonces. El beso fue real—. ¿En serio piensas que nos íbamos a dejar llevar tanto como para hacer algo así en su presencia? Lo hizo a propósito porque sabía que eso nos separaría, que os volvería a las dos en mi contra.

Miro a mi espalda por si viene Patrick. Me ha dicho que se iba a la cama, pero ¿y si ha oído a Caroline llamar a la puerta? Salgo a la calle y cierro la puerta.

—¡Basta ya! ¡Deja de inventarte excusas!

—No pienso parar hasta que me escuches y pienses en lo que te digo. No sé qué mentiras te habrá contado, pero ¿de verdad piensas que yo puedo sentir algo por Patrick? ¿Por Patrick! —No tiene sentido, claro que no. Pero ha

ocurrido—. ¿Sabes cuándo fue? Cuando volviste del hospital, vi el cartel de SE VENDE en la casa y me pasé por allí. ¿Te lo dijo? Claro que no. No me dejó verte; estábamos discutiendo y de pronto me cogió del brazo y me besó. Sonrió. Yo no entendía nada, no sabía por qué lo había hecho. No te lo conté porque no fue..., no fue un beso apasionado. No hubo nada en ese beso que me indicara que pudiese estar interesado en absoluto en mí. Debía de saber que Mia andaba por allí, Sarah. Sabía muy bien lo que hacía. —Yo niego con la cabeza, pero ella insiste—. Piénsalo. No me voy a quedar ahora, pero lee esto: Patrick te ha estado mintiendo. Lee esto, aunque no te creas nada más de lo que te he dicho.

Me entrega unos antiguos recortes de periódico fotocopiados.

—¿Es sobre la casa? Ya sé...

—No es sobre la casa. Es sobre Patrick. Te dije que Sean encontró algo. Esto.

Me tiemblan las manos al leer el artículo a la escasa luz de la calle.

Se ha interrogado a un hombre y a una mujer en relación con las acusaciones de maltrato a un menor después de que sacaran de su casa a un niño de doce años y lo llevaran al hospital. El niño estaba lleno de lesiones y en un estado de malnutrición y deshidratación severos. En estos momentos se encuentra en manos de los servicios sociales.

—¿Qué es esto?

—Patrick. El niño de doce años era Patrick. Pasó meses en acogida, ¿te lo ha contado alguna vez? Estaba en la misma casa que Eve, así fue como se conocieron.

—No, no puede ser.

—Sí es, he visto el expediente. Sean los ha buscado. Lo podían haber despedido por hacerlo, pero yo necesitaba verlo. Necesitaba saberlo, Sarah. Estuvo en una casa de acogida con la madre de Joe y nunca te lo ha dicho. Te ha estado mintiendo, ¿por qué? —Inspira hondo—. ¿No me dijiste que Eve y él tenían una relación informal y luego ella se quedó embarazada? ¿Cómo iba a ser informal si se conocían desde hacía tantos años?

Leo el artículo y me empiezo a encontrar mal. Eso fue lo que Patrick me dijo: una relación informal que terminó en embarazo. Pero si se conocieron cuando él tenía doce años, ¿estuvieron en contacto todo el tiempo? ¿Y cómo es que él estaba en acogida? ¿Qué pasó? Lesiones, deshidratación,

malnutrición... Madre mía, madre mía... El sótano. La pintada de la pared. ¿Cómo es posible que no me lo haya contado? ¿Cómo ha podido ocultarme algo tan gordo?

—Nunca me ha gustado cómo te trata —dice Caroline—. Te ha aislado de todo el mundo, no nos dejaba acercarnos a ti. Te ha querido para él solo desde el principio.

—Para, por favor.

Abre la boca, vuelve a cerrarla y suspira.

—Lo vi enseguida, en cuanto nos presentaste... Era controlador. Daba miedo. Y eso no me gustó.

Todo lo que Patrick me ha contado de su infancia es mentira. Todo mentira, esa puñetera vida perfecta que ha intentado recrear es mentira.

—He visto su expediente. He visto lo que le hicieron. Jamás contó una palabra ni a los trabajadores sociales ni a los médicos. Negó que sus padres le hubieran puesto una mano encima o lo hubieran desatendido —dice Caroline—. Su padre entró en Alcohólicos Anónimos y dejaron que Patrick volviera con ellos. Pero estuvo en acogida, Sarah. Ocurrió algo tan horrible que se lo tuvieron que llevar. Y nunca te lo ha contado, ni te ha contado que conocía a Eve desde pequeño.

—No. No puede ser cierto. No puede ser.

—¿Cómo puedes seguir negándolo? —¿Negándolo? No lo niego. Ya no. Estoy conmocionada. Atónita. No puedo... No puedo...—. Sarah, te ha estado mintiendo todo el tiempo. Tienes que salir de aquí. Ven conmigo, tráete a Mia y a Joe. Por favor.

Me la quedo mirando.

—No puedo marcharme ahora, está arriba. Y Joe y Mia también. ¿Crees que nos va a dejar marcharnos contigo sin más? Lo sabrá, te verá.

Niego con la cabeza, de pronto tan asustada por ella como por nosotros. Caroline tiene un marido en casa, y sus hijos son mucho más pequeños que los míos. No puedo dejar que Patrick vaya a buscarme allí hecho un basilisco.

Mi miedo se refleja en su rostro cuando levanta la vista a la casa.

—Tienes que irte ya —le digo—. Antes de que se entere de que estás aquí.

Subo al dormitorio temblando, pero Patrick no está en la cama. Su almohada está fría y perfectamente ahuecada. En la oscuridad, en el silencio de la noche, me lo imagino espiándome mientras hablaba con Caroline, o bebiendo con Hooper, refugiado en casa a consecuencia de la tormenta, y a Hooper deslizándolo el cuchillo asesino por la mesa y diciéndole: «Toma, ya te he guardado esto demasiado tiempo, quédátelo tú».

Me dirijo a las escaleras, pero me detengo antes de bajar el primer peldaño cuando veo que se abre la puerta del cuarto de Mia y sale Patrick. No me ve al borde de las escaleras, se va en la otra dirección y se mete en el baño.

Deshago el camino por el descansillo y me asomo a la habitación de mi hija.

—¿Mia, cariño?

Me la encuentro hecha un ovillo, mirando a la pared, apenas visible bajo el edredón, y pienso que está dormida, que no pasa nada, que descansa, que Patrick solo estaba viendo si está bien, como solía hacer cuando eran pequeños. A lo mejor se ha dejado la luz encendida y él se la estaba apagando...

Es esta casa la que me hace pensar mal. Cada vez que paso por uno de los puntos fríos, tengo más pensamientos negativos; pienso en fantasmas y en sótanos y en secretos ocultos y mentiras enterradas. Creo que duerme, pero entonces le veo la mano agarrando el edredón. Está despierta.

—Mia... —Entro. ¿A qué huele?—. Mia, ¿has estado bebiendo?

Entonces se vuelve y mis ojos se han adaptado lo suficiente a la oscuridad para verle la cara de ira. De rabia y... de algo más. ¿Miedo?

(«Me he portado mal. Me he portado muy mal.»)

—¿Yo? —dice en un susurro que iguala al mío—. ¿Beber yo!

Miro de reojo la puerta entornada. Patrick sigue en el baño. Cierro y me siento al borde de la cama.

—Huele a alcohol —digo—. No puede haber sido tu padre. Me ha dicho

que se acostaba. Que se haya sentado a beber solo a las diez y media sería...

(«Me he portado muy mal.»)

—¡No te enteras de nada! ¡Estás ciega, joder!

—¿Qué hacía en tu habitación?

Aún hablamos en susurros, pero esas palabras suenan demasiado alto y veo que Mia se estremece.

—Es esta casa —dice, mirando de pronto al techo—. Todo iba bien hasta que nos mudamos a esta puta casa.

¿En serio? Pienso en mi depresión, en la pena por la pérdida de mi madre, en el accidente de Joe, en las cicatrices antiguas que tiene en los brazos. Mia solo tiene razón a medias. Todo lo que va mal ahora iba mal antes también. Esta casa no está desencadenando nada, sino dejando al descubierto las mentiras que nos cegaban.

—Me ha llamado Sarah —dice Mia cuando me levanto para irme.

—¿Qué?

—Me has preguntado qué hacía en mi cuarto. Está borracho. Ha entrado tambaleándose. Se ha puesto a mirar no sé qué por la ventana y me ha llamado Sarah. No me digas que la casa no le está afectando.

—Se habrá equivocado de habitación —digo, pero me suena torpe y forzado.

A Mia también se lo parece. Se lo veo en la cara, en ese atisbo de miedo.

(«Me he portado mal.»)

—Me ha llamado Sarah y estaba despotricando sobre secretos y mentiras y castigos. —Se incorpora, mordiéndose el labio—. Tú no..., tú no le has mentado, ¿verdad, mamá? Porque, por cómo estaba, ha tenido que ser...

(«Me he portado muy mal.»)

Pienso en la galería, en Anna, en Ben, en Tom Evans y en todo lo que me acaba de contar Caroline. El miedo se me agarra a la garganta como algo físico. Estoy equivocada. Mia tiene razón. Es esta casa la que le mete a Patrick esos pensamientos negativos e insidiosos en la cabeza para que se instalen en ella y se enconen. El sótano, sus padres, John Evans, los asesinatos, Caroline, el mirón, que entre en el cuarto de Mia...

—No, tranquila. No hay secretos. Nada de lo que debas preocuparte. Pero le he preguntado a Caroline si podrías quedarte en su casa unos días —digo.

—¿Después de lo que hizo?

Trago saliva para deshacerme el nudo de la garganta.

—No fue lo que parecía, ella te sigue queriendo. Te puedes quedar en su

casa estas próximas vacaciones y estarás...

A salvo. No hace falta que diga la palabra en voz alta. Veo el alivio en su rostro y eso me alivia a mí también. Sé que es la decisión correcta. Da igual lo que haya pasado entre Caroline y yo, lo único que importa es que Mia estará a salvo con ella. Dispondré de una semana y, en esa semana, me... El miedo se apodera de mí, el pánico a lo desconocido. En ese instante, me siento más joven que mi hija, soy la niña que veía a su madre desmoronarse cuando la dejaban sola, soy la niña que se aferró a Patrick y ha cerrado los ojos a todo indicio de que ocurría algo durante más de diecisiete años por miedo a que me arrebatase a Joe.

Salgo al descansillo a la vez que Patrick sale del baño. Me mira y mira la puerta del cuarto de Mia.

—¿Qué estás haciendo?

—Me ha parecido oír un ruido. —Tiene los ojos rojos como si hubiera estado llorando. Parece derrotado—. ¿Te encuentras bien? —le pregunto, y él se yergue, pone cara de circunstancias, vuelve a ser Patrick.

—Estoy cansado —masculla, y se mete en el dormitorio y me deja en el descansillo, y de pronto me dan ganas de salir corriendo.

Aun entonces, cuando la casa no era más que una casa y no era aún la casa maldita, ya era una casa mala. Tú lo notabas, lo sé.

Una vez estuvimos juntos allí: estaba todo cerrado con llave y vacío, tus padres habían salido. La recorrimos a oscuras y, cuando mis ojos se acostumbraron, vi grietas en las paredes, noté corrientes de aire frío que se colaban por ellas. Estaba muy limpia y ordenada, pero había moho en los rincones y los marcos de las ventanas estaban podridos. Vi una casa que tus padres obviamente ya habían perdido, mucho antes de que el banco se la embargara. Olía a podrido. Olía a muerto. Si alguien me hubiera dicho entonces en qué se convertiría, les habría creído porque lo vi venir.

Todos esos meses hasta que os embargaron, seguías igual, sin perder la sonrisa. Esa vez, en cambio, no sonreías.

«¿Quieres ver el sótano?», me dijiste.

Negué con la cabeza, pero me hiciste bajar de todas formas.

—¿Qué te parece? Queda bien, ¿verdad?

No es Ben quien me lo pregunta, sino Juno, su ayudante siempre risueña, que se va antes de que pueda contestar. Estoy mirando fijamente mi cuadro en el escaparate de la galería. No el de la casa maldita; al final, no he podido exponer ese. Ni los que siguen guardados bajo llave en el sótano. Ocupa su lugar la pintura de la playa secreta de Anna, con todos esos colores tan brillantes. En la orilla, hay alguien contemplando el mar. Creo que soy yo. Creo que me he pintado a mí misma en el lienzo y lo que veo en ese remolino de azul cobalto es anhelo, un anhelo de surcar el mar, de navegar a la deriva o de ahogarme.

Es jueves por la tarde y la exposición se inaugura este fin de semana. No he vuelto a ver a Ben desde que pasó por mi casa, pero he bajado mis cuadros del estudio cuando sabía que no estaba. He pensado que esta exposición sería mi oportunidad. Hay media docena de botellas de Prosecco en la nevera de la galería, una caja de copas de alquiler en el mostrador y se han colgado carteles con mi nombre por todo el pueblo. Lo he hecho todo en secreto, animada por Anna.

Pero Patrick se va a enterar. Verá los carteles o pasará por delante de la galería y se encontrará mi obra en el escaparate.

Me cuesta respirar.

No puedo seguir en esa casa cuando Patrick se entere de esto.

¿Qué pienso? Pienso que estoy asustada.

Me alejo de la galería y saco el móvil.

—¿Caroline? Necesito tu ayuda.

Abro la puerta con cuidado, pero Patrick me oye de todos modos. Sale de la cocina y se me queda mirando mientras cuelgo el abrigo. Ha empezado a llover cuando venía para casa y estoy dejando un charco de agua en el

vestíbulo. Necesito darme una ducha y cambiarme de ropa, pero Patrick se interpone en mi camino.

—¿Adónde has ido?

—Siento no haber estado en casa cuando has llegado. He ido a dar un paseo.

El programa de la exposición me quema en el bolsillo.

—¿Con esta lluvia?

—No llovía cuando he salido.

Lo tengo de espaldas, pero sé que la ira está ahí, cociéndose, borbotando. Se lo noto en los hombros, en cómo estruja el picaporte de la puerta de la cocina antes de abrirla.

¿Qué haría si le contara la verdad? Ni siquiera es por la exposición en sí, es porque le he mentado, porque he actuado a sus espaldas.

—Tengo la cena en el horno —dice—. Ve a cambiarte y cenamos.

Mia abre la puerta de su cuarto cuando subo las escaleras. Me mira el pelo empapado.

—¿Adónde has ido? —me pregunta, igual que su padre, pero sin esa ira subyacente. Le noto en la voz el mismo miedo que tengo yo.

Agarro con fuerza el programa que llevo en el bolsillo. Se lo quiero contar, pero Patrick está abajo y podría oírme y...

—¿Mamá?

—¿Qué?

—He visto a papá en la playa hace un rato. —Se mira los pies y luego vuelve a mirarme a mí—. Iba..., iba con el traje del trabajo y era media tarde. Estaba en la orilla, bajo la lluvia. Llevaba los zapatos puestos y el agua le llegaba a los pies y a las piernas y parecía... La gente se reía porque parecía un loco.

—Mia...

—En serio, mamá, llovía a cántaros y él ahí, de traje, empapándose con las olas, como un perturbado.

¿Habrá pasado ya por delante de la galería? Esa ira subyacente...

—Ya tengo tu billete de tren —digo por encima del latido de mi corazón desbocado—. Ve haciendo la maleta; he llamado a Caroline y te puedes ir con ella mañana en cuanto salgas de clase. No vamos a esperar a las vacaciones. No pasa nada porque faltes una semana; llamaré al colegio y lo arreglaré.

—¿Se lo has dicho a papá?

Su cara de miedo me acelera aún más el corazón y por un momento pienso

que me voy a desmayar.

Niego con la cabeza. A Mia le tiembla el labio, pero no dice nada más. Queda claro que esto va a ser un secreto hasta que esté en el tren. Hasta que esté a salvo.

Abro la ducha y me aprieto las sienes con las manos. Todas las mañanas Patrick se levanta, se pone el traje, coge el maletín, se sube al coche y se va a Dios sabe dónde. Hace días que no me habla de la suspensión. Pensaba... No he pensado. Tenía otras cosas en la cabeza. Pero si Mia lo ha visto en la playa, igual ni siquiera ha ido a trabajar. Si es así, ¿qué ha estado haciendo? El agua empieza a caer fría y salgo de la ducha temblando.

Bajo vestida con ropa seca y el pelo envuelto en una toalla. Patrick está en la cocina, removiendo algo en una sartén.

—Patrick, Mia me ha dicho que te ha visto en la playa —le digo. No contesta—. Patrick. —Lo vuelvo a llamar, amablemente, pero me da la espalda, se pone el guante del horno y se agacha a sacar la bandeja—. ¿Adónde has estado yendo? ¿A trabajar?

Me da la espalda un momento, luego se vuelve bruscamente.

—Toma —me dice, y me pasa la bandeja.

Lo hace tan rápido que yo la cojo sin pensar y suelto un alarido cuando el metal ardiendo me achicharra las manos. Suelto la bandeja y el suelo se pone perdido de ternera y de grasa. Me agarra las manos y yo vuelvo a gritar cuando me lleva al fregadero y me las mete debajo del chorro de agua fría. Se me saltan las lágrimas mientras el agua me corre por las palmas enrojecidas en las que ya se me están haciendo ampollas.

—Perdona. Madre mía, Sarah, lo siento mucho, no lo he pensado. Ha sido un accidente, no lo he pensado.

Pero yo no puedo dejar de ver esa ira, cocinándose y borbotando, en la cara que ha puesto cuando me ha dado esa bandeja.

—¿Mamá?

Joe se asoma a mi puerta y yo me levanto, la abro más y lo deajo entrar, procurando no usar las partes blandas de la mano. No estoy durmiendo. He estado sentada en la cama, intentando decidir qué hacer a continuación.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, mirándome los vendajes de las manos.

Las escondo a la espalda como si así se le fuera a olvidar que las ha visto.

—Un accidente: he sido tan tonta de coger una bandeja del horno sin guantes. No lo he pensado.

Me mira fijamente. Sabe que miento.

—Tengo una entrevista mañana para ese curso de acceso. ¿Puedo enseñarte mi porfolio?

—Claro —digo, y estiro un poco el edredón para que pueda extenderlo en la cama.

La primera lámina es otro dibujo de Mia, más grande que el que yo enmarqué. Lo miro, pero le ha crecido mucho el pelo y no le veo la cara porque el flequillo le tapa los ojos.

—Me preocupa Mia —digo, repasando con un dedo su rostro dibujado a lápiz.

—Lo sé.

Joe pasa la lámina del porfolio y Patrick nos mira desde la siguiente, una figura oscura, casi sin rostro, en el centro de un torbellino. Retiro la mano de la lámina y me aparto como si fuera a saltar de la pintura de Joe, envuelto en ese remolino.

—Se va a ir a casa de Caroline —digo—. Para la semana que viene y las vacaciones. ¿Tú quieres ir?

Niega con la cabeza.

—Puedo..., puedo quedarme con Simon. ¿Te vas tú con ella?

—No sé.

Pese a lo que ha pasado entre Caroline y él, sería el primer sitio donde me buscaría.

Joe suspira.

—¿Por qué no te marchas? —dice.

Miro otra vez la pintura, busco al Patrick del que me enamoré, al hombre que bailó conmigo, que tenía una sonrisa tan amplia y tan franca que yo podía ver en ella todo su amor. Si consigo encontrar a ese Patrick, podría enseñárselo a Joe.

—A veces... —titubea y me mira—. Cuando te trata así... A veces me pregunto si es que te gusta.

La vergüenza me corroe las entrañas. No sé qué decir, así que bajo la vista al porfolio en el que ahora veo un boceto de mí. Siempre he tenido tanto miedo de vivir la vida sola que pasé de vivir con mi madre a vivir con Caroline y luego con Patrick. La soledad me genera mucho miedo, pero ¿cómo le voy a decir eso a mi hijo?

Miro la siguiente lámina. En ella Joe ha pintado la casa, la casa maldita. No como es, una bonita vivienda costera victoriana, sino como una casa gótica encantada, sola, en lo alto de un acantilado, azotada por los vientos y las tormentas, pero se la puede reconocer. Así es como yo la veo en mis pesadillas. Y me siento identificada con la figura aterrada de la ventana de arriba, pegada al cristal, con las sombras rodeándola por la espalda. Las lágrimas no me dejan ver la pintura y me las limpio. Es la hermana siniestra de la que yo pinté, con ángulos raros y cierto aire perverso. Una verdadera casa del terror.

—Así es como la veo en mis pesadillas —dice, y yo asiento—. Si logro entrar, si me dan plaza en la universidad, me mudaré. Seguiré trabajando. Simon me ha dicho que podemos compartir piso, no como pareja, sino como compañeros.

Pasa un par de láminas más y se detiene en un dibujo a lápiz de un joven riéndose. Es el chico de ojos pardos que vi en los otros dibujos de Joe la noche en que lo atacaron.

—¿Es él? —le pregunto, y Joe asiente con la cabeza.

En el dibujo, está sentado en una silla, inclinado hacia nosotros, con una cazadora gruesa. Se le ve campechano y feliz, recién afeitado, con ojos vivos. Este dibujo parece más íntimo que los otros bocetos que he visto.

—Me besó él —dice Joe, y enseguida me dan ganas de zarandear a ese desconocido de ojos vivos y hacerle prometer que nunca le va a hacer daño a mi hijo. Aún es tan frágil, aunque vaya a ir a la universidad y esté viendo a la psicóloga—. Sé que estás preocupada por mí —me dice, frotándose el brazo—. Sé que esperas que en cualquier momento vuelva a autolesionarme, pero no empecé por Simon. Aunque todo me vuelva a salir mal, no será por Simon.

No, será por Patrick. Será por este sitio. Lleva semanas intentando decírmelo, pero no le he hecho caso.

—Tengo algo para ti —le digo, y me acerco al armario y saco mi caja del tesoro. Al fondo, debajo de las postales, hay un juego de pinceles envuelto en un paño—. Me los regaló mi padre —añado, y se los doy—. La última vez que vino a casa antes de dejar de venir a casa. No... Estaba furiosa con él entonces por haberse marchado y nunca los usé. Luego empezaron a ser demasiado preciados para usarlos porque era lo último que me había regalado. —Veo a Joe desenrollar el paño de terciopelo. Son pinceles buenos de marta cibelina, demasiado buenos para la niña que yo era entonces, que aún hacía pintarrajos con témperas—. Quiero que los tengas tú —le digo.

Joe me mira y alarga el brazo.

—¿Por qué me suena esto a despedida?

Le cojo la mano, se la aprieto un poco y hago una mueca en cuanto noto el dolor de mi palma achicharrada.

—Conseguirás lo que te propongas, Joe. Tienes muchísimo talento.

—Y tú —me dice, cerrando el porfolio—. No te rindas, mamá.

—Voy a exponer en el pueblo —le suelto sin pensar, y las palabras se quedan flotando en el aire. Es porque lo he mantenido en secreto, por eso tengo la sensación de estar haciendo algo malo—. Espero vender algunas pinturas. Lo suficiente para... —No termino la frase.

—¿Lo sabe papá? —me pregunta, y yo miro a la puerta entreabierta y se me eriza el vello de la nuca. ¡Ay, cuántos secretos...!—. No se lo cuentes —me susurra.

En el sótano, guardabas una caja. En secreto, escondida. Oculta en el rincón más apartado, siempre entre las sombras.

«Guardaba esto aquí para cuando...», me dijiste.

¿Cuándo qué?

«Para cuando estaba aquí. Cuando me portaba mal.»

Abriste la caja y me enseñaste lo que había dentro. Ahora solo recuerdo porquerías. Tonterías. Cosas inútiles. Ahora pienso: ¿por qué no una linterna? ¿Por qué no agua? ¿Por qué no comida? Pero eso son chorradas prácticas de adulto. Y tú eras un crío cuando escondiste esa caja, y no era ni el hambre ni la sed ni siquiera la oscuridad lo que te asustaba, sino lo que había en la oscuridad.

En la caja, tenías una caracola. Una grande, de alguna playa exótica a un millón de kilómetros del sótano. «Yo solía pensar que estaba llena de magia», me dijiste. También había una llave, pero no quisiste decirme de qué era, qué abría. Y lo mejor de todo, había una cadenita con una cruz para protegerte de todo mal.

A la mañana siguiente, Patrick me quita los vendajes y los deja en la mesa. Coge el bote de Sudocrem y me aplica la pomada con cuidado en las palmas doloridas. Me aventuro a mirar: las tengo rojas y hay un par de ampollas pequeñas, pero no están ni mucho menos tan mal como imaginaba. Cuando ocurrió, me pareció que me había quemado la carne hasta el hueso.

—Lo siento —dice, me pone unas torundas de algodón en las palmas y abre un rollo de venda nuevo. Lleva la camisa remangada y le veo sus quemaduras ya difuminadas.

—No pasa nada —digo—. Fue un accidente.

Me sujeta la venda con un trozo de esparadrapo.

—¿Lo fue?

Lo miro. Retiro las manos que aún me sujeta.

—¿Qué quieres decir?

—De camino a la farmacia, cuando iba a comprar las vendas, me fui repitiendo que había sido un accidente, pero a la vuelta iba pensando que estaba enfadado contigo. Por haber vuelto a salir. Por mentirme. A lo mejor no tenía pensado quemarte las manos, pero... —Ahora soy yo la que menea la cabeza. Lo veo más delgado, más menudo, mayor. Consumido desde dentro por ese miedo que se propaga como un cáncer. Es contagioso. Noto cómo brota en mi interior—. ¿Y si no fue un accidente? —me susurra. Le huele el aliento a vinagre.

Viene Anna a casa y yo me tapo los oídos con las manos vendadas, me encorvo sobre la mesa y espero a que se canse de llamar. No quiero ver a nadie.

Doy un repullo, los codos me resbalan: ahora llama a la ventana del salón.

—Vete —mascullo, y salgo al vestíbulo para asomarme.

Ve su silueta por el cristal empañado. Sabe que estoy en casa. Sabe que

siempre estoy aquí.

La silueta se aparta y vuelvo a respirar. No sé cómo he terminado así, escondiéndome de mi amiga en casa, escapándome de casa para esconderme de Patrick. Me quito las vendas de las manos. Se me ha reventado una de las ampollas y el algodón se ha pegado a la herida en carne viva. Me duelen muchísimo, pero no parece que haya infección, así que me las vuelvo a vendar, añadiendo otra torunda de algodón para protegerme las palmas.

Patrick ha salido, vestido como si fuera a trabajar, como de costumbre. Me han dado ganas de preguntarle adónde iba, pero no me salían las palabras. Se ha dejado algo de dinero en la mesa, solo unas monedas de una libra, pero las cojo y subo corriendo a mi dormitorio.

Abro el primer cajón y busco un sobre que he escondido al fondo y en el que voy guardando todo el dinero que me encuentro. Meto las monedas también; como mucho habrá unas treinta libras, después de haberle comprado el billete de tren a Mia, y me da la risa, una carcajada histérica. ¿Con esto me quiero fugar? ¿Con treinta putas libras? No puedo sacar nada con mi tarjeta: estamos tan pelados que el banco no nos lo permite. Vivimos de la tarjeta de crédito de Patrick, que él lleva encima a todas horas. Ya estoy gastando menos en la compra para poder sisar unas cuantas libras más.

Vuelven a llamar a la puerta y, sobresaltada, guardo el sobre al fondo del cajón. La condenada Anna no se va a marchar. Voy a abrir, furiosa, pero no hay nadie. Una pluma flota en el aire y se me engancha en el pelo. Vuelan más a mi alrededor y, cuando miro al suelo, creo que hay un pájaro muerto en el escalón de entrada, pero, al agacharme y mirarlo de cerca, veo que es una caja forrada de plumas de color blanco y gris claro, y dentro hay otra caracola, la hermana gemela de la que estuve llevando en el bolsillo del abrigo y luego coloqué en la vitrina.

A veces, cuando me acercaba la caracola a la oreja, no oía el mar. A veces oía susurros y me esforzaba por distinguir las palabras. Otras veces oía los susurros como flotando en el aire, demasiado flojos para distinguirlos. A los niños también les pasa: Mia se despierta llorando y Joe cada día está más asustadizo.

Creo que Patrick también los oye, pero jamás lo reconocería. Sigue saliendo de casa por la noche, a buscar al mirón. Desde la noche en que también a él le pareció verlo, ha dejado de decirme que estoy paranoica. Pidió que vinieran a tomar medidas para unas cortinas nuevas, cortinas gruesas y recias que no dejan pasar ni una chispa de luz ni en el salón ni en nuestro

cuarto.

—Ya no nos puede espiar nadie —dijo, corriendo las del salón.

La habitación se hizo más pequeña. Nunca había tenido claustrofobia, pero esas cortinas de terciopelo parecían más resistentes que unos barrotes de acero en la ventana; nos dejaban encerrados dentro, a los cuatro, encerrados en la casa maldita.

Cojo la caja del suelo y de pronto aparece Patrick y me la quita de las manos antes de que pueda sacar la caracola.

—¿Dónde has comprado esto? —pregunta.

—No lo he comprado, estaba en la puerta.

Sale a la calle dándome un empujón, mira a un lado y a otro de la calle, con la caja todavía en las manos. Luego la lanza a la playa pedregosa y todas las plumas salen volando y forman un torbellino alrededor de su cabeza.

—¡Déjanos en paz! —le grita a la calle vacía.

Se le va, me digo. Está perdiendo la cabeza. «Las cosas van de mal en peor, ¿verdad?» La voz de Anna me resuena en la cabeza mientras Patrick entra en casa dándome otro empujón y estampándose contra el marco de la puerta. Lo veo coger las llaves, subirse al coche y arrancar, virar bruscamente al otro lado de la calle y acelerar al llegar a la esquina. Oigo de nuevo el carrillón de viento, más fuerte, desafinado, y me tapo los oídos con la base de las manos.

Echo la llave a la puerta, pese a lo mucho que me duele la mano al girarla, y me voy, ignorando el movimiento que detecto en las cortinas de Lyn Barrett. He recorrido ya medio paseo marítimo, sin pensar en otra cosa que en alejarme de esa condenada casa, cuando se levanta niebla. No es nada nuevo, ya me he acostumbrado a ella, a que el mundo desaparezca, pero estoy sola en el paseo marítimo, a un metro del borde del acantilado. La niebla es húmeda y fría y oigo pasos a mi espalda. ¿Será Patrick? ¿Anna?

Aminoró la marcha y también lo hace quien me sigue. Me encuentro de nuevo en esa disyuntiva en que Joe me pinta: ¿me defiendo o huyo? Antes mi opción habría sido siempre salir corriendo, esconderme. Aislarme del mundo. Las pastillas, el vino, esconderme de Patrick, esconderme de la verdad, esconderme de... ¡de todo!

Pero ya no lo voy a volver a hacer.

Un segundo después, me vuelvo. Emerge un hombre de la niebla.

—¿Sarah?

Debería haber salido corriendo. Debería haber gritado. Debería, ahora,

salir corriendo, gritar, las dos cosas; parece que el mundo haya desaparecido, pero está todo ahí mismo. Estoy a solo cinco minutos de casa.

Se acerca y veo que es Tom Evans, y no sé si sentirme aliviada o asustarme más. Me parece un extraño, un hombre devorado por sus demonios.

—No huya —dice, y me agarra enseguida de la manga—. He venido a... No se asuste.

Estamos ocultos en la niebla, los únicos imbéciles a los que se les ocurre salir. Me late tan fuerte el corazón que en estos momentos creo que de verdad uno se puede morir de miedo.

—¡Suéltame! —le digo.

Me suelta el brazo y da un paso atrás, con las manos en alto.

—Lo siento, lo siento.

Me tapo un poco más las manos vendadas con las mangas del abrigo.

—¿Qué quieres?

Oigo en mi cabeza la voz de Patrick susurrándome las palabras que dijo cuando vimos aquella fila de gente mirando la casa: «Están esperando a que vuelva a pasar».

—La he visto subir aquí. Le he dejado un montón de mensajes en el buzón de voz, pero no me devuelve las llamadas.

—Tienes que dejar de llamarme, Tom... Siento haberme puesto en contacto contigo. Jamás lo habría hecho de haber sabido que aún estabas tan...

—¿Tan qué?

Obsesionado. Perturbado. No puedo decirle algo así a este hombre que tengo delante, temblando, ¿no? Parece poco mayor que mi hijo Joe, con todo su dolor y sus cicatrices.

—¿Le has dicho al médico que me has estado llamando y viniendo a verme?

Niega con la cabeza y ríe.

—Mi médico la ha cagado.

—Creo que tienes que procurar olvidarte de esto.

Me estremezco al oír mis propias palabras. ¿No fue eso lo que me dijo Patrick a mí? «Déjalo estar, Sarah.» Si lo hubiera hecho, ¿estaría aquí ahora? ¿Sería todo tan espantoso si hubiera podido hacer lo que Patrick me pidió y me hubiera limitado a fingir que la masacre nunca tuvo lugar, que el que hubieran soltado a Ian Hooper no nos afectaba en nada?

—Fue usted quien se puso en contacto conmigo. Fue usted quien volvió a traerme aquí —dice Tom, y esa nueva carga se suma a la losa de

remordimiento que ya llevo a las espaldas por tantas cosas—. E hizo bien llamándome —añade, y vuelve a agarrarme del brazo—. Ahora yo puedo ayudarla a usted y usted a mí.

—¿A qué te refieres?

—Hooper está en libertad y no debería. Tendría que haberse podrido y muerto en la cárcel por lo que le hizo a mi familia.

—Lo sé. Lo siento, pero ¿qué puedo hacer yo?

—Usted no, su marido.

Vuelvo a menear la cabeza para librarme del zumbido de sus palabras. No quiero oír lo que está a punto de decirme.

—Patrick no sabe nada.

—Se equivoca. Él estaba allí. Estaba con papá la noche de los asesinatos. Estaban juntos en el pub.

—No, no, eso no es cierto. Lo siento, Tom, pero...

—Lo declaró en el juicio.

—¿Qué? —Me deja de piedra. Está mal de la cabeza, Patrick tiene razón. Sufre delirios—. No, no es verdad. Yo lo sabría.

Pero dejé de buscar, ¿no? En cuanto me puse en contacto con Tom, dejé de investigar los asesinatos. Dejé de querer conocer todos los detalles sórdidos.

—Es cierto. Declaró en el juicio que estuvieron juntos en el pub hasta más de las diez, así que no había forma de que... —Se interrumpe.

Tiene que estar mintiendo. Patrick me lo habría contado si hubiera declarado en el juicio. Claro que nunca me contó que John Evans y él eran amigos. Nunca me dijo que venía de visita a este pueblo mientras yo estaba en casa con los niños.

—Siempre hubo dudas —dice Tom, mirando a la niebla, no a mí—. Yo era solo un crío escondido debajo de la cama mientras asesinaban a toda su familia. —Lo dice con una extraña distancia, con una voz falta de emoción que reverbera y me produce escalofríos—. Recuerdo que mamá me arropó, pero yo tuve una pesadilla y me desperté, así que estaba debajo de la cama jugando porque no quería volver a acostarme. Oí gritos. Oí a un hombre gritar y a mi madre chillar y, por la puerta abierta de mi cuarto, vi a mamá y a papá en su habitación, peleándose. Mamá le gritaba a papá y... se cayó. Billy salió corriendo de su cuarto y yo cerré los ojos y me tapé los oídos hasta que pararon los gritos. —Inspira hondo, entrecortadamente—. Cuando salí, todo estaba en silencio y pensé..., pensé que había terminado. Pero entonces oí más voces. Me acerqué al borde de las escaleras y vi a Hooper con el cuchillo y a

mi padre caer. Eso fue lo que les dije la primera vez. —Me mira otra vez—. Pero antes, antes de que mi madre y Billy dejaran de chillar, oí las cosas que dijo papá. Le estaba gritando a mamá. Le decía: «¡Te voy a matar! ¡Os voy a matar a todos!».

Hace una pausa y me dedica una especie de sonrisa que me deja helada.

—Me pasé toda la infancia repitiéndome que estaba confundido, que me equivocaba. Papá no era siempre un buen hombre, pero tampoco era un monstruo. Yo no quería ser el hijo del monstruo. Se lo conté a mi abuelo una vez y él me dijo lo mismo. Me dijo que me equivocaba y que nunca, jamás, se lo contara a nadie. Y por eso no se lo he contado a nadie. Entonces, en el juicio, el señor Walker declaró que él estaba con papá y eso me hizo sentir mejor, porque yo debía de haberme confundido: no había sido a papá a quien había visto, a quien había oído gritarle a mamá. Me equivocaba; a lo mejor me quedé dormido y lo soñé. Tuvo que ser Hooper, porque el señor Walker dijo que papá estaba con él.

Tomó aire, pero no puedo soltarlo. Contengo la respiración hasta que me duele el pecho.

—Pero yo no me lo quitaba de la cabeza —dice Tom—. A Hooper no lo condenaron por el asesinato de mi madre y de mi hermano. No había pruebas suficientes, maldita sea. Estaba allí con el cuchillo en la mano... Tuvo que ser él.

Me mira. Deja de apretarme el brazo.

—Necesito que el señor Walker, que Patrick hable con ellos otra vez. Él sabe la verdad. Puede contarles la verdad y volverán a encerrar a Hooper. Y esto terminará —dice, soltándome el brazo. Se da un golpe fuerte en la frente, aprieta el puño y se golpea otra vez—. Quiero que termine, quiero dejar de oír a mi padre diciendo esas palabras. —Baja la mano y tiene una marca roja en la frente—. Por eso le vendí la casa al señor Walker, por eso accedí a quedar con usted la primera vez. Él sabe la verdad sobre los asesinatos y sabe la verdad sobre la casa, sobre el efecto que tiene en la gente. Tendría que haberme hecho caso cuando se lo dije, haberse ido entonces.

Me aparto de él, con el corazón aporreándose el pecho. Aunque me haya mentido en todo lo demás, Patrick tenía razón en una cosa: Tom está perturbado.

—¿Sarah? —me llama cuando doy media vuelta para echar a correr. Me detengo y lo miro—. ¿Cogió el paquete que le dejé?

—¿Has sido tú el que me ha dejado la caracola? ¿Hace un rato?

Niega con la cabeza, asombrado.

—¿Caracola? No, la semana pasada. No estaba en casa y lo dejé en la puerta.

—¿Cuál?

Entonces recuerdo el paquete que iba a mi nombre y que se llevó Patrick.

—Eran fotografías. Antiguas. De mi padre y su marido. De la casa.

—No... Lo cogió Patrick.

Se le ensombrece el semblante. Se lleva solo unos años con Joe, pero ahora mismo parece muchísimo mayor.

—Cuando nos mudamos a la casa, había... Debería echar un vistazo a las paredes —me dice.

—¿A las paredes?

Recuerdo las fotografías de esos recortes de periódico, los bordes de los dibujos que hay debajo del papel levantado del cuarto de Joe.

—Debajo del papel pintado. En la que era mi habitación. Por eso sé que el señor Wal..., que Patrick entiende lo que pasa con la casa. Lo que le hace a la gente.

No me gusta cómo dice el nombre de Patrick, apretando los dientes, espetando la palabra.

Desvía la mirada por el paseo hacia la casa, que de repente se ve en un claro de la niebla, y descubro a Anna a la puerta. Cuando vuelvo, me doy cuenta de que me mira mientras miro a Anna.

—Tenga cuidado, Sarah.

Le doy la espalda, pero no me muevo.

—Déjame en paz, Tom.

Cuando me vuelvo otra vez ya no está, se lo ha tragado la densa niebla.

Anna sigue plantada delante de la puerta, encorvada, con las manos en los bolsillos. Parece que se acabe de levantar, con el pelo revuelto y sin maquillar. De cerca, huele a alcohol rancio y a tabaco.

—¿Qué haces aquí?

—Quería asegurarme de que estabas bien. He visto marcharse a Patrick y parecía enfadado —dice.

Paso por delante de ella para abrir la puerta, manoseando las llaves con los dedos vendados, procurando taparlos con mi cuerpo.

No la he invitado a entrar, pero me sigue dentro, sin parar de hablar.

—Le he visto la cara cuando salía. ¿Qué crees que va a pasar después? ¿Piensas que va a volver a casa como si no hubiera ocurrido nada?

La ignoro y subo corriendo al dormitorio, abro el cajón de la mesilla de Patrick y busco la caja de fotos de Tom. La caja no está, pero encuentro una foto arrugada al fondo del cajón.

Reconozco a Patrick enseguida, aunque en la imagen se le ve mucho más joven. Se parece al Patrick de cuando nos conocimos.. La foto está hecha delante de la casa, y aun entonces, muchísimo antes de que se convirtiera en la casa maldita, resulta... siniestra. Las ventanas son como ojos negros sin expresión; la puerta roja, una boca sangrienta que esconde unos dientes afilados a punto de zamparse al adolescente risueño que es Patrick.

Pero no es la casa, ni Patrick, lo que me acelera el corazón, sino el hombre contento que hay a su lado, que obviamente es un joven John Evans, una versión más feliz, más afortunada de Tom. Luego me llama la atención la chica de pelo moreno alborotado que apoya la cabeza en el hombro de Patrick. ¡Es Anna!

Cuando bajo, sigue esperando en el vestíbulo.

—Me dijiste que te habías mudado aquí el año pasado.

—¿Qué?

—Que las dos éramos nuevas en el pueblo, me dijiste. Que siempre habías vivido en la ciudad.

—¡Por Dios, Sarah!, ¿de qué hablas?

Llevo los vendajes escondidos debajo de las mangas y una de ellas tapa la foto. Escudriño el rostro de Anna, pero no revela nada, me mira confundida.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí en realidad? ¿Cuánto hace que conoces a mi marido exactamente? ¿Lo conocías bien cuando él, John Evans y tú formabais una puta pandilla de adolescentes felices? —Me subo la manga y le enseño la foto—. Mira esto..., ¡mira! Se hizo aquí, delante de la condenada casa. Patrick te tiene cogida por la cintura, ¿te estabas acostando con él? ¿Eras su puta novia? ¿Por qué me has mentado?

Me mira fijamente, pasmada, dispuesta a negarlo, luego le cambia la cara, se le descuelgan los hombros, se encorva y mira al suelo.

—¿Qué más da? —dice—. Nunca viví aquí. Solo estaba de paso cuando nos liamos. Ni siquiera se acordaría de mí, así que ¿qué más da?

—¿Que qué más da? ¡Que no me lo has contado! Me has estado mintiendo

todo el tiempo —digo, y le sacudo la foto delante de la cara.

No contesta, no reacciona. En cambio, me coge la mano vendada y enarca las cejas cuando yo hago un aspaviento y me zafo de ella.

—¿Te lo ha hecho Patrick?

—Fue un accidente. No pasa nada. No cambies de tema.

—¿Qué tema? Intento ayudarte, Sarah, y tú me vienes con una mierda de lío adolescente que tuve hace un millón de años. —Se va y se mete en la cocina—. ¿Y qué si soy yo la de la foto? —dice—. ¿Y qué si me acosté con Patrick? ¿O con el puto John Evans? ¿Y qué si me lo hice con medio pueblo en un fin de semana salvaje en la playa? Tú no me conocías, no los conocías a ellos. ¿Y si te dijera que lo hicimos en esta casa, que lo hicimos en la playa, en la feria, en los baños del pub? ¿Eso es lo que quieres oír? ¿Eso te hace sentir mejor?

—No es por el sexo —digo—. Es por la mentira.

—No soy la única que miente. Pregúntale a él. Pregúntale si se acuerda...

—¿Si se acuerda de qué?

Menea la cabeza, pálida, abrazándose como si le doliera algo.

—Nada. Olvídalo.

—Mira, Anna, creo que será mejor que no vengas por aquí en un tiempo, ¿vale? Sé que solo quieres ayudarme, pero esta es mi vida, no la tuya, y hay cosas que no sabes.

—¿Piensas que puedes dar el salto a un futuro dorado y maravilloso? —me espeta, acercándose y gritándome a la cara—. He visto tus pinturas en la galería. La exposición se inaugura mañana, ¿no? ¿Qué crees que va a decir Patrick al respecto? ¿O ya las ha visto y los putos vendajes son por eso?

—Ahora ya da igual —digo, y se lo digo a la casa, a mí misma y a ella—. Me voy. En cuanto llegue Mia, nos vamos.

—¿Y Joe?

—Joe no está solo y se va a mudar de todas formas. Le van a dar plaza en la universidad y compartirá piso con un amigo.

Anna frunce el ceño.

—¿Joe? ¿Qué estás diciendo? Es demasiado joven.

—Está a punto de cumplir los dieciocho y pronto se iría a la universidad de todas formas.

Niega con la cabeza.

—Me dijiste que tenía quince años.

—Mia tiene quince años, no Joe.

Se acerca al boceto enmarcado de Joe y Mia de pequeños.

—Pensaba que eran gemelos —dice, dibujando con el dedo sus sonrisas.

—No, no lo son. Se llevan casi dos años.

—¿Dos años? —pregunta, y deja el dedo clavado en el dibujo. Asiento, aunque está de espaldas a mí—. No —dice. Descuelga el boceto y lo estudia—. No. ¿Qué has hecho? —susurra.

—¿Qué?

Se vuelve de pronto con el gesto torcido y los ojos llenos de lágrimas. Levanta el cuadro y lo estampa en la pared que hay detrás de mí. Me agacho y me tapo la cabeza porque el cristal se hace añicos y sale disparado por todas partes.

—¡Zorra! —me grita—. ¡Maldita zorra ladrona!

Corre hacia mí y yo retrocedo, aplastando con el pie los cristales rotos. Se detiene a un paso de mí, temblando, con la respiración agitada, el gesto aún torcido. Creo que me va a atacar, pero, en cambio, da media vuelta, sale corriendo a la calle y cierra de un portazo.

Me acuclillo sobre los cristales rotos, cojo el dibujo y lo sacudo. Repaso mentalmente lo que he dicho en busca del detonante, de lo que la ha desatado. Estupefacta, caigo en la cuenta. No lo descubro en el dibujo, sino en la fotografía, la que Tom Evans dejó para mí. Ahora lo veo claro: lo veo en el giro del pie, en cómo saluda con la mano, en el retintín de su risa amarga. Por fin lo veo.

Miro el boceto y luego la foto.

Y ahí está.

¡Eve!

Hay algo escrito en el reverso de la fotografía de Tom. Me tiembla tanto la mano que me cuesta un poco enfocar las palabras. Cuando lo consigo, cuando las leo y vuelvo a mirar la fotografía, tengo que salir corriendo, ir al baño, inclinarme sobre la taza del váter, y vomito, una arcada detrás de otra, bilis y amargura.

¡Qué estúpida he sido! Más estúpida de lo que jamás pensé que podía ser. Condenadamente estúpida.

Aún estoy a tiempo de no hacerlo. Miro el sobre que tengo en la mano. Podría romperlo, largarme ahora, ir a cogerme una cogorza, seguir bebiendo hasta morir. Pero ya he metido la carta en el sobre. Lo sabrás, ¿no? Sabrás lo que significa.

Este sobre es una bomba. Este sobre y su contenido son una granada, un cóctel molotov que estoy a punto de pasarte por la puerta. Sé el daño que te va a hacer y aún podría impedirlo. Si quisiera.

Pero no quiero.

«¿Joe? Joe, soy mamá. Por favor, llámame en cuanto oigas este mensaje. No vengas a casa. Llámame primero.» Es la tercera vez que me salta el buzón de voz y estoy preocupada. Tengo que hablar con él antes de que... Se cierra de golpe la puerta de la calle y hago un aspaviento.

Estoy arriba, metiendo ropa sin mirar en una maleta. No son las tres aún, muy pronto para Mia, muy pronto para que Joe vuelva de su entrevista en la universidad. Escondo la maleta debajo de la cama, acelerada, y tiro del edredón para taparla. Justo en ese momento entra Patrick en nuestra habitación. La terrible verdad, todas sus mentiras, las acusaciones a voces de Anna; todo me flota dentro como objetos palpables deseando salir de mí con un aullido de rabia. Pero no puede ser. Se pone entre la puerta y yo, y la tensión inunda el espacio que nos separa. En el sudor de su frente, en sus manos temblorosas, en su ojos irritados veo que ha perdido del todo el control. Este es el Patrick que estampó a Joe contra la pared, el que se abalanzó sobre Mia. Aprieto los puños a los lados, ignorando el terrible dolor de mis manos achicharradas.

—Somos famosos —dice, y tira el periódico y un ramo de flores en la cama.

¿Patrick me ha traído flores? Las miro fijamente. Voy a cogerlas cuando veo la tarjeta que viene con el ramo. Lleva una copia impresa de la foto de los Evans que salió en todos los periódicos, con el pie «No os olvidamos». Reculo y retiro la mano de las flores como si fueran a mordirme.

Me quedo helada al ver la portada del periódico. Han usado la misma imagen, la célebre foto de hace quince años: el precinto policial agitado por el viento, BIENVENIDOS A LA CASAMALDITA pintado con espray en la puerta de la calle... Y esas son las palabras que componen el titular.

—Es el aniversario de la masacre —dice, y pasa por delante de mí para mirar por la ventana—. Los putos buitres han vuelto.

Miro afuera, más allá de donde está él, descompuesto y temblando junto a

la ventana.

Lyn Barrett se acerca a la cancela. Deja un ramo de narcisos y un muñequito de trapo en el suelo.

—Madre mía... —mascullo.

—Por lo visto, lo hacen todos los años —dice Patrick—: dejan flores como si conocieran de verdad a las víctimas. Putos buitres morbosos.

Me acerco un poco más y busco a Ian Hooper, a Tom Evans.

Me froto los brazos para quitarme la carne de gallina.

«Sal corriendo —me susurra una vocecilla—. Ahora que está distraído.»

—Dejan las flores y comentan lo horrible que fue, ¡qué tragedia!, pero están deseando todos que vuelva a ocurrir algo igual de emocionante —espeta sin apartar los ojos de la ventana—. Quince años después, se mueren de ganas de ver más sangre derramada en la casa maldita.

Corre la cortina y se aparta de la ventana.

—Me han llamado del trabajo —dice—. Reunión urgente. Perfecta para un viernes por la tarde. —Se acerca a mí—. Más vale que cierres la puerta y escondas la llave, no vaya a ser que entre algún asesino.

Asiento. Pero si cierro la puerta y escondo la llave, nos quedamos atrapados dentro. Y yo ya no creo que sea el peligro externo el que deba preocuparnos.

En cuanto se va, vuelvo a la ventana. Aunque parezca una paranoia, todo el que pasa, los que pasean al perro, los que salen a correr, todos se detienen a mirar la casa. Corro las cortinas otra vez y saco la maleta de debajo de la cama.

El periódico sigue encima cuando dejo la maleta al lado. Me pongo mala de leer lo que dice de mi marido, de su familia, de esta casa. El artículo se explaya con el retorno de Patrick a la casa familiar. Leo las últimas líneas y contengo la respiración.

Ian Hooper fue detenido en Liverpool la semana pasada tras una pelea a la puerta de una discoteca. A Hooper, que lleva viviendo en Liverpool desde que salió de la cárcel, se le acusa de agredir a un joven de veinticinco años.

Todo lo que nos han dejado en la puerta, el mirón delante de casa... Si es cierto que Hooper lleva viviendo en Liverpool desde su excarcelación, no ha

podido ser él. Él no ha podido hacer nada de eso. Yo quería que fuese él, el malhechor evidente, porque, de lo contrario... Pero no ha sido él, el Ian Hooper que tanto miedo me ha dado siempre nunca ha existido. Tiene que ser Tom, siempre esperando y observando, incluso antes de que me pusiera en contacto con él. Madre mía, qué boba he sido invitándolo a entrar en nuestra vida.

No tendría que haber esperado tanto para irme. ¿Por qué lo he hecho? Por esa bobada de la exposición, que siempre ha sido un sueño absurdo, ¿no? Otra forma de negación. No sé adónde voy a ir. No quiero alojarme en casa de Caroline, pero le puedo pedir dinero prestado y buscarme un hostel barato y... ¿Y luego qué? Da igual. Ya se me ocurrirá algo.

Meto más ropa en la maleta, pero necesito algunas cosas de Mia y de Joe. Mia solo ha preparado una bolsa para una semana. Bajo la maleta al vestíbulo y subo corriendo a llenar un bolso de viaje. Enfilo el descansillo hasta el cuarto de Joe con el corazón acelerado. Estoy convencida de que debo marcharme ya, que ni siquiera debería perder este tiempo, estos minutos. En efecto, hace más frío en el cuarto de Joe que en el resto de la casa, aun con la calefacción apagada, con lo que no puedo decir que sea porque el radiador esté estropeado.

El papel pintado se está despegando otra vez, así que arranco un trozo grande. ¿Qué dijo Tom? Que mirara las paredes. Cae una lluvia de yeso al suelo. Debajo del papel pintado, debajo de las manchas negras de humedad, toda la pared está cubierta de dibujos. Hechos por la mano de un niño, pero no una mano inocente. Los dibujos representan a una familia de palotes. Al hombre y a la mujer, que llevan cuchillos en el vientre, los están destrozando unos perros de dientes afilados. El hombre está estrangulando a un niño; la mujer se está subiendo a la cama del niño, con las manos extendidas. Me tapo la boca con las manos para no vomitar.

Salgo temblando de la habitación y cierro la puerta; ojalá tuviera un puto candado. Joe ha estado durmiendo ahí, con todos esos dibujos monstruosos en la pared. Voy al cuarto de Mia, respirando agitadamente. Casi todas sus cosas están tiradas por el suelo, lo limpio y lo sucio, mezclado. Me agacho a buscar zapatos debajo de la cama y me encuentro otra cosa, escondida al fondo, algo que brilla. Se le habrá caído por un lado de la cama. Me tumbo, meto el brazo y estiro los dedos para alcanzarlo.

La cadenita está llena de polvo, pero la reconozco enseguida. Es la de mi madre, la cadenita de oro con el colgante de zafiro, su «mejor cadenita», como

solía llamarla ella, la que se ponía siempre que íbamos de visita. Como me tiemblan las manos, se me cae a la alfombra y se pierde entre las lanas. Hurgo en ella con las manos hasta que la encuentro; ya no tiene polvo y vuelve a ser de oro y a brillar; ¡hay tantos recuerdos de mi madre en cada eslabón de esa cadenita!

—¿Qué haces en mi cuarto?

Ni siquiera la he oído entrar en casa. Me vuelvo hacia ella: está en el umbral de la puerta, con los puños apretados, ceñuda. Se siente culpable, diría yo, cuando deja de mirarme la cara llena de lágrimas y mira la cadenita que llevo en las manos.

—¿Me lo has cogido tú? —le digo, levantándome.

—¿De dónde has sacado eso? ¡Es mío! —espeta, e intenta cogerlo, pero yo lo aparto de su alcance.

—¿Tuyo? Me lo has quitado tú, ¿verdad? Entraste en mi habitación a cogerlo. ¿Dónde está el resto? Vi... —Se me quiebra la voz—. Vi el anillo de compromiso de mi madre en una joyería del pueblo. Pensaba que me lo había cogido tu padre... Lo has vendido tú, ¿verdad? ¿Así te has pagado la ropa nueva, así podías salir y emborracharte?

—¿Qué coño te has metido? —me dice—. Yo no te he cogido ni una puta joya. Fue un regalo.

—¿Cómo!

Ahora me mira con recelo, se lo noto en el doble parpadeo, en el giro del pie.

—Me la dio papá. Fue un regalo. No me la he puesto, es horrorosa. Odio el oro. Pensaba que la había perdido.

—No es suya. Nunca lo ha sido. Era de mi madre. ¿Por qué te la ha regalado?

—Como premio —susurra.

—¿Como premio? ¿Por qué? —consigo decir mientras ella hace una mueca.

Mira a su espalda como si esperara encontrarse a Patrick allí.

Allí de pie, en el umbral de la puerta, la veo tan joven y tan parecida a mí... Hay un instante, un momento en el que podemos hacer lo que hacemos siempre, irnos cada una por un lado, ignorando eso a lo que no queremos enfrentarnos. Cierro los ojos y espero a que pase ese momento.

—Me pregunta dónde has estado, con quién has estado hablando. Me dijo que era porque lo tenías preocupado. Desde la sobredosis. —Se mete la mano

en el bolsillo y saca un billete arrugado de veinte libras—. A cambio, me da dinero. Lo siento. Le dije que no quería el dinero. Siguió insistiendo en que lo hacía solo porque estaba preocupado.

Trago saliva, pensando en todos los sitios en los que he estado, en todas las mentiras que he contado.

—Da igual. Nos vamos, las dos —le digo—. He hecho el equipaje. Nos marchamos.

—El otro día cuando saliste... —Se acerca a mí, apoya la cabeza en mi hombro. Dibuja con el dedo los cardenales que tengo en el brazo, cuatro círculos perfectos de color púrpura de los dedos que me clavó Patrick al agarrarme—. Ay, mamá, la he cagado de verdad. —Parece más menuda, más joven. Le doy un beso en la frente y le echo el pelo hacia atrás. Mi niña pequeña. ¿Cómo ha podido Patrick implicarla en esto? Es culpa mía, Anna tenía razón: tenía que haberme ido antes, tenía que haber buscado antes el modo de huir—. Volvió a entrar en mi cuarto —dice. Dejo de acariciarle el pelo—. Estaba borracho —me susurra, y la abrazo un poco más fuerte, cerrando los ojos—. Cuando se acercó, le olía el aliento a whiskey. Estaba borracho y despoticando y yo estaba asustada, y no paraba de preguntarme por ti y por lo que habías estado haciendo... —La abrazo muy fuerte y la mezo mientras llora, susurrándole palabras tranquilizadoras, diciéndole que todo se va a arreglar, palabras que pretenden ser un bálsamo para sus heridas en carne viva. La abrazo más fuerte aún y procuro controlar mi propio temblor—. Estaba borracho y yo intenté convencerlo de que no pasaba nada, pero te vi, mamá, en el café y luego en la galería con ese hombre. Vi tus pinturas en el escaparate. Te vi la cara. De repente estabas tan contenta, mientras Joe y yo las estábamos pasando putas. Así que se lo dije. Le dije a papá que habías estado pintando y que ibas a exponer y que habías estado quedando con alguien. Se lo dije todo y él me dio la puta cadenita. Quería contártelo, pero no sabía cómo...

Me quedo helada. Recuerdo el rostro de Patrick cuando me pasó la bandeja de horno. Mia le ha contado todo esto y él no ha dicho ni una palabra, pero se le estaba enquistando dentro, la verdad y las mentiras. Mis manos quemadas son un castigo. Lo hizo a propósito. ¿Qué hará cuando vea la exposición y reconozca a Ben? Ahora no me puedo ir con Mia. No puedo huir con ella: si me voy ahora, Patrick vendría a por nosotras hecho una furia. Irá directo a casa de Caroline con toda su rabia y...

—Vete —le digo a Mia—. Adelántate tú. Coge el tren y ve a casa de

Caroline y quédate allí hasta que yo vaya a buscarte.

—No te puedes quedar aquí, mamá.

—No me pasará nada, solo será un poco, hasta que Joe y tú estéis a salvo.

Mía menea la cabeza, se abraza el vientre como si le doliera.

—No, no, tienes que venir también, no puedes dejar que... ¿Qué te va a hacer? Se pondrá como un loco, ya lo sabes. Volverá a perder los estribos. Te... —Calla e inspira entrecortadamente—. Tú no lo sabes, no lo sabes todo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—En la otra casa, cuando te tomaste las pastillas... —Hace una pausa y casi no la oigo con el zumbido y el bramido que tengo en los oídos. Oigo que se cierra de golpe la puerta de un coche fuera—. Después de clase, papá vino a buscarnos. Papá nunca viene a buscarnos, tendría que haber estado en el trabajo. Le dije que yo iba a ir de compras contigo, pero nos llevó a casa y descubrimos que... Era como si lo supiera. Le pregunté. Después. Se lo pregunté y me dijo que estaba equivocada, que había salido antes del trabajo y quería ir a buscarnos.

—Te creo —le digo con los labios entumecidos, notándome el sabor amargo de las pastillas en la lengua.

—Yo no quería que fuera cierto, no dejaba que fuera cierto porque tenía miedo —dice, entre lágrimas—. Estaba asustada y lo he pagado contigo porque no quería creer que papá hiciera algo así.

—¿Qué? Mía...

—Tú tenías a Joe. Siempre has tenido a Joe y vuestras pinturas, siempre estabais hablando de vuestro puñetero arte. Yo era la niña de papá y pensé que, si no dejaba que fuera cierto, todo seguiría igual. Pero no. Vinimos aquí y papá... Dejé de tener a papá. Ya no tengo a nadie. —Oigo la llave de la puerta de la calle—. Te dio las pastillas él, ¿verdad? —me susurra, y yo cierro los ojos.

—Baja ya —le digo—. Sal corriendo por la puerta de atrás.

—No puedo. Ya está dentro. No me dejará.

—Vale. Yo bajo a saludarlo —digo—. Lo distraigo, me lo llevo a la cocina y tú te escapas por la puerta principal.

—¿Y tú qué vas a hacer? No le irás a decir que te vas, ¿no?

—Ya me inventaré algo... Aún no sé qué. —La abrazo, la envuelvo en mis brazos como cuando era pequeña, la estrecho tan fuerte como ella a mí—. Lo voy a arreglar —le digo—. Te juro que lo voy a arreglar. Eres mi niña. ¡Mía! Lo voy a arreglar y luego iré a buscarte y todo irá bien.

Empieza a hablar, pero yo vuelvo a menear la cabeza y la saco de la habitación a empujones.

—Vete... y espérame.

Cuando llego abajo, me flojean las piernas. He oído a Patrick entrar, pero no hay luces encendidas y la puerta de la calle está abierta, porteándose con el viento. Le doy un codazo a Mia y la empujo afuera. Ella da un paso adelante, pero yo la agarro de la manga. ¿Por qué sigue abierta la puerta de la calle? ¿Ha entrado alguien detrás de Patrick? Miro calle abajo, pero no hay nadie por allí. Resulta tan tentador, tan tentador agarrar a Mia de la mano y huir con ella.

—¿Sarah?

Le suelto el brazo a Mia cuando oigo la voz de Patrick y la noto escabullirse a toda prisa mientras me vuelvo con una sonrisa falsa y luminosa en el rostro que se desvanece en cuanto le veo la cara. Algo va mal. Algo va muy mal.

—¿Adónde vas? —resuena su voz en la penumbra del vestíbulo y doy un paso atrás. La puerta sigue abierta, aún podría escapar. Se acerca, sale a la luz.

—A ninguna parte.

Ríe y yo me encojo de miedo. No me gusta esa risa.

—Estaba empezando a preocuparme —dice—. Pensaba que te habías ido.

Entro para impedir que vea marcharse a Mia.

—Pensaba que tenías una reunión.

—No he podido ir. Me han metido una carta por la puerta y... De todas formas, ya sé de qué iba la reunión: me van a despedir.

Le veo algo en la camisa que parece sangre y se me seca la boca.

—Patrick..., ¿qué has hecho?

Me ve mirarlo y se toca la mancha.

—He estado cometiendo demasiados errores, olvidando reuniones, no presentándome. —De repente me acuerdo de la maleta, la que he dejado en el vestíbulo, a escasos centímetros de él. Se me acelera el corazón y se me empieza a revolver el estómago. Tendría que haber huido con Mia. Mira donde yo y la ve—. Nunca has tenido intención de darle una oportunidad a la casa,

¿verdad?

—Sí. Claro que sí. Te di el dinero de mi madre, ¿no? Te di todo lo que tenía.

—Y tampoco me has permitido que lo olvidara, ¿verdad? —Abre la maleta, saca la ropa a puñados y la tira por el suelo—. El único dinero que has aportado a este matrimonio, y casi te lo tuve que suplicar. —Coge la maleta vacía, abre la puerta del sótano y la tira por las escaleras—. No te lo pienso permitir. No voy a dejar que me abandones. No voy a dejar que te escabullas.

Me agarra del brazo, tira de mí, se inclina y cierra la puerta de un empujón. Con el pulso disparado, me imagino a Patrick como una goma elástica, tensándose sin parar desde que llegamos aquí y ahora un poco más por lo de Ben y la exposición, que Mia le ha contado, y todavía más por mi condenada maleta, y por su trabajo. Y por la casa, que ha estado royendo la goma, erosionando el hilillo que queda.

—Ya no podemos quedarnos aquí —le digo en un susurro—. Sé lo que hiciste. Sé lo de Eve...

—No.

—Tenemos que marcharnos. —Procuro mantener la calma, centrarme en evitar que pierda el control, pero, cuando voy a rodearlo, se planta delante de mí, impidiéndome el paso—. Igual..., igual tu despido es algo bueno. Puedes buscar otra cosa, algo menos estresante. Puedes vender la casa, darte un respiro. Empezar de cero de verdad.

—¿Y tú? ¿Y los niños? ¿Vendríaís conmigo? —Me lo pienso demasiado—. No —dice demasiado alto, y me estremezco—. No te voy a dejar marchar. Y jamás tendrás a los niños.

Aprieto los dientes.

—No pienso quedarme aquí más tiempo. Este sitio está podrido, es perverso, es malo para mí, es malo para los niños, es malo para ti. Lo ves, ¿no? Lo de Joe, lo de Mia..., y ahora te quedas sin trabajo.

—¡No es la puta casa! —Me levanta la voz y doy un paso atrás—. Eres tú, que no paras de ponerle pegas a todo, que me obligaste a suplicarte el puto dinero de tu madre cuando yo lo he pagado absolutamente todo en el tiempo que llevamos juntos. Estoy estresado por tu culpa, los niños se han descarriado por tu culpa, he perdido el maldito trabajo por tu culpa, porque tenía que estar pendiente a todas horas de tu puto estado de ánimo.

Intento pasar por delante, pero me agarra del cuello y me estampa en la

pared, apretando, cortándome la respiración. Lo cojo de los brazos, le clavo las uñas, le arañó con todas mis fuerzas. Maldice y me suelta. Me escabullo tambaleándome, pero me engancha por el pelo y tira hasta que grito, me atrae hacia sí, levanta el brazo y me da un puñetazo. Me estalla la cara, lo juro. Caigo al suelo, cubriéndome la mejilla con ambas manos por miedo a que se me haga pedazos. Sangro, por el labio, por la nariz. Me noto la sangre en la boca, amarga y metálica.

Me hago un ovillo. En las películas, en los libros, cuando se pelean y se levantan y corren y se defienden, ¿cómo puede eso ser real? Yo no me puedo mover. No puedo pensar. No puedo centrarme más que en este fuego que tengo en la cara.

Me levanta, me mece como si bailáramos y llora. Me noto las lágrimas en la cara y me escuecen, sal en mis heridas.

—Lo siento, Sarah. Lo siento mucho. Nunca... No... Lo siento mucho. — Me mece y yo también lloro, por esa pareja que un día fuimos, por el hombre que bailó conmigo, que tenía aquella sonrisa, tanto amor, tantos planes—. Tienes razón: es esta casa —dice—. Pensé que podría arreglarlo. Cuando yo me crie aquí, todo era tan perfecto. Luego volví y las ventanas estaban podridas, había humedades y el edificio se desmoronaba. Mis padres... no estaban bien. Nunca estuvieron bien. Pero yo pensé que, cuando la casa fuera mía, todo se arreglaría.

Me sienta en el primer peldaño de la escalera y coge un pañuelo de papel de la caja que hay en la consola del vestíbulo. Me limpia la sangre del labio con cuidado.

—Nos quitaron la casa y ya no pude hacerlo. Entonces no. Ahora, en cambio, con nosotros, tenía una segunda oportunidad. Tú estabas tan enferma. Yo estaba tan asustado después de tu sobredosis. Tenía tanto miedo de perderte que pensé que la casa podría arreglarlo todo. —Se inclina como si fuera a besarme y yo me retraigo—. No, Sarah —dice, frenético, estrechándome de nuevo en sus brazos y murmurándome en el pelo—. No, no..., no te apartes de mí. No me tengas miedo. Por favor, yo nunca he querido... Pensé que si recuperaba la casa, lo tendría todo. Pero no es así. Tú, los niños, la casa, nada es perfecto. No es como debería ser. —Mientras dice eso, se aparta y veo que vuelve a cocerse en él la rabia, alimentada por la frustración. Se queda mirando el clínex manchado de sangre que lleva en la mano y baja la voz a un susurro—. ¿Recuerdas los planes que hicimos cuando nos conocimos, todos esos sueños que teníamos...?

Lo recuerdo. Recuerdo conversaciones tontas, castillos en el aire, las cosas que dice una pareja joven. No era real, lo que me contó de la casa junto al mar, de los niños, del perro, su convicción de lo perfecto que sería todo. Nunca pensé que fuese su puñetero plan de vida de verdad.

—Por favor, no me dejes, Sarah.

Niego con la cabeza y me aparto de su mano cuando hace ademán de acariciarme. «No me toques.» Lo pienso, pero no puedo decirlo. Tengo miedo de provocarle otro ataque de ira. Me acaricia la cara, con suavidad esta vez, me coge la barbilla, me pasa el pulgar por el labio.

—Es la casa —repite—. Es esta casa. La venderé.

—¿Que la venderás?

No le creo. Ha estado obsesionado con recuperarla toda su vida adulta.

—No me crees, ¿verdad? Lo haré, la venderé. ¿Para qué quiero esta casa si voy a vivir aquí solo? Nunca quise vivir en ella solo. Se supone que es una casa familiar. —Se inclina, apoya la frente en la mía—. Por favor... Yo nunca te habría... Si no hubiéramos estado aquí, si no nos hubiera afectado tanto la casa y todo, jamás habría perdido los estribos de ese modo. Tú lo has visto, me lo has dicho otras veces, es la casa. Dame otra oportunidad. La venderemos, nos mudaremos y no volverá a ocurrir nunca más. —No digo nada—. Nos mudaremos —insiste—. Nos mudaremos y todo irá mejor, será como antes, ya verás.

Cierro los ojos mientras me mece y me dan ganas de llorar. ¿Mejor como antes? ¿Como cuándo? ¿Como cuando yo pensaba que éramos felices, pero él venía a este pueblo una vez al mes sin decirme nada, a beber en un pub del que nunca me habló, obsesionado con una casa que yo creía un elemento olvidado de su pasado, poniéndome como excusa reuniones de trabajo cuando volvía a casa conmigo y con los niños?

Me mece y es como si bailáramos otra vez, mi yo desaliñado con el abrigo de Oxfam y Patrick con esa sonrisa que lo era todo para mí, y me pregunto si aún queda algo de ese Patrick, si ese Patrick llegó a existir alguna vez.

—Lo siento —no para de decir—, pero no, no voy a dejar que me abandones. —La puerta del sótano sigue abierta, me noto la corriente de aire frío en la cara—. ¿Dónde están Mia y Joe? —pregunta.

Me va el corazón a mil.

—Ni idea —digo, resistiendo la tentación de mirar el reloj. ¿Habrá subido Mia al tren?

—Esperaba que Mia estuviera equivocada, pero cuando me ha llegado esta

carta... —dice, sacándose un sobre del bolsillo.

—¿Qué?

—He cogido el coche y he empezado a dar vueltas para tranquilizarme, porque no me lo podía creer. Entonces he bajado al pueblo y he visto tus pinturas en la galería. He visto tu nombre en el cartel y he sabido que Mia tenía razón y que me has estado mintiendo todo este tiempo. Y también tenía razón en lo otro, ¿verdad?

—¿De qué me estás hablando?

Noto los puntos fríos de los que habla mi hija, pero no están en la casa, sino dentro de mí, y son cada vez más grandes.

Abre el sobre y me enseña una foto de Ben y mía, y todos los puntos fríos se juntan, me congelo por dentro, madre mía, madre mía, tengo que irme de aquí. Me levanto como un resorte y me dispongo a salir corriendo, pero él es demasiado rápido y me agarra del brazo, tira de mí y me hace girar para estamparme contra la pared.

—Uy, creo que no, Sarah —dice, reteniéndome—. Tú no vas a ninguna parte.

—Por favor, Patrick, esa foto no es...

—¿No es lo que parece? Eso es lo que yo quería pensar. No entendía por qué alguien me la había metido por la ranura de la puerta. —«Anna —pienso—. Eve.»—. Yo estaba aquí, intentando convencerme de que era algo inocente, de que alguien había hecho la foto para vengarse de algo personal, pero entonces me he acordado de lo que me contó Mia.

—¿Qué has hecho? —susurro, y vuelve a poner esa cara, esa mirada perdida.

—Mia es buena chica —repite—. Me lo contó todo. Me contó la verdad, pero me enfadé con ella porque no quería creerlo.

—No es cierto —mascullo. No es cierto—. Solo es una exposición, él es uno de los artistas de la galería. Quería que fuese una sorpresa.

—¿Creías que no lo iba a reconocer? Lo estabas dibujando, a ese «artista». Me dijiste que te lo habías inventado, que era producto de tu imaginación, pero lo dibujaste a él, ¡su casa! Has estado en su casa. Me has estado mintiendo todo este tiempo. ¡Meses!

—Es un amigo, nada más.

Vuelve a mirar fijamente la foto y yo también. Es una foto de cuando estuvimos en el café y yo estoy inclinada hacia delante, hacia él. Es como la pintura de la pareja del banco: podría interpretarse de muchas formas.

«¿Amigos o amantes?», me susurra el recuerdo de la voz de Anna.

Había mucho ruido en el local, me incliné para oír mejor algo que me decía, pero en la foto parece que nos estemos besando. Parece que estemos enamorados: Ben me está acariciando la mano y yo recuerdo la sensación, lo íntimo que me resultó ese roce de piel con piel.

—De pequeños, siempre me tuvo envidia. Tenía envidia de mí, de esta casa cuando él vivía en un pisucho del pueblo. ¿Solo amigos? No me mientas.

—Solo somos amigos —repito—. Te juro, Patrick, que no te he sido infiel...

—¡Basta! —Callo cuando levanta la mano y me acaricia la cara. Siento su piel fría en la mejilla—. Te quiero. Te querré hasta que me muera. Y tú igual. No puedes vivir sin mí. —Me aprieta la mandíbula y me encojo de miedo. Luego baja los hombros, me suelta la cara—. ¿Por qué no te ha bastado conmigo?

—Así era antes —le digo, con los ojos llenos de lágrimas—. Tú eras lo único que yo quería, pero nunca te has fiado de mí. Me has mentado, Patrick. Me has estado mintiendo desde el día en que nos conocimos. Solo querías tenerme segura y, en cuanto me tuviste, te cargaste todo ese amor.

—Te ayudé. ¡Te salvé!

—¿Como no pudiste salvar a Eve? Eso fue lo que me contaste, ¿no?

Se dobla como si le doliera algo.

—¿Sabes que me estás matando?

Se lo noto en la cara de agonía. Pero quedarme con él me mataría a mí. Y si esa obsesión retorcida suya a la que llama amor tiene que matar a uno de los dos, prefiero que sea a él.

—Déjame marchar —le digo.

—No me puedes dejar. Le contaré a Joe quién es y lo que has hecho.

—Ya no me importa.

—Te importará. No volverán a hablar contigo. Jamás te darán la custodia, ni siquiera de Mia. Les contaré lo de tu depresión, lo de la sobredosis. Te quedarás sola.

—Prefiero estar sola a estar contigo.

Levanta la mano y me suelta un bofetón tan fuerte que se me va la cabeza para atrás y me doy con la puerta. Me estrecha en sus brazos, me abraza y me susurra «Lo siento, lo siento», apretándome tanto que no puedo respirar. Remata sus palabras con besos y mi sorpresa se torna pánico. No puedo escapar de sus brazos y estamos solos en la puta casa maldita y él me está

besando y diciéndome que lo siente.

—Déjame marchar, Patrick —le digo—. Por favor, déjame marchar.

Se aparta, aún tan perversamente guapo vestido de traje, con el pelo demasiado largo que le cae por los ojos. Se inclina para besarme, pero no en la boca, sino debajo de la oreja.

—Por favor, Sarah —me susurra al oído—. No me obligues a castigarte otra vez.

Me empieza a acariciar el brazo y yo cierro los ojos y pienso en la galería y en Ben. Parecía tan feliz mientras repasaba mis pinturas y hablaba de trabajar juntos. Nada de eso era real, el refugio que me ofreció, manchado para siempre por lo suyo con Patrick, pero esos momentos..., toda una vida ahí, esperándome.

Patrick me agarra del hombro, me atrae de nuevo hacia él cuando intento apartarme, clavándome los dedos lo bastante fuerte para hacerme cardenales.

—Dime que me quieres —me suplica.

—No —respondo—. Te odio.

Lo odio. A él, esta casa, esta vida, nacida de una mentira cruel, tan distinta de la otra, la que podría tener. Lo odio y se lo digo. Es lo único que me queda, esa pequeña posibilidad de hacerle daño.

Sin que me dé tiempo a pensar, me lleva a rastras por el vestíbulo y abre furioso la puerta entornada del sótano.

—¿Crees que me puedes hacer esto? ¿Crees que te lo voy a permitir?

Me agarro al marco de la puerta con las manos llenas de ampollas, en carne viva, y él me dobla los dedos hacia atrás hasta que grito de dolor, luego me mete dentro de un empujón y sigue empujando y bajo las escaleras medio rodando con él detrás y de pronto estamos los dos allí, en el sótano, en la penumbra.

—Lo siento —dice.

Pero no es verdad. No lo siente en absoluto. Lo dice con una voz horrible de dolor y de rabia, y aún no ha terminado de castigarme.

—Por favor, déjame marchar —le digo.

Se me queda mirando.

—No. Nunca.

Si hubiera accedido a salir con Ben la primera vez que me lo pidió, antes de saber quién era, antes de saber todo lo que había compartido con Patrick, ¿de

qué habríamos hablado? ¿Qué le habría dicho?

«¿Yo antes era una persona entera, no solo media, pero me he perdido por ahí?»

«¿Quería dejar a mi marido, pero me daba miedo?»

«¿Este atisbo de una vida nueva, tú, la galería, son más importantes para mí de lo que jamás habría imaginado?»

Pero a lo mejor no habría tenido que decir nada de eso. Él es pintor y podríamos haber hablado de arte, de libros, de música. Me habría gustado de forma silenciosa.

Tiene el pelo del color de la arena mojada y los ojos del color del mar, de ese tono entre verde y azul. Es corpulento y ancho de espaldas, todo en él es afecto y yo le habría dejado desnudarme en su casita junto al mar, habría sonreído mientras me cogía en brazos y me llevaba a su cama.

No es un hombre guapo, ni fibroso, ni tiene el vientre plano, ni rasgos afilados como Patrick, pero yo habría podido quedarme dormida con la cabeza apoyada en el pecho de mi artista y ese habría sido mi refugio, no un estudio ahora embrujado por los recuerdos de un Patrick adolescente.

Pienso en esto mientras Patrick me agarra y me impide marcharme. Pienso en mi artista, en su casita junto al mar y en lo que podría haber sido mientras Patrick me tira al suelo sucio del sótano y ahoga mis gritos con una mano en mi cuello mientras con la otra me baja los vaqueros y me arranca las bragas, me mete la mano entre las piernas para obligarme a separarlas y me penetra a la fuerza. Me viola y no puedo respirar, y me duele. Por Dios, que pare.

—Patrick, ¡para!

Pero no para. No para y, cuando llora después y repite una y otra vez «lo siento, lo siento, lo siento», yo cierro los ojos y me imagino en la casita junto al mar, con la cabeza apoyada en el pecho calentito de mi artista, dormida.

Cuarta parte

El dragón disfrazado de hombre

Titular del *Western Mail*, enero de 2017:

¿QUIÉN MATÓ EN REALIDAD A MARIE Y BILLY EVANS?

Ian Hooper, encarcelado en 2002 por la célebre masacre de la casa maldita, ha sido puesto en libertad. Solo se le condenó por el asesinato de John Evans por falta de pruebas que lo relacionaran con las otras dos muertes.

A Hooper lo soltaron discretamente el martes. De momento, se desconoce su paradero, pero se le ha ordenado, como condición para su liberación, que no regrese a su pueblo natal.

No puedo levantarme del suelo. Sigo en el sótano, sigo a oscuras. Veo una línea fina de luz por debajo de la puerta y parpadeo y espero a que mis ojos se acostumbren. Mi marido está a dos metros y medio de mí, sentado en el suelo, apoyado en la pared, sujetándose la cabeza con las manos, y yo no puedo levantarme del suelo. No sé cuánto tiempo llevo así, pero me parece una eternidad. Estoy aquí tirada, queriendo moverme. Me siento entumecida y mis puñeteras manos purulentas no me responden cuando intento estirarme la ropa. Ni siquiera me ha quitado los vaqueros, me los ha bajado hasta las rodillas. Me escuece el labio; me lo habré mordido yo, no creo que haya sido Patrick. Me obligo a incorporarme, pero dudo que las piernas me sostengan si intento ponerme de pie.

—Lo siento —susurra en un tono apagado, desprovisto ya de rabia.

«Las cosas van de mal en peor», me susurra Anna. Lo sé. Lo sé. Anna me dijo algo más, cuando aún era mi amiga, cuando aún era quien yo creía que era. «La única forma de escapar es que muera uno de los dos.» No quiero ser yo quien muera.

Me limpio otro reguero de sangre de la barbilla. Cuando se acerca y se acuclilla a mi lado, le noto el olor a sudor y a alcohol rancio y vuelvo la cabeza por miedo a vomitar. Me da un beso en la mejilla y se me escapa una lágrima. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando. No quiero llorar.

—No pretendía... —dice—. No pretendía hacer nada. Pero tus mentiras, Sarah... Al pasar por la galería y ver tu nombre en todos los carteles y a Ben allí dentro...

¡Madre mía! De pronto me acuerdo de la sangre que Patrick lleva en la camisa.

—¿Qué le has hecho? —digo, y me duele el labio y todo lo demás.

—Levántate.

Me coge del brazo y tira de mí, clavándome los dedos en el bíceps. Si me

suelta, me voy a caer. Me pasa el brazo por la cintura y me mece de un lado a otro en una puta parodia de nuestros días de baile.

—Iba a matar a tu novio —confiesa, apartándome el pelo de la cara y acariciándomelo con suavidad—. Te iba a encerrar en el sótano, iba a ir a buscarlo y lo iba a matar por atreverse a tocarte.

—Déjalo en paz —le digo—. No ha hecho nada, no hemos hecho nada.

Se acerca. Le huelo el aliento a vinagre y me araña la mejilla con su barba de tres días.

—Nunca he querido hacerte daño. —No puedo dejar de temblar—. Solo... solo pretendía quererte. Quería que todo fuese perfecto. Esta casa, este pueblo. Pretendía arreglar las cosas.

Lo miro fijamente en busca de esos días contemplando las estrellas, de las caracolas de mar, de la arena en los zapatos, de las risas y del cariño.

—Sé que estuviste en acogida. Sé que nunca fue perfecto. ¿Es cierto algo de lo que solías contarme? —Niega con la cabeza—. Y las pintadas... son tuyas, ¿verdad?

Se hace un silencio largo que se llena con las palabras escritas en la pared del sótano, con el susurro de un niño «Me he portado mal, me he portado muy mal...», una y otra vez.

—Pasaba mucho tiempo aquí abajo. Me portaba mal —dice en voz baja. Parpadea y mira a otro lado—. Me mandaban aquí abajo cuando me portaba mal.

—¿Tus padres? —Asiente, y el aire se vuelve más denso—. ¿Por qué? No lo entiendo...

—Me hacían pasar aquí la noche, a veces. —Lo dice tan bajito que tengo que hacer un esfuerzo para oírlo—. Me dejaban aquí abajo y se llevaban la bombilla, así que no tenía luz. Luego cerraban la puerta con llave. En ocasiones me dejaban salir a la hora o las dos horas, dependiendo de por qué me estuvieran castigando. Si me había portado muy mal, me dejaban aquí toda la noche. «Niño cochino —me decían—. Niño malísimo.»

La humedad, fría e insidiosa nos rodea por todas partes. Es de día y todo está oscurísimo. De noche, ¿pasaría algo de luz por el marco de la puerta? ¿Vería el vaho de su propia respiración, formando sombras en los rincones, o estaría en la más absoluta oscuridad?

—No me metían aquí inmediatamente —dice—. Yo hacía alguna estupidez, como perder unas zapatillas, manchar de barro la moqueta, romper un cristal de un balonazo, ellos lo veían, o se lo contaba alguien, y yo me pasaba días y

días y días encerrado en casa, con el miedo y el remordimiento reconcomiéndome las entrañas, haciéndose cada vez mayor hasta que ese puto cristal roto, esas putas zapatillas perdidas me atormentaban de noche y de día. Ellos no me decían nada en todo ese tiempo. La casa estaba en silencio y yo esperaba... —Tiemblo, tengo todos los músculos tensos. Estoy aquí con él, soy él, ese niño pequeño que se hacía pis de miedo pensando en lo que le harían sus padres por haber perdido unas zapatillas—. Y al final —dice—, al final se sentaban a hablar conmigo y me obligaban a castigarme a mí mismo. —No lo entiendo. No entiendo cómo esas personas a las que he conocido, esa pareja despistada que vivía en una casa asfixiante y claustrofóbica, podían ser tan fríos con un niño pequeño, ¡con su hijo!—. Me habían tenido atemorizado el tiempo que fuera, llorando hasta quedarme dormido y hacerme pis en la cama, acumulando más castigos futuros, y se sentaban a hablar conmigo y me decían: «Bueno, Patrick, ¿cuál crees que debería ser tu castigo?», y como había tenido tanto tiempo para pensar, tanto tiempo para que mi delito me pareciera algo monstruoso, siempre decía lo más horrible que se me ocurría: que me quitaran la bici por haber perdido las zapatillas, que me encerraran en la oscuridad por haber manchado la moqueta de barro, que me pegaran por haber roto el cristal...

—¿Y lo hacían?

—Uy, sí —responde con voz serena, inexpresiva. Su rostro, en cambio, está lleno de...—. Además, solían empeorarlo. Dos días en el sótano de debajo de las escaleras, encerrado sin luz y con solo una botella de agua y un cubo por váter.

—¿Por manchar de barro la moqueta?

Imagino que la oscuridad, la humedad, los ruidos de insectos correteando debían de sonar como monstruos horripilantes.

Asiente.

—¿La cicatriz que tengo en la espalda? No es de que me cayera de pequeño, es de la hebilla del cinturón con el que me pegó mi padre por romper el cristal. Las cosas que eran capaces de hacer... —susurra—. Ella con las manos, él con los puños. Pero fuera, para el mundo, tan normales. Era imposible sospecharlo. —Me mira—. Una vez mi padre me encerró aquí abajo y se olvidó. Porque estaba borracho. Pasé días aquí metido y pensé que iba a morir. Fue entonces cuando se me llevaron los de servicios sociales.

—¿Por qué no me lo has contado nunca?

Se aparta, poniendo más distancia entre los dos, un espacio por el que

pueda colarse el frío.

—Yo no quería ser esa persona, el niño del sótano. Para ti no. La forma en que me miraste cuando nos conocimos... Me gustaba ser el Patrick que tú veías, con la infancia que me inventé.

¿Lo habría mirado de otro modo si hubiera sabido la verdad entonces? ¿Habría podido evitar todo esto, habría podido ayudarlo de haber sabido la verdad?

Inspira entrecortadamente.

—Cuando nos mudamos aquí, las cosas eran distintas. Papá acababa de conseguir un buen trabajo, teníamos esta casa. Mis padres tenían visión de futuro. Muchísimos planes. Me incluían en ellos y yo lo veía, aun siendo un crío, lo veía y lo quería. Todo se fue yendo al garete muy despacio y yo los vi resistirse a la debacle durante años: resistirse al alcoholismo, resistirse a que todo saliera mal en la casa. Vi como todo eso los vapuleaba y los destrozaba.

—Pero...

—Pero yo seguía viéndolo, todo lo que habían planeado. La vida que soñaban. Me convencí de que podía arreglarlo, me prometí que lo haría. —Hace una pausa—. Yo solo quería arreglarlo, pero mira lo que he hecho... Me he convertido en él, en mi padre. —Se mira las manos—. Vi cómo se estropeaba todo y me puse... furioso. Una vez hice un boquete en la pared de mi cuarto, de un puñetazo; el yeso se estaba deshaciendo y la atravesé con la mano. Allí..., allí escondí un cuchillo. No sé por qué. No sé qué pretendía hacer con él. ¿Crees que siempre he estado maquinando maldades, Sarah? ¿Que estaba destinado a terminar como ellos? ¿O es que veía que todo se iba al garete? ¿Que pensé que lo hacía en defensa propia?

—Sé lo de Eve. Sé lo que hiciste. Me dijiste que había muerto. Me dijiste...

Tuerce el gesto.

—Eve era tan mala como ellos. Estaba podrida por dentro. Se lo merecía todo.

—¿Y yo? Las pastillas me las diste tú, ¿verdad?

Vuelvo a notar esos dedos toscos empujándome la lengua. No fue un sueño. Nunca fue un sueño.

—Tenía que recuperar la casa —dice—. Hacerte entrar en razón. No sabía cuántas te habías tomado ya.

—Podría haberme muerto...

—Fue culpa tuya. Ya te habías tomado unas cuantas.

Estoy llorando otra vez y me limpio las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Todo por una casa? ¿Lo hiciste todo por una puta casa?

—No es solo «una puta casa». Era mía y John me la robó.

—¿Estabas allí, la noche..., la noche de los asesinatos?

Debe de verme en la cara lo que estoy pensando, porque tuerce la boca y noto que se enfurece de nuevo.

—No me mires así, no se te ocurra mirarme así. ¿Piensas que fui yo? ¿Crees que yo los maté? ¿Me crees capaz de algo así?

—Ya he visto de qué eres capaz.

—No, estás muy equivocada —dice, meneando la cabeza, y se hace un silencio eterno—. Le conté a John que su mujer andaba liada con Hooper. Lo sabía el pueblo entero, era el hazmerreír de todos, pero nadie tuvo los huevos de decírselo. Quería verle la cara cuando se diera cuenta de que la vida perfecta que me había robado no era tan perfecta después de todo. —Me flojean las piernas y me vuelvo a desplomar al suelo—. Se puso como loco. Desquiciado. Fue muy fácil provocarlo: le dije que su mujer se lo estaba haciendo con otro en su propia cama, con sus hijos en casa, que todo el pueblo se reía a sus espaldas de lo idiota que era, de lo patético, de lo calzonazos. Le dije que lo sabía todo el mundo. Le dije que sus hijos lo sabían y que se querían fugar con Hooper y con su madre, que estaban todos encantados de abandonarlo. —Ríe—. Y allí fue, furibundo de humillación, pidiendo venganza a gritos mientras subía la calle como un basilisco, sin que nadie más que yo oyera sus absurdos juramentos.

—¿No intentaste impedirle que viniera aquí? —le pregunto con los labios entumecidos.

Ladea la cabeza.

—¿Por qué iba a impedirle que fuera a casa y le plantase cara a su mujer? ¿No es lo que haría cualquier hombre si supiera que le está poniendo los cuernos? —me dice con retintín, alzándose sobre mí con la camisa manchada de la sangre de Ben y habiéndome marcado la cara de un puñetazo—. Creí que le daría una paliza a Hooper y eso era lo que yo quería. Que se metiera en líos. Jamás pensé que ese cabrón idiota terminaría muerto. Ni se me ocurrió que fuera a matarlos. —Hace una pausa—. Si es que, en realidad, lo hizo. A fin de cuentas, fue a Hooper a quien condenaron.

—Pero tú lo sabías, tú siempre has pensado que había sido John. Tendrías que haber ido a la policía. —Casi no puedo hablar.

—¿Y reconocer que yo le había provocado, que lo había instado a volver a

casa hecho una furia? No. Yo estaba siendo un buen amigo, contándole la verdad. ¿No crees que merecía saber que su mujer se estaba acostando con otros?

—Pero tú sabías que su mujer y sus hijos estaban en casa...

—Le hice un favor en el juicio, manteniendo intacta su reputación de santo, asegurándome de que Hooper era el único culpable. Tengo las manos limpias, Sarah. Yo no hice nada malo.

—¡Madre mía! —digo, tapándome la boca. ¡Madre mía!

Le veo en la cara que está convencido de lo que dice y me encojo horrorizada. Me va a hacer lo mismo a mí: se convencerá de que me lo merecía, de que Ben se lo merecía, como Eve se merecía lo que le ha hecho durante tantos años, convencido de que era por Joe, reescribiendo todas esas partes imperfectas de su vida para poder seguir adelante como si no hubiera pasado nada.

—Pero ahora ya no importa. Nada de eso importa. Vamos a limpiar las manchas de sangre, Sarah, para eso estamos aquí. Vamos a deshacerlo, a hacerlo desaparecer.

Reculo hacia la puerta, pero se acerca, me tapa el paso.

—Lo que pasa es que... sigo teniendo ese sueño —dice.

No quiero oír nada más. Me balanceo sobre las puntas de los pies, lista para salir corriendo en cuanto se mueva, cuando se rompa el momento, al borde del precipicio, como la mujer del dibujo de Joe. Agarraré a los niños y saldré corriendo, dejaré que la brisa marina que solía anhelar nos lleve lejos.

—Sueño que vuelvo a estar en el sótano, pero no estoy solo. —Lo oigo respirar, rápido, entrecortadamente—. Mi padre está aquí conmigo y me susurra cosas, cosas horribles. De pronto soy un crío y vuelvo a estar en el sótano y mis padres..., mis padres me están torturando, pero entonces el sueño cambia y soy yo quien os tortura a Mia, a Joe y a ti. Os torturo, os hago daño. Os mato.

No me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que me duele el pecho. Suelto el aire con un aspaviento y Patrick se estremece.

Sube las escaleras y se detiene arriba.

—Tengo que pensar... Tengo que encontrar un modo de arreglar esto.

Antes de que me dé tiempo a subir corriendo y adelantarle, se cierra la puerta y lo oigo girar la llave en la cerradura. Estoy sola, pero juraría que oigo cosas: algo que se desliza, que reptaba, que susurra. Cierro los ojos, me tapo los oídos con las manos doloridas y me hago un ovillo.

No era un sueño. Nunca ha sido un sueño.

El sonido de mi móvil me saca de un sueño intermitente. No sé qué hora es ni cuánto rato me ha dejado Patrick aquí. Abro los ojos y veo brillar la pantalla al otro lado del sótano, junto a las escaleras, y su luz diminuta me revela a Patrick, mirándome fijamente desde arriba. ¿Acaba de entrar o ha estado ahí plantado en la oscuridad, viéndome dormir?

—¿Qué popular eres! Tienes un montón de llamadas perdidas de Mia y de Caroline. Pero este no sé quién es. ¿Será él? ¿Mi antiguo compañero de clase, Ben? —pregunta, y me estremezco. —Mira la pantalla y me tiende el teléfono—. Contesta. Con el manos libres.

Me acerco a cuatro patas y, agitada, acepto a tientas esa llamada. No me suena el número.

—Mamá...

—¿Joe?

Se hace el silencio al otro lado y, por un momento, deseo que cuelgue.

—¿Estás bien? Se me ha muerto el teléfono y te llamo desde el de Simon. —Noto que Patrick se revuelve cuando lo menciona e intenta coger el móvil, pero Joe sigue hablando—. Mia dice que te ha estado llamando y no lo coges. Me ha dicho que tendrías que haberte reunido con ella en casa de Caroline.

Me vuelvo hacia Patrick y lo veo mirarme, con un tic en la mejilla.

—Estoy bien —digo, cierro los ojos y aprieto fuerte el móvil; ojalá pudiera hacerlo callar—. Estoy bien.

—Ha cogido el tren de vuelta —dice—. Me ha contado lo de la galería: han destrozado el escaparate y había una ambulancia en la puerta. Tenía miedo de que te hubiera pasado algo a ti, pero tu amiga estaba allí y...

—¿Mi amiga?

—Anna. Le ha dicho a Mia que es amiga tuya. Mia está con ella.

Miro a Patrick con un aspaviento. Él no reacciona al nombre, sino a mi aspaviento.

—No, no puede ser. No puede ser... Joe, tienes que encontrar a Mia. Anna

no es quien dice ser. Tu padre... Tienes que...

Pero antes de que pueda terminar la frase, Patrick me quita el teléfono.

—¿Joe? ¿Dónde estás, Joe? —dice, con una serenidad enfermiza mientras cruza el sótano en dirección a las escaleras—. Ven a casa, Joe. Es hora de que sepas la verdad. Es hora de que sepas la verdad sobre tu madre. —Me abalanzo sobre él, pero ya ha colgado y se ha guardado mi móvil en el bolsillo. Lo agarro del brazo—. No, ni se te ocurra, joder —dice, zafándose de mi mano, clavándome el pulgar en las heridas.

Intento arañarle la cara, pero me agarra de la muñeca y me empuja hacia atrás. Me tambaleo y caigo.

Se saca un bolígrafo del bolsillo y me lo lanza al suelo sucio del sótano, donde estoy tirada.

—Escribe tus líneas, Sarah, porque te has portado de puta pena.

Veo que pretende dejarme encerrada aquí otra vez y no puedo, no puedo permitir que encuentre a Joe estando tan lleno de esa rabia amarga. Cuando le cuente que le hemos estado mintiendo, que su madre no soy yo, sino una desconocida, Joe se pondrá como loco. Se pondrá como loco y entonces ¿qué hará Patrick? Pienso en el día que lo estampó contra la pared, en el día en que estuvo a punto de pegar a Mia, en todo lo que me ha hecho a mí.

No. No voy a permitir que Patrick le haga daño a mi hijo.

Me levanto como puedo, subo corriendo las escaleras y sujeto la puerta justo cuando la está abriendo, pero él me agarra la mano, me la aprieta, me la aplasta hasta que grito de dolor. Me echa los dedos hacia atrás para que la suelte.

—No, de eso nada —dice—. Tú te quedas aquí.

Entonces me empuja, más fuerte que antes, pierdo el equilibrio y caigo rodando por las escaleras. Me doy un golpe en la cabeza y me estalla de dolor. Todo se vuelve gris y yo intento aguantar, pero me voy, me desvanezco y, mientras lo hago, recuerdo, y solo puedo pensar en una cosa: «No, Patrick. No le hagas daño. No le hagas daño a mi hijo».

Sarah y Patrick – 2000

James Tucker. Eso es, así se llamaba el chico de la oficina que me pidió que saliéramos juntos. Plantada por James Tucker, esperé a la puerta del pub veinte humillantes minutos hasta que me di cuenta de que no iba a venir. En lugar de lamerme las heridas y marcharme a casa, me fui a una fiesta, me bebí de un trago tres tequilas y estaba tambaleándome en un rincón, con las mejillas coloradas y medio borracha, cuando se acercó Patrick. Pelo oscuro, ojos oscuros, espaldas anchas, pómulos matadores. Daban ganas de plasmarlo en un lienzo y mirarlo eternamente.

Me sacó a bailar, luego se acercó a preguntarme si me apetecía ir a algún lado y yo le dije que sí. No lo dudé ni un segundo. Me llevó a su piso, me tumbó en su cama y, cuando ya estábamos medio desnudos, paró un momento para preguntarme cómo me llamaba.

No me arrepiento. Ni de un solo instante. Ni aun cuando pensé que luego no me pediría el teléfono, ni aun cuando pensé que jamás me llamaría, no lo lamenté. Pero lo hizo. Me pidió el teléfono y me llamó.

Me llevó a dar un paseo en coche por la costa, me invitó a un café. Nos quedamos en su coche calentito mientras estallaba una fuerte tormenta fuera y hablamos durante horas. No podía dejar de mirarlo, de bebérmelo, a aquel hombre guapísimo. Me besó y me dejó en casa, pero ya está. Luego nada, días y días, hasta hoy. Han pasado nueve días y me acaba de llamar para pedirme que nos veamos en el parque. Nueve días y parece que el invierno se acaba ya, que los capullos de los narcisos empiezan a brotar del suelo. Nueve días en los que he faltado a la facultad y he estado esperando junto al teléfono, llenando cuadernos de bocetos de lo que recuerdo de él. Los detalles de esa noche son difusos, pero, si cierro los ojos, oigo su voz, siento sus manos en mi cuerpo; recuerdo el olor y el calor de su piel, cómo me susurraba al oído y luego me besaba el cuerpo entero.

Está junto al lago y vacilo. Voy con leggings y mis botas Dr. Martens, y huelo a pintura al óleo y a disolvente. Él va con traje aun a final del día. ¿Cómo va a funcionar lo nuestro? Me acerco de todas formas. Quiero que

vuelva a tocarme después de esos nueve días interminables.

Entonces se mueve y yo me derrumbo en un banco, sin aliento, como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Qué boba soy, esto no es una cita. Ha venido a pedirme que guarde silencio.

Lleva un cochecito de bebé.

Yo fui una aventura de una noche. Un desliz. Un lío. Un error.

Qué horror que se haya traído al bebé también. Un soborno extra, quizá: «Por favor, no se lo digas a mi mujer, por favor, no le hagas daño al niño contándoselo».

No lo haré. No se lo diré. Tampoco le contaré que él fue el primero. Que he estado esperando, no sé a qué, pero entonces apareció él y me olvidé de que esperaba y me preguntó si quería y le dije que sí y me cogió de la mano y me sumergió en un baile como los de las películas antiguas y así fue, todo ello. No le contaré eso.

Se vuelve y saluda, me detecta a cincuenta metros de distancia y empuja el cochecito hacia mí. Se asoma al interior y saca al bebé, que es más pequeño de lo que yo pensaba, una cosita diminuta, de no más de un par de meses. Luego, sin mediar palabra, me pone a la criatura en los brazos, me mira y ríe.

Es idéntico a Patrick: ojos oscuros y una buena mata de pelo moreno. El bebé me sonríe, me dedica una sonrisa desdentada de oreja a oreja, y me duele, de verdad. Diecinueve años y ya me duele muy dentro lo que podría haber tenido con Patrick. Ya lo deseo después de una sola noche con él, una noche larga de baile. Ya ansío que ese bebé fuera mío.

—Este es Joe —dice Patrick, sentándose a mi lado—. Su madre ha muerto.

Muevo la cabeza y gimo cuando un dolor punzante parece abrírmela en dos. Me la toco y me noto algo húmedo en la mano. No veo, pero sé que es sangre. Me he quedado traspuesta y, en ese rato, me ha vuelto a parecer que unos dedos me obligaban a tragar pastillas. Tan pronto estoy temblando como ardiendo. El suelo está duro y frío, pero sigo tumbada de todas formas porque no me sostengo de pie ni sentada. Estoy tendida de lado y mis lágrimas empapan el suelo húmedo.

¿Cuánto rato dejaban a Patrick aquí abajo? Patrick, el pequeño Patrick, encerrado en el sótano, escribiendo en las paredes: «Me he portado mal. Me he portado muy mal». Sí, Patrick, muy mal.

Me ha vuelto a dar el tembleque. Me acurruco más. Me duele el estómago, mucho. No recuerdo la última vez que comí, pero no tengo hambre, no es eso lo que me produce ese dolor hondo, insistente. Tengo sed, eso sí, la garganta seca.

Tendría que haberme marchado cuando agredieron a Joe. Tendría que haber cogido a los niños y haberme marchado tanto si pensaba que había sido Patrick como si no. Tendría que haberme ido en cuanto hizo ademán de pegar a Mia. Tendría que haber..., y así él nunca habría...

Me abrazo las rodillas, pegadas al pecho. No puedo, no puedo. Él tiene razón. Todo esto es por mí. Es todo culpa mía.

No sé cuánto tiempo llevo aquí abajo, pero la casa está demasiado silenciosa. Aguzo el oído, pero no oigo voces, ni pasos que hagan crujir el parquet. ¿Dónde está Patrick? ¿Dónde están Joe y Mia? Ojalá tuviera el móvil. Incluso podría llamar primero a la policía. Llamaría a los niños para decirles cuánto los quiero.

¿Dónde está todo el mundo? ¿Qué le ha hecho Patrick a Ben? ¿Lo ha matado?

Dios mío, no me puedo encoger más, pero me duele, me duele mucho, joder, y aunque me tape la cabeza con los brazos, no me puedo quitar de

encima las palabras de Patrick.

«Se lo voy a contar, Sarah.»

«Le voy a contar que no eres su madre de verdad.»

«Le voy a contar que nunca lo quisiste.»

«Le voy a contar cómo era su madre de verdad.»

«Le voy a contar que lo robaste.»

«Y luego lo...»

«Y luego lo...»

Sarah y Patrick - 2000

—Ya se drogaba cuando nos conocimos, pero yo no lo sabía. Lo nuestro fue algo informal, no duró mucho, pero sí lo suficiente para que se quedase embarazada. Me aseguré de que los de Servicios Sociales supieran que se metía. No paraba de faltar a las citas y yo estaba preocupado por el bebé.

Joe se está quedando dormido en mis brazos. Se le cierran los ojitos, luego los vuelve a abrir de pronto para mirarme fijamente y se le cierran otra vez. Tiene unas pestañas largas que le acarician esas mejillas redondeadas, sonrosadas y perfectas.

—Sin embargo, el bebé nació sano y me lo dieron a mí. Su madre se fue del hospital sin mirar atrás. Ha sido complicado, pero mejor de lo que habría tenido con ella...—dice, arrojando bien a Joe con la mantita, que se ha soltado por una punta, y acariciándome el brazo—. Luego, el mes pasado, ella se metió una sobredosis y murió.

—Lo siento mucho —susurro, y le acaricio al bebé la mejilla, que está suave y calentita.

—Joe está mejor sin ella —dice Patrick, negando con la cabeza. Siento lástima por esa chica desconocida que no ha podido tener en brazos a su propio bebé—. Tendría que habértelo contado la noche en que nos conocimos, pero fue tan bonito, tan perfecto que no quería estropearlo. — Quizá me habría espantado. Quizá me habría hecho pensármelo lo suficiente como para recordar que yo estaba esperando. Pero tiene razón: fue bonito y perfecto—. Se merece una madre mejor.

Espero que no se refiera a mí.

Despierto aterrada de una pesadilla de sangre y dolor. ¿Qué ha sido eso que he oído? Está tan oscuro aquí abajo que no tengo ni idea de si es de noche o de día. Me duele la garganta y sigo ardiendo a ratos y helada otros. Creo que estoy sangrando. Me noto un reguerillo caliente entre las piernas.

Oigo un susurro, una voz de mujer, un llanto de niño. No sé si sigo soñando o si los fantasmas de Mia están aquí; noto un aliento frío en la nuca. Me resuena la voz de Patrick en la cabeza, susurrándome su terrible verdad mientras yazco sangrando en el suelo del sótano. «Se merecía una madre mejor. Ella se drogaba y era solo cuestión de tiempo que sufriera una sobredosis, pero yo jamás habría salido adelante sin ti. En cuanto te conocí, supe que tú serías mejor madre para él. Me lo llevé por ti, Sarah.»

En su opinión, soy tan culpable como él porque he secuestrado a un niño, pero él me dijo que la madre de Joe había muerto, que Joe era suyo y solo suyo. Me mintió. Siempre me ha estado mintiendo.

Me incorporo. Alguien está abriendo la puerta. Reculo a toda prisa, no quiero verlo, no puedo, no estoy preparada, no...

No es Patrick quien aparece en el umbral, sino Anna. Lleva la misma ropa que ayer y la veo tan quieta y tan pálida que me pregunto si habrá estado delante de la casa desde entonces, vigilando.

Fue ella la que metió la foto por la ranura de la puerta. Y ahora sé por qué.

—La puerta estaba abierta —dice con desenfado, como si se hubiera pasado a tomar un té—. La de la calle por lo menos. Confío en que no te importe que haya entrado. Cuando he visto la cerradura en la del sótano, me he supuesto que estarías aquí abajo. Esta siempre fue la sala de tortura favorita de los Walker.

—Lo siento. —No se me ocurre qué más decir.

Se saca del bolsillo un osito de peluche sucio, una cosita diminuta más gris que azul, desgastado y deshilachado.

—¿Te acuerdas..., te acuerdas de cuando me preguntaste si había tenido

hijos y te dije que no? —me dice, mirándome; el falso tono desenfadado se ha evaporado y veo que está llorando—. Te mentí.

¿Me habría dado cuenta si no hubiera visto esa foto? No lo sé. No llegué a conocerla. No sabía...

—Me dijo que habías muerto —respondo, y la veo estremecerse y mirarse las muñecas con sus ríos de cicatrices.

—Lo intenté —dice—. Lo intenté de verdad durante años. Él me contó la misma mentira. Me dijo que el bebé había muerto.

—¿Muerto? —repito con la voz temblona—. ¿Muerto? ¿Cómo que muerto?

Se vuelve hacia mí. Veo que repara en mi labio hinchado, en mis ojos irritados, en la sangre que me mancha el pelo, en que me tiene encerrada en el sótano y hecha un asco.

—Deduzco que ha visto la foto...

—Y todas las demás cosas que has dejado en nuestra puerta.

Sonríe.

—Te ha costado un poco pillarlo, ¿eh?

—¿Por qué iba yo a pensar que podías ser tú? Creía que eras mi amiga.

La sonrisa se esfuma.

—¿Tu amiga? Joder, sí que eres estúpida, ¿no?

Miro a otro lado. En cuanto he sabido quién era, he comprendido que lo de la amistad había sido una farsa.

—No acabo de entender qué pretendes con las fotos, con las cartas. ¿Eras tú quien vigilaba la casa, la noche en que nos mudamos y después?

Asiente.

—Antes también. Os vi mudaros. A Patrick trajeado y satisfecho de sí mismo, trasladándose con su puta familia perfecta a su puta casa perfecta. —Mira el osito de peluche que está estrujando—. Me dio tanta... rabia, no, amargura. Estaba amargada. Me destrozó la vida. Me dejó sin nada, se largó y empezó una vida nueva contigo, su nueva novia perfecta con la que iba a tener los niños perfectos que siempre había querido. Mientras a mí me dejaba sin nada. —Sigue estrujando el osito y tengo la sensación de que lo va a hacer pedazos—. Con eso ya me fastidió bastante. Yo lo único que quería era joderos. Quería que vuestra vida perfecta dejara de serlo. Conozco a Patrick, lo conozco mucho mejor que tú. Yo estuve con él primero. —Baja dos peldaños—. Me tenía alucinada el teatro que estaba montando, ese Patrick que representaba para el mundo. Cuando yo lo conocí, aún estaba trabajándose: el Patrick al que yo conocí era mucho más volátil. Aún era fácil sacarlo de sus

casillas. Su interpretación tampoco ha mejorado tanto. —Calla un momento y me mira desde arriba—. ¿Le gustaron las caracolas que le dejé? Yo solía coleccionarlas. Vino a mi cuarto en la casa de acogida un día y, como yo había hecho algo que le fastidiaba, me las aplastó todas. Las hizo polvo y se fue.

Se pasa la mano por el pelo y se le pone de punta. Todo lo que Patrick me contó de la madre biológica de Joe, lo de las drogas, lo de que lo descuidaba..., ¿era verdad? Ahora lo veo, en la forma de sus manos, en su modo de sonreír. A Joe. A mi niño que nunca ha sido mío pero siempre ha sido mío.

—Le revienta que pintes, ¿a que sí, Sarah? Le revienta que tengas talento, que sea algo que él no comparta. Por eso te empujé a Ben, pensando que con eso bastaría para que expusieras tus pinturas en la galería de su amigo de la infancia, pero entonces vi que te gustaba, que de verdad te atraía ese tío rarito. Yo no lo conocía por entonces, pero Patrick me contó que solía acosarlo, que lo seguía a todas partes. Tienes un gusto raro de cojones, Sarah, pero era tan desternillantemente «perfecto» que no me habría salido mejor si lo hubiera hecho a propósito. Sabía que Patrick se pondría como un basilisco cuando lo descubriera.

Ríe.

—Te vi coger mis caracolas y meterlas en casa. Susurré en ellas mensajes para Patrick. Fuiste tú quien metió mis palabras en tu casa. —Deja de sonreír—. Me gustó verlo tan cabreado.

—¿Qué te proponías? —le pregunto otra vez—. ¿Querías que se enfadara tanto que me matase?

—No. No. Quería... Tú me has robado mi vida. Al principio pensaba que no eras más que mi sustituta, pero luego me dijiste que Joe tenía diecisiete años y caí en la cuenta de lo que había hecho Patrick.

Niego con la cabeza, pero me da miedo hablar.

—Anna...

—Deja de llamarme así. Me llamo Eve.

—Eve. Lo siento. Lo siento, pero Patrick me dijo que la madre de Joe había muerto; si no, jamás...

—¿Jamás qué? ¿Me habrías robado a mi hijo? —dice, y baja el resto de las escaleras y me agarra del brazo. Afloja y pienso que ojalá tuviera fuerzas para salir corriendo—. Nosotros estuvimos juntos desde el principio, Patrick y yo. Nos metieron en la misma casa de acogida, luego a él lo soltaron y a mí me mandaron a un hogar de mierda... Me daba muchísima envidia. Iba a verme a

Cardiff y me hablaba de su casita perfecta junto al mar, de esa casa preciosa y de sus padres perfectos... Crecí anhelando algo así. Solía decirme que siempre estaríamos juntos y hablarme de la vida que viviríamos. —Se interrumpe y vuelve a reír—. ¿Esa foto que encontraste? Un día se me ocurrió darle una sorpresa, venir a ver esta maravillosa casa suya. Me recibió todo sonrisas y me presentó a John como si se alegrara de verme, pero, en el fondo, ¡estaba furioso! Me estuvo ignorando una eternidad, no me hablaba.

No sé cómo no me he dado cuenta antes, esa sensación que tenía de que la conocía cuando la veía: se parece a Joe. Siempre he pensado que se parecía más a Patrick, y a él eso le fastidiaba, le reventaba, pero ahora que tengo delante a su madre biológica, no veo más que a mi niño. Joe también se daría cuenta si estuviera aquí, lo vería enseguida. Su madre biológica y su falsa madre, la mentirosa.

—Luego volvió a mi vida tranquilamente, como si no hubiera pasado nada. Me quedé embarazada y me trajo aquí y, oye, me salió el tiro por la culata, ¿no crees? —dice—. Esto era como una cárcel, una especie de casa de los horrores. Sus padres, unos putos psicópatas, y él, todo lo que me había contado era mentira, y cuando me di cuenta, cuando comprendí la realidad de su vida me odió por ello. Me culpaba de haberla enturbiado, de haberle arruinado la historia. Me castigó como solían castigarlo a él. Me escondió y no me dejaba salir, no me dejó volver a ver a ninguno de sus amigos. Me encerraba en el sótano. Yo estaba aquí abajo, oyendo llorar al bebé, y él no me dejaba salir porque me había portado mal. No se fiaba de que no fuera a drogarme o emborracharme o liarme con cualquiera. Yo era algo sucio, algo malo.

Me suelta el brazo y se pasea nerviosa de un lado a otro.

Intento ir acercándome despacio a las escaleras.

—Que merecía el castigo, me decía. Y ellos lo animaban. Le dieron la llave del sótano, de esta puta sala de torturas —dice—. El Patrick al que yo creía conocer era un falso dios. Me dejó tirada, me destrozó, fue a buscarse una novia nueva lo bastante tonta para creerse sus mentiras. Tuve que marcharme, lo entiendes, ¿no? No pretendía abandonar a mi bebé. No pretendía estar fuera tanto tiempo...

»Volví —continúa—, pero cuando lo hice, Patrick me dijo que el bebé había muerto. Me dijo que, como yo lo había abandonado, había muerto. Me dijo todo eso y yo salí corriendo y...

Me duele, físicamente, me horroriza pensar en lo que le hizo Patrick, lo que

nos ha hecho, a Joe, a mí.

—Patrick nunca ha querido que fuera mío —digo—. Yo quería adoptarlo legalmente porque me dijo que habías muerto, pero no me lo permitió. Nunca he llegado a ver siquiera su partida de nacimiento. Nunca he...

Callo al recordar lo que me dijo Anna. Madre mía, ¿Joe tiene partida de nacimiento? No, tiene que tenerla. Patrick tuvo que registrarlo. No sería capaz de... No puedo dejar de pensar en todos estos años de evasivas y mentiras, en todas las cosas horribles que Patrick ha hecho.

—No sabes ni robar un niño, ¿no, Sarah? —se burla.

—Yo no sabía que era un niño robado. Entonces no. Jamás habría...

—¡Mentirosa!

—¿Y Mia, qué le has hecho?

Sonríe.

—¿Te preocupa que haga lo que hiciste tú, que te robe a tu hija, Sarah?

—Por favor...

—Está bien. Le he contado unas cuantas verdades, nada más. Todas las mentiras que le han dicho... Le he contado cómo sois en realidad y lo que habéis hecho. —Da un paso atrás—. Se negaba a escucharme, me acusaba de blasfemar. Y Joe... venía corriendo a ayudarte. Después de lo que le has hecho, aún viene corriendo a ayudarte.

—¿Qué quieres decir?

—Que está aquí.

—¿Qué?

—Joe. Está aquí. Lo he visto entrar. Se ha dejado la puerta abierta y yo he esperado, luego he entrado. Lo he hecho con sigilo, no quería...

De pronto sorprendida, levanta la vista a la puerta abierta del sótano.

Me levanto con dificultad.

—Tenemos que ayudarlo —digo—. Patrick se lo va a contar. ¡Se lo va a contar! No la verdad, más mentiras. Y le hará daño. Querrá castigarme a mí haciéndole daño a Joe.

Niega con la cabeza.

—No, es bueno que sepa la verdad. Se enterará de lo que pasó y yo recuperaré a mi hijo.

—Anna..., Eve —le digo—, las cosas no son así. ¿Tú crees que Patrick le va a contar la verdad? Le contará las mismas mentiras que me contó a mí: que eras drogadicta, que lo tenías desatendido, que lo maltratabas, que lo dejaste abandonado a su suerte. ¿Y qué hará después? Mírame, mira lo que me ha

hecho a mí. —Menea la cabeza—. Tú lo conoces, sabes de lo que es capaz. Quiere castigarme, y castigar a Joe, por abandonarlo. ¿Qué crees que va a pasar?

—No, no, no —repite—. No es eso lo que se supone que debe pasar.

—Joe se ha estado autolesionando —digo—, haciéndose cortes. ¿Qué piensas que será de él cuando Patrick le suelte sus mentiras?

—Lo mato —dice—. Lo mato como le haga daño a mi hijo.

Titular de *The Western Mail*, mayo de 2017:

OTROS DOS CADÁVERES ENCONTRADOS EN LA CASA MALDITA

Se han sacado de la casa los cadáveres de un hombre y de una mujer. La policía aún no ha hecho pública su identidad.

Anna

El pasillo es más largo. En mi sueño, en la casa que aún no es más que una casa, el pasillo es más largo y hay otra puerta, y esa está al fondo. Y en vez de correr y correr y pensar que jamás voy a llegar al final, esta vez sé que lo haré. Y ya no quiero. Hay una puerta. Hay otra puerta y esa está abierta.

Llego al final. No quiero mirar, pero no puedo evitarlo. Es azul. La estancia es azul. Azul si es niño. Hay una cuna y la cuna es blanca y la cuna está vacía.

Me dejaste allí, en la casa que aún no era la casa maldita, solo una casa. Me dejaste embarazada, viviendo con tus padres mientras tú terminabas la universidad y empezabas a trabajar; venías los fines de semana, alguna que otra noche entre semana.

Durante el embarazo, hice un gran esfuerzo: un par de copas, un par de cigarrillos, nada en realidad. Pero entonces me dejaste allí y tus padres me ignoraban y las horas me parecían eternas sin nada que hacer...

Me obligaron a tener al bebé en casa. Se negaron a llevarme al hospital, no querían que el bebé saliera de allí. Ni siquiera le contaron a nadie que existía. Nuestro secreto, lo llamaste tú cuando volviste.

La casa era fría y oscura, demasiadas corrientes donde no debería haberlas. Me succionaba la energía y la felicidad. Yo iba por ahí encendiendo luces y poniendo la calefacción y tus padres las iban apagando otra vez. Ni siquiera me dejaban sacar al bebé de paseo. Tú te largaste otra vez a trabajar y ellos me encerraban con llave en el dormitorio o en el sótano porque sabían que me marcharía sin pensarlo en cuanto tuviera ocasión. Que buscaría a alguno de mis antiguos amigos y le suplicaría que me consiguiera una puta carretilla llena hasta los topes de droga, la que fuera, me valía cualquiera.

No solo por mí, sino también por el bebé. No paraba de llorar, todo el tiempo, toda la noche, todo el día. Tus padres me encerraban en tu antigua

habitación con el bebé. Nos encerraban para no oírnos, para no oírme intentando tranquilizar a un bebé llorón, para no enfurecerse con nosotros. Cuando les embargaron la casa, se fueron llevando todas sus cosas una a una, hasta que no quedó nada más que yo, con mi bebé, encerrada con llave. Yo lo quería, sí, a nuestro hijo, pero estaba muy cansada. Cuando conseguía dormir algo, me despertaban las pesadillas o los traqueteos, los gruñidos y los susurros de la casa. Y el bebé se puso malito y no paraba de llorar hasta que... ya no pude más. No pude más.

Me tocaba a mí largarme. Me escapé por la ventana, me descolgué por el árbol, rezando para que no me oyeran y me volvieran a encerrar. No pretendía irme tanto tiempo. Pensé que habían sido días, no semanas, ni meses. Perdí la noción del tiempo.

Te llamé y me pediste que nos viéramos en la casa, pero, cuando llegué allí, la casa se había vendido. Pensé que no habría nadie, pero la puerta de la calle estaba abierta. Subí corriendo las escaleras y te encontré en tu antiguo cuarto, junto a la cuna. No era una cuna grande, sino uno de esos capazos que se mecen. No recuerdo cómo se llaman, soy una madre de mierda.

Y allí estabas tú, con un ramo de margaritas envueltas en papel de celofán en la mano, y el bebé parecía tranquilo, se había vendido la casa y pensé que todo había vuelto a su ser. Pensé que había pasado fuera el tiempo suficiente para que todo se arreglara. Que ahora tus padres se habían ido, nos íbamos a marchar los tres de aquella casa, el bebé, tú y yo, y tú volverías a ser el chico que yo creía que eras y yo dejaría de meterme y todo iría bien, como debía ser.

Pero tú estabas... enfadado, no, porque eso lo habría podido controlar, no me habría parecido mal, era el puñetazo que merecía. No estabas contento, no estabas nada. Me quedé en el umbral de la puerta y me miraste, meciendo con una mano el capazo (¿moisés? ¿Es así como lo llaman?), frío y oscuro como la casa.

El capazo estaba vacío.

—Te fuiste sin decírselo a nadie. Mis padres no lo sabían, así que no subieron. Estaba malito y lo abandonaste. —Me miraste y entonces sí que te vi enfadado—. Ha muerto —me dijiste—. Lo abandonaste y ha muerto. Lo has matado. —Me diste las margaritas—. He traído esto para ponerlo en su tumba.

Me noté un hormigueo en la piel y un agujero dentro, negro como la

noche, cada vez mayor y más doloroso. Las lágrimas, cuando cayeron, eran tan calientes que me quemaban las mejillas.

Negué con la cabeza, me aparté de ti. Me aparté de aquel capazo vacío. No. ¡No, no, no, no!

No podía.

No podía soportarlo, no...

Las piernas no me sostenían y caí al suelo de rodillas.

—¡Enséñamelo, déjame verlo!

—Demasiado tarde. Lo hemos enterrado. Lárgate otra vez —me dijiste—, antes de que le diga a la policía que estás aquí, antes de que les cuente lo que has hecho.

Salí corriendo de la casa en la que había asesinado a mi bebé, en la que lo había matado por no quererlo lo suficiente. Fui yo. Yo la convertí en la casa maldita mucho antes de que lo hicieran Ian Hooper y John Evans.

Sarah me preguntó si tenía hijos y le dije que no. Pero sí, tuve uno. Tuve un hijo que pensaba que había muerto. Tuve un hijo.

He llegado al final del pasillo. Esto no es un sueño. Nunca ha sido un sueño. Hay una puerta. Hay otra puerta y esa está abierta. Dentro hay un capazo vacío. El capazo estaba vacío porque el bebé había muerto. Mi bebé. Polvos de talco, piel suave y calentita, mata de sedoso pelo negro, inmensa sonrisa desdentada.

Pero.

No.

No murió. No murió. Yo no me largué y abandoné a mi bebé a su suerte. El capazo está vacío porque Patrick me robó a mi hijo y se lo dio a otra.

Sarah y Patrick - 2000

—¿Seguro que no te importa?

Ya se ha puesto la chaqueta y tiene una mano en el pomo de la puerta. Es una pregunta retórica, no puedo contestar que sí, que me importa. Y lo cierto es que no, no me importa. Claro que mis deberes de la universidad no son tan importantes como su reunión. Además, no me lo habría pedido si la niñera no lo hubiera dejado colgado, marchándose sin previo aviso.

—No pasa nada —le digo—. Como bien has dicho, es solo hasta que puedas encontrar otra niñera de confianza. Ya me pondré al día con los deberes de la universidad.

Joe está dormido como un tronco y sus largas pestañas oscuras revolotean sobre sus mejillas sonrosadas mientras sueña sueños de bebé.

Patrick se agacha a darle un beso y yo sonrío porque aún tengo fresco en la memoria lo de anoche.

—Gracias —me susurra.

Joe duerme una hora y yo me quedo mirándolo todo el tiempo. ¿He visto alguna vez un bebé tan de cerca? A lo mejor de pequeña, a los de los vecinos. Sus uñas son tan diminutas, como de miniatura en esas manitas regordetas. Los brazos y las piernas con pliegues en los codos y en las rodillas. ¡Y su piel es tan suave! No puedo dejar de tocarlo, de acariciarle el pelo, de besarle las mejillas, de cogerlo en brazos cada vez que paso por delante.

Han pasado dos meses y Patrick dice que el niño ya me conoce, y es cierto que sonrío cuando me ve, con esa sonrisa de oreja a oreja que me derrite, de verdad. Es un bebé guapísimo, incluso más guapo que Patrick, y me pregunto cómo sería su madre. Le pregunto a Patrick, pero dice que no tiene fotos. Qué pena. ¿Qué le va a contar a Joe cuando crezca y quiera saber cosas de su madre?

Lo que más me gusta es darle el biberón. Lo agarra mientras yo lo sostengo y lo engulle, pero no deja de mirarme en todo el rato, con sus ojos oscuros clavados en los míos, y cuando sonrío, porque no puedo evitarlo, él

*me sonrío también, y le chorrea la leche por la comisura de la boquita.
Me enamoré de Patrick primero, pero este niño lo sigue muy de cerca.*

A Patrick le está costando encontrar una niñera decente, así que me he mudado aquí de forma temporal. No me supone un problema: así puedo pasar la noche entera, todos los días, con Patrick, y el día entero, todos los días, con Joe. Lo paso de maravilla, entre biberones y paseos por el parque, nanas, pañales, carantoñas y peluches. He guardado todos mis blocs de dibujo y mis útiles de pintura para que Joe no los coja. Ha sido idea de Patrick, aunque Joe aún es muy pequeño para gatear por la casa y coger nada. Tiene razón: es preferible que adquiera buenas costumbres cuanto antes. El cambio de turno empieza cuando Patrick vuelve a casa, con ese beso en el cuello que aún me estremece y me dan ganas de desnudarlo en cuanto entra en la habitación. No hay sitio para otra cosa en mi vida que Patrick y Joe, y tampoco quiero otra cosa que no sean ellos. Hay días en que ni me molesto en arreglarme. ¿Para qué, si Patrick me va a desnudar en cuanto llegue a casa y Joe se haya dormido?

Esperamos a que el niño se calle y se me seca la boca. Patrick se inclina y me besa, me mete la mano por debajo de la camiseta. Se me acelera cada vez más el pulso cuando me empuja al sofá y se desabrocha la camisa. A veces no puedo esperar. A veces lo agarro de la camisa y, de un tirón, le salto los botones que al día siguiente tengo que buscar a cuatro patas, palpando por debajo de las sillas mientras Joe me observa desde su mecedora.

No me molesto en maquillarme; de todas formas, a Patrick no le gusta: antes siempre me quitaba la sombra de ojos. Así que no me sorprende la reacción de Caroline cuando viene a verme.

—Pero ¿qué cojones?

—Chist... Joe duerme.

Caroline parece una caricatura de sí misma, un dibujo exagerado de la Caro que conozco. Lleva el pelo rosa, en un corte bob muy recto, los ojos perfilados de negro, y un piercing de bolita en la nariz.

La miro y me veo con sus ojos: pantalón tipo pijama y camiseta, descalza, pelo sucio, sin maquillar, sin ropa interior. Yo paso completamente desapercibida mientras ella hace daño a los ojos. El contraste resulta chocante.

—¿Has dejado la carrera? —me dice, paseándose nerviosa por la habitación.

Niego con la cabeza.

—No, solo me he tomado un descanso para ayudar a Patrick.

Deja de pasearse y se vuelve a mirarme.

—Hace casi dos meses que no vas a clase.

¿Dos meses? ¿En serio? Me he perdido casi un trimestre.

—Es temporal. Volveré.

Me mira fijamente, con lágrimas en los ojos.

—Esto no puede seguir así: es como si Patrick y ese bebé te estuvieran lavando el cerebro —me dice, cogiéndome las manos—. Vuelve a nuestro piso. Puedes seguir viniendo a ver a Patrick y al bebé, pero vuelve conmigo, vuelve a la universidad.

—No seas boba. Quiero estar aquí. Necesito estar aquí. Siento que... este es mi hogar, Caroline. Le quiero. Los quiero mucho a los dos.

Oigo un breve sollozo procedente del cuarto de Joe y vuelvo la vista.

—Vas a tener que marcharte —le digo, zafándome de sus manos y empujándola hacia la puerta—. Te llamaré, te lo prometo.

—Aguanta, Sarah. Prométeme que aguantarás.

—¿Que aguantaré? —digo, riendo.

—Que seguirás siendo tú —dice.

Sonrío y le doy un abrazo.

—No seas boba. Pues claro que voy a seguir siendo yo. Además, siempre te voy a tener a ti para recordármelo, ¿no?

—Siempre —dice.

Vuelvo dentro, echo la llave a la puerta y me apoyo en ella con un suspiro. A Caroline no le gusta que Patrick sea tan distinto de todos nosotros, pero es distinto en el buen sentido. Ya tiene casa propia, una profesión y un hijo. Claro que es distinto; distinto no es nada malo.

Voy a sacar a Joe de la cunita, lo cojo en brazos y me lo apoyo en el hombro. Deja de llorar y descansa sobre mi cuerpo, calentito y pesado. Le canto mientras vamos a la cocina a calentar el biberón. Además, ¿qué voy a hacer, volver a mi piso de estudiante y dejar aquí a Joe? Ya me parece que me falta algo cuando lo suelto cinco minutos, no podría marcharme.

Anna sube a toda prisa las escaleras y yo la sigo dando tumbos. Casi me siento tentada de quedarme aquí, de esconderme en el sótano, de aceptar mi castigo y esperar a que todo termine, esperar a que Patrick me diga que ya puedo salir. Pero eso es lo que he estado haciendo hasta ahora, ¿no? Esperar pasivamente a que todo terminara. «Buena chica», me susurra una vocecilla interior, y yo me noto el sabor amargo de la pastilla en la lengua.

Oigo voces en la casa, encima de mi cabeza.

«No. Despierta, Sarah.» No es Anna quien debe hacerlo, sino yo. Debo proteger a mi familia.

Cuando subo tambaleándome las escaleras, me encuentro a Anna en el vestíbulo, con la cara blanca, tapándose la boca con las manos. Miro más allá y veo a Joe. Está a la entrada de la cocina, medio de espaldas a nosotras, con el pelo moreno por la cara, parecido a Patrick, parecido a Anna. Está allí de pie, temblando, y lleva en la mano un cuchillo que chorrea sangre al suelo. Hay muchísima sangre y pienso que Patrick se lo ha contado y él lo ha vuelto a hacer, y esta vez ha dado con una arteria y el corte es demasiado profundo. Hay demasiada sangre, ¿cómo sigue en pie?

—Joe...

—Me lo ha contado. Me ha dicho que no eres mi madre de verdad.

—Yo iba a...

Me acerco un poco, pero él sostiene el cuchillo en alto con mano temblorosa.

—¡No! ¡No! Me ha hablado de mi madre biológica, me ha dicho que era drogadicta, que no me quería, que nunca me quiso, que me abandonó a mi suerte.

Anna hace un ruidito a mi espalda y oigo pasos que se alejan. ¿Huye otra vez?

—Joe, por favor... Hay que vendarte. Puede que tengas que ir al hospital... Se mira las manos y los brazos empapados de sangre.

—No es mía —dice.

—¿Qué?

Aparta la mirada de mí, mira hacia la cocina.

—Es suya. De papá. Creo que lo he matado.

Sarah y Patrick - 2000

—¿Quieres casarte conmigo?

Se me declara y yo me río. Me tapo la boca con la mano, pero es demasiado tarde, la risa ya ha salido: se me escapa y le da un bofetón en la cara. Se pone como un tomate y yo me acerco corriendo a él, le acaricio la mejilla como si el dolor de mis palabras fuera tan real que le hubiera dejado marcas.

—Madre mía, perdona, ha sido la sorpresa —le digo—. Te quiero muchísimo, lo sabes, pero ¿casarnos? Siento haberme reído, pero es que me ha sorprendido. Solo tengo diecinueve años, aún estoy en la universidad.

—Ya no. ¿Cuándo fuiste a clase por última vez? Ahora vives aquí, eres la madre a jornada completa de Joe. Nos casamos, nos compramos una casa y nos mudamos a la costa, tenemos más hijos. Siempre he querido volver a vivir junto al mar. Será perfecto.

Sí, pero... ¿y el mapa? ¿El mapa del mundo que le había enseñado, con todos los sitios que quería visitar rodeados con un círculo rojo? Esto iba a ser temporal, como le dije a Caroline. Yo iba a volver a clase y luego a pintar por el mundo.

—No puedo... Tengo que terminar la carrera. Y viajar. Quiero viajar y...

—Pero ¿y Joe?

Callo, helada. Por unos momentos me había olvidado de Joe, dormidito al otro lado del vestíbulo, en su cunita, oliendo a leche y a polvos de talco, con esa tripita suave llena de biberón y de zanahoria triturada. Claro que no pensaba abandonarlo.

—Tenemos toda la vida para viajar —dice Patrick—. Puedes volver a la universidad cuando sea mayor. Lo haremos todo, todo lo que quieres, pero lo haremos juntos. —Joe empieza a llorar—. Si te quedas, podrías ser su madre de verdad. Cuando crezca, te llamará mamá y será tuyo para siempre.

El llanto de Joe es cada vez más desesperado. Le están saliendo los dientes y debe de tener dolor, además de hambre. Ya tiene dos y come alimentos sólidos, y ha empezado a hablar, con esos balbuceos de bebé que

no son palabras de verdad, solo sonidos, pero no para de decir «ma ma ma» todo el rato y me hace sonreír, acurrucado en mi cuello, balbuciendo «ma ma ma», y cada vez que lo hace, juro que me toca el corazón.

—Por favor, Sarah —dice Patrick, acercándose un poco más—, ¡piénsatelo! Piensa en nosotros, en lo que tenemos, tú, yo y Joe. Podría ser siempre así.

¿Así? ¿Esto es lo que quiero? ¿Ser madre y ama de casa a los diecinueve? Pero miro a Patrick y me enamora otra vez, volvemos a bailar, y pienso en las noches en que Joe no puede dormir, cuando, en vez de ponerse furioso, Patrick se levanta conmigo para verlo y en cómo, cuando le canturreo nanas, Patrick nos abraza a los dos y bailamos por el piso, yo tarareando, Patrick sonriendo, hasta que Joe deja de llorar y nos sonríe. No puedo abandonarlo. No puedo abandonarlos, a ninguno de los dos.

Se lleva la mano al bolsillo y saca un estuchito de terciopelo. Lo abre y extrae un anillo de diamantes. Me lo ofrece y a mí se me saltan las lágrimas.

—Por favor, Sarah. Cásate conmigo. Quédate conmigo. Quédate con nosotros.

Sarah, Anna, Patrick y Joe - Ahora

No está muerto. Está tendido en el suelo de la cocina, respirando demasiado deprisa; su respiración tiene un traqueteo que no me gusta, pero no está muerto; Joe no es un asesino. Pero mi hijo está allí de pie con un cuchillo en la mano, manchado de la sangre de su padre. Si llamo a una ambulancia, Patrick vivirá, pero vendrá la policía y encerrarán a Joe. Mi niño bonito y frágil irá a la cárcel.

¿Y Anna? ¿Dónde está Anna? Ha desaparecido. Estoy helada, de la cabeza a los pies. Madre mía, madre mía, ¿qué hacemos? Anna podría estar llamando a la policía, ahora mismo podrían estar de camino para llevarse a Joe.

Joe suelta el cuchillo y el súbito estrépito metálico me saca de mi parálisis. Decido dejar a Patrick donde está, en medio de un charco de sangre, y saco a Joe de la cocina, lo llevo al baño de abajo, le meto las manos debajo del grifo y empiezo a lavarle la sangre bajo el chorro de agua caliente, que escalda mis manos delicadas y las suyas, ignorando el dolor, añadiendo jabón, frotando hasta que no queda ni rastro de sangre. Levanto la vista y me asusto al verme la cara ensangrentada en el espejo. ¿Lo ve Joe? Está allí plantado, temblando, y me parece que sufre una conmoción.

—Lo siento, Joe —le digo—. Siento no habértelo dicho nunca.

—Al principio, pensaba que me estaba diciendo que soy adoptado, pero me parecía absurdo. ¿No me dice siempre todo el mundo lo mucho que me parezco a él? ¿Por qué no me lo has contado?

—Tu padre decía... Él siempre decía que te destrozaría, que eras frágil y que saber cómo era tu madre biológica te haría polvo. Yo le creí y le seguí el juego porque quería que fueras mío. No quería tenerte solo prestado. No paraba de decirme que, si te criabas con ella, ¿en qué te convertirías? En cambio, conmigo sería mejor, y lo fue, ¿no? —Se lo digo en tono suplicante. Necesito que me diga que he hecho lo correcto creyéndome las mentiras de Patrick toda la vida—. Estás pintando, vas a la universidad, tienes a Simon...

Se mira las manos temblorosas.

—Toda la vida he pensado que me parecía físicamente a él, pero había

heredado de ti la habilidad para dibujar y pintar. Me ha dicho que murió, mi madre biológica. Que fue por mi culpa, que se deprimió cuando yo nací. Que era una yonqui, que se metió una sobredosis y murió por mi culpa. —Menea la cabeza e intenta apartarse de mí—. Ahora entiendo por qué no me quieres, por qué nadie me quiere.

—¡No! ¡No vuelvas a decir eso! Yo siempre te he querido —le digo—. Te quise desde el momento en que te vi por primera vez. Eres mi hijo, mi bebé, mi niño —digo, limpiándole las lágrimas.

Se fija en mi hemorragia, en mis manos purulentas y luego en cómo tengo la cara.

—¿Qué te ha hecho? Dios mío, ¿qué te ha hecho? —Se aparta de mí, frotándose los brazos—. ¿Qué he hecho yo, mamá? Estaba tan furioso por todo lo que me estaba diciendo que no lo he pensado. Tenía el cuchillo al lado y lo he cogido... —Palidece, se tambalea. Creo que se va a desmayar y lo agarro de la cintura—. ¿Qué vamos a hacer? —dice, y el pánico de su voz me aterra a mí también—. Hay que llamar a una ambulancia. Yo no quería... No pretendía matarlo. Solo quería que dejara de hablar.

—No —digo—. Espera. —Inspiro hondo y me aparto de él—. No está muerto. No lo has matado. Quiero que vayas a buscar a Mia por mí. Tienes que explicarle que todo lo que le ha contado Anna es mentira, ¡pero no le digas nada de esto! Dile que me has encontrado, que estoy bien y que hemos charlado y ya está. Dile que sigo aquí, hablando con papá, pero que te he pedido que te vayas. —Niega con la cabeza, pero yo sigo hablando—. Tienes que hacerlo. Si te metes en líos por esto, Joe, no podría soportarlo. Necesito tiempo para convencer a tu padre...

¿Podré? ¿Seguiré vivo, aún lo bastante consciente para escucharme?

Empujo a Joe a la puerta de la calle, sin dejarlo mirar adonde está Patrick.

—Ve a buscar a Mia.

Pero cuando abro la puerta, Anna está allí plantada. Se queda mirando a Joe como si no lo hubiera visto nunca y caigo en la cuenta de que, en realidad, es así. Antes veía a mi hijo, ahora ve al suyo, al bebé que creía muerto, ya crecido. Me da lástima de ella. Por muy mal que se haya portado conmigo, lamento su pérdida: diecisiete años de la vida de Joe.

—Iba a salir corriendo otra vez —dice—, pero no he podido. No he podido abandonarte otra vez. —Lo dice mirando a Joe—. Yo te puse Liam —susurra.

—Él no lo sabe —le digo a ella, agarrándole la mano a Joe.

—¿El qué? —pregunta Joe, mirándome a mí y luego a Anna.

—Te ha mentado —contesto—. Nos ha mentado a todos. Te ha dicho que tu madre biológica había muerto, pero no es cierto.

Joe y Anna se miran y de pronto veo clarísimo el parecido entre los dos. ¿Dónde ha estado? Todos estos años, mientras Joe crecía, ¿dónde ha estado?

Anna habla por fin.

—De haberlo sabido... De haberlo sabido, jamás me habría ido tan lejos. Quise morirme, pero ni siquiera eso lo quise lo bastante como para hacerlo.

Se mira los brazos y veo que Joe se frota los suyos. Por eso Patrick nunca quiso que se lo contáramos a Joe. «Él es como ella —decía—. Ella siempre fue frágil, pero fue su familia la que la destrozó. ¿Quieres hacerle eso a Joe? Está muerta. No hace falta que él se entere nunca.»

Me dijo eso y, como yo quería que Joe fuese mío, le seguí el juego. Lo creí, creí que jamás vendría una madre biológica a buscar a su hijo porque su madre biológica estaba muerta. Me convertí en la madre de Joe. Debí haber puesto en cuarentena sus palabras, pero, de haber sabido que Eve seguía viva, jamás le habría mentado. No lo habría hecho.

Anna se estremece. Tiene los ojos llenos de lágrimas, pero no es dolor lo que veo grabado en sus arrugas de expresión ni en sus labios apretados.

—¿Está muerto?

Niego con la cabeza.

—Anna..., Eve, escucha. —La agarro del brazo e intenta zafarse de mí—. Joe va a tener problemas con la policía si no lo ayudamos.

—¿Lo ayudamos?

Inspiro hondo.

—Lo ayudas. Tú. Eres su madre. Tú puedes ayudarlo.

—Mientes. Más mentiras porque te quieres librar de mí.Quieres impedir que mate a ese cabrón con mis manos, joder.

—No miento. Mírame, mira lo que me ha hecho. Podemos alegar que ha sido en defensa propia, pero no puede ser Joe el que ha empuñado el cuchillo porque irá a la cárcel. ¿Eso es lo que quieres para tu niño, para tu hijo? —Mira hacia el pasillo, luego me mira a mí—. Tú misma lo has dicho. Todas tus cartas, tus regalos han funcionado —digo—. Patrick ha perdido el control. Las cosas han ido de mal en peor, como tú dijiste, pero es Joe quien va a terminar pagando por ello.

—No, eso no es lo que yo pretendía. Tiene que ser él quien sufra.

—¿Qué crees que me hizo cuando le diste esa foto? ¿Qué crees que le hizo

a Mia? —Me acerco y busco algún vestigio de esa Anna a la que creía mi amiga—. Sabes lo que le ha hecho a Ben, lo que te ha hecho a ti. ¿Crees que dudará un segundo en hacer pagar a Joe por esto?

Me suelta el brazo y parpadea. Me parece que se va a desmayar, y esta vez soy yo la que la sujeta e impide que se caiga. Se apoya en la pared y se deja caer al suelo.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Hay que hablar con Patrick —digo, mirando a Joe de reojo. Si le cuento a la policía lo que me ha hecho, lo que le ha hecho a Ben... Incluso puedes contarle tú quién eres en realidad y lo que te ha hecho a ti. Patrick no querrá que nada de esto salga a la luz. Podemos..., podemos inventarnos algo.

Se me nota el pánico en la voz, en las respiraciones cortas y dificultosas. Lo estoy diciendo todo por Joe, pero no me lo creo ni yo. Tengo que llevarme a mi hijo lejos de esta casa.

—Mamá, no —me dice Joe, mirándome—. Sea lo que sea lo que estás pensando, no lo hagas. Me lo prometiste. En el hospital me prometiste que nunca me dejarías.

—Tranquilo, Joe —dice Anna sin fuerzas—. Lo podemos arreglar. Vete, vete adonde Sarah te haya dicho que te vayas. Déjanoslo a nosotras.

Me llevo a Joe afuera y dejo a Anna en la casa con Patrick.

—No lo entiendo —dice Joe, volviéndose hacia la casa.

—Te ha mentado —le digo—. Tu padre te ha mentado. Ya, ya, yo también, pero te juro que creía que tu madre biológica había muerto. Si hubiera sabido que estaba viva, jamás te lo habría ocultado.

—No me... Me cuesta creer que sea mi madre.

—Joe, por favor. —Lo cojo de la mano, se la aprieto fuerte, ignorando el dolor que tengo en la palma—. No dejes que esto te afecte. Yo soy tu madre. Da igual el ADN que lleves, soy tu madre. Sé que no he sido una madre ideal, pero te quiero, créeme, por favor. Si me lo permites, voy a arreglar esto. Voy a encontrar un modo de arreglarlo. Seré la madre que siempre tendría que haber sido. Ve a por Mia. Voy a arreglar todo esto, te lo prometo.

Me mira.

—Me han dado plaza en la universidad. Me lo han dicho en la entrevista. Pensaba que todo se iba a arreglar —dice—, que podría irme de aquí, alejarme de él. Que iría a la universidad y viviría con Simon. Que por fin

sería feliz.

—Aún puedes serlo. Déjame arreglar esto.

Se inclina hacia mí. Veo que hace una pausa y sé que espera a que dé media vuelta como hago siempre. Espero y me besa en la mejilla.

—Ven a buscarnos, mamá —dice—. No olvides tu promesa.

Patrick está de pie cuando vuelvo a entrar en la casa maldita. No está muerto. Aún hay tiempo para pensar en el modo de salvar a Joe. Está doblado, agarrándose el estómago, mirando de frente a Anna.

—Me dijiste que el bebé había muerto —le dice ella.

Patrick pone los ojos en blanco y se tambalea.

—Te habías ido. Lo habías abandonado.

—Pero volví y me dijiste que había muerto. ¿Cómo pudiste hacer algo así?

—Ibas borracha. Borracha y colocada. Volviste casi dos meses después ¿y pensabas que lo podías recuperar?

—Era mi hijo.

—No. No te lo merecías. No te merecías nada. —Levanta la voz, calla y jadea.

—¡Tú no eras quién para decidir eso, joder!

—Pero en realidad no fui yo quien lo decidí, ¿verdad? No lo comprobaste. No me preguntaste dónde estaba enterrado. Te creíste lo que te conté y volviste a largarte. Te alegraste de librarte de esa responsabilidad.

Anna se aparta de él.

—No, eso no es cierto. Pensaba que había muerto, ¡tú me dijiste que había muerto!

Se la queda mirando, respirando deprisa y entrecortadamente.

—Te vi la cara de alivio.

Se abalanza sobre ella y veo que lleva el cuchillo en la mano, el que ha soltado Joe. Intento apartar a Anna.

Patrick se vuelve hacia mí, pálido y sangrando, pero con el cuchillo aún en la mano, bien sujeto.

—Sarah... —dice. Suplica. Mira a Anna y luego a mí—. Sea lo que sea lo que te ha dicho, son patrañas. ¡Mentiras! —Anna está furiosa y yo la agarro aún más fuerte—. Le he pedido a Joe que lo hiciera, ¿sabes? —me dice a mí, ignorando a Anna—. Ya te dije que moriría si me dejabas, eso siempre lo has sabido. —Inspira, pone cara de dolor y espira con un escalofrío. Tenemos que

salir de aquí. Hay que parar esto—. Todo lo he hecho para que te quedaras, ¿sabes?

Lo miro fijamente.

—Pero no hacía falta que hicieras nada de eso. Cuando nos conocimos, cuando yo cuidaba de Joe, ¡quería quedarme! No tenías que hacer nada para que me quedase.

Me da la espalda.

—Sí, pero ¿cuánto tiempo? ¿Cuánto habrías tardado en agobiarte o aburrirte o en encontrar a otro que te gustara? Yo solo me aseguré de que eso no ocurría.

El romance, el Patrick deslumbrante que me hacía querer bailar sin música se desvaneció en esos primeros años de matrimonio. Yo me convertí en un ama de casa, él se convirtió en un profesional, nos distanciamos y nos olvidamos de bailar. Nunca viajamos, yo jamás volví a la universidad. Aquel mapa que me era tan preciado se perdió, mis pinturas y mis lienzos se llenaron de polvo y me olvidé de todo. Él seguía ahí, empeñado en alcanzar su absurdo sueño de perfección, con esta casa siempre en perspectiva, y yo perdí de vista mis propios sueños. Me transformé en una caricatura de la esposa perfecta que Patrick quería.

A menudo me he preguntado cómo habría sido mi vida si no hubiera esperado tanto tiempo al puñetero James Tucker, si me hubiera ido a casa a revolcarme en la humillación de que me hubieran dado plantón. Habría seguido estudiando, me habría graduado, hecho, quizá, todos los viajes con los que siempre había soñado.

O ¿y si James Tucker hubiera aparecido? Nos habríamos tomado una copa en el pub, quizá habríamos ido a cenar a algún sitio tranquilo. A lo mejor nos habríamos enamorado, nos habríamos casado.

Pero... Puede que tuviera una Mia, más joven quizá, con distinto apellido. Pero nunca habría tenido un Joe.

Y Patrick tenía razón: podría haber sido perfecto.

—Te quería tantísimo que te odio por ello. Te odio por no ser el hombre que tenías que haber sido.

En cuanto se lo digo, tuerce el gesto. Se pone furioso. Cuidado. Tengo que tener cuidado.

—¿Le vas a decir a la policía que has sido tú, no Joe? No te van a creer. No eres capaz de decir una mentira convincente —dice—. ¿Qué les vas a contar, Sarah?

—La creerán si yo les digo lo mismo —espeta Anna—. Nos creerán si tú estás muerto.

—Pero no estoy muerto, ¿no, Eve?

—Aún no —contesta Anna con una sonrisa de medio lado.

La mancha de sangre que hay a sus pies es cada vez más extensa y él está pálido. Cierra los ojos, deja de apretar el cuchillo y tengo la sensación de que se va a desplomar. Durante un segundo terrible, pienso que ya está, que Joe lo ha matado de verdad. Ya me puedo marchar, reunir a mis hijos y huir, y estoy a punto de hacerlo, pero entonces siempre estaría pendiente de que llamaran a nuestra puerta, y Joe también. Si lo dejo con vida, siempre estaremos esperando a que Patrick venga iracundo a buscarnos con un cuchillo asesino en la mano, por muy lejos que huyamos.

Y no puedo volver a hacer eso, no puedo pasar otros veinte años esperando el mazazo. Prefiero que nos atice ahora con el condenado mazo para que yo pueda plantarme aquí, con los brazos en cruz, delante de Joe y de Mia, y recibir el golpe por ellos, que es lo que siempre he querido hacer y hasta ahora no he conseguido.

Abre de pronto los ojos como si hubiera oído mis pensamientos.

—Sarah... —susurra. Oigo pasar coches y se me hace raro que la vida siga fuera de esta puta casa—. Quiero que te quedes conmigo, Sarah. —Niego con la cabeza—. Si te quedas, sufriré amnesia. No me acordaré de quién me ha atacado. Me volverá a pasar como con John y Hooper: nadie tiene por qué saber la verdad. Diré que oí entrar a alguien, pero que no sé quién era. Dará igual que encuentren huellas de Joe. Es mi hijo, es lógico que haya estado aquí. Nadie la creerá a ella —dice, mirando a Anna—. Y seguiré sin recordar. No recordaré nada mientras te quedes en casa conmigo. Sabes que me creerán. Ya sabes lo bien que se me da guardar secretos. Pero si vuelves a marcharte, diré que ha sido Joe. Lo contaré todo y lo meterán en la cárcel. —Hace una pausa para recobrar el aliento—. ¿Cómo crees que le sentaría la cárcel? —Lo mataría. Eso ya lo sé—. No quiero estar solo. Quédate en casa. Quédate en casa y salva a Joe.

Es lo que yo quería, una escapatoria para Joe, pero, si hacemos eso, mi hijo será tan prisionero de su padre como lo he sido yo, esa horrible mentira lo atraparé de por vida.

—No le hagas caso, Sarah —dice Anna. ¿Me nota la indecisión en la cara?

Miro fijamente a Patrick e intento ver al hombre del que estuve enamorada, al que me quiso como es debido, pero no estoy segura de que haya llegado a

existir. Trastornado por sus padres, lo manipuló todo desde que nos conocimos. Pero, mientras está ahí de pie, desangrándose, lo noto preocupado. Esta es su última baza, su última oportunidad. Lo está apostando todo a esta ronda.

Y aún lleva el cuchillo en la mano. No hay final feliz posible. No hay indecisión.

Me acerco a susurrarle la respuesta.

—Jamás... —Reculo—. No pienso volver contigo jamás. Y si le cuentas a la policía quién te ha apuñalado, les diré por qué. Les diré que me has violado. —Miro a Anna—. Les contaré lo de Eve y lo que le hiciste. Y les contaré lo de John Evans, lo que le obligaste a hacer.

Lo veo estallar y no puedo moverme lo bastante rápido. Me quedo clavada en el sitio mientras Patrick desaparece y lo reemplaza un monstruo lleno de rabia. Todas mis pesadillas se hacen realidad: el loco con el cuchillo viene a por mí. Todo rastro de debilidad desaparece cuando se abalanza sobre mí, tirándome al suelo, cortándome la respiración, con una mano en la garganta y el cuchillo dirigiéndose a mi cara. Intento agarrarlo, pero me aprieta la garganta aún más fuerte y solo veo puntitos negros delante de los ojos. No logro alcanzar el mango y la hoja me hace un corte profundo en la palma. Todo resbala por la sangre de Patrick, por mi sangre, y no consigo agarrarlo. Siento el escozor cuando me corta la mejilla y veo que toma impulso para apuñalarme otra vez.

Anna le salta a la espalda, le tira de los brazos, me lo quita de encima y yo me incorporo como puedo, pierdo el equilibrio, caigo de rodillas, tosiendo, tomando aire con dificultad por la garganta inflamada.

Me aparto de ellos reptando, pero Patrick está encima de Anna y la oigo gritar. Me vuelvo y la veo en el suelo, doblada de dolor, y a él sonriendo. ¡Joder, sonrío y la va a matar! ¡Va a volver a matar a la madre de Joe!

—¡Patrick! —le grito, le chillo a pesar del dolor, y él se vuelve a mirarme y resbala con su propia sangre. Levanta los brazos para frenar la caída y suelta el cuchillo. Anna se lanza a cogerlo y se pone de pie con dificultad. Me mira.

—¡Sal corriendo! —me dice, jadeando.

Me la quedo mirando. Le veo en la cara que va a rematarlo. Aquí estoy, indecisa otra vez. Podría detenerla, o intentarlo. Ella podría matarme si lo intento. Patrick podría matarnos a las dos.

Pero no pienso salir corriendo, otra vez no. Doy un paso adelante.

—¡Mamá?

Dios mío, esa es la voz de Mia.

—¡Mia, no! —le grito, y salgo corriendo de la cocina—. Vete, vete...

No quiero que vea esto, no quiero que Patrick se acerque a ella... Está en el vestíbulo y la agarro del brazo, la saco afuera, me la llevo por el sendero.

—¡Sal corriendo! —oigo que me dice Anna otra vez.

Nos volvemos hacia la casa maldita y, al hacerlo, la puerta se cierra de golpe.

Anna

La casa maldita está en silencio, tan en silencio como en el sueño que solía tener, cuando la casa solo era una casa. Tú estás tendido a poco más de un metro, quieto y callado, con los ojos abiertos pero sin ver.

Me has clavado el puñal antes de soltarlo y te he matado. No he mirado si es grave, pero el dolor es muy intenso y siento como si aún llevara la hoja en el costado. Me parece que tu puñalada ha sido más certera que la que Joe te ha dado a ti. ¿Cuánto? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que alguien vea a Sarah dando tumbos, ensangrentada, llame a la policía y los mande a toda velocidad aquí, a la casa maldita?

Ha habido un momento, hace nada, en que he pensado que habías perdido. Yo había recuperado a mi hijo muerto y te he visto morir, y he pensado que yo había ganado y tú habías perdido, pero entonces he pensado en él, en ese chico guapo que hicimos juntos, y me he mirado a mí misma, las cicatrices de las muñecas que le enseñé a Sarah y las otras que no le enseñé, las marcas rojas y blancas de agujas en los brazos y en las piernas.

No todas son antiguas.

Sarah, tu patética esposa en absoluto perfecta, es débil, pero quiere a Joe de verdad.

Por lo menos, quiere a Joe.

Esto es lo que contarán:

Érase una vez una reina que vivía con un rey en un castillo, solo que el rey no era rey y el castillo no era un castillo. En realidad, el rey era un dragón disfrazado de hombre que había embrujado a la reina para que no se diera cuenta de que era un dragón, y el castillo era, en realidad, una mazmorra. Ella vivía en la oscuridad y ni siquiera lo sabía.

Un día llegó un caballero y decidió ayudar a salvar a la reina y a sus

hijos. El caballero provocó y provocó y provocó al dragón hasta que el dragón perdió el control, se quitó el traje de hombre y se mostró como era. Se rompió el hechizo y la reina puede vivir feliz para siempre en la luz, con sus hijos.

Y el caballero valiente..., el caballero mató al dragón.

¿Te gusta, Patrick? Después de todo, es nuestro final de cuento.

¿Cuánto queda? No oigo sirenas aún, pero no tardarán mucho. Mientras espero, mi corazón bombea cada vez menos sangre. El dolor se desvanece y me entumezco. No creo que eso sea bueno. Me escurro hasta el suelo y cierro los ojos.

¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de la primera vez que bailamos? Estábamos fuera, en la playa, mirando las estrellas. Yo iba bebida y tú empezaste a darme vueltas y vueltas y fue como si voláramos.

Yo reía, mareada y sin aliento, y bailábamos al son de una música imaginaria, y te quise y fuiste lo único que quería, a ti, las estrellas, tus brazos alrededor de mi cintura, a ti y a mí volando.

Ya es hora de que termine nuestro baile.

Sarah

Hay mucha gente el día en que demuelen la casa. El acto en sí es una especie de anticlímax, lo noto en los rostros de las personas allí reunidas. ¿Qué esperan, que empiece a manar sangre por las paredes, que salgan de entre los escombros fantasmas profiriendo alaridos? Apuesto a que todas esas personas estaban también esa noche, viendo cómo sacaban los cadáveres.

Anna aún estaba viva cuando llegó la policía, pero había perdido demasiada sangre y murió antes de llegar siquiera a la ambulancia. Le conté a la policía lo mismo que a Joe. Les dije que Anna sabía que Patrick vendría a por mí después de haberle dado una paliza a Ben y vino corriendo a avisarme. Les dije que iba a matarme y que ella me salvó. Que nos salvó a todos. No hace falta que Joe sepa todas las cosas malas que hizo. Solo que murió como una heroína.

Nunca podré contarle que tengo un trabajo en la galería. Ben está bien, pero Patrick lo mandó al hospital, así que lo estoy ayudando. Mia quiere volver a su antiguo colegio a terminar sus estudios y yo estaré más cerca de Joe si regresamos a Cardiff, pero este verano veo el mar desde la caravana que hemos alquilado, tengo trabajo en una galería de arte y he vuelto a pintar en el estudio. El fantasma de Patrick se ha esfumado. Ben nos ha invitado a alojarnos en su casita, pero sigue viendo a Patrick cuando me mira. Noto en él un recelo que no existía antes. No creo que mantenga el contacto cuando nos vayamos.

Mi exposición se ha pospuesto, pero se hará antes de que termine el verano. Allí tengo una marina sin acabar en un caballete, una que creo que le gustaría a Anna, con todos los colores de su playa secreta.

—¿Mamá?

Se acerca Mia y contemplamos juntas la demolición.

Cuando la casa se derrumba, se produce un aspaviento colectivo, seguido de un suspiro que quizá yo haya imaginado. Tiemblo cuando una brisa gélida me envuelve de pronto, uno de los puntos fríos de Mia liberados.

Ya está, se acabó.

Mia me alarga la mano y yo se la cojo y la aprieto con fuerza. Esta vez no la voy a soltar.

—Tendrían que haberlo hecho hace quince años, después de los primeros asesinatos —dice el hombre que tengo al lado, tosiendo mientras se enciende un cigarrillo.

Levanto la vista al sendero del acantilado donde una figura contempla la demolición. Confío en que Tom pueda pasar página por fin ahora que la casa ha desaparecido.

—Sí —digo—. Tendrían que haberlo hecho.

Tendrían que haberlo hecho mucho antes de eso.

Mia y yo nos alejamos de las ruinas de la casa maldita sin mirar atrás.

Título original: *The Woman in the Dark*

Edición digital: 2019

Copyright © 2019 by Vanessa Savage

© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-437-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com